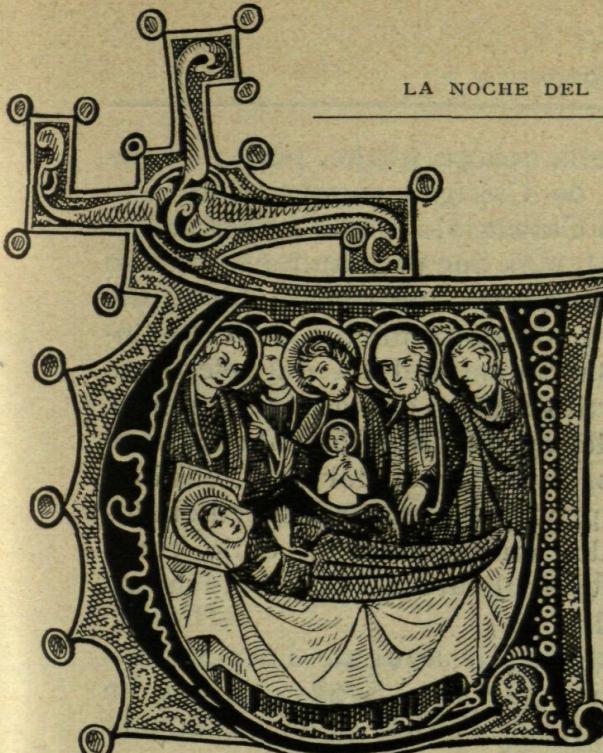


CAPÍTULO DÉCIMO

LA NOCHE DEL 25 DE JULIO
DENTRO DE LOS CLAUSTROS

ARTÍCULO PRIMERO

**SAN SEBASTIÁN, DE CLÉRIGOS REGULARES MENORES
DE SAN FRANCISCO CARACCIOLÓ**



ISTA en el capítulo anterior la revolución del día de Santiago en las calles de Bar-

celona, o sea fuera de los conventos, debemos en éste estudiarla dentro. Y para que el relato de lo interior perfectamente encaje con el del exterior, estimo conveniente seguir respecto de los distintos cenobios el mismo orden aquí que allí, o sea el cronológico, en cuanto las noticias lo permitan.

Ante todo debemos conocer el ánimo que abrigaban los religiosos de la ciudad. Ya en el capítulo VIII, reseñando los preparativos, o mejor la preparación del crimen, probé que los religiosos vivían en temor y temblor. «En todos los con-»ventos, me decía un fraile, se vivía con »sobresalto.» Ni los acontecimientos públicos toleraban otra cosa, pues con harta elocuencia hablaban los asesinatos de Madrid del 17 de julio de 1834, los de Zaragoza del 3 de abril y 5 de julio de 1835 y luego los de Reus del 22 del mismo mes y año. Ni los insultos diarios que sufrían los religiosos, ni las amenazas osadas de los revolucionarios, ni los avisos amistosos de los deudos y conocidos, permitían otro estado. Por esto los superiores de las casas religiosas de Barcelona, como dije arriba en el capítulo citado, se presentaron

NOTA.—La inicial procede de un misal gótico de San Cugat del Vallés, guardado hoy en el Archivo de la Corona de Aragón.



para así evitar el atropello; pero Llauder les aconsejó que continuasen en sus conventos, dándoles seguridad de que en el caso de un ataque, con tocar la campana serían socorridos por la fuerza pública. Estas seguridades, junto con el horror que a dejar su vida y claustro siente el buen religioso, les cegó de tal modo que llegó a lo incomprensible; y si bien los frailes no dejaron el dicho temor las precauciones de velas, o centinelas nocturnas, creyeron los superiores que, de intentarse alguna perturbación contra sus casas sería ésta prontamente sofocada.

Los intereses tanto espirituales cuanto temporales les forzaban a prestar confianza al dicho del General, porque sufren grandes peligros la piedad y espíritu religioso de los frailes cuando éstos tienen que vivir entre seculares, atentos a las necesidades de la vida, y entre las pasiones y ataduras mundanales. Los sufren los conventos, sus templos y bienes, puestos en manos extrañas. Y a los pobres religiosos ancianos, desprovistos ya de padres, hermanos y quizá de parientes, no les queda más refugio que un hospicio o un hospital. Y aunque el apartamiento del claustro sea temporal, deja funesta huella en las comunidades. Por esto los superiores de 1835 debían creer en la muy alta palabra, nada menos que del Capitán General de Cataluña, entonces un como Virrey. En la reseña de los hechos del interior de los cenobios iremos viendo la prueba de la dicha ceguera, para cuya comprensión, o explicación, juzgué conveniente adelantar aquí estas noticias.

La Comunidad de San Sebastián en julio de 1835 se componía de 3 presbíteros, 4 coristas y 2 legos. Llamábanse los primeros Don José Manuel Prim (aunque otro testigo me le llamó Juan), Prepósito; Don Juan Fábregas, Vicario; y Don Pablo

Jacas, hijo de la Barceloneta, Procurador. Los coristas eran Don Ramón Riera y Arau, a la sazón diácono; Don José Ribera; Don Lorenzo Serrat, y Don Antonio Sisternas. Los legos José Garriga y José Font.

Para el caso del peligro resolvieron los religiosos abrigarse de la hospitalidad de sus parientes y amigos. He aquí cómo me escribió el hecho el único religioso de esta casa que alcancé: «Serían las seis de la tarde del dia de Santiago cuando se presentó en mi celda un amigo salido de la plaza de toros, quien al ver los alarmantes síntomas que presentaba la revolución, vino apresuradamente á darme aviso para que la comunidad se pusiera á salvo. Hallábame solo en la casa porque todos los demás habían salido á paseo. Presencié el paso de los revolucionarios por frente el convento, los cuales ansiosos de ir al grande de San Francisco de Asís, dejaron despejada la plaza del nuestro. Vuelto en mí del trasitorio y turbacion que me causaron tanto el aviso del amigo cuanto la vista de la turba, determiné huir; y así vestido de seglar, y acompañado de un hombre, me fuí á casa de un amigo. Algunas horas después me dieron la triste noticia del incendio de varios conventos de Barcelona.

»Gracias á Dios, ninguno de nuestros Padres tuvo la menor desgracia. Solo el Hermano Garriga, que quedó el último en la casa, se fracturó una pierna al huir perseguido por un soldado ó voluntario tomado del vino, y que quería incendiar el convento. Por otra parte el Cabo de guardia de los urbanos artilleros llamado señor Costa se portó muy bien con dicho Hermano, proporcionándole cirujano y toda la asistencia necesaria y conveniente.

»Tres días después, gracias á la generosa conducta del procurador seglar, pude recoger los muebles y efectos de mi pertenencia» (1).

(1) Dictó esta relación a un amigo mío el

En aquella aciaga noche, pues, la casa convento de Clérigos regulares de San Francisco Caracciolo no sufrió detrimiento especial, más que el abandono forzado de su Comunidad; pero en la tarde del día del gran desbordamiento de la revolución de Barcelona, del día del asesinato del General Bassa, 5 de agosto siguiente, fué completa y lamentablemente saqueada, y sus objetos, así del uso religioso como del profano, fueron desperdiciados y quemados en la contigua calle, como largamente explicaré al tratar de aquel infiusto día.

No puedo omitir aquí un dato curioso. El organista de San Sebastián era un señor Rodríguez, quien en enfermedades u ocupaciones se hacía suplir por un su cuñado, de nombre Don José María Balasch. Este, al cual traté y aun asistí en su postrera enfermedad, contábame que en aquellos años entonaba el órgano un chico, sobrino y ahijado del Prepósito. Balasch trataba y aun allí jugaba a las balas con el dicho chico. Este llevaba el apellido de su tío y padrino Prim, y el nombre de pila del mismo padrino impuesto por éste en el bautismo. Llamóse, pues, Juan Prim, y fué años adelante, ¿quién entonces podía conjeturarlo?, el General Prim. De aquí que arriba noté yo que el de pila del Prepósito esté en duda entre José y Juan, aunque me inclino más a Juan que a José (2).

ARTÍCULO SEGUNDO

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED

He aquí la lista de los religiosos que en julio de 1835 integraban la comunidad de esta casa.

P. Ramón Riera y Arau, y le dió todas las anteriores noticias, en San Feliu de Torelló en 1880. El P. Riera brilló por su elocuencia sagrada y la finura exquisita de su trato.

(2) Me lo dijo el Sr. Balasch en Barcelona a 30 de octubre de 1894.

SACERDOTES

Reverendísimo P. Tomás Miquel, presbítero Prior, y como tal, Vicario General de toda la Orden *sede vacante* de General.

P. Presentado Francisco de Asís Pallés, Subprior.

P. Ramón Massalies, Ex provincial y Ex vicario General, ahora Regente de estudios.

P. Ramón Puntí, Sacristán Mayor.

P. Antonio Cortada, Predicador Jubilado, Procurador de la Comunidad.

P. Pedro Pascual Ferreras, Maestro de la capilla, y jefe de la muy acreditada escolanía.

P. Juan Guix, Lector de Filosofía.

P. Antonio Xaudiera, Organista.

P. Pedro Nolasco Dozal, Maestro de la escuela de niños seglares.

P. Francisco Balias, de 92 años de edad.

P. Ignacio Combelles, Cantor.

P. Antonio Torres, Organista segundo.

P. Maestro... Andreu.

P. Presentado Mariano Grases.

P. Maestro... Cantarrosella.

P. Francisco Doménech, Predicador Jubilado.

P. Serapio Solá.

P. Cayetano Negre, Cantor.

P. Mariano Roset.

P. Benito Saurí.

P. Vicente Fábregas.

P. Mariano Mora, de la Capilla de música.

P. Francisco de Paula Crehuet, Predicador Jubilado.

P. José Armadá.

P. Ramón Roca.

P. Antonio Pujulá.

P. Ramón Serra.

P. Juan Torrents.

P. Pablo Salomó.

P. Manuel Lladó, Predicador Jubilado, Vicario de Santa Agueda.

P. Martín Aymerich, Maestro de los estudiantes y suplente del lector.

P. José Sans.

P. Miguel Xancó.

P. Juan Morenes.

CORISTAS, O SEA PROFESORES DE CORO
NO SACERDOTES

Fr. Liborio Sanmartí.

Fr. Narciso de Bojons.

Fr. Juan Albareda.

Fr. Juan Estaper.

Fr. Antonio Espinach.

Fr. José María Rodríguez.

Fr. Buenaventura Custó.

Fr. Manuel Blanch.

Fr. Benito Tiana.

Fr. Joaquín Vidal.

Fr. Francisco Tort.

Fr. Ramón Genís.

Fr. Segismundo Llopert.

Fr. José Asturí.

Fr. Tomás Sistachs.

LEGOS

Fr. Ramón Caba.

Fr. Francisco Teixidor.

Fr. Buenaventura Güell.

Fr. Pablo N.

Fr. Serapio Ratés, Enfermero.

Fr. Juan Pujols, Sacristán menor.

Fr. Bernardo Campás, Cocinero.

Fr. Jaime Serra.

Fr. Juan Castells, lego de la Escolanía

Fr. Antonio Casas.

Fr. Ramón Roca (1).

En el convento de la Merced no deja de presentarse la mezcla de temor y ceguera respecto del peligro, mezcla que apunté arriba. A prevención se dispuso el campanario de forma que en caso de apuro pudiese prestar seguro asilo a los perseguidos. Abriéronse en él algunos agujeros, sin duda para por ellos inspeccionar y tirar piedras, pero sobre todo derribóse un trozo de la escalera, y se la substituyó por otra de madera que, en caso de peligro, pudiese desde arriba ser retirada, y así interrumpida la comunicación con el convento (2).

Además la muy solemne *Salve* que la Comunidad, extendida a lo largo del templo, todos los sábados al anochecer cantaba, también por precaución hacia un tiempo que se cantaba en el coro (3). Los superiores

(1) He formado esta lista con la que escribió de memoria el P. Joaquín Vidal, de este convento, y con las que existen en el Archivo municipal de Barcelona en las actas de la Junta de Autoridades de aquellos días, redactadas estas listas con motivo de dar pasaportes a los religiosos echados de sus conventos. *Acuerdos. Segundo semestre, 1835*, al fin.

(2) Relaciones del corista de esta casa D. Joaquín Vidal en Barcelona a 26 de enero de 1887, y de D. José Castells, pbro., en Barcelona a 1.^o de junio de 1884.

(3) Crónica inédita del P. José Antonio Gari.

no dejaron de practicar las diligencias que la prudencia pedía, pues acudieron al General Llauder y a otro general, y arriba escribí la contestación del primero; y un fraile de esta casa me dijo que también el postrero dijeron seguridades. Estas tranquilizaron a los superiores, pero no a los jóvenes, que, recién salidos del mundo, y oyendo a sus familias, habían tocado el odio y los proyectos de los revolucionarios contra los religiosos. En las mutuas conversaciones entre ancianos y jóvenes, éstos no ocultaban sus temores, mas los proyectos procuraban tranquilizarles aduciendo las seguridades dadas por las autoridades. Patentiza esta noticia el siguiente hecho. Pocos días antes del nefasto, probablemente la víspera, el viernes, pues el 25 de julio cayó en sá-

bado y día festivo, presentóse en el convento el barbero para renovar la rasura de la cabeza de los jóvenes. Alegando éstos el peligro de los tiempos, se resistieron a la renovación; mas su jefe, el Padre Lector Guix, les disuadió diciendo que no había temor, y así que sería él el primero en rasurarse, y efectivamente sentóse él primero y fué rasurado antes que todos (4).

Y en tanto los jóvenes no participaban de la ceguera de los superiores y viejos, que, cuando la catástrofe, hacia tiempo

(4) Relación citada del P. D. Joaquín Vidal.



R. P. FR. PEDRO NOLASCO TENAS,
P BRO.

que los coristas habían organizado, ignorándolo los jefes, velas nocturnas por turno (1). Llegado el día 25 de julio, hasta los mismos superiores tomaron alguna precaución, como lo demuestra el siguiente hecho. El zapatero Juan Serra, que, a lo que se ve, calzaba a la Comunidad, estuvo dicho día en el convento, donde ante todo visitó al Padre Maestro de novicios, quien al despedirle le advirtió que antes que se fuera volviera a entrar en su celda. Notó que en ésta todo andaba revuelto, con los cajones abiertos, lo mismo que en la de otro Padre. Al cruzar por los corredores otras voces le advirtieron que no se fuera sin ver al Padre Maestro de novicios. Serra, antes de salir, volvió al Padre Maestro, mas éste le dijo: «nada, nada, no quiero nada»; pero comprendió Serra que se había tratado de confiar a su custodia algún capital o algunos objetos preciosos, mas que luego en los últimos momentos se había desistido (2). Y como tiempo adelante, expulsados los frailes, se halló dinero escondido en una tumba del templo (3), resulta natural pensar que en los

últimos momentos se cambió de proyecto, depositando el capital en la tumba en lugar de en las manos de Serra, donde, y es justicia, no dejara de estar seguro.

Aunque aquí se padeció la indicada ceguera, sin embargo no se impidió que los religiosos se proveyesen de trajes de seglar para en caso necesario huir, y así muchos frailes lo tenían prevenido. Uno

de éstos era el Padre José Armadá, pariente del entonces muy conocido abogado de Barcelona Don Miguel Armadá, al cual yo traté. El fraile visitaba, como era natural, a Don Miguel, y como el Padre José era jovial, amable y decidido, se atraía las simpatías de cuantos le trataban, entre los cuales se contó un jefe de Mozos de la Escuadra que vivía en otro piso de la casa del abogado. Convino el mozo con el fraile que



PADRE JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ, CUANDO
MÁS TARDE FUÉ GENERAL DE LA ORDEN

en caso de verdadero peligro le avisaría, para lo que éste se asomaría a la ventana de su celda, que daba a la muralla del mar. Efectivamente, en la tarde del 25 de julio, o por sí o por otro, pasó el de la Escuadra por la muralla, e hizo la señal convenida; con lo que el Padre Armadá corrió a la celda del Padre Prior en demanda de permiso para salir. El Prior le respondió que no tenía él la llave del convento; que la tenía Manana, que era el portero secular de la casa. Tanto el Prior cuanto los Padres, que a la sazón estaban allí con él, trajeron de disuadir

(1) Relación del corista de esta casa P. don Benito Tiana, en Barcelona a 1.^o de junio de 1880.

(2) Me lo contó el mismo D. Juan Serra en Barcelona a 6 de junio de 1880.

(3) Me lo dijo el lego camilo D. Francisco Calvet, en Barcelona a 27 de junio de 1880.

en caso de verdadero peligro le avisaría, para lo que éste se asomaría a la ventana de su celda, que daba a la muralla del mar. Efectivamente, en la tarde del 25 de julio, o por sí o por otro, pasó el de la Escuadra por la muralla, e hizo la señal convenida; con lo que el Padre Armadá corrió a la celda del Padre Prior en demanda de permiso para salir. El Prior le respondió que no tenía él la llave del convento; que la tenía Manana, que era el portero secular de la casa. Tanto el Prior cuanto los Padres, que a la sazón estaban allí con él, trajeron de disuadir

de su salida al Padre José. Mas éste les contestó: «Va, va, si VV. queréis ser »mártires, yo me contento con ser confessor.» Entonces los religiosos presentes aconsejaron al Prior que accediese a la súplica de Armadá, quien con el permiso de aquél cruzó el umbral.

Vistiése de seglar antes; salió por la puerta del *Tragí*; entróse en la panadería de enfrente; y acompañado de un mozo de ella, se dirigió a la casa de Don Miguel Armadá, calle Nueva de San Francisco, donde quedó oculto algunos días (1).

Por lo demás, durante el día de Santiago, la Comunidad siguió su acostumbrado horario. Al caer de la tarde cantó Completas en el coro, pero durante ellas el Prior recibió un recado que le hizo salir del coro. A poco regresó, en el momento en que el cantor, o chantre, terminadas las Completas, iba a entonar la *Salve*. Impidió que se entonase, y dirigiéndose a la Comunidad, dijo: «No se »alarmen, Padres y Hermanos; pero estén »con prevención, porque en la plaza de »toros ha habido un alboroto, y se teme »una desgracia». Inmediatamente la Comunidad salió del coro, sobresaltados los ánimos, y los frailes divagaron por la casa, asomándose frecuentemente a las ventanas para ver si se presentaba algún síntoma alarmante. Juntamente se mandó despejar el templo, y se cerraron todas las puertas de él y de la casa. Al recibir de este primer recado, el Superior mandó que los escolanes en seguida se desnudasen sus sotanas y se fuesen a sus casas, lo que en el acto se cumplió (2).

Pasóse un buen rato, y como aquel síntoma malo no aparecía, renacía la calma en los espíritus; pero a eso de las siete, y cuando el sol todavía no se había

puesto, se vió que por el lado de la Plaza de Palacio se originaban corridas; y muy pronto pasó por la calle Ancha, frente del convento, el toro arrastrado, y luego una turba compuesta principalmente de chiquillos, como se dijo arriba en su lugar, la cual turba apedreó el convento. Llegada la obscuridad de la noche, el tumulto fué mayor, y esta vez, como las demás, sin que apareciese fuerza pública que lo cohibiese. Con tales escenas, los pobres religiosos entraron en angustias terribles. En uno de los intervalos serenos se puso la cena, pero no hubo forma de probar bocado, y nadie allí comió. Al refectorio algunos bajaron vestidos ya de secular, lo que aumentó el espanto de los demás. Entre tanto, llegaban continuos recados de amigos y deudos instando a que los mercedarios huyeran, y añadiendo que tal y tal convento ya ardía.

Los religiosos andaban turbados, errantes por la casa, y entonces el Superior les dejó en libertad para salir. Como no pocos tenían prevenido vestido de seglar, dejaron el hábito, y se largaron en número de unos de quince a veinte. El Padre Martín Aymerich carecía de disfraz, y así hubo de procurarle en el momento fatal. Seis meses antes, el Superior le había mandado a casa del corredor Real de Cambios señor Humbert para espiritualmente auxiliar a la señora, gravemente enferma. Con este motivo quedó el fraile en amistosas relaciones con el corredor, quien, en el temor de un peligro, ofreció a aquél su casa y persona. Aprovechó Aymerich el ofrecimiento, y así ahora, al tratar de huir, puso dos líneas al corredor pidiéndole un traje y hospedaje en su casa. El señor Humbert contestó enviándole el traje, y el recado de que le aguardaba en la puerta de su casa, que se hallaba en la calle Ancha, esquina a la de Serra; pero le prevenía que, para despistar a todo malévolos, no pasase directamente del convento a la casa, sino que rodeara por las de Simón Oller, Escudillers y Serra. Corrió el Padre Aymerich

(1) Relación de Doña María de la Asunción Armadá de Capdevila.

(2) Esto de la escolanía me lo dijo el entonces escolán (ahora, 1908, vivo aún y sano con 85 años de edad) D. Francisco Forns en Barcelona a 13 de diciembre de 1904.

rich a mudar sus ropas, y al bajar de su celda halló al anciano Padre Dozal, quien le dijo: «¿A dónde vas? Espérame». El joven dió al anciano su calzón de color de plomo, que se había quitado, y le ayudó a vestirse; bajaron ambos, salieron por la puerta del *Tragí*, y ya no se vieron más en la vida.

Aymerich siguió las calles indicadas por Humbert, y llegado felizmente a la casa de éste, fué amigablemente admitido y hospedado. Eran las diez de la noche. El dueño, para no tranquilizar al fraile, ocultó durante la noche la tragedia por que pasaban las casas religiosas. A la mañana siguiente la familia del corredor instaba al fraile para que se desayunase, mas él se negaba y porfiaba, alegando que le tocaba la misa de las once y media en su iglesia; y así entonces se le hubo de noticiar el estado de las cosas, y que los religiosos eran conducidos a los fuertes: noticias que arrancaron lágrimas de los ojos del fraile (1).

Ni aun en los momentos del peligro todos los frailes cayeron de su ceguera. El Padre Pallés, en el acto en que el Su-

(1) Relación del mismo D. Martín Aymerich. Me la hizo en Gerona, de donde fué canónigo, en 5 de agosto de 1883.

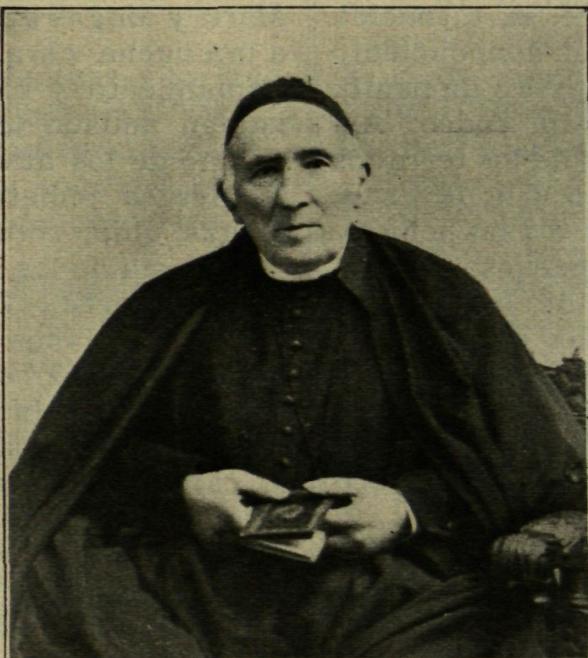
perior facultó para la fuga, observaba aún: «y bien, y si se van, ¿quién cantará Prima mañana?»; es decir: ¿quién estará aquí en la primera hora? Y otros de los proyectos abundaban en los mismos sentimientos (2). Empero el Padre Reverendísimo Miquel, Prior, tenía harto presentes los peligros y mortales zozobras por él sufridos el año anterior en Madrid, y por lo mismo fué uno de los que se largó, así como algún otro superior, quedando el mando en manos del Padre Lector Juan Guix.

El corista Juan Albareda acudió a este sacerdóticu Guix pidiéndole permiso para salir. Contestó aquél que estaba en libertad para ausentarse, pero que viese el sacrificio que él hacía. Realmente, cuando el hermano y la hermana del Lector vieron arder los conventos co-

rrieron a buscarle, y él no se quiso mover. Por esto Albareda contestó a su maestro: «pues bien, me quedaré», y se quedó (3). Permanecieron en el cenobio unos cuarenta frailes, mas no en el cenobio, sino

(2) Relación del religioso de esta casa D. Joaquín Vidal. Barcelona 26 de enero de 1887.

(3) Relación del mismo D. Juan Albareda, siendo después párroco de Castellbisbal. Barcelona, febrero de 1882.



Bento Tiana Lector
Signature

sin pasar su umbral. Porque, no creyéndose seguros allí, unos subieron al campanario, desde donde presenciaron los incendios de las casas de sus hermanos, y otros salieron a los terrados de las casas vecinas de la calle Ancha, saltando de unos a otros, tránsito muy expuesto para practicado de noche por hombres en su mayoría ancianos, y vestidos de hábitos, por lo que los jóvenes tenían que ayudarles. Por otra parte, la turbación embargaba de tal modo el conocimiento de muchos, que, para dirigirse a un punto, había quien daba un gran rodeo. Así llegaron los frailes a uno de los terrados de la calle Ancha próximo a la de Escudillers; y allí, para hurtarse a las peligrosas miradas de revolucionarios vecinos, unos se agacharon tras de los antepechos, y otros se tendieron en el suelo; desde donde veian el resplandor siniestro de los incendios, y oían los gritos de las turbas y el infernal palmoteo de los que desde otros terrados aplaudían el crimen (1).

En esta ocasión el Padre Antonio Cortada, procurador, y un lego, se refugiaron en casa del barbero del convento, que habitaba una de aquellas casas de la isla del templo, bajando a ella desde el terrado (2).

En el barrio de la Merced, al ruido y alboroto de las primeras horas de la noche, sucedieron la calma y el silencio. Entonces el corista Fr. Benito Tiana volvió al convento al noviciado para salvar el dinero que les había repartido el Padre Maestro; tomólo, y se vistió el hábito nuevo, y llenó sus mangas con los pañuelos y prendas nuevas que pudo. En esto, desde las ventanas del noviciado que caía en la esquina de la calle de la Merced con la de Simón Oller, oyó voces que llamaban a los frailes diciéndoles que bajasen, que aquella era la hora de sal-

(1) Relación del fraile que se hallaba entre los dichos, D. Benito Tiana, en Barcelona a 1.^o de junio de 1880.

(2) Relación cit. del P. Albareda.

varse. Las daba el panadero de la Merced, José Mogas, que tenía su tahona en la misma calle, esquina a la de Simón Oller, quien era sargento de milicia urbana (3). Había pasado Ayerbe por la calle Ancha, y hallando allí la compañía de milicia 7.^a del 10.^o batallón, mandada por el muy conocido comerciante de esta ciudad Don Joaquín Martí y Codolar, le encargó salvara a los mercedarios (4). Martí y Mogas gustosísimos se prestaron a tan buena obra, y de aquí el indicado llamamiento y voces. Muy desacertados habían andado los incendiarios cuando en uno de los ataques frustrados contra la Merced pidieron fajinas al panadero Mogas, quien rotundamente se las negó.

En vista de las indicadas voces de Mogas, el corista Tiana corrió al terrado por los hermanos allí escondidos, regresaron éstos al convento, y vestidos los hábitos todos, inclusas las capas, abandonaron cuanto allí tenían, y salieron a la calle por la puerta llamada del Tragí (5). Eran como las tres de la madrugada. Colocados los frailes entre filas, emprendieron la marcha a Atarazanas. El corista Albareda, junto con otro, llevaban del brazo al anciano Padre Raset, y el otro corista Tiana al Hermano Portero, que estaba apoplético. La falta de movimiento de éstos retrasaba su marcha, y así un primo de Tiana, miliciano, les instaba que no se rezagasen. En la calle del Dormitorio de San Francisco salió una piadosa mujer, y dió a Albareda un pomito con un líquido para reanimar al pobre viejo llevado del brazo. Así llegaron a Atarazanas, donde hallaron ya a otros frailes, y luego otros los hallaron a ellos (6). Las

(3) Relación cit. del P. Benito Tiana.

(4) Relación de la viuda de D. Joaquín Martí y Codolar, D.^a Mariángela Gelabert. Barcelona 9 de junio de 1885.—Relacion del servicio que Narciso Ferreras y Llorens presta en calidad de urbano. Es uno de los milicianos actores del acto.

(5) Relación cit. del P. Benito Tiana.

(6) Relaciones citadas de los coristas Benito Tiana y Juan Albareda.

llaves del convento quedaron en buenas manos, y de aquí que éste no sufriera el saqueo que otras casas religiosas.

ARTÍCULO TERCERO

SAN FRANCISCO DE ASÍS

Su Comunidad en 1835 se componía de los religiosos siguientes:

- M. R. P. Fr. Buenaventura Clariana, Lector Jubilado, Ex custodio y Vicario Provincial.—Edad 56 años.
- M. R. P. Fr. Domingo Anguera, Lector Jubilado y Guardián del convento — 55 años.
- M. R. P. Fr. Narciso Girbau, Padre de Provincia honorario.—65 años.
- M. R. P. Fr. Antonio Boria, Padre de Provincia honorario.—56 años.
- R. P. Fr. José Pou, Predicador General y Definidor actual.—56 años.
- R. P. Fr. Miguel Roselló, Lector Jubilado y Custodio actual.— 53 años.
- R. P. Fr. Salvador Auger, Predicador General y Ex definidor.—70 años.

*Fr. Salvador Auger
Guardián.*

- R. P. Fr. Francisco Aragonés, Lector Jubilado y Ex definidor.—70 años.
- R. P. Fr. Salvador Bruguera, Lector Jubilado y Ex custodio.—71 años.
- R. P. Fr. Antonio Gaix, Lector Jubilado, Ex definidor y confesor de las monjas de Jerusalén.—64 años.
- R. P. Fr. Vicente Ferrer, Definidor honorario.—68 años. Este religioso era ciego.
- R. P. Fr. Francisco Seriols, Definidor honorario.—49 años.
- R. P. Fr. Manuel Font, Definidor honorario.—49 años.

- R. P. Fr. Gaspar Frexes, Predicador General y Secretario de la provincia.— 48 años.
- R. P. Fr. Juan Gaudi Mestres, Predicador General.—45 años.
- R. P. Fr. José Blay, Predicador General y Maestro de jóvenes.—54 años.
- R. P. Fr. José María Lligoña, Predicador General y Lector de casos de Moral.— 60 años.
- R. P. Fr. Mateo Orriols, Predicador General y Vicario de coro.—49 años.
- R. P. Fr. Segismundo Codina, Predicador y Vicario del convento.—48 años.
- R. P. Fr. Francisco Roig, Predicador exento.—61 años.
- R. P. Fr. Manuel Rodelles, Predicador exento.—46 años.
- R. P. Fr. Miguel Grieria, Predicador conventual.—44 años.
- R. P. Fr. Buenaventura Mestres, Predicador exento.—63 años.
- R. P. Fr. Francisco Moliner, Lector de Teología.— 33 años.
- R. P. Fr. Francisco Vidiella, Predicador conventual.—34 años.
- R. P. Fr. Martin Masramón, Predicador y Maestro de novicios.—56 años.
- R. P. Fr. Antonio Puig, Predicador exento.—75 años.
- R. P. Fr. José Sarrat, Predicador apostólico.—55 años.
- R. P. Fr. Juan Socias, Predicador.—57 años.
- R. P. Fr. Mariano Brunet, Predicador exento.—55 años.
- R. P. Fr. Francisco Oliva, Predicador y Coadjutor del confesor de las monjas de Jerusalén.—54 años.
- R. P. Fr. José Cantero, Predicador exento.—52 años.
- R. P. Fr. Salvador Pujol, Predicador.— 54 años.
- R. P. Fr. Jaime Rovira, Predicador.—48 años.
- R. P. Fr. Francisco Burés, Predicador y Comisario de la Tercera Regla.—47 años.
- R. P. Fr. Salvador Casals, Predicador y Coadjutor del Vicario decoró.—33 años.

- R. P. Fr. Francisco Barbi, Predicador.—39 años.
 R. P. Fr. José Puigdengolas, Predicador.—33 años.
 R. P. Fr. Francisco Busquets, Predicador.—31 años.
 R. P. Fr. Jaime Rodó, Predicador, Organista.—27 años.
 R. P. Fr. Narciso Matas.—28 años.
 R. P. Fr. Sebastián Vehil.—33 años.
 R. P. Fr. Elías Aragonis.—27 años.
 R. P. Fr. Antonio Colldecolet.—26 años.
 R. P. Fr. Jaime Ros.—25 años.
 R. P. Fr. Francisco Roger.—30 años.
 R. P. Fr. José Comas.—25 años.
 R. P. Fr. Baltasar Sentis.

CORISTAS

- Fr. José Gran, Diácono.—23 años.
 Fr. José María Ballester, Diácono.—22 años.
 Fr. Pedro Gual, Subdiácono.—21 años.
 Fr. José Borrás, Subdiácono.—21 años.
 Fr. Salvador Morera, acólito.—19 años.
 Fr. Salvador Mestres, acólito.—19 años.
 Fr. Isidro Ciurana, acólito.—19 años.
 Fr. Joaquín Martí, acólito.—19 años.
 Fr. Ramón Buldú, acólito.—19 años.
 Fr. Buenaventura Martí, acólito.—19 años.
 Fr. José Palleyjá, acólito.—19 años.
 Fr. José Ódena, acólito.—18 años.
 Fr. Ignacio Vivas, Organista.—18 años.

LEGOS

- Fr. Magín Rurich.—81 años.
 Fr. José Barba.—72 años.
 Fr. Antonio Civit.—70 años.
 Fr. Mariano Coll.—69 años.
 Fr. Félix Vilar.—67 años.
 Fr. Domingo Germá.—66 años.
 Fr. Miguel Llobet.—52 años.
 Fr. Pedro Alsina.—53 años.
 Fr. Miguel Batlle, 51 años.
 Fr. José Mateu.—53 años.
 Fr. Vicente Orpi.—64 años.
 Fr. José Vidal y Martí.—56 años.
 Fr. Juan Clará.—48 años.
 Fr. Salvador Peres.—40 años.
 Fr. Francisco Forment.—37 años.

- Fr. José Vaqués.—35 años.
 Fr. Benito Fosalba.—35 años.
 Fr. Julián Montell.—33 años.
 Fr. Isidro Martorell.—25 años.
 Fr. José Pons.—27 años.

NOVICIOS DE CORO

- Fr. Pablo Cabrer.—22 años.
 Fr. Domingo Llonart.—19 años.
 Fr. Pablo Solanes.—17 años.
 Fr. Julián Valldeuiu.—17 años.
 Fr. José Ciré.—16 años.
 Fr. Buenaventura Fericle.—16 años.

DONADOS

- D.^º José Vilaseca.—42 años.
 D.^º José Mallachs.—25 años.
 D.^º José Pallas.—22 años.
 D.^º Félix Puig.—23 años.
 D.^º Gabriel Casals.—22 años.
 D.^º Antonio Vivó.—23 años.
 D.^º Pedro Reverter.—27 años.

HOSPICIO DE TIERRA SANTA

- Fr. Pablo Calvet, Lego, Vicecomisario.—74 años.
 Fr. Francisco Masramón, Lego.—71 años.
 Fr. Pedro Domenech, Lego.—56 años.
 Fr. Gregorio Tous, Lego.—45 años.
 Fr. Francisco Monserrat, Lego.—51 años.
 Fr. José Buldú, Lego.—44 años.
 Fr. Pablo Piñol, Lego.—32 años.

FÁBRICA DEL SEAL

- R. P. Fr. Agustín Modulell, Predicador.—53 años.
 Fr. José Llopis, Lego.—70 años.
 Fr. José Roca, Lego.—59 años.
 D.^º Francisco Tenas.—29 años.

Son los sacerdotes	49
» » coristas	13
» » legos	29
» » novicios	6
» » donados	8
Total.	105

Estos eran los religiosos en 1835, aunque en el día de la exclaustración había

algún insignificante cambio, pues quizá en aquella nefasta hora alguno de los frailes apuntados se hallaba en otro convento. Fr. Manuel Pallás, que había hecho el noviciado en Reus, acababa de ser destinado a Barcelona, en donde halló la muerte, como muy pronto explicaré (1).

Además a la sazón estaban en el convento de Barcelona, confinados por la autoridad secular, el Padre Ignacio Fábregas y los legos Fr. Juan Güell y Fr. José Cutal, todos del convento de Torá, del que el primero era Guardián (2).

En la noche fatal algunos de los reseñados frailes accidentalmente se hallaban ausentes del convento. Tal era el Provincial, Padre Clariana, hombre docto y piadoso, quien, con su secretario Padre Frexes y otro, hacia unos días que por razón de asuntos estaban en el conventito de Pedralbes. Así también el Padre Jaime Rovira estaba fuera. El síndico del convento, Don Bartolomé D'Lemus, a la sazón moraba en su quinta del término de San Martín de Provensals, vecina a la vía llamada Travesera y a la villa de Gracia; y el convento, en agradecimiento a sus servicios, le enviaba allá un religioso para decirle la Misa, el cual religioso se iba relevando cada tantos días. En aquella tarde había subido allá el Padre Rovira, y es lo notable que al pasar por la Plaza de Santa Ana se le dió un bofetón: tales andaban el odio y la audacia de los enemigos, y el espíritu de quien debiera haberlos reprimido! (3).

Hechos semejantes por un lado, y las seguridades dadas por la autoridad por

otro, producían en el ánimo de los franciscos el mismo efecto que en el ya descrito de los mercedarios, es decir, ceguera en los ancianos, temor en los jóvenes; pero sin que en los primeros faltara el miedo (4). Unos días antes del atentado, reunida la comunidad en el *de profundis*, la dijo el Guardián: «Sabemos que algunos religiosos abrigan temores por su seguridad. Sepan que pueden descansar seguros». Palabras hijas, sin duda, de la visita al General (5). Hay, sin embargo, que confesar que halló mucha menor ceguera en los franciscos que en otros frailes; y la hallo, o deduzco, de las precauciones tomadas de antemano. Así que antes de la revolución se había sacado del convento el terno bueno y algunos objetos (6). Tres o cuatro meses antes del atentado la casa había establecido velas, o vigilantes nocturnos, para lo que dos o tres frailes cenaban antes que la Comunidad, y luego se repartían por el convento para observar lo que a su derredor ocurriese (7). Además los superiores habían estudiado el modo de salvarse, caso de una agresión. Primero se proyectó buscar la salvación subiéndose al terrado, o tejado del templo, al cual la angosta escalera de caracol dificultaba el acceso de malhechores y facilitaba la defensa por los que se hallasen en la sumidad. También se acumularon piedras en el terradito llamado del *reloj* porque éste estaba allí, el cual terradito descansaba sobre la portería, piedras destinadas a ser tiradas a los que pretendiesen ascender, como supongo se acumularían igualmente piedras en el dicho tejado del templo. Pero los

(1) Guardaba esta lista el entonces Donado, o sea novicio para lego, D. Antonio Vivó, quien me la prestó en junio de 1880. Es la más completa y circunstanciada de cuantas de este convento vi.

(2) Fr. Mateo Orriols, vicario de coro. *Llibre de notes*, pág. 108.

(3) Me lo contó la viuda del Sr. D. Bartolomé d'Lemus, D.^a Mercedes Espalter y Maciá, en Barcelona a 15 de marzo de 1886, contando 86 años.

(4) Me lo dijo el fraile de esta casa Fr. Joaquín Martí en Barcelona a 7 de julio de 1880.

(5) Relación del fraile de esta casa P. Ramón Buldú. En Barcelona a 26 de diciembre de 1882.

(6) Relación del Donado D. Antonio Vivó. Barcelona, junio de 1880.

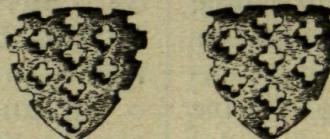
(7) Relación del P. D. Baltasar Sentís, que aquel día 25 estaba de vigilante. Me la hizo en Maspujols a 13 de junio de 1886.

superiores que habían ideado tal plan, al saber que en Reus el ataque se perpetró por medio del incendio del templo, comprendieron la inconveniencia de su proyecto; y estudiando otro dieron en el que, como muy luego diré, les salvó, y el que entretanto guardaron secreto.

cas que de distintos puntos de la ciudad, atravesando la muralla, salían al puerto. Proyectaron, pues, los superiores, en el caso de un ataque, escurrirse por este conducto, salir a las rocas, caprichosamente y sin orden alguno allí tiradas, que formaban el cimiento, pie y apoyo de

LÁPIDA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS DE BARCELONA

HIC : IACET : IACOB⁹ : DE
CRUDILIIS : FILI⁹ : CÓDA
NOBILIS : GILABERTI
DE : CRUDILIIS :



EXPLANACIÓN.—HIC : IACET : IACOB⁹ (*Jacobus*) : DE
CRUDILIIS : FILI⁹ (*filius*) : CÓDA (*quondam*)
NOBILIS : GILABERTI
DE : CRUDILIIS :

TRADUCCIÓN.—*Aquí yace Jaime de Cruilles, hijo del en otro tiempo noble Gilaberto de Cruilles.*

Escala de 1 por 5.

Actualmente esta lápida está en el Museo provincial de antigüedades de Barcelona, donde tiene el número 900, página 200 del Catálogo.

El convento, como es sabido, se hallaba junto al puerto, y de él separado sólo por la anchura de la muralla del mar. Al pie del noviciado había el desagüe de las grandes letrinas de la casa, el cual se efectuaba por un conducto, o mejor, alto paso, que cruzaba allí por bajo de la dicha muralla. Se bajaba a este conducto o depósito por una escalerilla; y no dudo que la boca exterior del conducto vendría defendida por una reja, como recuerdo que venían defendidas las de otras clo-

la muralla; trepar por ellas, ir siguiendo dicho pie de la muralla hasta el de la de Atarazanas; allí llamar a la tropa del fuerte y pedir auxilio. El proyecto no dejaba de ofrecer alguna dificultad, tanto por la suciedad del primer paso, como por lo expuesto de caminar sobre rocas movedizas e irregulares, como porque entre el convento y el fuerte mediaba el desagüe de otra gran cloaca; pero en cambio ofrecía la ventaja de poner la Comunidad en directa comunicación con

el fuerte, pudiendo pasar a éste sin ser vista por nadie de la ciudad (1).

Así las cosas, llegó el día de Santiago. A las cuatro de su tarde, la Comunidad rezó los Maitines; y acabados, los Padres se dirigieron a sus cosas y los coristas salieron a tomar un rato de recreo en el terrado del coristado, que daba al mar y dominaba el puerto, la Barceloneta y aquellos contornos. El puerto entonces, y yo lo recuerdo perfectamente, no tenía las escolleras que le parten hoy; llegaba hasta el pie de la muralla, formando una ancha y despejada extensión de aguas, que más que puerto debía llamarse brazo de mar, o ensenada abierta por el lado S., cuyas olas, a las veces muy bravas, se estrellaban en las mentadas rocas del pie de la muralla. Ninguna casa de la Barceloneta tenía más que un piso alto, resultando así una población muy baja; y los demás contornos del lugar se hallaban despejados. Así se recreaban los coristas con tan deleitosa vista, cuando notaron cierta siniestra polvareda del lado de la puerta del mar: era el toro. Páranse a observarla, y en esto les sube un recado del Padre Guardián para que bajen a la Enfermería, al tiempo que la campana de la Comunidad llevaba el mismo llamamiento a los demás religiosos. Motivaba este llamamiento el aviso que alguna buena persona, adelantándose a la revolución, había corrido a dar al Superior.

Reunida la Comunidad, el Padre Guardián le notició lo que pasaba, y le expuso su plan de fuga por la cloaca y así llegar a Atarazanas; pero había que esperar un ratito para que anocheciera y evitar ser descubierta en las rocas (2).

A las siete, unos siete u ocho legos habían cenado para así estar dispuestos para luego servir la cena a los demás; y quedaban allí mismo de recreo en el refectorio, esperando el descenso de la Co-

munidad, cuando he aquí que a eso de las siete y media u ocho menos cuarto se presenta el enfermero mayor, Fr. Pedro Alsina, y dice: «Sí, podéis estaros »aquí tranquilos, y la puerta de la calle »ya arde». Salen corriendo los legos. El donado Antonio Vivó toma dos cubos (*bujols*), pasando por el claustro lleno de agua en el surtidor, y se encamina a la puerta del patio exterior llamada de San Salvador, decidido a apagar el fuego. Al llegar a ella oyó los gritos de los incendiarios que decían «ara.... ara», y vió el fuego. Esperaba Vivó el momento en que pudiese sofocar el fuego con el agua, cuando le asaltó el temor de que los revolucionarios entraran en el dicho patio por la puerta principal, o de frente del templo y, así que le cogieran entre dos enemigos y, sorprendiéndole desprevenido por la espalda, le mataran. Vació los cubos, y se retiró; y con el Hermano sacristán Fr. Pedro Reverter subió al terrado del reloj, de donde pasaron al campanario, y tocaron las campanas en súplica de auxilio.

Haria como un cuarto de hora que estaban allí cuando sube el Padre Francisco Vidiella, y pregunta en la oscuridad por quien hay allí; y luego, oída la contestación de los dos religiosos, interroga por el estado del alboroto. Vivó le contestó: «No teman VV., porque el Convento está rodeado de tropa que no permite que nadie se acerque á él». Fuése entonces el Padre Vidiella a comunicar la noticia a la Comunidad.

Ésta, entre tanto, iba fugándose por la cloaca. Bajaban en grupos por la escalera del dicho depósito; pasaban sobre de éste por dos tablones colocados de propósito, y luego, no sin participar de la inmundicia, salían a las rocas. Al principio, como todavía subsistía alguna luz del día, y frente de la cloaca hubiese una barquilla que pescaba con luz, los frailes, temiendo ser vistos, se agacharon tras de las rocas primeras, o, según otro testigo, suspendieron la salida, esperando la completa oscuridad de la noche; la

(1) Relación de Vivó citada, y relaciones de otros frailes de la casa.

(2) Relación citada del corista P. Joaquín Martí.

que llegada, caminaron con las dificultades consiguientes del terreno hasta el pie de la muralla de Atarazanas, cuyo pie bañaba el mar (1). El Padre Guardián Anguera se situó en la cloaca y dirigía la operación (2).

Mas no toda la Comunidad siguió este camino, y así debe la presente relación retroceder un poco. El paso por la escala, aunque no mala, por los tablones y sobre todo por las rocas, no era para decrepitos y achacosos, y así éstos, en número, según parece, de once, quedaron en el convento; de donde al otro día fueron sacados por la fuerza pública y conducidos a Atarazanas. Un miliciano, que formaba parte de esta fuerza, me añadió que al bajar con ellos la rampa de la muralla del mar, el populacho les quitó uno de los frailes: que «si los milicianos nos hubiésemos empeñado en salvarle, quizá hubiéramos perdido otros, y así no tomamos un decidido empeño porque no lo consideramos prudente». Otro día un mi amigo habló nuevamente del caso con el miliciano, el cual sólo soltó alguna palabra que pareció no favorecerle, y calló. De donde deducirá el avisado que quizá la tal prudencia deba, mejor que de tal, calificarse de crueldad y espíritu revolucionario. A lo que se ve, creía el miliciano que el populacho había acabado con el religioso; pero como ninguno de los franciscos me dió cuenta de su muerte ni herimiento, creo que de un modo u otro sería entrado en el fuerte y salvado. La comitiva de los viejos llegó a la puerta de Atarazanas, y allí, a empujones y apoyándoles, como lo habían efectuado en el trayecto, los milicianos los metieron dentro (3). Uno de estos frailes, el Padre Antonio Puig, que contaba 75 años de edad, estaba tan

decadente, que caminaba arrastrando los pies. Tempranito del anochecer hizo su chocolate en su misma celda, y se acostó, y así pasó tranquilamente la noche sin enterarse del trastorno de la casa (4).

A pesar del susto y turbación del momento, los franciscos atinaron a salvar el Santísimo Sacramento, y así, antes de dirigirse a la cloaca, un Padre, para evitar profanaciones, lo sumió; y parece que algunos religiosos ocultaron sendos cálices en sus mangas para salvarlos (5).

Hemos dejado en el campanario al donado Antonio Vivó con el donado Reverter, adonde, a los pocos minutos de haber dicho al Padre Vidiella que el convento quedaba defendido, volvió este Padre, y a los dos del campanario les informó de la huida de la Comunidad, el lugar y modo. Bajan de aquella altura, Vivó se dirige a su celda, y se viste de seglar con un traje que le habían llevado a las cuatro de aquella misma tarde, de allí acude a la cloaca, y con el Hermano refitolero pide permiso al Guardián para salir por la puerta de la calle. Accedió el superior, y aun les añadió que se llevaran los cinco monaguillos de la casa a la sazón allí presentes. Los siete se encaminaron a la portería, pero el portero, Hermano Mariano Coll, firme en la puerta, negóse a abrir, hasta que Vivó le aseguró que venía con orden del Guardián. Salidos, toparon con un oficial situado frente de la esquina de la calle Nueva de San Francisco, quien les preguntó que ¿adónde iban? Contestaron ellos que eran frailes que huían, y con esto les dejó pasar. Siguieron por esta últimamente nombrada calle, mas como al llegar a su mitad Vivó oyese que un vecino dijese: «son frailes, mira, ves, aquellos chicos son los monacillos», mandó a éstos que caminaran unos pasos adelantados a él, y así continuó su camino hasta llegar a una casa de huéspedes de la calle de las Molas, donde se hospedó. Al pasar por las

(1) Relación citada del P. Ramón Buldú y de otros frailes.

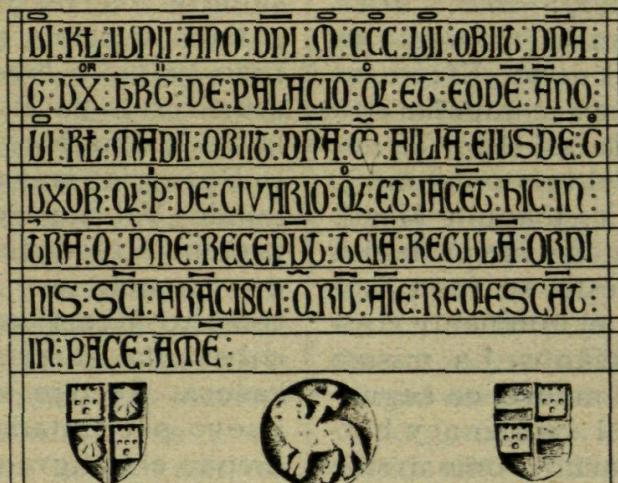
(2) Relación citada del donado Vivó, que se halló presente al acto.

(3) Por caridad me callo el nombre del miliciano que me lo dijo.

(4) Relación cit. del P. Joaquín Martí.

(5) Relación citada del donado Vivó.

LÁPIDA DEL CLAUSTRO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS DE BARCELONA



EXPLANACIÓN.—^oVI (*Sexto*) : KL (*Kalendas*) : IUNII : ANO (*anno*) : DNI (*Domini*) : M (*millesimo*) : CCC (*trecentesimo*) : VII (*septimo*) : OBIIT : DÑA (*domina*) : G (*Geralda*) : UX (*uxor*) : BRG (*Berengarii*) : DE : PALACIO : Q.. : (*quondam*) : ET : EODE ^{II}E (*eodem*) : ANO (*anno*) : VI (*sexto*) : KL (*Kalendas*) : MADII : OBIIT : DÑA (*domina*) : M (*Maria*) : FILIA : EIUSDE ^e (*ejusdem*) : G (*Geraldae*) UXOR : Q.. (*quondam*) : P (*Petri*) : DE : CIVARIO : Q.. : (*quondam*) : ET : IACÄT (*jacent*) : HIC : IN : TRA (*terra*) : Q (*quae*) : PME (*primae*) : RECEPÄT (*recepérunt*) : TCIÄ (*terciam*) : REGULÄ (*regulam*) : ORDI NIS : SCI (*Sancti*) : FRÄCISCI (*Francisci*) : QRÜ (*quorum*) : AIE (*animae*) : REQ'ESCÄT (*requiescant*) : IN : PACE : AME (*Amen*) :

TRADUCCIÓN.—*El día sexto de las Kalendas de junio del año del Señor 1307 murió la señora Geralda consorte de Berenguer de Palacio en otro tiempo (o sea ahora difunto); y el mismo año el día sexto de las Kalendas de mayo murió la señora María hija de la misma Geralda, mujer del en otro tiempo Pedro de Civario. Y yacen aquí en tierra; las que antes recibieron la tercera Regla del Orden de San Francisco; y cuyas almas descansen en paz. Amén.*

Escala de 1 por 5.

Esta lápida está ahora expuesta en el Museo provincial de antigüedades de Barcelona, donde tiene el número 924, pág. 208 del Catálogo.

cercanías del convento de Capuchinos oyó el tumulto del ataque de este convento y los gritos que daba la turba en aquel momento clamando: «*ara... ara*», palabras que me indican el momento en que caería la verja del atrio. Efectuóse esta huida de Vivó y sus compañeros a las ocho y cuarto, o cosa así (1).

No carece de interés el relato del modo como huyó el corista Fr. Joaquín Martí, al cual mucho traté, y de cuyos labios tengo las noticias de esta su fuga. Los jóvenes, me dijo, veían el inminente trastorno, pero no los ancianos. La misma tarde del 25 de julio, su madre, en segundas nupcias consorte del cirujano y barbero Don Liborio Bofarull, como arriba noté, estuvo en el convento a visitar a Fr. Martí, instándole para que en razón del peligro saliese del cenobio. El fraile, apoyado en que todos los Padres, hasta los más graves, continuaban allí, negóse a las súplicas y consejos de su madre. Al fin ésta transigió, conviniendo en que al menos llevaría al hijo un traje de seglar para poder huir en caso de necesidad. Fué la madre por el traje, pero al volver con él ya no pudo llegar al convento por razón del alboroto.

Cuando, movida ya la revolución, la Comunidad fué a escurrirse por la cloaca, Martí y un su compañero pensaron en huir, proyectando Martí irse a casa de su madre y padrastro, calle de la Riera del Pino, hoy del Cardenal Casañas; pero carecían de disfraz. Recorrieron el convento, antes tan poblado y risueño, ahora de soledad tan siniestra y de tanto abandono, y, viendo abiertas las celdas y allí abandonados algunos trajes de seglar, Martí se vistió uno del Padre Cantero, y el compañero se disfrazó también. En este paso por el convento vieron los jóvenes la puerta, y que se le ponía fuego, y que acudieron en grupos algunos soldados de caballería de Atarazanas, quienes con ayuda de vecinos apagaron el fuego.

El Portero negóse a abrir la puerta a

los dos jóvenes, pero como se presentase para salir, y muy bien disfrazado, el Padre Boria, se abrió la puerta, y así salieron los tres y un caballero que acompañaba al primero. Enfilaron los jóvenes toda la calle Nueva de San Francisco, cruzaron la de Escudillers, siguieron por la del Vidrio para por ella llegar a la de la Boquería, mas al entrar en la de Fernando VII toparon con el tumulto que pretendía incendiar la puerta del templo de Capuchinos. En el barullo de este tumulto y corridas a Martí le cae de la cabeza la gorra, quedando patente su rasura. Recoge aquella y se la pone de nuevo precipitadamente, pero comprendiendo el peligro que allí corrían, resuelven dar un rodeo por las calles de Tresllits, Leona, Aviñó, Ave María, Plaza del Beato Oriol y Riera del Pino. Atravesan las dos primeras nombradas calles, mas en la de la Leona topan con una patrulla que les da el *quién vive*; responden ellos descubriendo su profesión, y entonces la patrulla los lleva a Atarazanas.

Al llegar vió Martí que un Padre estaba exhortando al moribundo Fr. Pallás. Allí en el fuerte había ya muchos franciscos, todos en hábitos, por cuya razón el corista estaba corrido. A las tres de la madrugada la intrépida madre de Martí se presentó en Atarazanas, en cuya puerta topó con Ayerve, al cual habló con tal eloquencia de madre, que el mismo Brigadier la cogió por la mano y la introdujo en el fuerte. Entró esta señora donde estaban los frailes, y llamado su hijo, le dió una medicina para sustos, de la que participaron los compañeros más cercanos. Traía la madre el prometido disfraz, mas el fraile no lo admitió, sino que por el contrario pidió a su madre que le trajera un hábito que ella le había hecho en aquellos días. Se lo llevó, y Martí vistió como los demás de su convento (2).

(1) Relación cit. del mismo D. Antonio Vivó.

(2) Relación de dicho Fr. Martí en Barcelona a 7 de julio de 1880.

He aquí cuán bien concuerda la presente relación de Fr. Joaquín Martí con la de mi compañero que había oido del padrastro señor Bofarull, según arriba en el artículo 5.^º del capítulo anterior expliqué.

Tampoco siguió a la Comunidad el Padre Baltasar Sentís, y la historia de su fuga contribuye a explicar la de aquélla. En la noche fatal tocábale a Sentís la vela nocturna de seguridad, por cuya razón cenaba antes que los demás. En esto, mientras cenaba, entra precipitadamente en el refectorio el Padre Alsina, y anuncia la revolución. El Padre Sentís deja la cena y sube al convento, que encuentra ya desierto; y de allí corre a esconderse en lo más alto de la casa, en el desván, entre la bóveda del corredor y la techumbre superior. Permaneció aquí un buen rato, como media hora, esperando ver qué sesgo tomaba el ataque, hasta que oyendo que la caballería corría y dominaba la calle, se animó, y descendió al convento, mientras oía el campaneo de los cenobios que pedían auxilio. Bajó al huerto, y en el ángulo que éste formaba entre la rampa de la muralla del mar y el Dormitorio, o sea frente del actual Banco de Barcelona, halló que el lego Manuel Pallás, vestido de seglar, armado de una escalera, quería saltar la tapia y huir. Esta en el dicho ángulo sostenía un farol del alumbrado público, tras del cual una alta piedra, que hacia las veces de reflector, iluminaba la calle, dejando al huerto en obscuridad. Fr. Sentís subió por la escalera antes que el lego, y viendo que frente de Atarazanas había dos piezas de Artillería con sus artilleros, creyó seguro el terreno, y saltó a la calle, pasando de una corrida hasta la puerta de Atarazanas, la que venía frente de la Rambla. Sin embargo, aun allí, y esto demuestra la connivencia de la autoridad, en el acto de correr Sentís hasta el fuerte, sonaron en la turba que se hallaba en la misma Rambla ante los indicados cañones, sonaron, digo, dos tiros, cuyas balas dieron contra la nombrada tapia del huerto del convento, no sin antes una de ellas tra-

pasar el hábito del fraile, ¡tan cerca le pasaron!

En Atarazanas Sentís halló ya siete u ocho frailes franciscanos que habían sido recogidos o llevados allá. Al cabo de un rato, como de un cuarto de hora, un oficial dijo a Sentís que allí había un herido, y por lo mismo el fraile corrió a asistirle, quedando no poco sorprendido al encontrarse con el lego que quiso saltar la tapia con él. Estaba ya moribundo por las terribles puñaladas que recibió en la Rambla de Santa Mónica, frente de la casa llamada entonces de March de Reus, y hoy Sucursal del Banco de España, es decir, casi tocando con los cañones y la autoridad. Sentís dió la absolución al lego Manuel Pallás, que este era su nombre, quien en seguida murió.

Al cabo de un rato de tan triste escena otro oficial se dirige a Sentís y le dice: «Vea V., Padre, por aquí bajo de la muralla llaman. Vea V. si conoce la voz». Acercóse el fraile a la muralla que daba al mar, y conoció la voz de su Padre Guardián. «¡Padre Guardián!», contestó Sentís. Repuso aquél: «Vea si por ahí hay una escalera para subir». Púsose la escalera de mano en el punto donde hubo la batería de salvias, y por ella subió al fuerte como la mitad de Comunidad francisca, o quizás más, conmovida en los espíritus, sucia en el cuerpo por razón del conducto de la fuga (1), pues procedía de la cloaca. Al entrar en la muralla los frailes tropezaban sin duda por la obscuridad y la turbación, y entonces un cadete, del cual luego he de hacer mención, acudió a darles la mano para evitar que cayesen (2).

El cadáver de Pallás fué colocado bajo de un cobertizo junto con el de otro fraile,

(1) Relación del mismo P. Baltasar Sentís en Maspujols a 13 de junio de 1886. El donado Vivó me dijo que quien dió la absolución a Pallás fué el P. Manuel Font, pero Sentís me dijo haber sido él.

(2) Relación del mismo cadete D. José Ortega de 13 de enero de 1888.

cuya religión ignoro, el cual tenía abierta la cabeza, faltándole toda la coronilla, abertura que dejaba ver el cráneo vacío, lo que indica que su cerebro quedaría en el lugar del crimen. Ambos difuntos vestían de seglar (1).

Al pronto los frailes vivos entrados en el fuerte fueron colocados en el almacén de la Maestranza de Artillería (2).

Brillaron ciertamente los franciscos en este tropiezo por su serenidad, pues no sólos sagaz y ordenadamente supieron huir, sino que también salvaron los objetos de precioso metal. Ya arriba nos dijo el sacerdote donado Vivó que al escaparse cada corista ocultaba un cáliz en la manga de su hábito; y el Subsíndico Don Félix Puig me añadió que en la misma noche uno de ellos, por donde huyó la Comunidad, volvió al convento y extrajo y llevó al fuerte otras joyas; de modo que unos días después él mismo en la casa rectoral de San Gervasio, donde se hallaban refugiados el Padre Provincial y algún otro de los superiores, vió abundancia de plata procedente del convento de Barcelona y del de Jesús de Gracia. Allí fué tapiada en un escondrijo, y se salvó (3).

Atrevido anduvo y afortunado también el Subsíndico Fr. José Pallás, lego, hermano del asesinado Fr. Manuel, el cual José, el día siguiente del atropello, o sea el 26 de julio, entró en el convento por la cloaca por donde había huido la Comunidad; se dirigió a la celda del Síndico Fr. Germá; recogió de allí 9,600 duros que pertenecían a la Provincia y que accidentalmente estaban allí, y con ellos salió y los salvó. Dejó abandonados 18 duros en calderilla por no poder llevarlos. Tengo esta noticia de labios del donado Don Antonio Vivó, quien la había oido de boca del mismo que ejecutó el atrevido paso; pero me quedó alguna duda sobre si me dijo que la practicó el

indicado José Pallás o el subsíndico Félix Puig, aunque el carácter atrevido del primero me inclina a creer que fué él. José Pallás, exclaustrado ya, entró en la conspiración carlista, y descubierto, fué fusilado (4).

Durante la noche del 25 fueron entrando frailes en Atarazanas. Algunos llevaron allá sus copones conteniendo las Sagradas Formas; de modo que se reunieron allí cuatro o cinco globos, los cuales fueron colocados sobre de una mesa en un terradito. Los prelados invitaron a los sacerdotes a sumir las dichas Formas, y así las sumieron, ocultando luego los globos en las mangas de los hábitos (5).

En Atarazanas hubo oficiales que se portaron bondadosamente con los frailes, tales como el mentado cadete y otros: la inmensa mayoría ni les halagaron ni les insultaron. Sin embargo, uno, de muy baja graduación, al ver en la mañana siguiente que se daba un panecillo (*longuet*) a cada fraile, exclamó: «¿qué pan?; »veneno hay que darles»; exclamación que atemorizó tanto a uno de los franciscos, que no quiso probar dicho pan temiendo ser envenenado (6). La soldadesca de tropa y carabineros insultó a los pobres perseguidos profiriendo distintos dicterios, tal como: «de cada cinco de estos »habría que fusilar uno» (7).

En aquella noche no se dió alimento alguno a los frailes recogidos en Atarazanas, y esta noticia me trae a la mano una calumnia que contra los franciscos de dicho fuerte escribió Don Víctor Balaguer. Describe el paso de la Comunidad por la cloaca y las rocas y su ascenso al fuerte, y lo hace del modo artificiosamente hinchado de su costumbre; y añade: «Una vez allí (*los frailes en Atarazanas*), »una vez en salvo, una vez disipados »todos sus temores, los pobres proscritos

(1) Relación citada del P. Ramón Buldú.

(2) Relación de dicho D. José Ortega.

(3) Relación de D. Félix Puig en Barcelona en 23 de junio de 1880 y de D. Antonio Vivó.

(4) Relación cit. de D. Antonio Vivó.

(5) Relación cit. del P. Sentís, que fué uno de los que sumió Formas.

(6) Relación cit. del P. Ramón Buldú.

(7) Relación cit. del P. Baltasar Sentís.

»se acordaron que habían abandonado su morada en el momento en que iban a sentarse a la mesa y olvidáronse de su apurada y crítica situación para dar disposiciones y pedir algo que comer.

»Poca provisión había en la cantina, y por lo mismo despacháronse dos soldados que no tardaron en volver a la fortaleza cargados de comestibles.

»Preparóse, arreglóse una larga mesa en la cantina, y los Franciscanos se sentaron a ella.

»En el instante en que llevaban su primer bocado a los labios, oyóse un grito agudo muy cercano seguido de una serie de gemidos que iban debilitándose, al mismo tiempo que resonaba el golpe de un cuerpo cayendo en tierra.

»Palidecieron los frailes.

»El guardián mandó un lego para enterarse.

»Este volvió y dijo que era un fraile dominico que herido había traído una patrulla, y que acababa de caer muerto á la puerta de la cantina.

»Al ver que no tenían nada que temer, los frailes sin contestar llevaron a los labios el bocado que habían suspendido y continuaron comiendo con la mayor tranquilidad y calma, como si tal cosa hubiese sucedido.

»¡Pasmosa sangre fría! ¡Imperturbable egoísmo! ¡Sus hermanos agonizando y ellos comiendo!»—Nota del pie de la página: «El autor sabe esto por un testigo de vista» (1).

En su libro posterior *Las Calles de Barcelona* dice Balaguer que este testigo era el señor Llobet y Valllosera, al cual veremos figurar harto más abajo, y termina la nota con estas palabras: «el autor, como se lo contaron, así lo cuenta».

Si en la narración de una tragedia, tan lamentable como la presente, fuera lícito mezclar un sainete, tomara a broma el

relato de Balaguer. Porque allí se dice que los frailes tenían «disipados todos sus temores» y al mismo tiempo se habla de su «apurada y crítica situación»; que faltando víveres en la cantina se mandan dos soldados, cual si fueran dos legos al servicio del Guardián; que los soldados fueron por ellos, y que vuelven cargados, ni más ni menos que si fueran criados de fonda cargados con sus abultadas cestas, y esto a las nueve de la noche, en día de revolución. Se dice que luego se arregló la larga mesa, sin duda con sus jarritos de flores, entremeses y postres; que el fraile al morir dió allí el grito, los graduados gemidos, y finalmente se oye el ruido de la caída del cuerpo tal como en las muertes del teatro. Se escribe allí que el cuerpo, al caer exánime, produjo un ruido, como si fuese de metal de campana; que el Guardián manda un lego, como un General envía un ordenanza; que la víctima «era un fraile dominico que herido había traído una patrulla»: mucha fuerza debía de tener el tal fraile cuando herido pudo transportar a cuestas una patrulla; y que entonces los tigres, digo, los frailes, continuaron tranquilamente la cena.

Unánimemente todos los frailes de varias religiones puestos en Atarazanas, por mí interrogados, me negaron que en aquella noche se les diera allí alimento alguno. Los franciscos, pues, no cenaron. Ningún dominico murió en Atarazanas, ni tuvieron los de su religión más herido ni muerto que el Padre Riera, asesinado en la calle de San Pablo. Cuando el mal herido franciscano Manuel Pallás fué entrado en el fuerte, todavía la Comunidad no estaba en él, como arriba nos lo contó Fr. Baltasar Sentís. El mismo Balaguer no debía de estar muy convencido de la verdad de su dicho, ya que cuando lo reproduce en su libro posterior *Las Calles de Barcelona*, se sacude de sus hombros la responsabilidad de su certeza, escribiendo: «y como se lo contaron al autor, así lo cuenta»; que es como decir: «yo no respondo de lo dicho». En fin, que para

(1) *Los frailes y sus conventos... Madrid y Barcelona, 1851*, tomo II, págs. 409 y 410.—*Las calles de Barcelona. Barcelona, 1865*, tomo I, págs. 362 y 363.

tragarse tales calumnias es necesario fabricarse unos frailes fantásticos, distintos de los reales, que sean mitad hombres y mitad hienas.

Pero la calumnia es hija de algo, reza el refrán, por cuya razón inquirí si hubo algún hecho que la motivara. El Padre Sentís me contestó que no veía más hecho que el presenciado por él, cuando al principio de la persecución, y cuando él entró en Atarazanas muy antes de la llegada de la Comunidad, topó allí con cuatro o cinco frailes, que comían algo, y a los que no pudo menos de decir: «no sé como tienen apetito». Estos todavía no habían visto heridos, ni atentados, ni casi persecución; su espíritu, pues, aún estaba poco conmovido. De todos modos, de este hecho a la calumnia de Balaguer media un abismo. Por ella comprenderá quien leyere cuánta razón llevó en el prólogo al escribir que la opinión de los años que siguieron al 35 fué creada por la revolución, y estuvo informada de satánico odio contra las órdenes religiosas.

Por las notas de los libros de entradas y salidas del Hospital de la Santa Cruz se ve que los frailes, que durante los días del encierro en los fuertes, enfermaban, eran llevados a dicho piadoso establecimiento. Así, en 31 de julio, entró allá el Padre Vicente Ferrer, de este Convento, natural de Barcelona y ciego; y salió en 23 de septiembre. Y el lego Fr. Antonio Civit, natural de Blancafort, entró en 10 de agosto, cuando los religiosos eran despedidos de los fuertes, y no consta si curó o murió.

El edificio, exceptuada la mentada puerta, no sufrió el incendio, como se desprende de lo narrado.

ADICIONES. Con posterioridad a la publicación de mi primera obra adquirí la noticia, y aquí la inserto, de la muerte del Padre Provincial Fr. José Feu en 7 de marzo de 1834, y el nombramiento de Vicario Provincial hecho a favor del Padre Fr. Buenaventura Clariana en el Definitorio de Tortosa, nominación efec-

tuada a los 21 días del mismo mes y año (1).

El Padre Lector Fr. Francisco de Paula Moliner, después de exclaustrado, fué beneficiado de nuestra Catedral, y murió en 6 de septiembre de 1858 (2).

ARTÍCULO CUARTO

SANTA MÓNICA DE AGUSTINOS DESCALZOS

Lista de los religiosos de esta casa:

SACERDOTES

R. F. Cristóbal de la Virgen del Carmen, de apellido Andués, Prior.

R. P. Jaime de la Virgen del Carmen, de apellidos Edo y Morte, hijo de Teruel, Subprior. Profesó en 5 de octubre de 1805.

R. P. Francisco de Santo Domingo, de apellidos Vidaló y Fabra, hijo de Puigcerdá. Profesó en 4 de diciembre de 1784.

R. P. Mateo de los Dolores, de apellidos Manonelles y Romaña, hijo de Barcelona. Profesó en 18 de octubre de 1785.

R. P. Carlos de la Concepción, de apellidos Gil y Carrió, hijo de Barcelona. Profesó en 20 de junio de 1796.

R. P. Jaime de la Virgen de los Dolores, de apellidos Ayats y Masferrer, hijo de San Pedro de Ossor. Profesó en 27 de noviembre de 1798.

R. P. José de la Virgen del Carmen, al cual las listas oficiales dan el apellido de Macía, pero en el libro de profesiones se lee de un José de la Virgen del Carmen que se llamaba Manonelles y Romaña, que profesó en 13 de agosto de 1799 y que era natural de Barcelona.

R. P. Manuel de San Antonio de Padua, de apellidos Lanzuela y Bernal, hijo de Fortanete de Aragón. Profesó como

(1) *Llibre de notas* del Vicario de coro, páginas 69 y 70.—Archivo de Hacienda de Barcelona.

(2) Archivo catedral. Libro de *Obits de 1858*, fol. 23.

lego en 8 de mayo de 1826, pero luego como corista en 16 de febrero de 1829.

R. P. Mariano de la Virgen del Carmen, de apellidos Baynach y Roy, hijo de Benavarre de Aragón. Profesó en 28 de enero de 1832.

R. P. José Rogent, cuyos otros nombres ignoro.

R. P. Esteban de la Magdalena, de apellido Bonet.

R. P. Manuel del Santo Angel, de apellido Jabat.

CORISTAS

Fr. Santiago de la Virgen del Pilar, de apellido González.

Fr. Pablo Falcón; ignoro los otros nombres.

Fr. Manuel de San Nicolás de Tolentino, de apellidos Pérez y Romero, hijo de Illueca de Aragón. Profesó en 27 de noviembre de 1831.

LEGOS

Fr. Francisco de San José de apellidos Colomer y Ester, hijo de Ger de Urgel. Profesó en 10 de abril de 1808.

Fr. Agustín de la Virgen del Carmen, de apellidos Monforte y Serret, hijo de Mirambel de Aragón. Profesó en 27 de Julio de 1833.

Fr. Antonio Bonet.

Fr. Tomás Luis.

Fr. Matías, organista (1).

A pesar de mi decidido empeño enquirir y oír, desde el principio de mis investigaciones, a religiosos de todos los conventos, no logré ver ninguno del presente de Santa Mónica. Respecto a la salvación de la casa, ya dije cuanto sé en el artículo 3.^º del capítulo próximo anterior. De lo sucedido a su Comunidad sólo he leído, y en un papel anónimo que acaso vino a mis manos, y cuya autori-

dad ignoro, que «á los agustinos descalzos nadie les dijo nada, y que se refugiaron en Atarazanas». De aquí los jóvenes pasaron a Montjuich, y los viejos y achacosos a la Ciudadela. Ni es de extrañar que escaparan ileso hallándose como se hallaban en convento tan próximo al fuerte de Atarazanas. Y no es que a todas horas pudiesen efectuar el traslado, pues el fraile franciscano Pallás sufrió la agresión frente de este cenobio, sino que sin duda esperarían un momento de relativa calma, y de una corrida pasarían, o quizá metidos entre los soldados de alguna patrulla que regresara al fuerte.

ARTÍCULO QUINTO

LA VIRGEN DE LA BUENANUEVA, DE TRINITARIOS DESCALZOS

El día fatal esta Comunidad se compone de los siguientes frailes:

SACERDOTES

R. P. Agustín de la Concepción, Presidente por falta de Ministro. Además era Lector.

R. P. José de la Virgen, de apellido Dardalló.

R. P. Jerónimo de San Félix, de apellido Faubelo.

R. P. Francisco de San José, cuyo apellido ignoro.

R. P. Santiago de la Concepción, Lector; ignoro su apellido.

R. P. Vicente de San Antonio, Lector; no sé su apellido.

R. P. José de los Dolores, Pasante. No conozco su apellido.

R. P. Buenaventura del Santísimo Sacramento; ignoro su apellido.

R. P. Nicanor del Beato Miguel, de apellido Ortega.

R. P. José de la Santísima Trinidad, de apellido Ciera.

R. P. Juan de la Asunción, de apellido Llusá.

(1) Archivo municipal de Barcelona. *Acuerdos. Segundo semestre, 1835.* Al fin del tomo un cuaderno titulado *Pasaportes expedidos á los Religiosos...—Libro de profesiones*, que está en el Archivo de Hacienda de esta provincia.

R. P. Sebastián de Dios, de apellido Casanovas.

R. P. Pedro de Jesús, de apellido Miranda.

NO SACERDOTES

Fr. Juan de... de apellido Puig.

Fr. Hipólito de la Concepción, Diácono, cuyo apellido ignoro.

Fr. Rafael de San Miguel, Diácono.

Fr. Manuel del Beato Miguel, Subdiácono, de apellido Fernández.

Fr. Jorge de la Virgen, Subdiácono, de apellido Gerunda.

Fr. Pedro del Beato Juan Bautista, Subdiácono, cuyo apellido ignoro.

Fr. Agustín de San Jorge, Subdiácono; ignoro su apellido.

Fr. Bruno de la Encarnación, Subdiácono, cuyo apellido ignoro.

Fr. Juan de San Lucas, Subdiácono, de apellido Ruiz.

Fr. Fernando de Jesús Nazareno, Subdiácono, de apellido Solá.

Fr. José de la Purificación, Subdiácono, de apellido Aranda.

Fr. Leandro de San Antonio, Acólito, cuyo apellido ignoro.

Fr. Felipe de San Miguel, Acólito, de apellido Martínez.

Fr. Antonio de San José, Acólito, de apellido ignorado.

Fr. Blas de la Virgen del Carmen, Acólito, de apellido Villafranca.

Fr. Severino de la Virgen del Rosario, Acólito, de apellido Casas.

Fr. Celestino de la Virgen, Acólito, de apellido Legaz.

Fr. Juan de Santa Teresa, Acólito, de apellido Bruch.

LEGOS

Fr. Benito de la Santísima Trinidad.

Fr. Matías de San Blas.

Fr. Juan de San José.

Fr. José de Santa Bárbara (1).

(1) Estas listas las debo a la bondad del Padre Fr. Antonino de la Asunción, actual Ministro

La Comunidad trinitaria venía regida por un Presidente porque el Padre Ministro, Padre Gregorio de la Ascensión, había sido confinado por la autoridad militar a Valencia, donde murió del cólera a poco de llegado allá. Cosa igual aconteció al Padre Definidor General Padre Buenaventura de San Alejo, residente en Vich, quien confinado a Barcelona por la misma autoridad, cayó aquí bajo la guadaña del cólera, siendo el único atacado que tuvo este convento (2).

La Comunidad trinitaria de Barcelona sentía falta de personal, especialmente para cubrir todo el servicio de Misas de turno; y por esto, como en el curso de coristas que habían hecho el noviciado y los tres de Filosofía en Vich se contaran cuatro presbíteros, los superiores les trasladaron a Barcelona para aquí ver la Teología. Llegaron los coristas la vigilia de la Pascua de Pentecostés de 1835 (3).

La mezcla de legítimo temor y de ceguera del peligro, que hemos notado en otras casas, aparece en la presente, si es posible, con mayor intensidad. Nos lo dirán sus frailes mismos. Las siguientes palabras las escribió el Padre Juan Puig, de ella: «No me acuerdo cuanto tiempo duró »de estar con serios temores, que todas »las noches estábamos de vigilancia dos »jóvenes hasta la una ó dos de la madrugada. Lo que tengo presente que un dia »encontrándome de la vigilancia á cosa »de las once de la noche se pronunció un

General de los Trinitarios descalzos y autor de varias eruditísimas obras referentes a su religión, quien me las transmitió desde Roma en 28 de julio de 1908. Los apellidos, empero, proceden de las listas escritas por la Autoridad de Barcelona en agosto de 1835 al dar pasaportes a los religiosos, y se hallan en el Archivo municipal de Barcelona, lugar citado.

(2) Relación escrita que mandó desde Taradell en 7 de diciembre de 1880 el fraile de este convento D. Juan Puig.

(3) Relación que me hizo el fraile de este convento D. Sebastián Casanovas en Sampedor en 27 de diciembre de 1881.

»incendio en una casa de la calle de San Pablo frente de la cara del convento que daba á dicha calle. Toqué á arrebato: se abrieron las puertas del convento: se puso un piquete en la boca de la calle y otro en Arrepentidas para no dejar penetrar ni salir á nadie. Los jóvenes desocupamos la casa incendiada y las contiguas colocando los efectos por separado en el jardín ó huerta (*del convento*), y despues los interesados nos dijeron que no se les había extraviado cosa alguna. Por la tarde vino el Brigadier Don Joaquín Ayerbe que hacia las veces de segundo Cabo, ó Gobernador, acompañado de una comision del Ayuntamiento, á darnos las gracias.» Despues Ayerbe se las repitió permitiendo que los quemaran a ellos.

«Temíamos el atropello que vino despues, pero no nos pasó por las mientes un abandono igual de los gobernantes.»

Me dijo el Padre Sebastián Casanovas, también religioso de esta casa: «Despues de la catástrofe de Zaragoza vino a Barcelona un lego, quien me contó horrores de lo que allí se hizo contra los conventos. Entróme con esto gran temor, por cuya razón escribí a un sacerdote compatriota y amigo mío, de nombre José Casas, pidiéndole un buen consejo. Me contestó que me avistase con el Carmelita Padre Esteban N., quien me diría lo conveniente. Me llegué al Cármen, y el Padre Esteban me dijo que se creía más seguro que si le guardasen diez mil caballos, porque Llauder les había dicho que si ocurría alguna novedad, que los frailes cerrasen las puertas, pues él arrancaría de ellas a los revolucionarios. Así, pues, yo quedé tranquilo en mi convento» (1).

El Padre de mi amigo y escritor Don Francisco de P. Capella, vecino y devoto del convento, esforzóse un día en avisar del peligro al superior, a lo que éste contestó: «Mire, señor Capella, estamos más

»seguros nosotros que V., porque nosotros con tocar la campana seremos socorridos» (2). Sin embargo, parece que los frailes por precaución habían sacado de la casa algunos, objetos depositando unos en manos del mismo señor Capella, quien después, tiempos adelante, los devolvió a la orden (3), y otros en otras manos: objetos, los postreros, que se perdieron (4). De todos modos parece que se había sacado uno de los ostensorios, pero que como poco tiempo antes del atropello la casa celebró la función del jubileo de las Cuarenta horas, lo había entrado nuevamente en la iglesia, y así perecería en el ataque (5).

Ya en su lugar expliqué la hora y forma del ataque de esta casa, y que, a pesar de preceder éste al de San José, la iglesia del Esposo de María ardío antes que el convento de los Trinitarios. La Comunidad aquel día 25 de julio siguió su horario, y a la hora acostumbrada concurrió al refectorio para cenar, dejando empero de vigilancia en la puerta un criado seglar. He aquí que de sorpresa el vigilante desde el jardín mete la cabeza por una ventana en el refectorio, y no dice más que: «ya están aquí». Levántanse todos precipitadamente, y los jóvenes van a sus celdas a dejar sus hábitos y vestirse de seglar. Entretanto desaparecieron el Presidente de la Comunidad y el Lector, «sin que nosotros, dijome Casanovas, supiéramos más de ellos».

La confusión entre los jóvenes dominó por completo, por efecto del temor y de la indecisión. El lego organista Fr. Matías, temiendo que si los jóvenes salían a la calle, en ella hallarían de presto la muerte, tomó las llaves, y se opuso a su salida. La ausencia de superiores contribuía a la indecisión. Grandes eran la an-

(2) Me lo dijo D. Francisco de P. Capella en Barcelona a 6 de febrero de 1885.

(3) Relación de Don Francisco Capella de marzo de 1880.

(4) Relación cit. del P. Sebastián Casanovas.

(5) Relación cit. del P. Sebastián Casanovas.

(1) Relación citada.

gustia y la ignorancia del partido que debiera tomarse; hasta que, sorprendiendo a todos las pavorosas llamas de San José, determinaron huir. Desde el primer grito de alarma hasta esta fuga transcurrió una media hora de angustia mortal. El proyecto de los jóvenes consistía en saltar a la huerta del colegio de San Buenaventura, contigua a la de Trinitarios, ocupado entonces aquél por la policía; del huerto de San Buenaventura salir a la calle, y ocultarse en casas particulares de la ciudad. Realmente, al ver las llamas de San José, unos once o doce frailes saltaron desde su convento por una ventana a su huerta o jardín; cruzaron la tapia que partía límites con la huerta de San Buenaventura, e intentaron desde ésta salir a la calle; pero el hortelano se negó a abrirles la puerta que daba a la vía pública, y diciéndoles que en la policía había ya otros religiosos, les acompañó a ésta.

Los frailes Trinitarios conducidos por el hortelano, en la policía fueron colocados en una celda, desde cuya ventana veían el espantoso incendio de San Agustín, y muy luego el de su casa (1). Desde la parte trasera de las vecinas habitaciones de la calle del Conde del Asalto un fraile carmelita, el Padre Francisco Recasens, miraba con temblor no sólo el incendio del edificio de Trinitarios y las llamas que brotaban por sus ventanas, sino qué un grupo de asesinos con antorchas registraba la huerta de Trinitarios (2): tristes escenas que igualmente presenciaban desde otra celda del colegio policía otros carmelitas allí refugiados (3).

Ni aun en este edificio ocupado por la policía faltaron temores y angustias continuas a los pobres frailes, pues además de las hijas de los atropellos que por sus

ojos veían, a eso de media noche subió a su celda un polizonte diciéndoles que no estaban bien allí los religiosos porque les comprometían a ellos. Los frailes rogaron al imprudente empleado que les salvara, y éste se retiró. Al albaorear del dia se mandó a los religiosos que bajaran, y entre dos filas de soldados fueron conducidos a Atarazanas, donde hallaron ya a los franciscos.

Colocados en este fuerte, se encontraron sin dinero; sólo el Padre Jerónimo y un lego tenían alguno, y con este comieron todos. Con los demás religiosos de la Ciudad fueron después conducidos a Montjuich, como en su lugar explicaré; sólo que los trinitarios experimentaron allí la falta de Superior (4).

Fray Jorge contó después en Roma que, cuando los revolucionarios llegaron al convento, se subió al techo, creyendo que allí quedaría oculto, mas el humo le desengaño de su idea, y se bajó. El y Fr. Juan Bruch se quedaron en el convento, ocultándose en una cuadra o cherería.

Fué víctima del ataque de los amotinados el lego Hermano José de Santa Bárbara, navarro, de 26 años de edad, hombre alto, bien plantado, con barba, y con su cruz bicolor sobre el pecho; quien estaba encargado de pedir limosna para la casa (5). Los asesinos le sorprenden-

(4) Relación citada del P. Sebastián Casanovas.

(5) Me dijo el nombre el vecino señor Capella, y algunas de las circunstancias el abogado don José Buhigas, quien conoció al muerto. Del Padre General de Roma recibí una preciosa carta en la que de este desgraciado lego se me dan más datos, los que a seguida copio: «El hermano lego »Fr. José de Santa Bárbara nació en Gastian »(Navarra) el 28 de mayo de 1809, de José de »Vlivarri y María Manuela Fernández. Fué bautizado el 31 de dicho mes y año con los nombres »de José Manuel... Optó por el estado religioso »tomando el hábito de Donado de Trinitarios »Descalzos a 9 de febrero de 1828 en la Ciudad »de Pamplona... Tomó la capilla de lego y entró

(1) Relación cit. del P. Sebastián Casanovas.

(2) Relación del mismo P. Recasens en Tarragona a 9 de agosto de 1880.

(3) Relación del carmelita P. Francisco Solá en Barcelona a 2 de julio de 1880.

dieron mientras, para pedir auxilio a la autoridad, tocaba la campana. El arma que se empleó para matarle fueron los palos, abollándole y aplastándole la cabeza. Fr. Jorge de la Virgen, con un lego, que como apunté, se habían refugiado en lo alto del edificio, de donde a poco se vieron precisados a bajar por el humo, procedente del convento, al descender hallaron tendido en el suelo al Hermano José, bañado en sangre y herido de muerte. Le exhortaron y consolaron mientras moría allí en los brazos de ellos. Estos creyeron, y no sin motivo, que iban a morir, y fervorosamente emitieron el acto de contrición; mas acogiólos uno de los mismos corifeos de la revolución, y se salvaron (1). El señor Capella vió después sacar del Convento el cadáver del Hermano José «puesto sobre una escalera, con el rostro negro por el humo y desangrado por los golpes que le habían dado para acabar con su vida» (2), tales que el cadáver llevaba un ojo fuera de la órbita (3).

En las notas del libro de entradas y salidas del hospital de la Santa Cruz se lee que «Celestino Legas, corista de la Trinidad descalza, de edad 21 años, natural de Peralta (Navarra) entró en 26 de julio de 1835 y salió en 8 de agosto de 1835». «El libro no expresa su dolencia, pero sus hermanos de Roma me la escribieron en estos términos: «Este Padre nos decía que él se había metido en un escondite, y que al tentar los enemigos aquel sitio con la punta de la bayoneta ó puñal, para ver si alguien se había escondido

»en él, se la hincaron en el pie. Entonces exclamó el buen Padre: *Virgen Santísima del Pilar, salvadme*; y uno de los presentes en seguida dijo: *Déjale, que ese debe ser aragonés*. El Padre nos mostraba la cicatriz de la herida.

»Este Padre Celestino me contó también que asomándose á la ventana del convento el corista diácono Fr. Rafael de San Miguel, hermano del lego Fr. José de Santa Bárbara, para ver lo que fuese el ruido de la calle, le pegaron un tiro, pero creo que no le acertaron» (4).

Antes de terminar este artículo ocurre preguntar: ¿qué se hizo del superior? Sospecho que fué muerto al entrar en la calle del Hospital. Razones y argumentos militan en pro y otras en contra de esta sospecha. Está fuera de toda duda que en dicha entrada, a los siete u ocho pasos de la Rambla, al pie de la acera septentrional, junto a un gran sumidero de aguas pluviales que allí había y yo recuerdo, está fuera de toda duda, repito, que allí murió asesinado un religioso. Me consta por boca de una de las hijas de la droguería de Ventats que se hallaba frente del sumidero en la opuesta acera, y por boca de un hermano de la dueña de la tienda de sobre el mismo sumidero, y además de que relatan esta muerte varios otros ancianos. Ahora bien: la proximidad del lugar del crimen con el convento trinitario, la falta del nombre del superior trinitario en las listas oficiales de los religiosos que pararon en los fuertes, y el dicho del Señor Don José Tintorer, que es el hermano de la dueña de la tienda citada, me inducen a formular dicha sospecha de que el interficto sea el indicado superior o a lo menos un individuo de su casa. Mas en contra hay que un Trinitario de Roma, que vivió después allí en compañía del Padre José de la Purificación, fraile del convento barcelonés, me escribió que este convento no tuvo más que

»en el noviciado de Alfaro (Logroño) el 5 de noviembre de 1830... Profesó solemnemente en el mismo convento de Alfaro el 6 de noviembre de 1831. A raíz de su profesión fué enviado de Compostela a Barcelona.»

(1) Noticias procedentes de los Trinitarios descalzos de Roma.

(2) *Leyendas y tradiciones. Barcelona, 1887, tomo II, pág. 172.*

(3) Relación de D. Francisco Capella. Barcelona 10 de octubre de 1895.

(4) Carta que desde Roma en 15 de julio de 1908 me escribió el P. General de los Trinitarios descalzos P. Antonino de la Asunción.

PADRES

una víctima, que fué el lego de arriba. Resulta, pues, en definitiva cierto el asesinato, en duda quién fuera la víctima. Se dijo si el agresor recibió la muerte de mano del infeliz que muy luego la encontró para sí en la barra de hierro de la Boquería (1).

No había finido el nefasto 1835 que de la comunidad de Barcelona habían ya llegado a Roma y se habían acogido al convento de allí de su Orden los Padres Jerónimo de San Félix, Nicanor del Beato Miguel, Jorge de la Virgen, Manuel del Beato Miguel, Subdiácono, y José de la Purificación, también subdiácono. Más tarde llegaron al mismo cenobio el Padre Fr. Celestino de la Virgen y el Padre José de la Santísima Trinidad.

«Este antes de llegar a Roma fué muy perseguido en Cataluña, arrostró grandes peligros y estuvo preso en varias cárceles». También se acogió a dicho convento romano el Padre Juan de Santa Teresa, de apellido Bruch (2).

Rectificación. — En mi primera obra escribí que el Trinitario descalzo podía comer carne en los domingos, exceptuados los «que caían desde septiembre a Pascua de Resurrección» en la que tampoco entraba la carne. Debí escribir exceptuados los que caían desde el primero de Adviento hasta Navidad, y desde Septuagésima a Pascua (3).

ARTÍCULO SEXTO

SAN JOSÉ, DE CARMELITAS DESCALZOS

Ante todo, según costumbre, tejamos la lista de los religiosos de esta casa.

(1) Relación del M. I. Sr. D. José Tintorer en Calella a 28 de agosto de 1885.

(2) Citada carta del Padre General Antonino.

(3) Citada carta del Padre General. Mi primera obra, tomo II, pág. 564.

R. Padre José de Santa Concordia, de apellido Sedó. Provincial. Nació en la Selva del Campo en 4 de noviembre de 1776, y emitió su primera profesión en 27 de junio de 1794.

*Fr. Jph de Sta Concordia
Prior.*

R. Padre Juan de San Bernardo, de apellido Canals. Prior de Barcelona. Nació en 1.º de octubre de 1771 en Cervera, y emitió su primera profesión en 28 de marzo de 1792.

R. Padre Pablo de la Anunciación, de apellido también Canals. Subprior de Barcelona. Nació en Reus en 20 de sep-

*Fr. Pablo de la Anunciación,
Supz L*

tiembre de 1773, y emitió su primera profesión en 28 de marzo de 1792.

R. Padre Joaquín de San Alberto, de apellido Masats. Definidor. Nació en Barcelona y emitió su primera profesión a los 16 años de su edad en 10 de octubre de 1779.

R. Padre Esteban de los Reyes, de apellido Salvador. Secretario del Provincial. Nació en Vilaseca a los 30 de abril de 1779, y emitió su primera profesión en 4 de enero de 1798.

R. Padre Francisco de Jesús Nazareno, de apellido Vinyals. Maestro de novicios, Nació en Santa Perpetua de la Moguda en 22 de noviembre de 1781 e hizo su primera profesión en 27 de enero de 1800.

R. Padre Gabriel de Santa María Magdalena, de apellido Salat, hijo de Freixanet. Pronunció su primera profesión a los 18 años de edad en 9 de noviembre de 1785.

R. Padre Juan de la Concepción, de apellido Garreta, hijo de Borjas del Campo. Pronunció su primera profesión a los 21 años de edad en 12 de diciembre de 1786.

R. Padre Pedro de San José, de apellido Puig, hijo de Vendrell. Nació en 24 de enero de 1772, y emitió la primera profesión en 12 de noviembre de 1789.

R. Padre José de los Reyes, de apellido Calmet. Bibliotecario. Hijo de Balsareny, donde nació en 7 de noviembre de 1779, habiendo emitido su primera profesión en 18 de julio de 1796.

R. Padre Juan de San José, de apellido Colomer, hijo de Barcelona. Profesó a los 16 años de su edad en 11 de noviembre de 1779. En 1835 estaba ciego.

R. Padre Antonio de San Isidro, de apellido Pou, hijo de Vich. Emitió su primera profesión a los 18 años de edad en 2 de febrero de 1783.

R. Padre José de la Visitación, de apellido Coromina, hijo de Español. Profesó por primera vez a los 18 años de edad en 8 de junio de 1786. En 1835 estaba tullido.

R. Padre Pascual de los Dolores, de apellido Alegrét, hijo de Tarragona. Nació en 2 de marzo de 1780, y emitió su primera profesión en 28 de abril de 1802. En 1835 demente.

R. Padre José de Santa Eulalia, de apellido Ferrer.

R. Padre Narciso de San Alberto, de apellido Llinás, hijo de San Martín de Castellar. Emitió su primera profesión en 31 de enero de 1818.

CORISTAS

Fr. Vicente de la Consolación, de apellido

Sabater. Nació en Tortosa en 20 de mayo de 1814, y emitió su primera profesión en 18 de septiembre de 1833.

Fr. Felipe del Santísimo, de apellido Castells. Nació en Tortosa a 5 de julio de 1812, y pronunció sus primeros votos en 18 de septiembre de 1833.

Fr. Francisco de los Angeles, de apellido Frasquet.

Fr. Pascual de San José, de apellido

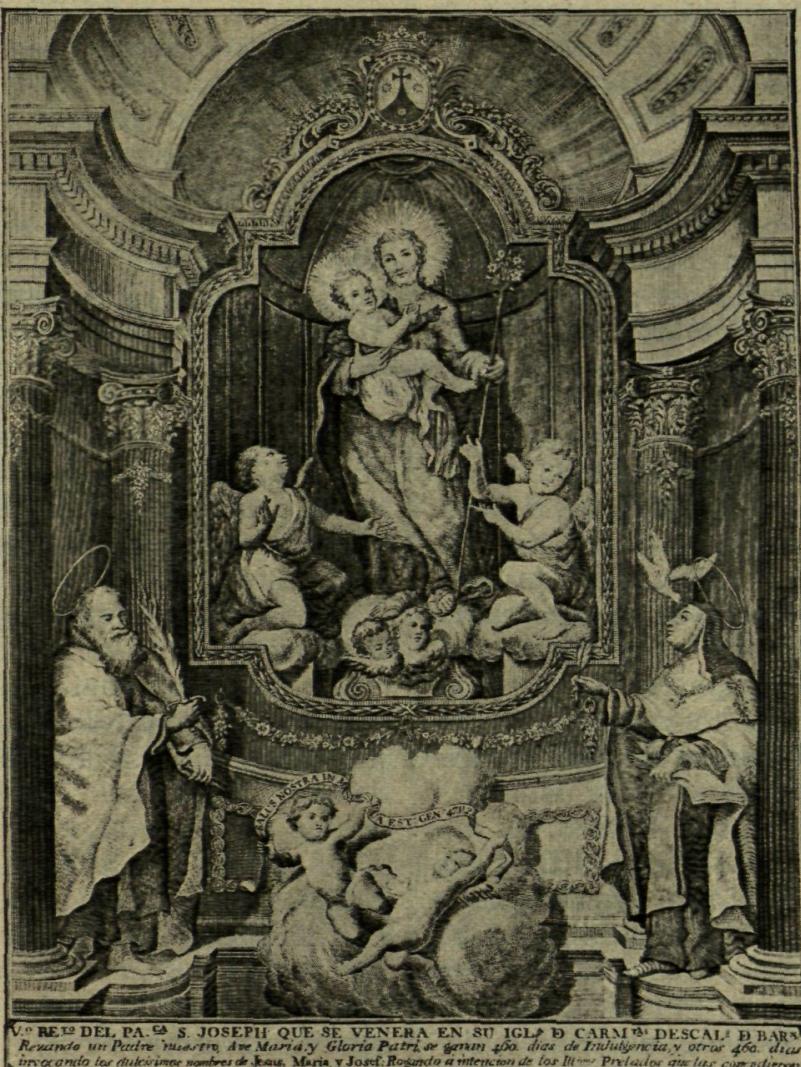


IMAGEN DE SAN JOSÉ, DEL RETABLO MAYOR,
Y PARTE DE ÉSTE

Calvet. Nació en Benicarló a 18 de marzo de 1815, y emitió sus primeros votos en 15 de noviembre de 1833.

Fr. Juan de San Ignacio, de apellido Altava. Nació en Benicarló a 13 de marzo de 1814, e hizo su primera profesión en 15 de noviembre de 1833.

Fr. Pedro del Corazón de Jesús, de apellido Martí. Nació en Reus a los 29 de junio de 1817, e hizo su primera profesión en 6 de junio de 1834.

Fr. Jaime de Jesús Nazareno, de apellido Clivellé. Nació en Torroja en 7 de marzo de 1817, y emitió su primera profesión en 18 de marzo de 1835.

Fr. Juan de los Reyes, de apellido Raurell. Nació en San Julián de Vilatorta a 12 de junio de 1814, emitiendo su primera profesión en 21 de octubre de 1833.

Fr. Juan de Santa Magdalena, de apellido Hortet. Hijo de la Selva del Campo, donde nació en 16 de diciembre de 1814. Hizo los primeros votos en 21 de octubre de 1833.

Fr. Francisco de Jesús, María, José, de apellido Palau. Hijo de Aytona, donde nació en 29 de diciembre de 1811, y después hizo en Barcelona sus primeros votos en 15 de noviembre de 1833.

Fr. Francisco de la Madre de Dios, de apellido Texidó. Nació en Santa María de Besora a 17 de febrero de 1809. Pronunció sus primeros votos en 5 de septiembre de 1834.

Fr. José de San Eliseo, de apellido Cabanas. Nació en Vich a 2 de mayo de 1814, y emitió sus primeros votos en 5 de septiembre de 1834.

Fr. Laureano de la Encarnación, de apellido Pellicer. Nació en Reus en 4 de julio de 1814. Pronunció sus primeros votos en 6 de junio de 1834.

Fr. Narciso de San Antonio, de apellido Fargas. Nació en Reus a 11 de septiembre de 1818. Hizo su primera profesión en 18 de marzo de 1835.

Fr. Antonio de San José, de apellido Cuadrada. Nació en Mataró, ignoro la fecha. Profesó los primeros votos en 4 de octubre de 1830.

Fr. Andrés de Santa Francisca, de apellido Farré. Nació en Reus a 8 de enero de 1814 y emitió sus primeros votos en 15 de noviembre de 1833.

LEGOS

Fr. Francisco de San Segismundo, de apellido Vilardell. Hizo su primera profesión en 2 de marzo de 1786. Nació en Gurb a 21 de enero de 1762. En 1835 estaba achacoso.

Fr. Joaquín de la Soledad, de apellido Esplugas. Nació en Barcelona a 1.^º de noviembre de 1769, y emitió sus primeros votos en 17 de febrero de 1792. Fué el jefe de la fábrica de caracteres de imprenta.

Fr. Juan de San Cirilo, de apellido Ballester. Nació en Cabases en 6 de febrero de 1770, y emitió sus primeros votos en 5 de noviembre de 1792.

Fr. Manuel de San Bernardo, de apellido Pamies.

Fr. Jerónimo de San José, de apellido Subirana.

Fr. Mariano del Corazón de Santa Teresa, de apellido Esplugas, hermano del Fr. Joaquín. Nació en Barcelona a 10 de septiembre de 1775, y emitió sus primeros votos en 17 de enero de 1795.

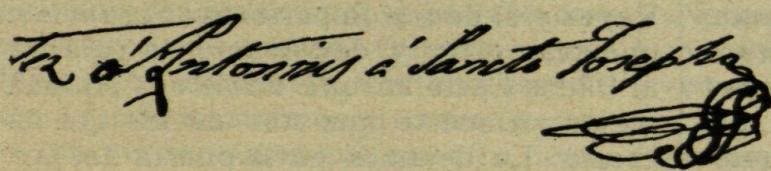
Fr. Juan de San Elías, de apellido Sala. Nació en Barcelona, no sé el año; pero sé que hizo su primera profesión en 21 de marzo de 1818.

Fr. Benito de Jesús, María, José, de apellido Sanmartín (1).

Los carmelitas descalzos no habían de mostrarse distintos de los demás frailes

(1) En su inmensa mayoría los nombres de estas listas proceden de las de los pasaportes librados después del incendio de los conventos, las que están en el libro: *Acuerdos. Segundo semestre. 1835*, del Archivo municipal de Barcelona, y en el expediente 129 de la sección 2.^a del mismo Archivo. La patria, edad y fecha de la profesión proceden de los *Libro IIII de la recepcion de los Novicios del Noviciado de S. Joseph de Barcelona desde el año 1756*. Tomos IIII y V que se hallan en la sala de mms. de la Biblioteca provincial-universitaria.

en la ciega confianza en las palabras del Capitán General y en su amor al claustro. Lo demuestra de evidente modo lo que pasó al Corista Antonio Cuadrada y a un su compañero. Habían éstos cursado Filosofía en Gerona, y fueron destinados a Tarragona para allí estudiar la Teología. Llegaron a Barcelona el 23 de julio de 1835. Recibió Cuadrada aquí la grata visita de un hermano, quien, al despedirse, mucho le instó para que no continuara



el viaje. A las ocho de la noche del mismo día 23 el hermano de Cuadrada volvió al convento, y dijo al fraile que la diligencia de Reus había llegado con retraso de tres horas, trayendo además la noticia del incendio del convento carmelitano de aquella villa con muerte de siete religiosos. Corrió Fr. Cuadrada a ponerlo en conocimiento del Prior y del Provincial; el que, sumamente confiado, no hizo caso de la noticia y dispuso la marcha de los dos coristas. Estos la misma noche salieron para Tarragona. Al pasar por Villafanca no faltaron algunos insultos, y al llegar a Tarragona se hallaron con que los frailes ya no pernoctaban en el convento, al que sólo concurrían durante el día. El Prior de allí les aconsejó que regresaran a Barcelona, como en seguida lo efectuaron después de haber tocado los pasaportes. Llegaron a Barcelona poco antes del incendio del cenobio de aquí. Sorprendióse el Prior, lo que visto por Cuadrada y su compañero, y que no se tomaban providencias, hizo que procuraran salir del convento. Lograron que se les abriese una puerta excusada (1). Con hábitos se dirigieron a la casa de un operario de la fábrica de la letra, de nom-

bre Don Antonio López, hijo de un barbero de la calle de Roca, en la cual calle también vivía el hijo. Los dos frailes atravesaron la Rambla y una casa de enfrente del convento. En la habitación de López, o en la de su padre, trocaron por ropas seglares los hábitos. A poco rato de estar allí llegó un pariente del dueño anunciando que el convento ardía. Subieron todos al terrado, y realmente presenciaron el incendio y el hundimiento de la bóveda del templo. Estuvieron en esta casa muchos días, al cabo de los cuales el hermano de López acompañó a Fr. Antonio a Mataró, y éste a Fr. Juan al Campo (2).

También pocas horas antes del atentado había llegado al convento de Barcelona el corista de Reus Fr. Baltasar Torroja, del cual hice mención en su lugar al tratar del incendio de aquél, el cual Torroja, con la viveza del que casi milagrosamente había escapado de la muerte, pudo explicar lo allí acontecido (3). Todas estas noticias y otras anteriores ponían espanto en el ánimo de algunos, pero no alumbraban la ceguera de los superiores, engendrada por las seguridades de Llauder (4). Se explica, sin embargo, que algunos Padres en la tarde del mismo día 25 precipitadamente salieron del Convento por precaución (5).

Por la noche, antes de la cena, en el coro, un fraile no pudo contener la lengua, y dijo que San Francisco de Asís

(2) Relación de D. Antonio López en Gracia a 29 de diciembre de 1882, concorde con noticias dadas por D. Antonio Cuadrada.

(3) Relación del P. Juan Hortet, que habló con el P. Torroja el 25 de julio. Gracia 6 de julio de 1882.

(4) Un fraile de esta casa me dijo que quien había dado seguridades a los carmelitas descalzos era Bassa. Opino que confundió el nombre de los generales.

(5) Relaciones del P. Juan Raurell, hecha en Santa Eulalia de Villapiscina a 3 de julio de 1882, y del P. D. Felipe Castells, escrita a mí desde Tortosa en 18 de febrero de 1882.

(1) Relación sin fecha del mismo D. Antonio Cuadrada, hecha en Mataró.

ardia. A poco sonó la campana que llamaba la Comunidad al refectorio. Algunos cuatro o cinco, dominados del temor y de la angustia, no quisieron bajar al refectorio. El Prior invitaba a los frailes a acudir a la cena, diciendo: «No teman, vengan, vengan a cenar; pues tenemos confianza en las seguridades dadas por el General» (1). La Comunidad, dócil a la voz del Prior, bajó al refectorio.

Cuando iban a cenar, llegó un recado de parte del indicado operario Antonio López avisando que el convento franciscano ya ardía. Puestos los frailes en el refectorio, no pudieron comer. «¿Y qué habíamos de comer estando tan inquietos, viendo que salían unos, volvían á salir y entrar, y hablaban por lo bajo? La autoridad del Prior fué inútil e importante: todo se convirtió en un absoluto desorden, y nadie se entendía, pero sin dar gritos, sino silenciosamente» (2).

Al salir del refectorio, subieron los frailes al piso que daba a la Rambla para observar lo que ocurriese; desde donde vieron lo que ya arriba en el capítulo anterior nos contó Castells, es decir, que observaron la venida de los incendiarios con las antorchas encendidas. Entonces el Superior, que se hallaba allí, habló de abrir el Archivo, dando precipitadamente las llaves, o mandando que se abriese, sin duda para sacar dinero; pero como banda de pájaros que al recibir un tiro se dispersa, así cada uno echó por su lado (3).

«El Convento que en medio de la oscuridad parecía un lugar de aspectos pues no se oía sino un rumor sordo, se convirtió en un mar agitadísimo, todo gritos, todo lamentos, todo horror, pero lo que más atormentaba eran las voces lastimeras de los pobres ancianos. ¿Qué va á ser de nosotros, decía uno: somos víctimas inocentes, decía otro, y recuer-

»do que decía un tercero, voy á morir a vuestras pies, Madre amada del Carmen, protegednos con vuestro castísimo Esposo, protector de nuestra Orden.... Partido el corazón por no poder ser útil á nadie, me separé, dice Castells, de aquella escena tan triste, entré en el noviciado, y me dirigí a la puerta de su pequeño jardín» (4).

De los religiosos que aquella hora habían quedado se formaron principalmente dos grupos, el del Padre José de los Reyes y el de los Superiores. Sigamos a uno tras otro, y devolvamos la palabra al Padre Castells, que nadie nos pintará mejor su suerte que uno de los que la corrió. Le dejamos en la puerta del jardincito del noviciado. Este formaba un cuerpo de edificio colocado tras de la casa de los señores Carreras llamada *La Virreina*, el que corría de SE. a NO., o sea del lado del mar al de montaña, y tenía dos pisos altos. Sus ventanillos estaban elevados en las celdas para así evitar que los novicios pudiesen distraerse mirando al exterior. «En la dicha puerta del jardincito había 5 compañeros, uno de los cuales era el R. P. José de los Reyes, predicador de la Provincia (*fué gran predicador*), y otro era el cocinero, no recuerdo su nombre ni el de los otros hermanos, sé que eran jóvenes profesos, pero no sé decir más. Dicho Padre José estaba hecho un lelo en aquellos momentos que era lástima de verlo. Como el tiempo urgía, y podían dar con la escalera los malvados, lo que Dios no permitió, buscábamos medio para escapar, pero ¿por dónde? Me viene una idea: me encaramé sobre la pared de la cerca que no era más alta que unos 16 palmos (*que corría de E. a O. por detrás de las casas de la calle del Carmen*). Invito a los demás, y ayudándose unos á otros subieron todos, y por allí caminamos á la ventura. Los malvados habían entrado en el noviciado, y nosotros oímos como

(1) Relación cit. del P. Juan Hortet.

(2) Relación cit. del P. Felipe Castells.

(3) Relación cit. del P. Juan Raurell.

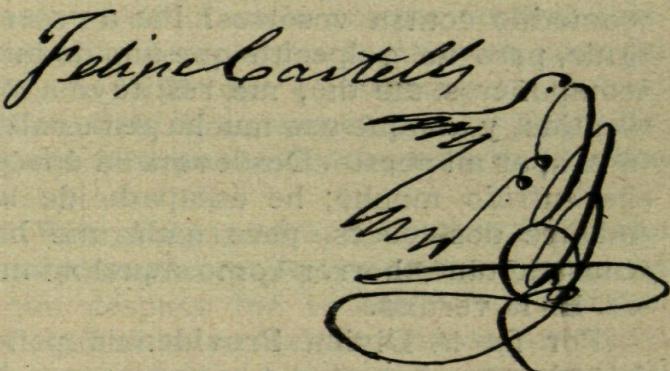
(4) Relación cit. del P. Felipe Castells.

»abrian las puertas una tras otra, y la maravilla está en que no pudieron asomarse á las ventanas por ser algo altas »y la pared (*del noviciado*) tenia más de tres palmos de espesor, que á no ser así, no habiendo más que 30 palmos de distancia entre ellos y nosotros, nos convierten en carbón.

»Caminamos nosotros por encima de la pared hasta unos sesenta palmos (*hacia Poniente*), y allí paramos sin saber qué hacer. No podiamos volver atrás, y del lugar que teniamos delante no sabíamos lo que eran sus dueños. Quedamos perplejos unos momentos, nos encomendamos á Dios, y saltamos al cercado vecino, que reconocimos que era otro jardín poco más grande que el del noviciado. El Señor nos protegió. Unas mujeres y un hombre de un piso de aquella casa oyeron el ruido de nuestra caida al jardín, se asomaron á la ventana silenciosamente, y volvieron á retirarse, dejando empero colgado de ella un candil encendido sin duda para protegernos, bien que nosotros hubiéramos preferido que lo apagaran.

»Llegados que fuimos al jardín, y ver que no había más que correr, quedamos como estátuas, pero temblando sin tener acción para buscar un rincón ó un lugar para escondernos entre unos arbustos. Nada, nada, ya no pensábamos ni en vivir, ni en morir, helados parecíamos la mujer de Lot. Y este pánico en momentos tan azarosos se aumentó al oír que rechinaba la cerradura de la puertecita de entrada al jardín. Se abre la puerta, y entre la oscuridad de las 10 de la noche, y solo con la triste luz del candil medio apagado, aparece un hombre, que quedó parado mirándonos por unos dos minutos sin decir palabra. No puede adivinarse lo que en aquellos minutos pasó por nuestro corazón, porque estábamos ya sin sentido. Nos habíamos puesto en manos de la Divina Providencia, y habíamos ofrecido nuestras vidas para expiar nuestros pecados. El hombre de la puerta era un venerable ancia-

»no, quien sin salir del umbral nos dijo muy bajito y despacio: «Padres míos, »nada en estos momentos puedo hacer »por VV. Retírense en el rincón más disimulado, y por Dios les pido ni una palabra, ni el menor ruido posible oigan lo que oigan. Yo por mi parte haré lo que pueda para salvarlos. Así Dios nos ayude y su Santa Madre. Yo quisiera recogerles en mi casa, les daría comida y cama, pero esto es muy arriesgado.» Sin decir más retiróse y cerró la puerta. Nosotros quedamos espantados, pues aunque se nos habían dicho palabras tan consoladoras, al fin no conocíamos a aquel hombre, y por lo mismo á cada momento nos considerábamos descubiertos.



»Tiembla aun el recordar aquellos momentos. Nos escondimos del mejor modo que nos fué posible, y guardamos el silencio que se nos había recomendado.

»Siete horas permanecimos en aquel jardín, y en aquellas siete horas sufrimos agonía mortal, y a cada instante nos creíamos rodeados de sicarios. Oímos la campana de los Filipones que se resistían y tocaban a arrebato (*quiere decir los Paüles, pero sería la de otros frailes*); oímos las oleadas de aquel mar deshecho, las roncas voces de aquel populacho embriagado sediento de nuestra sangre, pues sus gritos no eran sino de: *morian los frares y viva la llibertat* y blasfemias. Oímos el crujir de las maderas que se rompián por el fuego, el hundimiento de los tejados, todo uni-

»do al humo que nos privaba la respiracion. Pero lo que más aumentó nuestro terror fué... aun en los momentos que estoy escribiendo tiemblo. Estaba nuestro jardín casi frente del convento del Carmen, mediando casi solo la casa. Se dejaban oír unos ayes, pero tan fuertes y tan amargos que no podían menos de aterrizar á cuantos los oyeron. Aquellos ayes iban acompañados de unos fortísimos golpes de sable que pude distinguir muy bien, hasta que uno ó dos tiros impusieron silencio á aquel desgraciado, que sin embargo iría feliz á recoger la palma del martirio. No pude ya mantenerme en mi posición, y caí en tierra medio muerto, y exclamé: ¡O Dios, así vamos á ser tratados si llegan á dar con nosotros! ¡Imbéciles! ¿qué mal hemos cometido contra vosotros? Iba á proseguir, pero un golpecito que uno de mis compañeros me dió, me restituyó á mi sentido, y aunque con mucha pena volví á ocupar mi puesto. Desde aquella época he sufrido mucho; he escapado de la muerte dos veces, pero nada me ha causado tanto horror como aquel minuto. Es la verdad.

»Por fin la Divina Providencia pone término por entonces á tantas penas. A cosa de las tres de la madrugada á tanto desorden sucedió repentinamente un silencio absoluto. Una hora después aparece la aurora, y con la luz nosotros pudimos respirar con alguna libertad en nuestro escondite pero en silencio como se nos había ordenado. De pronto sonó el ruido de la cerraja de la puerta, y aparece el viejo de la noche, y nos dice: «Padres, están Vd. seguros, y pueden entrar en mi casa, nadie les insultará». A pesar de esta bondadosa invitación no podíamos movernos de nuestra posición, y solo haciendo un supremo esfuerzo nos levantamos, y nos acercamos á la puerta. Se nos invitó de nuevo, y entramos. Nos hizo sentar para que tomámos alimento, mas no hubo tiempo para ello, pues se presentó en la habitación un jefe de tropa, me parece era un capi-

»tan de caballería. Al verle el ánimo se levantó, y después de tranquilizarnos, el anciano se dirigió al militar, le abrazó estrechamente, y arrasados en lágrimas los ojos, le dice: «Hijo mío, por la sangre del Redentor, y por los dolores de su afligida Madre salva á estos pobres religiosos, considera lo que han sufrido en noche como esta tan horrible. ¿Lo harás, hijo mío?» Yo fijé mi vista sobre aquel honrado militar, de cuyos ojos vi saltar dos abultadísimas lágrimas que rodaron por el pecho de su uniforme, y que respondió decididamente: «Mi coronel, antes caerá mi cabeza y la de mis compañeros que las de estos buenos padres... Como Dios me ayude los pondré en lugar seguro, pero el tiempo urge, y debemos aprovecharlo. Hemos de ir á Atarazanas, y el sol empieza á alzarse; pronto, padres, pronto». Damos á aquel buen anciano las gracias más expresivas que nos permitió el solo instante que teníamos, y salimos á la calle, donde nos esperaba una fuerte sección de tropa y caballos. Nos pusieron en el centro, y marchamos hasta dicho fuerte. Aquella hora fué muy propicia para nosotros, pues que aquellos desgraciados revoltosos cansados de beber, blasfemar, derramar sangre inocente y causar tantos estragos, se retiraron á sus casas, así es que pudimos llegar á nuestro destino sin la menor novedad; pero más tarde ya no fué lo mismo.

»En Atarazanas estuvimos tres ó cuatro horas, las que pasamos no muy bien, pues muertos de sueño, sin alimento alguno y con tantos sustos, quedábamos molidos. Nos trasladaron en seguida á Montjuich» (1).

Empeñéme en averiguar el nombre del anciano coronel que salvó á estos frailes, y por lo que me dijo un vecino opino que se llamaba Don Nicolás María Dameto. aunque no lo afirmo, y que su casa era

(1) Me mandó escrita esta relación el P. Felipe Castells desde Tortosa, donde vivió después de su exiliación, en 18 de febrero de 1882.

muy grande (1). Siendo coronel estaría retirado.

El grupo segundo de frailes lo formaba el Padre Provincial, el Prior y nueve religiosos más, entre los cuales se contaban el Padre Francisco Viñals, Fr. Juan Raurell, de cuya boca tengo estas noticias, y el Padre Juan Colomer, ciego, todos vestidos de hábitos. Al estar estos religiosos en el jardín del noviciado ya el templo ardía, de tal modo que veían desplomarse las vigas. Se dirigieron a la cerca extrema occidental del jardín, la que separaba del de casa Grases el del noviciado. Esta cerca corría de SE. a NO., o sea en sentido perpendicular a la calle del Carmen, porque el jardín de casa Grases, señalada hoy de número 15 en dicha calle del Carmen, caía al Poniente del noviciado, o sea entre él y la calle de Jerusalén. Los frailes subieron a la cerca, y bajaron al dicho jardín de Grases, para cuya operación fué necesario ayudar y guiar con cuidado al ciego Padre Juan, conocido en el convento por el *Padre Joanet*, persona muy venerable,

Fr. Juan de St. Josef

de talento, que había predicado mucho, y contaba de 60 a 70 años de edad. A pesar del cuidado en guiarle, al ladearse para el jardín de Grases resbaló, y dió con su cuerpo en un zafareche, y hay quien añade que con él vino al agua una persona de la casa que le daba la mano. Corrieron a sacarle de aquel baño, y lo pusieron en cama. En la tienda de esta casa había una farmacia.

El Padre Francisco Viñals, maestro de novicios, hallándose con este grupo ya en el jardín del noviciado y viendo arder la iglesia, tuvo la serenidad de regresar al convento para recoger, como recogió,

sus cartillas, o sea el certificado de las órdenes sagradas recibidas (2).

Desde el jardín los frailes se repartieron por aquellas habitaciones, todas ocupadas por gente sensata. Una señora vecina al verlos lloraba de compasión, y a su presencia lloraba también el Padre Provincial. Desde estas habitaciones oían los religiosos el paso y gritos de los incendiarios hacia el Carmen de frailes calzados. Bajo el amparo de aquellos vecinos continuaron allí los dichos frailes hasta el día siguiente, ó hasta el segundo, en cuya madrugada la fuerza pública los condujo a la Ciudadela (3).

El día 26 de julio, o sea el siguiente al atropello, caía en domingo. Uno de los frailes que estaba recogido en el piso bajo de dicha casa de Grases empeñóse en que debía salir porque tenía el compromiso de celebrar la Misa en casa del Barón de Maldá; y costó no poco trabajo disuadirle de su empeño: ja tal punto llegaba la inocencia y ceguera de algunos religiosos! (4).

El fraile Juan Salas, hombre de mucha corpulencia, y de voluminosa voz, tal que después fué sochantre de nuestra Catedral, se escapó fingiéndose ladrón del convento; pues mal vestido, con unos calcetines a manera de zaragüelles, una pañuelo atado a la cabeza para ocultar la rasura, y llevando sobre de ella mantonja (*penca de cancelada*) de tocino, salió a la calle diciendo: «Id, id, todavía hay más», y así escapó ilesa (5).

«Un carmelita descalzo, de nombre »José, que era el sacristán de su conven- »to de Barcelona, en los momentos del »peligro se subió á las bóvedas del tem-

(2) Relación del P. Juan Raurell. Santa Eulalia de Villapiscina 3 de junio de 1882.

(3) Relación cit. del P. Raurell y relación de D. Antonio Grases y Oriol.

(4) Relación citada de D. Antonio Grases y Oriol.

(5) Me lo refirieron las monjas carmelitas descalzas de Barcelona en 25 de octubre de 1895, las que lo habían oído contar al mismo P. Juan.

(1) Me lo dijo el dueño de la vecina D. Antonio Grases y Oriol.

»plo. Desde allí por uno de los agujeros »que sirven para pasar la cuerda de las »coronas de iluminacion ó arañas, vió »poner el fuego en el altar de San Maria- »no, el cual era de caoba pulida, y su »santo era muy venerado allí. Entonces »Fr. José huyó de las bóvedas y se fué á »los tejados, donde estuvo hasta que le »vió un sereno y le llamó. Con un pantalón y una manta se tuvo por disfrazado, »y se fué á la puerta del Angel. Allí esperó arrimado á un lado la apertura para »irse á guarecer en una de las casitas de »campo bajas del llano, solo así permitidas por la fortificacion de la ciudad. »Tan bien disfrazado iba, que el oficial »de guardia de dicha puerta se le acercó »y le preguntó si era fraile. El lo confesó »y le manifestó su propósito de salir. A »su tiempo salió y se salvó. Pero lo notable está en que al bajar de los tejados »quiso recoger algun dinero que había »en un cajon de la sacristía. Fué por ella, »y ya no existía» (1).

Escribe en 1891 Don Francisco Capella referente al incendio de San José: «Despavoridos los religiosos huyeron, acogiéndose tres de ellos en casa de una tía mia, que vivia en frente del Convento, á la otra parte de la Rambla. Mi tía y su esposo los acogieron, y oyendo que los asesinos llamaban reclamando sus víctimas, abrieron una puerta que daba á una escalera secreta y los escondieron en un piso alto de una casa vecina. Hecho esto, franquearon la entrada y aquella plebe soez penetró en la casa, pero no pudo dar con sus víctimas ni cebarse en ellas. La hija de aquel matrimonio es hoy mi esposa. Los tres religiosos salvaron su vida, y los infames cobardes se retiraron blasfemando de Dios y de los Santos» (2).

Junto al Convento, en la Rambla, había

(1) Relación del P. Joaquín Vidal, mercedario, quien sin duda lo oiría de boca del P. José. Barcelona 29 de enero de 1887.

(2) En *El Diario Catalán* del 25 de julio de 1891, pág. 1.

en fila las mesas de los cortantes de carne. En los momentos del peligro, antes del incendio, uno de aquellos cortantes se mete en el Convento, y dice al primer fraile con que topa, el corista Fr. Juan Hortet: «¿Qué hacen VV.? Salgan, salgan». —«No tengo ropa de seglar», contestó el corista; y entonces el portero, que era seglar, le dió un pantalón de paño, y el cortante llevó a los frailes varias prendas con las cuales este religioso se disfrazó. Salieron a la calle el fraile Hortet y tres religiosos más, todos vestidos de seglar, acompañados del referido cortante y de un miliciano amigo de la familia a la que se dirigían. En la Rambla ya había grupos y corridas. La atravesaron, y por la calle de Puertaferrisa y plaza Nueva llegaron a la casa designada de la calle del Bou. En esta estuvieron sin molestia, y en ella continuaron tres días, hasta que en el tercero, acusada la familia de que no cumplía la disposición de la autoridad que mandaba presentar los frailes, pasaron por la noche al cuartel de Artillería de la Rambla de Canaletas. Allí hallaron otros nueve religiosos, y se les dió de cenar. Muy temprano de la mañana siguiente, los trece frailes, todos vestidos de seglar, fueron conducidos por una compañía de artilleros por la muralla de tierra a la Ciudadela. Al llegar a la puerta de la Ciudad, llamada Puerta Nueva, grandes grupos se les echaron encima, gritando: «matarlos, matarlos», y otros conceptos hostiles; pero los artilleros cumplieron su deber, y a culatazos apartaron a los revoltosos, logrando introducir los frailes en el fuerte (3).

La familia Fargas, de Reus, tenía un hijo, muy joven todavía, fraile corista, no ordenado, de este convento de Barcelona. Al ver el incendio del de su villa, la abuela del religioso corrió a esta ciudad, y trajo un vestido de secular al fraile, entregándoselo hora y media antes del incendio. Así, cuando llegó este caso, Fr. Narciso de San Antonio, o sea Far-

(3) Relación cit. del mismo P. Juan Ortet.

gas, disfrazado de seglar, dando voces y fingiéndose atolondrado, se mezcló con las turbas, y huyó. Mas tal era su afición al claustro que después, puesto en casa, dominábale el malestar y hasta vertía lágrimas (1).

El célebre lego Fr. Joaquín Esplugas, jefe de la fábrica de los caracteres de imprenta, pasó la noche del incendio escondido en esta fábrica. Por la mañana siguiente con sumo tiento se llegó a su celda, que estaba muy próxima, y se vistió de seglar con prendas que guardaba desde la exclaustración del tiempo constitucional de 1820 a 1823. Se enderezó a la portería, donde el centinela le detuvo, pero habló al oficial de guardia, y salió, dirigiéndose y llegando a la casa de un su sobrino de nombre José Esplugas, calle Nueva de San Francisco. Pasaba esto de siete a ocho de la mañana.

Y lo M^o fr. Joaquín de la Soledad

Luego Fr. Joaquín llamó al operario de la fábrica Don Antonio López, quien, aunque liberal, gozaba de la confianza del religioso. Acudió éste presuroso, y allí se encontró con los dos hermanos frailes Esplugas, cuyos primeros saludos fueron lágrimas amargas de los visitados y el visitante. Fr. Joaquín encargó a López la salvación de algunos objetos, pero especialmente de los de la fábrica de caracteres de imprenta. López halló que en la noche las celdas habían sido descerrajadas y saqueadas. Los objetos que quedaban eran principalmente hábitos (2). Entretanto invitó a los autores liberales, que en defensa de los incendiarios de aquella noche escriben que en ella no se

robó, a que lean las anteriores noticias; y advierta que provienen de boca de un entonces liberal, y después también, pues cuando yo en 1882 fuí a su fábrica de letra en Gracia a interrogarle, formaba parte del Ayuntamiento de aquella a la sazón villa. Quien estuvo muy bondadoso conmigo, y comprendí que decía la verdad.

El fraile ropero pasó la nefasta noche escondido en la ropería (3).

«Mi padre, me dijo un anciano, vió que »á eso de las doce de la noche, mientras »la iglesia de San José ardía en vivas »llamas, había un fraile en el púlpito». Esta noticia, por inverosímil, la omitiera a no haberme llegado además por otro conducto, el que me añadió que la posición del religioso era la de predicar, y que al fin fué recogido por la tropa (4).

Merece párrafo aparte, y es el presente, el corista de esta casa Fr. Andrés Ferrer, quien, según parece, no consta cierto, en la religión se llamaba Andrés de Santa Francisca. Era hijo de un pobre zapatero de la calle de *Tres llits*, de Reus, de apodo Blayet. Contaba entonces veintiún años y abundaba en estatura y corpulencia. En los momentos del apuro salió del Convento, dejado el hábito, pero mal disfrazado, pues ocultaba la rasura con un pañuelo negro sobre del cual se asentaba el sombrero, y llevaba los zapatos de fraile. Ignoro a qué casa le llevaba en la huída su intento, pero dos ancianos, uno de los cuales lo tenía de boca de los padres del pobre Fr. Andrés, me dijeron que en la casa a la que se dirigió en demanda de abrigo le echaron a la calle, diciéndole que les comprometía, y hay quien añade que al ponerle fuera exclamó quien lo hacía: «ahí va uno». Ignoro también las calles por las que pasó, y cómo y dónde la turba le conoció y embistió. Es lo cierto que, agredido por ésta, pasó por la calle de

(1) Relaciones de las hermanas del fraile doña Antonia y D.^a Carmen de 11 de febrero y 13 de abril respectivamente de 1882.

(2) Relación del mismo D. Antonio López en Gracia a 29 de diciembre de 1882.

(3) Relación cit. del P. Juan Raurell.

(4) Relación de D. Eduardo Reixach, cuyas son las palabras transcritas. Relación de Sor Remedio Roquer.

Freixuras. En ésta entróse en una taberna, y salió de ella por la puerta que ésta tenía en la calle de Tragí; mas, perseguido, llegó a la Baja de San Pedro (1).

Lo que luego sucedió nos lo contará un fraile mínimo, que, no mejor disfrazado que Andrés, topó con él en la dicha calle Baja de San Pedro. «Hallábame yo, »dijome el mínimo, frente de la capilla »de Nuestra Señora de la Ayuda, cuando »vi desembocar de la de Freixuras una »turba que llevaba en medio un señor, »vestido con pantalón de *lenquins*, sombrero y pañuelo negro atado á la cabeza. La turba le iba maltratando, unos »dándole empujones, otros tirándole piedras, de modo que el pobre venía ya tan »descaecido que rodaba de un lado á otro »de la calle. En esto me encuentro con la »turba, y el perseguido se echa sobre mí, »agarrándome por la espalda. Yo, que »ignoraba su estado religioso, me despego de él arrancando de mi pescuezo su »mano, y de un salto me pongo sobre el »umbral del almacén de aceite, que allí »había—(*número 17 actual*)—y aun hoy »creo hay, propio de los señores Maimí (2). Mas el empujón de la turba me »derribó del umbral, haciéndome entrar »en la tienda almacén. Entonces espantando, me cuelo por un corredor del fondo »de ella, y del corredor en un cuartito; y »allí con no poca dificultad, por ser muy »baja la cama, me metí bajo de esta. El »perseguido sigue mis pasos, quiere también ocultarse bajo del lecho, pero su »corpulencia se lo impide, quedándose »tendido fuera, mas agarrado á mi pierna.

«La turba quiso entrar en la tienda para sacar al perseguido, pero los dueños, especialmente el hijo, Don Pascual Maimí, se lo prohibieron; y como todavía corrían tiempos de respeto á la

(1) Relación de D. Pablo Mota, que vivía al lado de la taberna.

(2) Hoy la casa ha sido reedificada, y el almacén de aceite es pequeño. Entonces era grande, pues formaba una ancha tienda que yo perfectamente recuerdo.

»autoridad y propiedad, la turba no entró; empero instaba fuertemente que »saliese» (3).

Las palabras siguientes son de Maimí: «La turba, que iba engrosando, pedía con insistencia el fraile (*carmelita*) y pasó á amenazar si no se le entregaba. Entonces entré en la cocina» (*Maimí cree que estaba escondido en la cocina, es más creible que en el cuartito*) «diciendo que la turba le pedía. El fraile contestó: «quieren matarme, me matarán». Salí nuevamente á la turba sin el fraile haciéndole reflexiones para disuadirles del atentado; pero la turba insistió; y entrando dos de aquellos demagogos conmigo en la cocina agarraron al religioso y lo sacaron a la calle. Temía yo que el fraile fuera el pretexto y el fin el robo; así que luego que aquellos estuvieron en la calle cerré, y atranqué la puerta» (4).

Van ahora palabras de Don Carlos Guilera, que habitaba la tienda de la esquina del callejón de *la Perdiu*, o sea frente casa Maimí, y colocado en el umbral de su casa presenció lo que describe: «Puesto el carmelita nuevamente en la calle era objeto de los golpes y estocadas de todos, de tal modo que uno de aquellos bárbaros dijo á otro: «cuidado, cuidado tú; mira que me has dado á mi». Entonces el fraile se subió á la escalera de la casa de frente la de Maimí, contigua á la mía. Dentro de la escalera seguía el maltrato, pues yo oía los golpes de las piedras que daban contra las paredes» (5). (*La casa tenía dos escaleras, una para el piso principal, y otra para los altos. El fraile subió por ésta*).

(3) Relaciones del mínimo mismo, hechas a mí en Barcelona a 26 de abril de 1880 y 15 de abril de 1886.

(4) Relación de D. Pascual Maimí en Barcelona a 16 de febrero de 1882.

(5) Hay quien dice que la entrada en la escalera precedió a la en casa Maimí; pero creo más acertado a Guilera, que la pone después. El mínimo ignoraba tal entrada, luego pasó después de salir de casa Maimí, donde quedó el mínimo.

«Al cabo de un rato salió nuevamente, dejando pintadas con sangre las manos doquiera las puso. Salió tambaleando, y apoyándose con la mano en las paredes caminó hasta frente la calle de Montjuich, y allí en la de San Pedro misma cayó. Vi entonces que le tiraron dos ó

»hombres de mucha religión, habitaba la tienda de la esquina de la calle de San Pedro con la de las Beatas» (1). Oigamos ahora a Don José Borrell: «Mi padre cuando el insulto trató de auxiliar al perseguido, pero hubo que ceder á las observaciones de prudencia que le hicie-

ACTA DE LA PROFESIÓN DEL POBRE FR. ANDRÉS, ESCRITA DE SU PUÑO

Ego Frater Andre-
as à Sta Fran^ca facio meam Professionem, & promitto Ob-
dientiam, Castitatem & Paupertatem Deo, & beata Ma-
ria Virginis de Monte Carmeli, & Reverendo Patre nostro
Fratre Octo à Carmelo Generali, ejusque successoribus:
secundum Regulam primitivam dicti Ordinis, hoc est, sine
mitigatione usque ad mortem. Vota mea domino reddam
in conpectu omnis propaligiae, in aliis domus domini.

Fr. Andrés a' Sta Fran^ca
Julian oed. Bernadot^s
P. Pablo de la Anunciacion
Sug^r

Fr. Anton de S. Isidro

Fr. Fran^cco de Jesus Nazareno
Maestro de Novicios

»tres grandes piedras, y á pocos momentos vi que levantaban sobre de él unas grandes piedras (*llambordas*) para dejarlas caer sobre su persona, pero yo cerré los ojos para no ver el efecto que la caida produjera. El pobre perseguido daba ayes lastimosos y apagados. Allí quedó tendido, y sin duda dejado por muerto.

»Un sastre, padre del célebre abogado Don José Borrell y Monmany, ambos

»ron otras personas de la familia. Serían las nueve y media de la noche cuando apareció allí una columna formada de la manera siguiente: Abría la marcha una cuarta de infantería: venía luego el jefe a caballo, que era nada menos que el ayudante de Llauder, el comandante de húsares Don José Sanjuan; y seguía

(1) Relación del dicho Sr. D. Carlos Guilera en Barcelona en abril de 1882.

»despues fuerza de mozos de las Escuadras, infantería y algunos caballos. Mi padre conocía á Sanjuan por razon de que este era pariente de una Doña Teresa que habitaba el primer piso de la casa de enfrente.

»Al oir mi padre la fuerza salió de su tienda y habló al comandante, el cual lamentó el atentado; y puestos de acuerdo ambos interlocutores acudieron á socorrer al fraile. Sanjuan dijo que del piso de Doña Teresa bajaran lo menester para el caso, pero mi padre se opuso queriendo facilitarlo él de nuestra casa. »Se fué al hospital militar de Junqueras por una camilla, en la que tendido el herido, fué llevado por mi padre y otros vecinos al mentado hospital. Aquí se opusieron á recibirle alegando que el herido no era militar, pero Sanjuan mandó que se le recibiera, y fué entrado. Al otro dia mi padre fué á visitarle, y ya había muerto. Murió á poco de llegado.

»Mientras la columna estaba junto al herido en la calle pasó por allí una fuerza de nacionales, y empezaron algunos á decir «es un fraile», y á mostrarse hostiles; pero Sanjuan se cuadró, tiró del sable, y les amenazó con pasar al que se separase de su fila.

»A los pocos días del suceso mi padre dijo al dicho comandante: «Vaya, que cuando yo era alcalde de barrio me hacía respetar más con sola mi vara que Vds. con todas sus fuerzas». Sanjuan le contestó: «Ordenes son órdenes», indicando que no las tenían para obrar» (1).

En el libro de entradas y salidas del hospital de la Santa Cruz hallo los dos asientos siguientes.

«Rdo. P. Antonio de San Isidro, carmelita descalzo, presbítero, de edad 71

(1) Relación del abogado D. José Borrell y Monmany, en Barcelona a 20 de diciembre de 1882. En casa de este señor hice la práctica de abogado, y muchas de estas noticias se las oí varias veces.

»años. Hijo de Pablo. Entró en 30 de julio, y salió en 22 de agosto de 1835.

»Fr. José Colominas, carmelita descalzo, natural de Español, hijo de Francisco y de Teresa, de edad 68 años. Entró en 14 de agosto de 1835». No consta su salida ni su muerte.

En los días de la tribulación había preso en el convento un fraile criminal, de nombre, según parece, Fr. Ramón, de Mataró. Sus pecados consistían en que sin ser presbítero celebraba la santa Misa, predicaba y confesaba, y además huyó del convento de Lérida. Por tierra del Priorato, o de la montaña de aquel lado, fué aprehendido, y atado y montado en un mulo, fué conducido a Reus, y de aquí trasladado a Barcelona (2). Quedaba encerrado en una pieza detrás del templo. Un guardia nacional, tío del fraile enfermero, en el momento del incendio se acordó del encarcelado; corrió al convento; dijo a las turbas que había allí un fraile emparedado, y le abrió. Las turbas le recibieron con afecto hasta vitorearle. El al salir del encierro cayó desmayado (3), y así fué conducido al boticario de la esquina de la Rambla con la calle de la Puerta Ferrisa y auxiliado. Iba en calzonzillos y envuelto en una manta. Decía allí el vulgo que era una víctima de los frailes (4). Despues sentó plaza de miquelete (5). Tales andaban los tiempos que los religiosos buenos eran pública e impunemente asesinados, y los criminales vitoreados!

En esta casa religiosa el fuego se cebó en el templo; pero no se comunicó al convento o habitaciones, y hay quien dice que la autoridad procuró aislar el fuego para que no se propagara a la fábrica de los caracteres de imprenta. El

(2) Relación del fraile carmelita descalzo Padre Juan Casas en Barcelona a 12 de mayo de 1886.

(3) Relación cit. de D. Antonio López.

(4) Relación del aprendiz que tomó parte en el hecho del 25 de julio.

(5) Relación cit. de D. Antonio López.

convento fué derribado después cuando se quiso abrir allí la plaza mercado.

ARTÍCULO SÉPTIMO

SAN AGUSTÍN DE AGUSTINOS CALZADOS

Llegamos al convento de Barcelona que más sufrió en el crimen del 25 de julio, sufrimientos que no sólo alcanzaron al edificio y sus casas, sino, y muy acerbamente, a las personas de sus frailes. Como en los demás artículos, empecemos por la lista de los individuos que formaban la Comunidad. Por regla general, para tejer esta lista me sirvieron grandemente en los otros conventos las redactadas por la autoridad al librar pasaportes a los religiosos cuando, pasada la tempestad, éstos salieron de los fuertes y se largaron lejos de Barcelona; mas en el presente de San Agustín dichas listas pecan de mancas y harto menguadas, pues constando la Comunidad de más de setenta frailes, en ellas sólo se hallan los nombres de veintiséis, efecto indudable de que muchos de los agustinos se ocultarían en casas particulares y no irían a los fuertes cuando la autoridad los reclamó.

SACERDOTES

R. P. Francisco Molas y Codinach, natural de Barcelona, Prior y Vicario provincial. Profesó en Barcelona a 19 de junio de 1791.

H. Fran^{co} Molas
Prior

R. P. Francisco Torra y Puig, hijo de San Hipólito de Voltregá, el cual profesó a la edad de 38 años en 3 de junio de 1831 en Barcelona.

R. P. Manuel Campderrós y Arderiu,

hijo de Barcelona. Profesó en 2 de mayo de 1778 en Barcelona.

R. P. Antonio Tresserras y Clota, hijo de Manlleu. Profesó en 13 de septiembre en 1782 en Barcelona.

R. P. Agustín Girona y Colominas, natural de Barcelona. Profesó en Barcelona en 10 de mayo de 1786.

R. P. José Gutiérrez y Farrés, Ex provincial, Predicador, natural de Barcelona. Profesó en 6 de febrero de 1791 en Barcelona.

R. P. Juan Bruguera y Calafell, natural de Barcelona, Maestro de novicios, elegido tal en el capítulo de 1832. Profesó en 18 de septiembre de 1791 en Barcelona.

H. Joaquin Bruguera magister noviciorum.

R. P. José Maneja y Coquet, hijo de Barcelona. Profesó en 6 de marzo de 1792.

R. P. Tomás Planas y Casas, Predicador, hijo de Barcelona, Sacristán Mayor elegido en el capítulo de 1832. Profesó en 25 de septiembre de 1819 en Barcelona.

R. P. Próspero Mir y Roquer, Predicador, hijo de Manlleu. Profesó en 25 de noviembre de 1825 en Barcelona.

R. P. Francisco Pascual y Mir, hijo de Villanueva y Geltrú. Profesó en 1.^º de diciembre de 1826 en Barcelona.

R. P. Pedro Corominas y Isamat, hijo de Olot. Profesó en 12 de junio de 1828 en Barcelona.

R. P. Mariano Sorder y Serra, Chantre, hijo de La Bisbal del obispado de Barcelona. Profesó en 28 de diciembre de 1830 en Barcelona.

R. P. Mariano Codina y Castany. Profesó en Urgel a 6 de agosto de 1780.

R. P. Nicolás Vidal.

R. P. Antonio Betriu y Servós. Profesó en Barcelona a los 24 de septiembre de 1826.

R. P. José Riera y Miró. Profesó en Barcelona a los 25 de junio de 1829.

R. P. J. Nicolás Collell y Colomer, hijo de Olot. Profesó en Urgel a 24 de septiembre de 1826.

R. P. Pedro Codolar y Doménech, hijo de Llagostera.

R. P. N. Bosch. En el libro de profesiones hechas en Barcelona, figuran muchos Bosch, y así, ignorando las circunstancias del de julio de 1835, ignoro cuál de ellos éste sea.

CORISTAS

Fr. Jaime Molas y Colomer, natural de Santa María de la Piña. Profesó en Barcelona a 12 de junio de 1828.

Fr. Manuel Carrera y Vergés, diácono, natural de San Juan de las Abadesas. Profesó el 26 de junio de 1829 en Barcelona.

Fr. Alejo Morros y Badía, hijo de Igualada. Profesó en 3 de julio de 1830 en Barcelona.

Fr. José Tintorer y Tagell, hijo de Barcelona. Profesó en 16 de julio de 1830 en Barcelona.

Fr. José Benet y Roca, hijo de San Hipólito de Voltregá. Profesó en Barcelona a 25 de abril de 1831.

Fr. Antonio Vionet y Monfort, hijo de Barcelona. Profesó en Barcelona a 5 de diciembre de 1831.

Fr. José Suari y Calsada, hijo de Granollers. Profesó en Barcelona a 1.^º de octubre de 1832.

Fr. Martin Manent y Mas, hijo de Barcelona. Profesó en Barcelona a 1.^º de octubre de 1832.

Fr. Luis Sellés y Jordá, hijo de Manresa. Profesó en Barcelona a 1.^º de octubre de 1832.

Fr. Isidro Pujadas y Pujol, hijo de Barcelona. Profesó en Barcelona a 1.^º de octubre de 1832.

Fr. Antonio Creuet y Barcelona, mallorquín. Profesó en Barcelona a 1.^º de octubre de 1832.

Fr. Francisco Mestres y Tomás, hijo de Orihuela. Profesó en Barcelona a 28 de noviembre de 1832.

Fr. Raimundo Manalt y Maristañ, hijo de Barcelona. Profesó el 19 de febrero de 1834 en ídem.

Fr. Juan Guitart y Juliá, natural de Barcelona. Profesó en ídem a 19 de febrero de 1834.

Fr. José Bruguera y Subirana, hijo de Barcelona. Profesó en ídem a 19 de febrero de 1834.

Fr. Valerio Lluch y Planas, hijo de Santa Coloma de Farnés. Profesó el 19 de febrero de 1834 en Barcelona.

Fr. Miguel Triay.

LEGOS

Fr. Pedro Tussell y Coll, hijo de Tarrasa. Profesó en 6 de julio de 1795 en Barcelona.

Fr. Salvador Mas y Boada, hijo de Santa Coloma de Farnés. Profesó en Barcelona a 24 de mayo de 1816.

Fr. Miguel Noves y Trabé, hijo de Adrall. Profesó en Barcelona a 30 de septiembre de 1830.

Fr. Valentín Casulleras y Durban, hijo de Igualada. Profesó en Barcelona a 23 de diciembre de 1830.

Fr. Buenaventura Güell, Campanero.
Fr. Agustín Vila.

Fr. Domingo Tauler, Procurador del convento.

Fr. José Coll.

Fr. Pedro Vilanova.

Fr. Joaquín Marros y Badía (1).

Pocos días antes del incendio cuatro frailes de esta casa, lector uno de ellos, corista mallorquín otro, enfermero el tercero y lego el cuarto, se fugaron del convento para los carlistas. La misma noche se presentó en el convento un ordenanza militar participando el hecho con los nombres de los huidos. Muy luego fueron aprendidos el Lector, el enfermero y el lego, y encerrados en la cárcel

(1) La mayor parte de los nombres de estas listas provienen de las de los pasaportes librados en agosto de 1835, pero los hay de otras procedencias.

pública, adonde cada día el Prior mandó desde luego un lego con el alimento, y frecuentemente coristas para que caritativamente les visitasen.

El día siguiente de la fuga comparecieron en el convento dos jueces instructores del sumario, mandados por la autoridad militar, que fueron dos secularizados del tiempo constitucional (1). Estos tomaron declaración a todos los jóvenes y la sentencia condenó a tres a presidio en Ceuta, y el cuarto a servir de soldado en la isla de Cuba. Cuando la atroz revuelta de 5 de enero de 1836, las turbas se acordaron de estos cuatro agustinos presos, y acudieron a la Ciudadela pidiéndolos. Se les contestó que ya no estaban allí. Entonces se dirigieron a la cárcel, y aquí se les respondió que ya habían sido embarcados, como era la verdad; y así los agustinos escaparon de una muerte tan segura como horrorosa (2).

En esta casa religiosa se dibujan en modo muy marcado las dos tendencias, que llevamos notadas en otras, referentes al justo temor de los jóvenes y tupida ceguera de los proyectos respecto del peligro que les amenazaba. Ya en 1834, cuando vieron aquéllos los asesinatos de Madrid, manifestaron su deseo de que la Comunidad dejara el claustro, mas en contra de tal idea se declararon los ancianos. Estos no creían posible el atentado, al paso que los jóvenes lo veían hasta natural. Tiempo antes del incendio de Barcelona apareció clavado en la puerta de este convento un escrito contra los religiosos. El corista que me dió esta noticia me añadió: «Del tal escrito no »conocí más que estas palabras: «salios »de nuestra tierra, pues el pueblo no »puede oír vuestras nombres sin horror», »y no conozco las demás porque el supe-

rior cuidadosamente rasgó el papel y »ocultó su contenido» (3).

Si el hecho de Madrid no bastara a despertar a los dormidos, vinieron los de Zaragoza, en uno de los cuales el Provincial agustino pereció asfixiado en el escondrijo en que se había ocultado. Movidos por tan elocuentes avisos, algunos frailes noveles sacaron del Convento objetos, depositándolos en manos amigas para así hurtarlos a la temida acometida, y al propio tiempo se proveyeron de trajes de seculares para, en caso necesario, facilitar la fuga. Mas, sabidos tales hechos por los Superiores, y dominados de su ceguera, éstos los prohibieron; y así los trajes adquiridos y los bultos salidos repasaron los umbrales del cenobio: ¡de tal modo imperaba allí la obediencia! (4).

Sin embargo, la atmósfera se iba cargando y, a ojos vistas, el peligro se iba avecinando, especialmente con el incendio de Reus; y así reentraron en el Convento trajes de secular (5). La misma tarde del 25 de julio de 1835, la madre del corista Fr. José Tintorer visitó a su hijo, quien le pidió la devolución del disfraz. Llegada la madre a su casa, habló de la petición del hijo, a la que el padre contestó que, siendo día festivo el siguiente, y acostumbrando la familia visitar al fraile en los días de fiesta, en la visita del otro día se lo llevarían. Sin embargo, no sufriéndoles retardo el corazón, cambiaron de parecer, y aquella tarde llevó el padre el disfraz al fraile, subiéndoselo él mismo a la celda (6).

El mismo día 25 de julio, a eso de la

(3) Relación del entonces corista de este convento P. José Benet hecha en Barcelona a 24 de marzo de 1880.

(4) Relaciones de los entonces coristas D. José Tintorer en Barcelona a 17 de mayo de 1880, de D. José Benet ya citada, y otras de otros.

(5) Relación del corista D. Juan Guitart en Barcelona a 20 de diciembre de 1881.

(6) Relación cit. de D. José Tintorer de 17 de mayo de 1880.

(1) Relación del corista D. Antonio Vionet, hecha en San Andrés de Palomar a 14 de diciembre de 1880.

(2) Relación del entonces corista D. José Tintorer, después canónigo de Barcelona, hecha en Calella a 25 de septiembre de 1893.

una de la tarde, los jóvenes enviaron un comisionado, el Padre Pedro Codolar, religioso ejemplarísimo, al Prior, pidiéndole que durante la noche destinara dos legos de centinela, uno en el lado de la calle del Hospital, y otro en el de la de San Pablo. El Prior le contestó: «Padre, V. se »hace revolucionario, pues apoya á los »jóvenes. Pondré un lego de vigilancia» (1).

El honrado y cuerdo zapatero de la primera casa de la calle de Jerusalén, Don Juan Serra, a cosa de las tres o cuatro de la tarde de aquel infiusto día, vió pasar por frente su casa, en dirección a la calle del Carmen, al Prior agustino. Iba éste, según después supo, a visitar al general Saquetti, quien dijo al fraile: «En »cuanto á mí pueden VV. estar tranquilos, pero Dios sabe» (2).

En verano la numerosa Comunidad rezaba no en el coro alto, sino en el centro del templo, donde, mediante tener abierto el cancel, se gozaba de algún fresco en aquellas tan calurosas tardes de nuestra ciudad. Mas en la del 25 de julio de 1835 se rezó allí, sí, pero con el cancel cerrado. A la hora del crepúsculo oyóse en el patio de ante el templo un descomunal grito que dijo: «ciernen VV. »cuanto puedan; que vienen á matarles» (3).

El nombrado Padre Subprior Francisco Torra, hombre sereno, había sido sargento de ejército, y después, recibida la licencia absoluta, había estado empleado en la quincallería, entonces muy conocida, de Don Jaime Marxuach, sita en la Bajada de la Cárcel, y a los treinta y ocho años de edad entró fraile. Aquel día 25 de julio comió en casa de sus antiguos principales Marxuach, amigos del general Llauder, y allí confirmó sus confianzas y el desconocimiento del peligro. Allí toda-

(1) Relación del señor D. José Tintorer en Calella a 25 de septiembre de 1893.

(2) Relación de dicho Sr. Serra en Barcelona a 27 de diciembre de 1883.

(3) Relación cit. del corista D. José Benet.

vía, le avisaron de que estaban ya arrasando el toro; y entonces, tranquilo él e impávido, vestidos sus hábitos, regresó por mitad de Barcelona al convento (4).

También de noche, y cerrada ya la portería, llegó al cenobio el Padre José Gutiérrez, ex Provincial, gran predicador, persona muy grave y relacionada con las más granadas de la ciudad; y al llegar, contesta a la ansiedad curiosa de los jóvenes, que en la ciudad nada de particular ocurre; y cuando a poco se le anuncia que ya arde San José, sale a la ventana para cerciorarse de la verdad, y al reconocerla, se retira diciendo: «Bah, »será necesario que mañana el Padre »Prior vaya á ver al Capitán General »para decirle que si no nos quieren aquí »que nos den pasaportes». A esto el despabilado corista Fr. José Benet repuso: «¡Ah, Padre Maestro, no es asunto de »mañana, sino de hoy!» (5).

¿Qué más? Cuando ya ardía San José, el muy listo corista Fr. José Tintorer se hallaba con otros en el balcón del Convento que daba al callejón del Arco, y al oír los derrumbamientos del incendio y ver la insólita iluminación que éste producía, puso el hecho en conocimiento del citado Padre Torra. Este contestó que el tal resplandor provenía, sin duda, de que, ocupando la Rambla la Artillería del cuartel de Estudios, habría puesto parillas de iluminación (*festés*) para ver el terreno y evitar una sorpresa (6). No se puede dudar de que una de las principales causas de ceguera tan absoluta había de residir en las seguridades dadas por Llauder y en las contribuciones recibidas por la Junta de guerra.

Caía aquel año el 25 en sábado, y como al día siguiente correspondía comunión de regla, acudían al anochecer los jóve-

(4) Relación del Sr. Tintorer de Calella a 25 de septiembre de 1893.

(5) Relación cit. del mismo Sr. Benet.

(6) Relaciones del mismo Sr. Tintorer de Barcelona de 17 de mayo de 1880 y Calella 25 de septiembre de 1893.

nes a las celdas de los confesores para confesarse. Fr. Tintorer, esperando que le llegase la vez de entrar en la celda de su confesor, paseábase por un terradito del lado occidental del Convento, que caía sobre el contiguo huerto de Morlans; y desde allí oyó que unas gentes, que comían bajo las parras y arboleda del huerto, hablaban de que aquella noche habría revolución; noticia que contribuyó a exacerbar sus temores. Entra en la celda del confesor, y mientras hacía su confesión suenan descompuestas voces en el claustro. Sobresaltados, levántanse confesado y confesor, diciendo: «ya están aquí, ya están aquí»; y asomándose al claustro, ven dos hombres y unos chicos a los que creyeron poco menos que demonios. Eran el Hermano portero, el criado de la portería y tres chicos, los cuales, habiendo visto pasar el toro arrastrado por la calle del Hospital, habían cerrado la portería, y se retiraban al interior del Convento con tal desacuerdo, que llevaban un pañuelo atado a la cabeza y daban gritos de sobresalto. Tintorer pidió al Padre confesor que le diera la absolución, como efectivamente se la dió allí en el corredor. Subieron el portero y el criado, y como explicaron lo que habían visto, comprendieron los religiosos que todavía los enemigos no habían cruzado las puertas, y así se tranquilizaron un tanto (1).

«Serían las ocho cuando los PP. agustinos bajaron al refectorio, habiéndoles antes advertido el superior que no había lugar á temor alguno» (2). El plato de aquella inolvidable cena consistía en pescado con salsa (3). A todo esto fueron llegaron nuevas noticias del incendio, y estando aún en el refectorio se produjo en la Comunidad gran con-

fusión. Los jóvenes tramaron un plan de defensa, y corrieron a prepararlo, dirigiendo la obra el corista Tintorer. Considerando difícil el ataque por la calle del Hospital, donde la muy alta cerca y robustas rejas defendían el acceso al atrio del Convento, concentraron los medios de defensa en las celdas de la calle del Arco de San Agustín. Colocaron a los lados de las ventanas de las celdas de aquel lado las canastas de la ropa sucia, llenándolas de ladrillos. Para esto acudieron a una casita baja, o cobertizo, que dentro del recinto del convento, en el lado de la calle de San Pablo, tenían los albañiles de la casa, y de allí tomaron las herramientas. Con éstas arrancaron los enladrillados del piso de sus celdas, depositando los ladrillos en las canastas de las ventanas. Tintorer colocó dos frailes en cada celda o ventana, preparados para propinar una rociada de ladrillos a los revolucionarios. Además, no atinando a que éstos pudiesen emplear la tea y el fuego, tomó del almacén del templo y casa la tarima de las conclusiones y otras maderas, y las colocó en la escalera mayor, que estaba en el cabo Sud del gran corredor de junto el lado occidental del templo, para con estos impedimentos siquiera retardar la entrada o subida de los malhechores.

Dispuesta así y preparada la defensa, fué cuando los jóvenes agustinos vieron con sorpresa el campanario del Pino esplendentemente iluminado por el incendio de San José, y oyeron el retumbar de sus hundimientos; y entonces fué también cuando la muy tupida ceguera del Padre Torra respondió lo arriba escrito, diciendo que aquella iluminación procedía sin duda de las parrillas puestas por los artilleros.

Presentáronse los revoltosos por la calle del Arco, y entonces los frailes se defendieron bizarramente, como llevó narrado en el capítulo anterior, y tan bizarramente, que los asaltantes, después de varias tentativas, tuvieron que retirarse y buscar camino a sus perversos in-

(1) Relaciones cit. de D. José Tintorer de 17 de mayo de 1880 y de D. José Benet de 24 de marzo del mismo año.

(2) Relación del P. Mariano Sorder.

(3) Relación del corista P. Juan Guitart. Barcelona 31 de diciembre de 1881.

tentos por otro lado, por el de la calle del Hospital. Aquí con mazos de hierro forzaron las verjas de las puertas, y llegando al atrio, por medio del fuego penetraron en el templo y en el convento. Entretanto, la campana del contiguo convento de Trinitarios descalzos y la de éste no cesaban de pedir auxilio. Omito la escena del sereno y del fraile Fr. Isidro Pujadas y Pujol, porque ya queda referida en dicho anterior capítulo. Oían los jóvenes los recios golpes dados a la verja y comprendieron por donde se realizaba el ataque, y así, abandonando la defensa, ya innecesaria, del callejón del Arco, corrieron a huir por el lado de la biblioteca.

Reinaban en la Comunidad confusión y espanto, y cada uno buscaba por su lado la salvación. Tintorer y sus jóvenes trazaron un nuevo plan. Ya en mi obra anterior expliqué el lugar de la espaciosa biblioteca, el piso principal del ala de edificio que forma la cara de Poniente del gran patio que precedía al templo. La primera idea de los dichos frailes fué bajar desde un balcón del lado trasero de dicha biblioteca a un patio de una de las tiendas, o bajos, entonces ocupada por la policía. Porque, efectivamente, una delegación de policía estaba aposentada en una de las tiendas de la plaza, tienda cuya puerta daba fuera de la verja, y sus individuos no habían escaseado a los frailes los ofrecimientos; y así los cuitados religiosos creyeron llegado el momento de aceptarlos. Los dichos jóvenes pidieron y obtuvieron del superior las llaves de la biblioteca, y siguiéndoles los proyectos, se dirigieron a ella. Cogieron aquéllos una larga escalera y cuerdas de los albañiles y entraron en la biblioteca, cerrando cuidadosamente sus balcones orientales para evitar que por ellos viesen los revoltosos de la plaza la débil luz con que los frailes se alumbraban. Con tiento y atada con las cuerdas fueron bajando la escalera desde un balcón del lado occidental al pequeño patio trasero, pero por desgracia López, el jefe de la policía, aquel día estaba ausente de Barcelona, y

por otra la escalera no alcanzaba hasta el suelo. Quisieron entonces los frailes descansarla sobre un palomar del mismo patio, mas los empleados se opusieron a ello diciendo que estaba tierna la obra del palomar, y que el peso de la escalera la hundiría (1). Con el fracaso de este medio de salvación aumentó el pánico de los muy cuitados.

La casa de la esquina occidental de la plaza de San Agustín con la calle del Hospital lindaba con la biblioteca, y describía con ella un ángulo recto; y así sus aberturas traseras quedaban a la vista de los dichos balcones también traseros de la biblioteca. Perdido por los frailes el camino de la policía, y viendo en la ventana del pozo de dicha casa a un hombre y una mujer, aquéllos se dirigieron a éstos. Fr. Tintorer conoció a la mujer, porque había ésta tenido una fonda, llamada de la Paloma, en el piso principal de la primera casa del lado oriental de la Rambla de San José subiendo de la Rambla del Centro, una de cuyas tiendas ocupaba la familia de Fr. Tintorer (2). Le dice el fraile: «¿No me conoce V.? Soy el »nieto de la señora Florentina». La mujer, cuyo nombre era Francisca, contestó que tenía un primo superior del convento de Santa Catalina, y que deseaba hacer por los agustinos lo que quería que otros hicieran por su primo. Convinieron en poner la escalera horizontalmente desde el balcón de la biblioteca a la ventana del pozo de la casa, empresa no fácil en razón de la distancia grande que separaba las dichas aberturas. Con no menguada dificultad se puso la escalera, la que, pecando para el caso de corta, llegó a apoyar en la ventana sólo una de sus dos barras, sosteniendo el hombre de casa de Francisca la otra. Y aunque así se me

(1) Relaciones de los coristas Tintorer y Benet. Tintorer fué uno de los que con sus manos puso la escalera.

(2) La primera tienda la ocupaba un *Pau* luego seguía la escalera, y después la tienda de los Tintorer.

dijo, opino que, bien que poco, apoyaríanse en la ventana las dos barras. Quiso Fray Tintorer pasar el primero, y aunque un lego deseaba que antes lo efectuase el Padre Gutiérrez, alegó aquél haber sido el autor de la obra, y pasó antes. Desde la escalera tiró abajo el hábito, que otros también desde allí tiraron, mientras algunos lo dejaron en la biblioteca (1).

Tras de Fr. Tintorer fueron pasando los demás en número crecido. Los jóvenes ayudaban a los ancianos y maestros; y la travesía no dejaba de ofrecer harta dificultad y peligro, porque la escalera estaba a mucha altura sobre el suelo, tenía el pozo en el fondo, apenas apoyaba sus cabos, por el gran peso de los cuerpos cimbreaba, y algunos de los que por ella pasaban, además del grave impedimento de los años, venían completamente desacostumbrados a tales ejercicios gimnásticos (2). El pobre Padre Gutiérrez, al verse sobre la escalera, lloraba. Se hallaron reunidos en aquella casa, que lo era de huéspedes, un muy crecido número de religiosos, que Fr. Benet, otro de ellos, ponía de veinte a treinta, y Fr. Antonio Vionet en cuarenta (3).

Sea que los mismos frailes comprendiesen, como me dijo el señor Tintorer, que no podían gozar de seguridad en una casa tan próxima al convento, y por lo mismo tan expuesta a un registro de los revolucionarios, sea que la mujer Francisca les indicase, como me insinuó el señor Guitart, que eran hartos para una sola casa, es lo cierto que la mayor parte determinaron salir de aquella habitación, y comenzó la dispersión. Algunos, con el señor Tintorer, subieron al terrado, y cruzando paredes divisorias pasaron a otros; cuando he aquí que, habiendo visto gentes curiosas en las azoteas, las creye-

ron enemigas, y sobresaltados, desandaron los terrados y regresaron al piso de Francisca. Tintorer, azorado, repasó la escalera horizontal, y se quedó un rato en el balcón de la Biblioteca esperando los acontecimientos, y así dispuesto a volver al cenobio si los perseguidores venían por la casa de Francisca, o a ésta si por el Convento. Finalmente regresó a esta casa. Algunos determinaron salir a la calle en grupos. Cinco o seis, entre ellos Tintorer, formaron uno de estos grupos, y bajaron la escalera. En ella toparon con un hombre de Reus que paraba en la hospedería de Francisca, y había venido de su atolondrada villa precisamente para coadyuvar al incendio de los conventos de Barcelona. Al dar con los frailes, trató de hacerles regresar al cenobio. Objetaban éstos que ya ardía; insistía él que volviesen a él y que no ardía. Regresaron todos al piso de Francisca, y tal es la fuerza de la conciencia y la inocencia de aquellos perseguidos, que el mismo reusense dió a éstos su chaqueta para que se disfrazasen, y a ruegos de Francisca quedóse quieto en el piso a fin de evitar que en ningún tiempo pudiesen los religiosos sospechar que aquel hombre les había traicionado. También un músico de milicia urbana, allí presente, entregó a otro fraile su casaquilla y gorra de uniforme para disfrazarle. Tintorer vestía el traje de secular que aquella tarde le había proporcionado su padre, y que en el momento del primer susto en la celda del confesor se lo había vestido bajo del hábito.

Finalmente, el mentado grupo baja la escalera de la casa, que daba a la calle del Hospital, y, entornada la puerta, para en la entrada, observando por una rendija de la puerta la calle. El subprior Torra, que era uno de este grupo, confiaba todavía en la protección de la autoridad, y esperaba el paso de una patrulla para saltar al centro de ella. Cuando vió la primera, creyó que ya aquella tomaba cartas en el asunto y que todo quedaría muy pronto acabado. Esperó, sin embar-

(1) Relaciones del Sr. D. José Tintorer mismo.

(2) Relaciones de casi todos los varios religiosos de esta casa por mí interrogados, quienes todos atestiguan el paso por la escalera.

(3) Relación hecha en San Andrés de Palomar a 14 de diciembre de 1881.

go, el paso de una segunda. Llegó realmente ésta, pero como junto a ella venía un grupo de gentes, creyó imprudente salir. Salió luego con un Fr. Sebastián, y pudo llegar al próximo Hospital de la Santa Cruz (1), donde el Prior, para mejor ocultarle, le puso como uno de los locos en el departamento de éstos, atado a una argolla del muro (2); o, según otros, en una cama como enfermo (3). Sin duda por la misma escalera saldría el Padre José Gutiérrez, quien igualmente paró y se salvó en el Hospital (4).

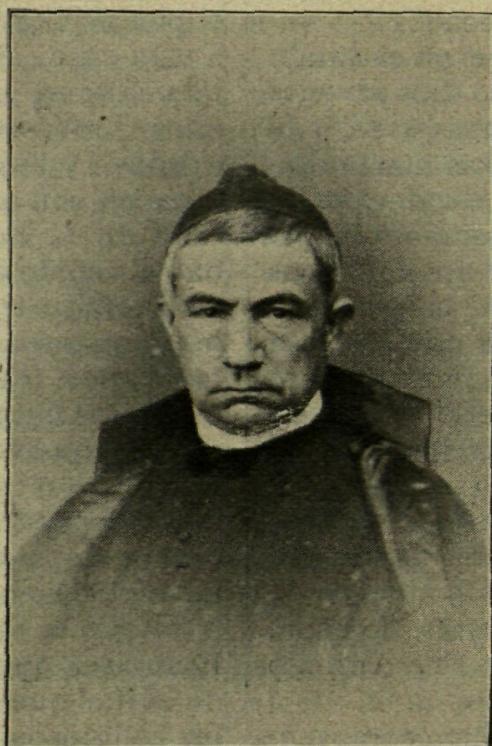
El señor Tintorer, entonces, como llevó dicho, sólo corista, y después ilustre canónigo de nuestra Catedral; Fr. Tintorer, digo, junto con el Padre Nicolás Collell y Fr. Valerio Lluch, salieron juntos, encaminándose a una casa de la calle de Robador, cuya llave poseía ya el primero a preventión. Tintorer usaba buen disfraz, pero los otros dos sólo las ropas interiores de fraile; y a todos

delataba la fresca rasura del cogote, renovada la víspera del ataque. Entran en la dicha calle de Robador, y allí ven que venía hacia ellos una turba con antorchas y sables. Espantados retroceden, y

al querer hurtar el bulto torciendo por la calle de Egipcias, ven plantados en su entrada tres hombres, a los que la exaltada imaginación transforma en tres asesinos. Determinan entonces guarecerse en el cuerpo de guardia de la Puerta de San Antonio, y siguen calle del Hospital arriba. Pensó de pronto Tintorer refugiarse en casa del procurador Don Francisco Canals (a quien yo mucho traté), que vivía en la casa de las Monjas Carmelitas Calzadas, actual número 103; pero, volviendo atrás la cabeza, vió que los perseguidores, a los cuales la gente los había delatado, se hallaban a pocos pasos; y por lo mismo, temiendo que antes que se

abriese la puerta sería asesinado, siguió adelante.

El convento de Carmelitas Calzadas, trasladado modernamente a las Corts de Sarriá, y en la semana trágica de 1909 incendiado, ocupaba entonces el solar de la casa número 105 de la misma calle del Hospital; y casi al frente del Convento, en una tienda, vivía una hermana del señor Tintorer; pero ¿cómo llamar a la



Jose Tintorer

(1) Relación cit. de D. José Tintorer. Barcelona 17 de mayo de 1880.

(2) Relación cit. de D. José Benet.

(3) Relación del Sr. Tintorer de septiembre de 1886.

(4) Relación del Sr. Tintorer de septiembre de 1886 y relaciones de otros.

cerrada puerta y esperar a que se abriera? Mas la Providencia acudió al aprieto. En aquel momento la hermana de Tintorer pasaba de una casa del Convento a la suya, y su marido abría la puerta para que ella entrara. De un salto Tintorer se coló en la tienda de su cuñado. Los compañeros de Tintorer no tuvieron tiempo de meterse en la tienda, los asesinos los retuvieron en la calle, y allí mismo los agredieron al tiempo que la tienda del cuñado de Tintorer cerraba precipitadamente la puerta para impedir la entrada de los amotinados. Así, como por milagro, Tintorer se salvó de terrible muerte, que tuvo a dos dedos de su persona (1).

El pobre Padre Nicolás Collell, que era hijo de Olot, y por su ejemplar conducta un santo, quedó tendido frente la calle de la Cadena, sin sentido y con penoso estertor, bañado en su sangre (2). He aquí palabras del después catedrático del Seminario, y más tarde jesuita, Don Joaquín Carles, muy mi amigo, quien, entonces niño, pasó por aquel trozo de la calle del Hospital: «Frente la calle de la Cadena vimos un »fraile tendido en el suelo moribundo, »rodeado no sé si de sangre ó de agua. »Pasaron por allí algunos revolucionarios, y le tiraron una piedra. Tengo »hondamente grabado en mi memoria el »tristísimo estertor de aquel desgraciado» (3). En los momentos de acuchillar a Collell, entre la turba corrió la voz de que en la calle de San Pablo acababan de matar a un fraile, al que se encontraban onzas de oro, y así los amotinados, tan desinteresados, según los autores revolucionarios, dejaron a Collell y corrieron hacia la calle de San Pablo. Allí, en la del Hospital, quedó tendido y con su fatigoso

estertor, toda la noche, Collell, hasta que por la mañana una mujer le aplastó la cabeza con una gran piedra (4). Opino que a Collell se refería una mujer que tuvo la desvergüenza de contar que, habiendo hallado un fraile tendido en dicha calle, le arrancó las medias, diciendo: «Este púñetero lleva medias, y yo no las »puedo llevar». A principios del año Collell pertenecía a la Comunidad agustina de Igualada, y con anuencia de los Superiores propuso al Padre José Vilasaló, de la de Barcelona, un trueque de domicilio. Este, aburrido de los cotidianos insultos callejeros, admitió el trato, que resultó para él tan saludable cuanto para aquél desastroso.

Allí también, en la calle del Hospital, recibió una terrible herida el otro compañero de Fr. Tintorer, Fr. Valerio Lluch, y sin duda no acabó la vida porque la noticia de las onzas de oro del fraile de la calle de San Pablo ahuyentó a los perseguidores. Por la herida le salía parte de los intestinos, sin que él al principio lo notara. Cuando, ya después de

Frater Valerius Lluch,

haber andado bastante, lo advirtió, se los sostenía con la mano. Como la herida al pronto no le privó de las fuerzas ni del movimiento, al ausentarse los agresores, él continuó su marcha hasta el cuerpo de guardia de la Puerta de San Antonio. Parece que lo halló cerrado; retrocedió por la calle del Carmen. Vió el incendio del Convento de este nombre, y al fin, reconociendo la gravedad de su herida, fué llevado al Hospital, donde, después de meses de cuidados, curó. He aquí las notas del Libro del Hospital: «Fr. Valeriano »Lluch, religioso de San Agustín, calzado, »natural de Santa Coloma de Farnés, de »20 años de edad. Entró en 26 de julio

(1) Relación del mismo Sr. Tintorer de 17 de mayo de 1880.

(2) Relaciones de varios agustinos del convento de Barcelona.

(3) Relación de dicho D. Joaquín Carles en Barcelona a 19 de abril de 1880.

(4) Relación cit. del Sr. Tintorer de 17 de mayo de 1880.

»de 1835 y salió en 1 de octubre de 1835». A poco de curado, sentó plaza de miquelete, o de voluntario de la Libertad, de modo que su antiguo compañero Fr. José Tintorer le vió de uniforme en Sans. Sin embargo de extravío tan notable, al fin de la vida acabó bien, recibiendo los Santos Sacramentos (1).

No queriendo cortar con un incidente la historia anterior de la salida a la calle del grupo de Collell, Tintorer y demás, dejé para este lugar el chasco experimentado, luego de salido del convento, por Gutiérrez. Deseando éste salvar el dinero de la cofradía de la Virgen de la Consolación, o sea de la Correa, al huir llevólo consigo en una jarrita que contenía en oro 800 duros. Al llegar al cuarto de Francisca se la entregó a ésta para que se la guardase. Al día siguiente, puesto Gutiérrez ya en salvo, mandó un Hermano lego a Francisca a pedirle la jarrita, y aquélla se la entregó, pero vacía. Me contó este episodio el M. I. Sr. Tintoré, quien la había oido de boca de dicho lego; y me añadió, que a los dos o tres meses del incendio del convento, pasado el peligro, él mismo visitó a Francisca para darle las gracias de haber contribuido a salvarle, y que entonces Francisca se le quejó de que se le atribuía este hecho, y aseguró que ella había devuelto la jarra tal cual la había recibido. ¿Quién vació la jarrita? ¿Francisca? ¿Alguno de los varios habitantes de aquella casa de huéspedes? Dios lo sabe, que un día castigará el hecho, y también el diablo que lo inspiró. Es lo cierto que Francisca, mujer obesa, a los dos años estaba tan pobre que se ponía en el pasaje o callejón del Ave María a pedir limosna. El mismo señor Tintorer celebraba entonces la Misa en San Severo, y pasaba por dicho pasaje, y cada vez que hallaba allí a la Francisca le daba de limosna una peseta. Repito que lo tengo de labios del propio

señor Tintorer, quien me refirió el incidente, no una, sino muchas veces.

Parece que el sereno, padre del fraile corista no ordenado aún, Fr. Isidro Pujadas, acudió a la casa en busca de este su hijo, y se lo llevó consigo y salvó (2). No supo tanto el fraile salvarse de los peligros del mundo, pues después abrazó

Frater Ysidorus Pujadas,

ideas adelantadas, fué capitán de la ronda de San Feliu de Llobregat, y acabada la guerra, comandante de la guardia municipal de Barcelona. Durante este su empleo, no pudiendo un día despejar la plaza de San Jaime, o sea de la Constitución, mandó a sus subordinados hacer fuego sobre la gente hacia la calle de Fernando, resultando muerto un pobre aldeano; por cuyo hecho se le formó causa (3). En sus últimos años volvió a buen camino, y frecuentaba los sacramentos (4). Fué Pujadas hombre tan faltado de asiento que a veces se presentaba por las calles vestido el capote de uniforme, y cubierta la cabeza con el sombrero de copa de paisano (5).

Pasaron también la escalera horizontal los legos Fr. Domingo Tauler y Fr. José Coll, y de la casa de Francisca salieron para refugiarse en la de Carles, en la calle de Robador. En esta casa, consecuente con lo que abajo largamente de ella diré, hallaron cerrada la puerta, y así los dos tuvieron que andar recorriendo calles. Toparon con un grupo de amotinados, que les acusó de frailes. Los dos vestían

(2) Relación cit. del Sr. Tintorer de 17 de mayo de 1880.

(3) Relación de D. Benito Tomás en Barcelona a 25 de octubre de 1901.

(4) Relación cit. del Sr. Tintorer de 20 de septiembre de 1890.

(5) Relación del amigo de Pujadas D. José Castells, pbro., hecha a mí en Barcelona a 8 de abril de 1896.

(1) Relaciones del Sr. Tintorer de 17 de mayo de 1880 y de 20 de septiembre de 1890, confirmadas por las de otros frailes.

de seglar, pero Fr. Domingo llevaba los zapatos de religioso; sin embargo, éste tomó valientemente la palabra, y respondió: «Este es un amigo de fuera, al cual muestro la fiesta de esta noche»; y así les dejaron en paz. Fr. Domingo aquella misma noche cruzó las murallas de la ciudad cuando abrieron la puerta para la salida del carro de los muertos del Hospital, y como era el procurador del convento, se refugió en la torre de la Comunidad, camino de Sarriá. Perseguido en ella, huyó a la de Tiana. Fr. Coll en la madrugada del 26 se refugió en casa Nadal, del Borne (1).

La mayor parte de los religiosos que por medio de la escalera horizontal pasaron a casa de Francisca no bajaron a la calle, sino que, por el contrario, subieron al terrado, quedando unos agachados en el de la esquina con la calle del Hospital, y saltando otros a distintos terrados. Fr. Antonio Vionet con un Padre Maestro, creo el Padre José Maneja, como oyeron un disparo, opinaron que se habría dirigido contra uno de los que habían salido a la calle, y así optaron por subirse al terrado. Allí oyeron otro disparo: y espantados, fueron cruzando terrados, para lo que alguna vez la espalda del corista tuvo que servir de escabel a la falta de agilidad del Maestro. En uno de estos terrados el Maestro dió la absolución al corista. Es de advertir que no existía entonces la calle de Mendizábal, y por lo mismo que la isla de aquellas casas llegaba hasta la de Robador. El Padre Maestro vestía aún los hábitos; el corista, al pasar la escalera horizontal, los había tirado al pozo, quedando en mangas de camisa. Como reparasen en una luz tras de la puerta de un terrado, sin saber el ánimo de los habitantes, llamaron a ella. «¿Quién hay?», pregunta un hombre desde dentro. «Dos frailes», respondió Vionet.

(1) Relación de D. Ramón Piñana que tuvo después hospedado por mucho tiempo en su casa a Fr. Domingo Tauler. Barcelona 4 de marzo de 1886.

«No levante V. la voz», contestó abriendo el habitante, e introduciendo a los dos frailes y a un tercero, de nombre Francisco Mestres, que al ver huir a los primeros les siguió, y el hombre los llevó a su habitación. Convinieron en que el Padre Maestro quedase en aquel piso, y los otros dos se largasen. Vionet atóse un pañuelo en la cabeza, en la una mano tomó una navaja y en la otra una vara de ganadero, y así transformado, cuando el barullo de la calle hubo calmado, salió cantando el himno de Riego, y acompañó a Mestres a la casa paterna, calle de Tallers, donde Mestres quedó, yéndose Vionet a otra de un amigo en la calle Nueva de la Rambla (2).

El corista Fr. Luis Sallés con otro de nombre Antonio Creuet, vestidos de sacerdotes, subieron del piso de Francisca al terrado, para, cruzando terrados, llegar al de un amigo de Creuet con el cual estaban convenidos. Pasados unos cuantos terrados, como hallasen uno abierto, le creyeron el del amigo, y se entraron en la puerta. No lo era, y los vecinos admitieron a Creuet, pero rechazaron a Sallés, diciendo que ya tenían bastante con un fraile; y cerraron la puerta del terrado. Sallés siguió hacia Poniente cruzando terrados, en uno de los cuales halló a Fr. Manuel Carrera y al cocinero del convento, que llevaba en la mano una cuchilla, y en otro terrado al Padre Lector Molas. Carrera propuso a Sallés regresar a los tejados del convento, por el del templo pasar a la parte oriental del convento y refugiarse en las casas que estaban entre el callejón del Arco y el patio del templo. Sallés no admitió la propuesta: Carrera la efectuó, y, como veremos muy luego, en su realización halló la muerte. Los que quedaron en los terrados se tendieron en un tejado cerca de los canalones, y allí pasaron la noche. Empero, llegada la aurora, había que tomar un

(2) Relación del mismo Fr. Antonio Vionet hecha en San Andrés de Palomar a 14 de diciembre de 1881.

partido, y así se levantaron, y se dirigieron a una mujer de una ventana pidiéndole que les auxiliara. La mujer les contestó en mal lenguaje: «*Si volen anar al carrer, que's fotin dalt abaix.*» En castellano: «Si quieren ir a la calle, tirense a ella». Los pobres siguiendo su travesía de terrados, llegaron hasta uno de frente del hospital; bajaron con mucho silencio la escalera; hallaron la puerta de la calle cerrada; llamaron a varios pisos; nadie abrió más que un caballero del tercero; entraron en su cuarto, y el caballero les dijo: «Soy liberal, pero no soy bárbaro, y así no apruebo el atentado de esta noche»; y les obsequió. Abrioseles luego la puerta de la calle, y de una corrida los tres pasaron al Hospital. Se les preguntó allí si querían quedar como enfermos o pasar a Atarazanas; optaron por lo posterior, y colocados entre filas de tropa fueron conducidos de cuatro a cinco de la mañana a dicho fuerte. Al llegar a Atarazanas vieron en el cuerpo de guardia un fraile herido, que Sallés creyó ser el Padre Cels, y otro poco menos que decapitado (1).

Creuet pasó después a guarecerse en casa del muy revolucionario Don Ramón Xaudaró, abogado, al que mucho veremos figurar antes de terminar este libro. Allí se salvó. Cuando a los dos años (mayo de 1837) Xaudaró se vió perseguido, guarecióse en casa de Creuet, mas, delatado por un extraño a la casa, fué cogido y fusilado (2).

El mayor número de los que pasaron la escalera horizontal, desde el piso de Francisca pararon en el terrado de la esquina occidental de la calle del Hospital con el patio de frente el convento. Habitaba el piso principal, o el primero, un abogado o escribano, de ideas revolucionarias, hombre obeso y muy conocido, el cual en esta ocasión se portó bien. Los

revoltosos le pidieron los frailes que suponían, o sabían, estaban en su dicha casa; mas él, poniendo por delante sus ideas y su nombre, les dió a entender que no los había; y así apartó a los malhechores. Entretanto, por medio de una mujer, mandó vino a los pobres frailes para que se reanimasen. Allí, agachados en el terrado, pasaron los frailes la noche al calor de las potentes llamas del incendio del templo, y con pavor en el corazón, de modo que algunos se confesaron para morir.

Cuando hubo amanecido, cuidadosamente inspeccionaron el lugar y las cosas para hallar camino a escaparse. Vieron que en el puesto de la policía había tropa, artilleros y urbanos del 6.^º batallón, y así pidieron a una mujer que se llegase a ella para reclamar su auxilio; mas la mujer, presa del miedo, se negó a poner el pie fuera de la casa. Entonces mandaron a dos de ellos, y con no poca sorpresa vieron que, llegados a la tropa, ésta los puso entre filas, y se los llevó hacia la Rambla. Mandaron dos otros comisionados que hablaron en nombre de todos, y con esto fueron destacadas dos filas de soldados, que rodearon en la calle a los quince frailes, y les preguntaron por adónde deseaban ir. Estos contestaron que al Hospital. Llegados al Hospital, el Prior dijo que acababa de recibir una orden superior prohibiendo admitir religiosos, prohibición fundada en que si las turmas conocían que allí había frailes, invadirían y turbarían la santa casa. Entonces, sea que se diese a escoger a los religiosos respecto del fuerte al que debiesen ir, y escogiesen la Ciudadela, como me dijo uno de ellos; sea que el Prior del lugar tuviese orden de que los agustinos pasaran allá, como indicó otro; es lo cierto que fueron conducidos por la tropa y milicianos a dicha fortaleza. De los frailes unos iban disfrazados de seglar, otros con solas ropas interiores, otros con un pañuelo atado a la cabeza, Fr. Guitart con un pie calzado y otro sin calzar, Fr. Benet en los pies con solo medias.

(1) Relación del mismo P. Luis Sallés de Barcelona a 30 de abril de 1880.

(2) Relación del Sr. Tintorer de 15 de diciembre de 1882.

Serían de cuatro a cinco de la mañana, y saliendo por la puerta de la calle del Carmen, pasaron por frente del convento de este nombre, cuyo fuego vieron; siguieron por las calles de la Puertaferrisa, Corribia, Tapinería, Platería, Borne y por la Explanada. Acompañabanles también las turbas, que en algún punto clamaron: «matarlos, matarlos». En cambio en el Borne no faltaron mujeres piadosas, vendedoras del mercado, entonces establecido allí, que los compadecieron. El consuelo que los soldados daban a los frailes cuando los insultos, no era otro que decirles: «aprisa, Padres, aprisa». El corista Benet arrastraba del brazo a un anciano. El mayor apuro estuvo en la Explanada, donde una turba de un centenar de hombres se echó sobre los frailes gritando: «matarlos, matarlos», y hasta hay quien dice que sonaron tiros que afortunadamente no hicieron blanco. Un piquete de caballería salido a tiempo del fuerte ahuyentó a los revoltosos, y los frailes pudieron salvos, del cuerpo, entrar en la fortaleza (1).

No dudo que quien haya leído la anterior relación de la suerte del numeroso grupo de frailes salvado en el terrado del escribano o abogado, y defendido por su palabra y prestigio, deseará saber su nombre. Pues bien, fué el escribano de cámara Raull, el autor del perverso folleto que describe en modo revolucionario aquella jarana, y sobre todo el que parece mangoneó en la terrible y repugnante junta del aposento de caballos muertos de la plaza de toros ¡Tales eran la inocencia y la simpática figura de los frailes perseguidos!

Un incidente del anterior relato falta narrar, que fué omitido en él por no interrumpir el hilo de la historia.

Uno de los primeros frailes que pasó la escalera horizontal fué Fr. José Benet,

quien al llegar al piso de Francisca pidió a ésta que por Dios le salvase. La mujer le preguntó si quería salir a la calle, mas él contestó que antes prefería morir junto a sus hermanos, y así subióse al terrado. Pero he aquí que al llegar al terrado oye gritos hostiles, y se espanta y retrocede, y pasa otra vez el cuarto de Francisca y la escalera horizontal, y recorre todo el convento, y llega a su celda, y halla allí ladrillos, y todavía tira uno á los de la calle (que parece hizo blanco), y atraviesa el coro, y vuelve a la biblioteca, y abre uno de los balcones que daban al patio de ante el templo, y desde este patio le pegan un tiro sin acertarle, y allí se quita el hábito y los zapatos, quedando con chaqueta de hilo, calzón corto, un pañuelo en la cabeza, solas medias, y pasa nuevamente la escalera horizontal, y sube al terrado de Raull, y allí se agrega otra vez a sus hermanos, con los cuales se salva. Tal era el atolondramiento y pánico que se apoderó de este religioso y de otros muchos (2).

«Soy enemigo de los frailes», decía cierto señor a un amigo mío, «pero en »San Agustín un fraile me dió lástima: »estaba en muy apurada situación, pues »puesto en un rincón de solos unos veinte »palmos de lugar, carecía de salida, y el »fuego le tenía sitiado, y este fuego iba »avanzando» (3).

Unos pocos se escondieron sobre las bóvedas del convento, o sea entre éstas y la armadura de la superior techumbre, o según otros testigos, sobre los mismos tejados, de donde el calor del incendio que se propagó bajo sus pies les echó. Entonces se corrieron sobre una muy alta pared en construcción del lado occidental del convento, bastante ancha, pero aislada; donde, incendiado el edificio, quedaron incomunicados por completo y casi

(2) Relación de él mismo. Barcelona 24 de marzo de 1880.

(3) Relación de D. Ramón Nivera, que oyó aquellas palabras. Barcelona a 30 de marzo de 1882.

(1) Relaciones del P. José Benet en Barcelona a 6 de junio de 1880 y del P. Juan Guitart en Barcelona a 20 de diciembre de 1881; ambos fueron de los de este grupo de frailes.

asfixiados por el humo. Al día siguiente, cuando la tropa recogió a los frailes, para sacarles no hubo otro medio que alargarles por una pedrada un bramante, y por éste subirles el cabo de una cuerda, que ellos atasen en una piedra saliente, y que por ella luego se deslizasen (1). Los vecinos buenos de las casas de la calle de

José Bruguera, hombre alto y flaco, al cual yo mismo traté siendo él después coadjutor de la parroquia de San Jaime. Murió no viejo, y en sus últimos años estaba aquejado de un temblor extraordinario, efecto, quizás, del susto del 1835.

El Padre Manuel Campderrós contaba

ACTA ORIGINAL DE LA PROFESIÓN DE FR. TUSSELL

*Yo Fra Pere Tussell fill legitim y natural
de Gaudensi Tussell Disint, y de Theresia Tus-
sell y Coll sa legitima Muller de la Parroqui-
al Iglesia de S. Pere part forana de Tarrasa
Bisbat de Baràna, fas solemne Profesio, y pro-
meto Obediencia à Deu P. Omnipotent, y à la
Benedicteada sempre Verge Maria, à N.P.
S. Agusti, y à V.P.R.P.M.F. Juan Irquerido Prior
de est conveni de N.P.S. Agusti de Baràna en
nom y lloch de N.R.P.M.F. Esteva Agusti Bel-
licini General de tot lo ordre de P. Agustins de
N.P.S. Agusti, y de sos successors canonically
entrant, y viuen sens cosa propria y en cas-
tedat segons esta Reola de N.P.S. Agusti finy
à la mort Amen.*

Dia 6. de Juliol de 1793.

Robador con profunda pena los veían caminar por la pared con un bulto bajo del brazo, que sin duda era el hábito, y cómo por la mañanita tiraron el hato abajo, y ellos también se hundieron, sin que los vecinos dichos observaran el cómo (2). Uno de estos frailes llamábase

80 años de edad, y aunque había estado recogido en un manicomio, y que en el tiempo en que vamos no gozaba de completa cordura, tenía, sin embargo, ratos lúcidos; mas de todos modos no se le permitía celebrar. Cuando los jóvenes le hablaban del peligro, les contestaba: «¡Bah! vosotros siempre teméis, siempre tenéis miedo». Habitaba una de las celadas de los pisos bajos del lado de la calle de San Pablo. Como consecuente loco, en la noche del gran peligro, en lugar de huir, se acostó. Entraron los revoltosos

(1) Relaciones de muchos frailes de este convento, y de algún vecino.

(2) Me lo dijo D. Juan Cortés, que lo vió desde su casa.

y, hallándole en la cama, le cortaron la cabeza (1).

Junto al cenobio, según arriba indiqué, había el huerto llamado de Morlán o Morláns, el cual por Oriente lindaba con el convento y por Occidente con los patios o huertecitos traseros de las casas de la calle de Robador. Algunos agustinos, en los momentos del pánico, desde la enfermería se echaron al callejón interior llamado *Trají*, y desde él cruzaron la cerca divisoria que del convento dividía la huerta Morláns. Entre estos frailes se contó el lego Fr. Pedro Tussell. Parece que tenía en la dicha calle de Robador un sobrino, sastre, y que intentaba saltar al huertecito de la casa del sobrino. Parece también que en su fuga del convento acordóse de que dejaba una onza de oro, y que volvió atrás y la recogió, y luego emprendió de nuevo el paso por la huerta de Morláns (2). Es lo cierto que allí a sablazos lo mataron, un testigo dice que sobre la pared divisoria, otros que sobre el cobertizo de la noria (3). El P. Mariano Sorder, que había logrado llegar a otro patio contiguo, y de cuya agonía luego trataré, oía desde allí los lastimeros ayes del lego, los golpes del arma blanca y finalmente dos disparos con los cuales creyó que le remataron (4). Tussell era el refitolero de la Comunidad, y entre los jóvenes se le apodaba por Fr. Comedias, porque solía decir «no estoy para comedias», «*no estich pera comedias*» (5). Mientras los amotinados registraban la huerta de Morláns, Sorder oyó de entre ellos una voz que decía: «cuidado con las coles»: de modo que aquella noche merecían más respeto las coles que la vida de los ministros del altar (6).

(1) Relaciones citadas del Sr. Tintorer, del P. José Benet, del P. Luis Sellés y de otros.

(2) Relaciones del Sr. Tintorer.

(3) El Sr. Tintorer dice sobre la cerca, el señor Carles y otros sobre el cobertizo.

(4) Relación del P. Mariano Sorder.

(5) Relaciones del Sr. Tintorer.

(6) Relación citada del P. Sorder.

De los que saltaron a la dicha huerta de Morlán dos, a saber, el Padre Mariano Sorder y Fr. Agustín (creo Vila), recordando que el hombre que a la sazón gobernaba aquella huerta profesaba ideas políticas de muy subido color, no se creyeron seguros allí, y desde ella se encaminaron a otra huerta contigua, trasera de una casa de la calle de Robador, la casa Carles. Todos hemos conocido en Barcelona a los tres hermanos Cárles, agustino el mayor, de nombre Gabriel, y jesuitas los otros dos, Joaquín y Luis, todos hombres de mucho talento y virtud. La familia Carles tenía en 1835 casa de huéspedes en dicha calle de Robador frente la del Beato Oriol, y era tildada de carlista, de modo que poco antes del hecho que refiero sufrió un registro. El Padre Sorder y Fr. Agustín cruzaron la cerca divisoria de las dos huertas, ganosos de refugiarse en casa Carles; pero el jefe de la familia, o padre de los chicos, estaba entonces ausente de Barcelona, la madre quería a toda costa amparar a los dos cuitados, no sólo por caridad y devoción, sino porque su hijo mayor vestía ya el hábito agustino, bien que en un convento del campo, y quería hacer por los de aquí lo que otros hicieran por su Gabriel; mas hubo un tirano que lo impidió. Uno de los huéspedes, arrogándose derechos que de ningún modo poseía, se interpuso y a toda costa impidió que se abriese la puerta de la huertecita. Inútil sería reproducir aquí el diálogo de lastimeras súplicas de los frailes por un lado y de desapiadas negativas del otro, porque el tirano persistió en su tiranía. Decía a los frailes la madre: «Yo bien quisiera abrir: me lo pide la sangre, que tengo un hijo fraile, mas aquí hay un tirano que no me lo permite». Y no sólo esto, sino que dijeron que en aquella noche no estaban bien en casa ni la madre ni los dos hijos menores Joaquín y Luis, y los llevaron a otra del Padró, en cuyo tránsito de una a otra casa oyeron el estertor del Padre Collell, que me refirió después Joaquín. Quedaron, pues, en el huertecito rechaza-

dos los dos frailes fugitivos de San Agustín.

Cavilaron y registraron dónde y cómo se podrían esconder, y al fin de mil angustias Sorder se sumergió en el agua del zafareche, tapándose la cabeza con unos pantaloncitos del niño Luis; Fr. Agustín se arrimó al pilar blanqueado que sostenía la galería y cubrió toda su persona con una sábana y otras piezas de ropa sucia, de tal modo que parecía una parte del montón de ropa para lavar.

Desde allí los dos pobres cuitados oían a los malhechores que registraban la huerta de Morlans, sus blasfemias, sus gritos de exterminio, «aquí, aquí... allá, »allá... hay uno» etc.; oían los lastimeros ayes del asesinado Fr. Tussell; en fin, veían al ojo su propia muerte. A lo que parece, los perseguidores, por las huellas dejadas en el blando suelo de la huerta Morlans, conocieron la existencia de Sorder y su compañero: es lo cierto que saltaron a la huerta de Carles. No es para descrita la agonía que entonces pasaron los perseguidos. Agustín esforzóse en permanecer inmóvil, y Sorder en sumergirse más y más. Por milagro del Señor ni uno ni otro fueron descubiertos. Cuando Sorder dictó estas noticias, que muchas de ellas las tengo del mismo Sorder, añadía que no recordaba el tiempo que estuvo en esta situación debajo del agua, pero sí que

Fr. Mariano Sorder

cuando elevó la cabeza sobre el líquido para mirar como se iba apartando la fatídica luz con que se alumbraban los perseguidores, y que tanto le hizo padecer al acercarse, pasaban por la calle las diligencias hacia la puerta de San Antonio, lo que solía ser cerca de las tres de la madrugada. Durante el registro de la huertecita de Carles un malvado vecino del piso segundo movía la cuerda del pozo para llamar sobre el lavadero la atención de los amotinados.

Al cabo de media hora oyeron que

pasaba caballería por la calle de Robador, y así, creyéndose, no sin error, que había cesado el peligro, Sorder salió de su baño, que había durado unas tres horas, y el cual, unido al susto, le produjo después un muy pronunciado temblor. Al despuntar del día, los vecinos de la calle de Robador se asomaron a las galerías traseras de sus viviendas, y al ver con honda pena a las víctimas milagrosamente salvadas, se apiadaron de ellas. La puerta del huerto de Carles continuaba, sin embargo, cerrada. Un señor Sala, empleado de la Audiencia, se interesó por los dos frailes, con tropa entró en el huerto, y a las cinco de la mañana salieron de allí todos. «Fueron acompañados á Atarazanas pasando por la Rambla en medio de filas de soldados que no podían contener á las turbas. »Estaba la Rambla atestada de hombres perdidos que rabiaban á la vista de los frailes» (1).

El Padre Mariano Sorder a la sazón contaba 25 años de edad: era alto de talla, rubio de cabello, y poseía tan voluminosa voz, que en el convento desempeñaba el cargo de chantre.

La interesante relación de los sufrimientos del Padre Mariano Sorder y Fr. Agustín la escribo valiéndome de las circunstanciadas noticias procedentes de boca de los mismos actores. En los últimos años de su vida, Sorder, ciego ya, dictó sus datos a mi discípulo Don Francisco Marcó, vicario de Villafranca del Panadés, quien me los transmitió. Oí detenidamente a mi maestro de Teología, después, como escribí, jesuita, el Doctor y Padre Don Joaquín Carles; y oí repetidamente a varios agustinos de este Convento, enteradísimos de los hechos, de los muertos, de los heridos, de los escapados con vida; en fin, de todo. Mi relación es,

(1) Relación del mismo P. Mariano Sorder hecha en Villafranca.—Relación de D. Joaquín Carles en Barcelona a 19 de abril de 1880.—Relaciones varias de D. José Tintorer.—Las posteriores palabras, entrecomadas, son de Sorder.

pues, la verdad. Don Víctor Balaguer pretende describir estas escenas que dice él mismo vió desde su casa. Inserto aquí íntegra su relación para que el imparcial juzgue de la veracidad de tal escritor.

«Nosotros presenciamos de ella la parte mas trágica desde la galería de nuestra casa y con todo el horror que nos inspiró vamos á referirla.

»Es preciso decir primero que el convento de San Agustín ocupaba una vasta extensión de terreno entre la calle de San Pablo y la del Hospital, en la que estaba — y aun está,— la fachada.

»A los clamores del pueblo que rugía ante sus puertas incendiadas, los infelices frailes, despavoridos y asustados, decidieron apelar á la fuga, fuga difícil y peligrosa atendida la situación del edificio, cercado de casas cuyos vecinos podían ser adictos al movimiento.

»Reuniéronse todos los religiosos en el refectorio para deliberar, y espusieron de prisa y atropelladamente algunos paráceres. La cosa urgía. Oían los gritos y sentían el calor de las llamas.

»De pronto sonaron terribles golpes que fueron á despertar todos los ecos del convento. Era que algunos hombres echaban abajo una puerta lateral con objeto sin duda de penetrar en el edificio y asesinar á sus moradores.

»Los frailes, de pálidos se volvieron lívidos y, sin entretenérse á deliberar por mas tiempo, presa del terror mas invencible, desbandáronse por el convento buscando do huir ó do esconderse.

»La mayor parte se precipitó en la Biblioteca. Las ventanas de ésta caían á un patio, al otro lado del cual se elevaba una casa particular. Una de las ventanas de la Biblioteca estaba frente á otra que daba luz á la escalera de la casa.

»Con la rápida lucidez de pensamiento que dan á ciertos hombres las situaciones apuradas, un religioso vió en aquello un medio de salvación, y se lo propuso á sus compañeros.

»Tratábbase de poner una viga ó tabla entre las dos ventanas apoyándola en

»sus antepechos y pasar del convento á la casa.

»Aventurado era el medio, pero la ocasión no permitía la duda.

»Uno tras otro, diez y ocho frailes, á caballo sobre la viga, atravesaron el patio á una altura inmensa del suelo, pasando con auxilio de una frajil tabla por encima de un verdadero abismo.

»Llegaron de este modo á la escalera, pero, y allí? qué hacer? dónde huir? dónde refugiarse?

»Un vecino de la casa, á quien le había parecido oír rumor en la escalera, abrió la puerta de su habitación para cerciorarse. Júzquese de su asombro al ver á diez y ocho frailes que cayeron á sus piés, pálidos, medio muertos, plegadas las manos. Nada le dijeron, pero todo lo comprendió.

»Era un hombre honrado. Hizoles subir á la azotea en silencio y abrióles la puerta de una especie de palomar donde todos se precipitaron bendiciendo á su salvador.

»Allí pasaron la noche aquellos infelices en mortal angustia, en terrible congoja, esperando á cada momento ver abrirse la puerta y precipitarse sobre ellos una bandada de asesinos.

»Afortunadamente no sucedió así y pudieron salvarse al dia siguiente.

»En el interin, aquellos de sus compañeros que habían buscado la salud por otro lado, se veian aun en mas inminente peligro.

»A espaldas del convento corria una especie de callejuela reservada solo para uso de los frailes, y una simple pared separaba esta callejuela de los jardines y huertos de las casas inmediatas.

»Al abandonar los religiosos el refectorio en completa fuga, algunos intentaron huir por este lado, pero como el incendio les impedía atravesar el claustro para alcanzar la callejuela, decidieron bajar á ella desde una de las ventanas del primer piso con auxilio de una cuerda.

»Hicieronlo así en efecto.

»Siete ó ocho se dejaron deslizar por la cuerda.

»La puerta que á hachazos estaban derribando los incendiarios, había ya caido á sus repetidos golpes, y un grupo de hombres armados acababa de invadir el convento.

»Los desgraciados monjes, que oían cerca los pasos y voces de sus asesinos, se daban prisa á huir. La cuerda cortaba las manos de los religiosos y estaba por lo mismo llena de sangre.

»Mientras que el último fraile bajaba, la cuerda se rompió. El infeliz, cayendo desde bastante altura se dislocó un brazo y un pié. No obstante ni un ay salió de sus labios.

»Unos fuertes aldabonazos y clamores sonaron entonces.

»Eran los incendiarios que, temiendo que los religiosos se escaparan, llaman á las casas para asegurarse de la verdad de sus sospechas.

»Los frailes que se hallaban en la callejuela reunidos en un grupo junto á su herido compañero, á la proximidad de aquel nuevo peligro se desbandaron en todas direcciones.

»Solo un lego se quedó junto al caido y ayudóle á ponerse en pié y á saltar una tapia para llegar á un huerto público que se estendía junto al edificio.

»En el momento en que los dos fugitivos acababan de saltar la tapia, la puerta del huerto se abría para dar paso á una porción de hombres armados que iban á apostarse allí con objeto de que no pudiera escaparse ningun religioso.

»Los infelices viéreronse perdidos.

»—Huye, huye y abandóname!—dijo el herido al lego.

»—Silencio!—contestó este.

»Hallábanse junto á una especie de cobertizo bajo el cual había un vasto lavadero público. El lego hizo acurrucar al herido cerca de uno de los poyos que sostienen el cobertizo, inmediato á un montón de piedras que podía robarle á las miradas, encargóle que reprimiese sus dolores, que suspendiese hasta el

»aliento, y en seguida de haber allí dejado al fraile, se precipitó él con todo el tiento posible en el lavadero sumerjiéndose en el agua.

»Por mucho cuidado que pusiese, algún ruido se oyó sin embargo, pues que uno de los asesinos volviendo el rostro.

»—Ola!—dijo,—parece que hay ranas en aquel lavadero.

»—Por qué lo dices?—le preguntó otro.

»—No sé, pero se me ha figurado oír ruido y juraría que hay ranas... y ranas con hábito, que es más.

»—Estaremos á la mira,—contestó el segundo que había hablado.

»—Con el fusil preparado.

»Y en efecto, dispuso el arma homicida.

»Al cabo de algunos minutos salió el tiro.

»—Qué es eso?—le dijeron sus compañeros.

»—No decía yo? He visto asomar una cabeza por entre el agua del lavadero.

»—Vamos a registrarle,—esclamaron algunos.

»—No, mejor será esperar. Si hay en efecto alguna rana con hábito, como dice el amigo, y este primer tiro ha sido inútil, no tardará en volver á sacar la cabeza para respirar, y entonces fuego en ella todos juntos. Será más entretenido y más curioso.

»La idea fué aprobada.

»Todos prepararon sus fusiles y fijaron su ávida vista en el lavadero.

»A los pocos instantes, el lego volvió á sacar la cabeza fuera del agua para llenar de aire sus pulmones.

»Tres ó cuatro silvadoras balas fueron á morir en el agua.

»Siguióse un momento de silencio.

»El lego volvió á sacar la cabeza al poco rato.

»Las balas silvaron de nuevo, pero esta vez ya con distinto resultado, pues que sonó un gemido profundo, el agua se agitó y una exclamación de triunfo salió de boca de los asesinos.

»—Hemos dado en el blanco!—gritó uno.

»—No volverá á sacar la cabeza,—añadió otro.

»En efecto, los bárbaros habían asesinado al pobre lego.

»—Qué vais á hacer ahí?—esclamó uno viendo á otro que paso á paso como un reptil se iba acercando al lavadero introduciéndose bajo el cobertizo.

»—Me ha parecido que algo se removía por aquí cerca a nuestros tiros,—contestó el interpelado.—Soy hombre que tengo buen olfato y apostaría mi cabeza á que anda por ahí algun otro fraile.

»Reuniéronse sus camaradas, registraron juntos y no tardaron en hallar al pobre Agustino herido que, viéndose perdido, había hecho un esfuerzo para ponerse de rodillas. Ya que no podía evitar á los asesinos, había al menos querido que le hallasen de rodillas y rezando.

»—Ya le tengo!—gritó el primero que se había adelantado cojiendo al fraile por el cuello.

»Diferentes voces sonaron entonces.

»—Hiérele!

»—Mátale!

»—Arrojémosle al agua.

»—Quemémosle vivo.

»—No, mejor será fusilarle.

»—Y aun mejor, matarle a palos.

»—Que nos diga primero donde están los fanáticos sus compañeros?

»—Sí, que lo diga.

»—Dí, fraile, donde se han refugiado los otros?

»El infeliz no contestó. De rodillas entre aquel grupo de hombres frenéticos, el religioso, pálido pero sereno, continuaba rezando en voz baja.

»—No quieres hablar, fraile?—dijo una voz.

»Tampoco contestó el Agustino.

»Entonces uno de aquellos infames—infames ante el cielo y ante la tierra—se adelantó y le dió con la culata del fusil un terrible golpe en la cabeza.

»—Jesus Dios mio!—murmuró cayendo en el suelo el religioso.

»—Con que no quieres hablar, tunante?

»—gritó otro de aquellos hombres con voz enronquecida.—Oh! pues yo he de hacerte hablar mal que te pese. Donde están los otros, dí?

»Y le dió un bayonetazo en el vientre acompañando su acción con una blasfemia.

»—Jesus Dios mio!—repitió el mártir dirigiendo los ojos al cielo con sublime expresión.—Jesus Dios mio!—esclamó de nuevo con voz débil al sentir la punta de un sable que rasgaba sus carnes.

»Entonces aquella turba de caribes se cebó en la víctima que ya espirante veían á sus piés.

»Todos quisieron darle un golpe, todos una puñalada.

»Acabáronle á culatazos, á sablazos, á bayonetazos, en medio de las más viles carcajadas, de las más horrendas imprecaciones.

»Aquellos no eran hombres, eran hienas.

»Oh! fué una escena espantosa, horrible!

»Como no tragó la tierra á los asesinos? Cómo el cielo no fulminó un rayo contra los miserables?...» (1).

¡Cuántos errores en tan cortas, digo mal, en tan ampulosas y mal poetizadas líneas! No los repetiré ni los señalaré, que ya después de mi relato, calcado sobre la palabra de los mismos actores de la tragedia, quien leyere fácilmente los reconocerá. Permitaseme sólo fijarme en el religioso del lavadero. Todos los agustinos del convento de Barcelona por mí interrogados, que no fueron pocos, todos me hablaron del Padre Sorder como sumergido en el agua. De ningún otro mentaron tal circunstancia. Después del atentado reunidos en los fuertes, y

(1) D. Víctor publicó esta relación en *Los frailes y sus conventos. Barcelona 1851*, tomo II, págs. 403 y siguientes; en *Las calles de Barcelona. Barcelona 1865*, tomo I, págs. de 355 a 359; y en *Las ruinas de Poblet. Madrid 1885*, págs. 301 y siguientes. Siempre la reproduce con las mismas palabras. Inútil es decir que también viene en la edición de sus obras completas.

más tarde viviendo en Barcelona en continuo trato, inquirieron y mutuamente se narraron todas las peripecias de aquella nefasta noche, y las conocieron hasta el último pormenor; y, repito, ni uno solo tuvo noticia de dos sumergidos en agua de un zafareche: todos me hablaron de uno solo; de donde no queda duda que el fraile al cual Balaguer mata en el lavadero, es, sin mediar milagro, el mismísimo Padre Mariano Sorder que muy después explicó el hecho a mi enviado en Villafranca del Panadés. ¡Y si tal pasó con Balaguer en lo que dice vió, qué sucederá en lo que no presenció!

Pero dejemos los innumerables dislates de Balaguer y volvamos al convento y sus religiosos. Uno de ellos, lego, saltó «también al huerto de Morlans, e, ignoro si en éste o en el de Carles, o en otro vecino, escondiése, tendiéndose en un surco de la tierra entre las altas filas de berenjenas. Así pasó la tempestad sin ser visto, y se salvó (1), quizá porque los amotinados respetarían la incolumidad de las berenjenas.

El cuerpo de edificio que en la calle del Hospital media entre la del Arco de San Agustín y la plaza del convento estaba formado por dos casas. La de la esquina del Arco en la tienda tenía una droguería, cuyos dueños habitaban el primer piso. Otro de los altos lo ocupaba una mujer, mancoba que fué de un hombre que la dejó heredera, y un hijo de ella, y cuyos nombres por caridad me callo. La casa de la esquina del patio o plaza del templo, propia del convento, en el primer piso tenía al señor Mirambell, abogado, y en el segundo a un liberal exaltado. El corista Fr. Manuel Carrera, diácono, parece estaba convenido con el liberal exaltado del piso segundo de esta casa en que aquél le acogería en su habitación. En los primeros momentos de espanto y confusión, Carrera propuso a Fr. José Benet subir al campanario y

desde allí, por medio de las cuerdas de las campanas, bajar al terrado de Mirambell (2); pero, sin duda, por el pronto desistió de su idea, y pasó la escalera horizontal, y subió a los terrados, pues en uno de éstos le encontró, como escribí arriba, Fr. Luis Sellés. También a Sellés propuso Carrera pasar a los terrados de las casas del lado oriental de la plaza del

Frater Manuel Carrera

templo, y tampoco Sellés admitió la idea; mas él la realizó unido con el lego Buenaventura Güell, que era el campanero: llegó a los dichos terrados, y allí fué recibido a sablazos, según unos, o a hachazos, según otros, y horriblemente muerto. Se dijo que se le cortó la cabeza, y que fué echada a la calle (3), y opino que de Carrera sería también el pie que un testigo, como dije arriba, halló en la misma calle (4). La sangre manó por el canalón (5). Vió el asesinato el mozo del campanero, quien sin duda después lo refirió. El vecindario contaba que el agresor fué el hijo de la mentada mujer amancebada (6), joven de 16 a 18 años de edad. El castigo de Dios no se hizo esperar: el mismo año de 1835 este joven atravesaba por diversión en una lancha de vela el puerto, sopló repentinamente una racha de viento, volcó la lancha, y el chico murió ahogado (7).

El compañero de Carrera, Buenaven-

(2) Relación del mismo Fr. José Benet, cit.

(3) Son muchos los testigos que explican el asesinato de Carrera en dicho terrado. Que le cortaron la cabeza me lo dijo el P. Juan Guitart en Barcelona a 20 de diciembre de 1881.

(4) Capítulo IX, artículo 5.^o de este libro.

(5) Relación cit. del P. Antonio Vionet.—Relación cit. del P. Luis Sellés y relación de un señor que vió manar la sangre.

(6) Relaciones de dos vecinos, cuyos nombres me callo por no comprometerlos.

(7) Relación de uno de estos vecinos.

(1) Relaciones del Sr. D. José Tintorer, ya citadas.

tura Güell, al ver el mal trato dado a aquél, retrocedió. Los que dicen que, para pasar al terrado, Carrera bajó desde el campanario deslizándose por las cuerdas de las campanas sacadas fuera, añaden que Güell, al presenciar la agresión contra su compañero, subió, a pesar de su obesidad, otra vez por las mismas cuerdas al campanario. Es lo cierto que se salvó, y que paró, como los demás frailes, en Montjuich; mas, una vez libre, se dirigió a su tierra, y en el camino de Cervera el mismo tartanero le mató (1).

Fr. Serdi, enfermero del convento, hombre de unos sesenta años, a la sazón se hallaba enfermo en cama. Entrados los amotinados en la enfermería, le quemaron con la cama. Doy esta noticia no sin alguna duda, fundada en que de los muchos agustinos por mí interrogados sólo uno me hizo mención de este hombre y de este hecho; pero como, por una parte, quien lo mentó era persona sensata, y dió tantas circunstancias de la víctima y martirio; y, por otra, es casi imposible que en una Comunidad de setenta religiosos no se contara algún enfermo en cama, me decido a insertarla (2). Sin embargo por razón de la duda no escribí a Serdi en la lista de la Comunidad.

El lego Fr. Pedro Vilanova, en los primeros momentos del ataque, buscó su salvación entre los muertos, pues con gran esfuerzo levantó una losa de una sepultura del templo, y ocultóse en ésta. Muy grande fué su mortal angustia al notar el incendio y sus derrumbamientos. Ignoro cómo escapó del apurado lance, pero sí que salió con vida (3).

Entrados los incendiarios en el patio de ante el templo, pusieron fuego en la puerta principal de éste, desde la cual prendió en el cancel y del cancel al coro. Incendiaron el gran retablo mayor, del

estilo del de Belén, cuyo titular, San Agustín, media treinta y dos palmos de longitud o estatura. Cuando a las dos de la madrugada del 26, consumidos por el fuego los apoyos de la gigantesca imagen, ésta se desplomó, produjo un estrepitoso ruído, oído hasta del otro lado de la plaza. Prendió el fuego en el crucero, y opino que también ardió el retablo lateral, próximo al crucero del lado de la Epístola del templo. Las tribunas o triforium estaban defendidas por grandes celosías y adornos de madera, y tampoco dejarían de quemar. De todos modos, con tanto combustible, el fuego de San Agustín alcanzó proporciones colosales. Por la cúpula y bóvedas brotaban con furia infernal al exterior las llamas. La techumbre, si bien no cayó, se calcinó, de modo que, al querer restaurar el templo, se tuvieron que mudar algunos arcos, y la reapertura para parroquia se tuvo que retardar hasta el abril de 1839, cuando las demás parroquias nuevas de conventos se abrieron en el otoño del mismo 1835. El fuego de San Agustín fué horroroso. En el centro de la bóveda, en el crucero, lucía un rico florón dorado: cuando el fuego hubo aflojado los hierros que lo sostienen, cayó, quedando convertido en una descomunal ascua (4).

Los sicarios, desde el templo, entraron en la sacristía, y de ésta en el convento (5). La magnífica sacristía ardió, quemándose la hermosa cómoda y otros adornos. Atesoraba esta dependencia una riqueza de utensilios e indumentos inmensa, entre aquéllos dos cálices colosales. Los había de oro, pues allí abundaba este precioso metal. En los primeros momentos del ataque no se robó, según unos; se robó, según otros, en aquella pieza (6), noticia que deberían apuntar los apolo-

(1) Relaciones cit. del P. José Benet y señor Tintorer.

(2) Relación del P. D. Juan Guitart. En Barcelona a 20 de diciembre de 1881.

(3) Relación citada del P. D. José Benet.

(4) Relación de D. Juan Serra, zapatero que vivía enfrente del convento en la entrada de la calle de Jerusalén, Barcelona 6 de junio de 1880.

(5) Relación de D. José Tintorer. Calella 25 de septiembre de 1893.

(6) Relación cit. de D. Juan Serra.

gistas de aquella revolución, tales como Don Francisco Raull, quien, con vivir contiguo al convento agustino, escribe, sin duda por no dejar de mentir ni en esto, escribe, digo: «No animaba en manera alguna á sus contrarios (*de los frailes*) la esperanza del pillaje, porque lo que no devoraron las llamas se encontró intacto en las iglesias y en las celdas» (1). Que hoy se robaría más, es indudable; que los directores de la asonada no querían el robo, lo creo verdadero; pero que entonces no se robase, es falso; y, sobre todo, si no se robó en San Agustín, harto se saqueó en otros conventos, como en San José. Además, en los días siguientes el robo llegó a grado escandaloso.

También el convento o habitaciones participó de las llamas en la parte de la calle de San Pablo (2). Así, cuando el Estado vendió el convento, la escritura de venta, fecha a 12 de agosto de 1840 ante el notario de Hacienda Manuel Clavillart, empezó con estas palabras: «Sépase que.... de resultas del incendio y devastaciones que sufrió en 1835 el suprimido Convento de Agustinos Calzados de esta Ciudad, quedó el edificio en un estado muy ruinoso....»

El día siguiente a la noche nefasta, a eso de las nueve de la mañana, un entonces niño, hoy (1908) todavía vivo, acudió a la calle del Hospital, y halló interceptado el paso frente del templo de San Agustín por fuerzas de caballería, lo mismo que lo estaba en la de San Pablo (3). Por lo mismo no pudo ver directamente el fuego, pero vió la inmensa humareda, y oyó el retumbar de los hundimientos producidos por el fuego. En el acta de la sesión del Ayuntamiento del 1.^º de agosto, es decir, de seis días después del incendio, se lee: «Ha entrado el señor Delegado de Policía y ha espuesto

»que el fuego había aparecido otra vez en el convento de San Agustín, y que este incidente podía trastornar el orden, en cuya virtud se ha dispuesto que pase el arquitecto Don José Mas para apagar el fuego con los bomberos, dando comisión al efecto al Sor. Don Rafael Valldejuli...» (4). Hay quien me dijo que en San Agustín el fuego duró quince días, terminando por la parte del callejón del Arco del mismo Santo (5). Custodiáronlo durante estos quince días guardias nacionales, y su custodia consistió en un gran robarorio. Fuerá resultado del de la primera noche, sea de éste, se dijo que se vieron mujeres vestidas con ornamentos sagrados (6).

El convento había reunido una muy respetable cantidad, que se hace subir a 30,000 duros, para con ella terminar la fachada, la que debía ostentar dos torres campanarios. «La autoridad se apoderó de ella. Reclamada después se nos constató que se había empleado en la manutención de los frailes en los días del encierro que siguieron al incendio» (7). La verdadera cuantía del dinero de que la autoridad se apoderó en San Agustín, la sabremos adelante al leer en este libro las actas de las sesiones del Municipio y de sus comisiones.

Según una carta de un lego, carta que se conserva hoy en el archivo del convento de Calella, al huir del convento Fr. Tauler, el procurador, en aquella horrenda noche se dejó en su celda 12,000 libras, o sea 6,400 duros, en dinero, «los cuales logró recuperar cuatro días más tarde por la mediación del masovero de la Torre del Pla, si no estoy equivocado y otro señor». Así me escribe el R. Padre Prior de Calella, y yo añado que juzgo que no se equivoca en cuanto a la perso-

(1) Obra cit. pág. 34 de la primera edición, y 35 de la segunda.

(2) Relaciones de varios frailes de esta casa.

(3) Relación de D. Manuel Serra en Barcelona a 13 de octubre de 1894.

(4) Archivo municipal de Barcelona.—*Acuerdos. Segundo semestre. 1835.* Fol. 584.

(5) Relación del maestro de obras D. Pedro Subiranas en Barcelona a 26 de enero de 1883.

(6) Relación citada del P. D. José Benet.

(7) Relación citada del P. D. José Benet.

na, ya que, según vimos arriba, Tauler en los primeros momentos de la fuga se refugió precisamente en la Torre del Pla. En lo que cabe duda es en que la comunidad, o sea Fr. Tauler, pudiese recobrar tanto dinero después de cuatro días de saqueo de la casa; y dinero sonante, no billetes, que entonces no se conocían.

ARTÍCULO OCTAVO

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN DE CALZADOS

Comencemos, como en los demás artículos, con la reseña de la Comunidad, en cuyos frailes hallará por ventura el lector deudos o amigos de sus mayores.

SACERDOTES

M. R. P. Maestro Fr. Francisco Cels y Foraster, natural de Barcelona, de 65 años de edad, que a la de 16 profesó en Barcelona a los 6 de julio de 1786. En su orden ahora Viceprovincial.

R. P. Maestro Antonio Gener y Roca, natural de Tárrega, que nació en 17 de enero de 1781, y profesó en Barcelona a los 18 de enero de 1797. En su profesión firma Antón Gené, pero después, en 14 de mayo de 1832, en el *Llibre de Resolucions* firma Antón Gener, Prior. También con los años cambió su letra, pues en la profesión se ve la mano inexperta del niño (tenía 16 años) y en la del acta de 1832 la del literato que hasta ha aprendido a escribir mejor. Ahora en 1835 era el Prior.

Cuando en 1861 el Padre Gener entregó su alma a Dios el *Boletín oficial eclesiástico* de Barcelona escribió de él las siguientes líneas:

«El día 15 de este mes (enero de 1861) ha fallecido en esta ciudad el R. P. Antonio Gener, religioso exclaustrado del Carmen Calzado. Nació en Tárrega, obispado de Solsona, en 17 de enero de

1781. Se ordenó en el año 1805. Desempeñó en su Religion el cargo de Lector por muchos años. Cuando la exclaustración, en 1835, desempeñaba el cargo de Prior en su convento de esta ciudad.

Fr. Anton Gener

*Yta Fr. Anton Gener
Prior.*

Durante la exclaustración ha ejercido por muchos años el oficio de Capellan y Director de monjas en el convento de Carmelitas calzadas de esta ciudad. Religioso y sacerdote ejemplarísimo se había hecho estimar de todos cuantos le trataron. Su muerte ha sido correspondiente á su vida, la de un justo. (R. I. P.)» (1).

R. P. Luis Nadal y Pi, natural de Barcelona, que a los 16 años de edad, a 20 de mayo de 1819, profesó en Barcelona. Ahora Subprior.

R. P. Miguel Masoliver, natural de Camprodón. Maestro de novicios.

Fr. Michael Masoliver Novitiorum Director

R. P. Hipólito Dulcet y Viguer, natural de San Hipólito de Voltregá, quien a los 17 años profesó en Barcelona a 27 de agosto de 1775. Ahora confesor de las monjas Carmelitas calzadas.

R. P. José Avella y Canals, de Barcelona: nacido en 24 de enero de 1777, y profesado en Barcelona a 21 de marzo de 1793.

(6) *Boletín oficial eclesiástico del Obispado de Barcelona*.—Número del sábado 19 de enero de 1861, pág. 48.

R. P. Elías Raset y Morató, de Barcelona, profesó en Barcelona a la edad de 16 años en 23 de julio de 1786.

R. P. Salvador Casabó y Font, de Barcelona: profesó aquí a los 18 años de su edad en 11 de julio de 1794.

R. P. Luis Fábrega y Sala, de Olot; profesó en Barcelona a 22 de mayo de 1796 a los 16 años de su edad. Ahora ciego.

R. P. José Pujol y Vila, de la Pobla de Ordí; profesó a 6 de mayo de 1798. Aunque conventual de Olot, ahora se hallaba en el convento de Barcelona.

R. P. Francisco Perramon y Ballaró, de Manresa, quien a los 16 años profesó en Barcelona en 30 de enero de 1804.

R. P. Juan Farré y Sobrañes, de Lérida, el cual a los 16 años profesó en Barcelona en 21 de septiembre de 1819.

R. P. Pedro Sunyer; profesó en Gerona a 15 de mayo de 1825.

R. P. Jaime Roig; profesó en el Colegio a 12 de julio de 1826.

R. P. Sebastián Grima; profesó en Valls a 12 de julio de 1825.

R. P. José Vallosera y Ros, de Olot; a los 18 años profesó en Barcelona en 9 de octubre de 1826.

R. P. Magín Sarró y Sanmartí, de Manresa; profesó a los 16 años en Barcelona a 9 de octubre de 1826.

R. P. Jaime Cabestany y Bellart, de Rocafort, quien a los 17 años de edad profesó en Barcelona en 12 de enero de 1829.

R. P. Narciso Feliu.

R. P. José Blat.

R. P. José Serra.

R. P. Pedro Nonó.

R. P. Eudaldo Surroca, de Barcelona, Contralto de la capilla de música.

R. P. Esteban Iglesias.

R. P. Joaquín Solá y Plana, de Olot, quien a los 17 años profesó en Barcelona a los 10 de diciembre de 1827.

R. P. Jaime Cabestany.

R. P. Miguel Ferrer.

R. P. José Barcons, de Olot.

R. P. José Codinach.

R. P. José Solá.

CORISTAS

Fr. Francisco Poleti y Llorens, de Barcelona, quien a los 16 años de edad profesó en Barcelona en 12 de julio de 1830.

Fr. Francisco Danés y Roda, de Olot, quien a los 21 años de edad profesó en Barcelona a 12 de diciembre de 1833.

Fr. Bernardo Sostres y Pijoan, de Manresa, quien a los 19 años de edad profesó en Barcelona a los 4 de abril de 1834.

F. Bernat Sostres

Fr. Francisco Coch y Camps, de Camprodón, quien a los 16 años de edad profesó en Barcelona a los 4 de abril de 1834.

Fr. Severino Vergés y Ribas, de San Pedro de Torelló, quien a los 20 años de edad profesó en Barcelona en 4 de abril de 1834.

Fr. Ramón Bruguera y Pujol, de San Hilario, quien a los 19 años de edad profesó en Barcelona a 4 de abril de 1834.

J. Bruguera

Fr. Francisco Baulenas y Torrent, de Manlleu, quien a los 17 años de edad profesó en Barcelona a 4 de abril de 1834.

Fr. José Blanquet y Serrat, de Camprodón, quien a 16 años de edad profesó en Barcelona en 4 de abril de 1834.

Fr. Isidro Devant y Ullastre, de Castellgalí, quien en Barcelona a 4 de enero de 1835 profesó teniendo 16 años.

Fr. Mariano Vidal.

LEGOS

Fr. Juan Rupit y Pamies, de la Selva del Campo, quien a la edad de 28 años profesó en Barcelona en 3 de octubre de 1803. En 1835 estaba débil.

Fr. Francisco Caval y Rius, de San Martín de Maldá, quien a los 23 años de

edad profesó en Barcelona a los 12 de junio de 1826. Era el cocinero del convento.

Fr. Simeón Sarret y Pallás, de San Martí de Maldá, quien a los 22 años de edad profesó en Barcelona a los 12 de junio de 1826. Era el despensero.

Fr. Pedro Martí y Figarola, quien a los 30 años profesó en Barcelona a los 21 de septiembre de 1829.

Fr. Pedro Ferrer.

Fr. Joaquín Rosell.

Fr. Antonio Pallarols, demente en 1835.

Fr. Ramón Jou.

Fr. Juan Grimal y Prats, del Pont de la Armentera.

Fr. Manuel Teixiner, portero del convento en 1835 (1).

El estado del ánimo de los habitantes del convento del Carmen quedó ya manifestado en el artículo 1.^º del capítulo VIII de este libro; mas como el texto del cual tomé las noticias viene tan clavado a este lugar en que trato de los sucesos del interior del claustro, no quiero resistir a la tentación de volver a copiarlo, y aun su continuación. Así me escribió el Padre José Barcóns y Saderra, modernamente Provincial de Carmelitas, en 1835 simple religioso: «Venía una persona conocida al convento, é inmediatamente los religiosos le preguntaban: ¿Qué hay de nuevo? Unas personas decían que nos iban á quemar; otras á degollar; otras que nos iban á arrastrar por las calles; otras que nos llevarian á América en

»buques malos, etc., etc.... Esto era fácil de creer por los muchos insultos que recibíamos en las calles, ya de palabras, ya de piedras, ya de tronchos de coles...

»Estas noticias ya de las personas de bien que las comunicaban, ya de los mismos religiosos que las presenciaban, ya del Gobierno que las dejaba impunes, eran creidas de toda la comunidad, que como una chispa eléctrica se comunicaba de unos en otros en el grandioso convevento del Carmen, quedando todos desazonados perdiendo unos el color de la cara, otros las ganas de comer, en fin todos enfermaban. Así pasamos un mes como Dios quiso, oyendo cada día las exhortaciones de los Superiores que aconsejaban que no solo perdonásemos á nuestros enemigos, sino que los encorriendásemos á Dios.

»Finalmente vino el día tan deseado por la Revolucion, sábado 25 de julio del antedicho año de 1835. Por la mañana salió el cocinero á la compra, y después de muchos y variados insultos, encontró á uno que llevaba una olla llena de un líquido humeante, quien con insolente sarcasmo le dijo: ¡Fraile, Fraile! esto servirá para quemaros esta noche. Todos estos y otros muchísimos insultos sufridos por los religiosos eran golpes mortales para la pobre comunidad: en una palabra era un continuo morir. Pero aun alarmaban más todavía las personas de bien que nos apreciaban, porque naturalmente como más verídicas, hacían más fuerte impresion en nuestro corazón» (2).

Concorde con estas noticias del Padre Barcóns, me dijo el Padre Codinach, de este convento, que el 25 de julio hacia ya una semana que llegaban continuos recaudos y avisos de que la casa corría peligro; y que el Prior, al ver la alarma que los tales avisos producían en los frailes,

(1) He formado estas listas con las de los pasaportes librados por la autoridad a los frailes al salir éstos de los fuertes, con las relaciones orales, y con el libro de hábitos y profesiones del convento. Las primeras se hallan en el Archivo municipal de Barcelona en el libro *Acuerdos. 2.º semestre. 1835.* — El libro de hábitos y profesiones en la sala de manuscritos de la Biblioteca provincial-universitaria. — Para aclarar si el Prior P. Antonio Gener es el mismo Antón Gené que profesó en 1797, he consultado muchos documentos; y soltadas las dificultades, resulta evidente que es uno mismo.

(2) Relación que me envió escrita desde el convento de Onda dicho P. Provincial D. José Barcóns y Saderra en octubre de 1883.

mucho les aconsejaba que se guardasen de cometer una caprichada (1); la que, a mi ver, no podía ser otra que huir del convento a tierra amiga.

En la mañana del mismo 25 de julio, día en el que la Iglesia no sólo celebra la fiesta del Patrón de España, sino la de San Cucufate mártir, el Padre Lector Juan Ferrer salió del convento acompañado del corista Fr. Isidro Devant, para predicar el panegírico de este Mártir en la parroquial de su nombre de esta ciudad. Algo notó el Lector en el pueblo al salir del convento, pues estando aún en la calle del Carmen, y acertando a pasar por allí unos empleados de policía, se dirigió a ellos y les preguntó si amenazaba algún peligro para la pública tranquilidad; a lo que contestaron los

polizones que no temiesen, y hiciesen tranquilos su camino, pues ellos tenían orden de socorrerles en el momento en que necesitasen socorro. El Lector y el corista siguieron su vía no sin que el primero fuese murmurando: «Si yo lo hubiese previsto, no tomara este sermón». Este predicado, ambos a medio día regresaron al cenobio sin más novedad que

encontrar que los religiosos departían por lo bajo del presente peligro, de modo que no se observaban ya las horas del horario de la casa (2).

«Avisados por la familia Lluch (á la

»que pertenecía Fr. Joaquín, entonces co-
»rista, y después
»Obispo de Bar-
»celona y al fin
»Cardenal de
»Sevilla) de la
»inminencia de
»un gravísimo
»peligro - que
»amenazaba á
»todas las órde-
»nes religiosas
»de Barcelona,
»al caer de la
»tarde del 25 de
»julio entraron
»en secreta con-
»ferencia el
»Prior y el Pa-
»dre Maestro
»Cels, que hacia
»las veces de
»Provincial, pa-
»ra resolver si
»era preferible
»permanecer en
»el convento, ó
»aceptar el ofre-
»cimiento de di-
»cha familia que
»en su misma ca-
»sa nos presen-
»taba un auxilio
»del momento.

*Libre de obits, dels
seculars, del prefet cō-
vēt de M. S. del Carme
de Barcelona, Reno-
uat est prefet aīy de
1726 essent Prior lo
R. L. M. F. Jaume
Lujals. y Secretari
y Archiver lo R. P.
Fr. Joseph
Hymenich.*

HERMOSA PORTADA DE UN MANUSCRITO
DEL CONVENTO

»Determinaron que nadie se moviese»; y nadie se movió. «Dos religiosos subieron por mandato del Prior al campanario para observar los movimientos de los revolucionarios» (3).

Al finalizar de aquella tarde, sobre las

(1) Me lo dijo en Olot a 22 de agosto de 1883.

(2) Relación del mismo corista Fr. Isidro Devant, hecha a mí en Manresa a 14 de septiembre de 1880.

(3) Relación citada del P. Isidro Devant.

siete, llegó al convento la noticia de la jarana de la Plaza de toros y del arrastamiento del toro, noticia que en el ánimo ya sobresaltado de los religiosos produjo harto susto y conmoción; de modo que la campana del refectorio no llamó a la hora acostumbrada. El Prior tomó sus medidas de precaución, enviando a las calles dos mozos de la casa para que le informasen del estado de la ciudad, y colocando centinelas en las ventanas (1). De éstas desempeñó una en un balcón del piso segundo del lado de la huerta el corista Fr. José Barcóns (2).

A su hora, serían las ocho, la Comunidad acudió al templo a cantar la *Salve*, canto que se efectuaba, no desde el coro, sino extendidos en dos filas los frailes a lo largo del eje o centro de la iglesia. A mitad del acto oyeron los religiosos en la calle un tumulto, que no dudo provino del paso por frente del templo y convento de la turba con el toro; lo que motivó que los frailes corriesen a cerrar la iglesia, aun dejando dentro los seglares que asistían al acto. Retirados aquéllos al convento y calmado el ruido, se facilitó la salida a la calle a éstos (3). Algunos religiosos en esta ocasión depositaron sus cofres en la casita del hortelano, poniendo en cada uno el nombre de su dueño (4).

Renació algo la paz en la casa, y así, a eso de las nueve, sonó la campana de la cena, a cuyo tañido la Comunidad bajó al refectorio (5); mas la agitación del espíritu hizo que nadie pudiese apenas probar bocado (6): noticia de la que con-

vendría dar traslado al señor Don Víctor Balaguer, el escritor de la tranquila cena de los Franciscos en Atarazanas. Servíase aquel día ensalada de escarola y luego pescado con salsa. Estaba el refectorio en silencio, sin oírse más que el lector y el ruido de los platos, cuando en el momento en que se iba a pasar de uno al otro de los dos platos indicados, entra el lego Grimal y precipitadamente se dirige al presidente del refectorio. El vivo deseo de saber el recado y el sobresalto aparecen súbitamente en todos los rostros. «Padres y Hermanos, dijo el Presidente; »¡aprisa!» La zozobra levanta repentinamente a todos los frailes; quién, como Fr. Miguel Ferrer, salta por sobre de la mesa; quién sale por el lado, todos velozmente; todos tiran la servilleta; todos abandonan las mesas dejando encendidas las luces e intactos los platos del pescado; y salen al claustro gótico, al cual daba la puerta del refectorio (7). La noticia traída por el lego era que las puertas ya ardían (8). En el claustro, dejada toda formación y orden, todos rodean al Padre Prior, el cual exclama en alta voz: «El convento arde». Ardían realmente las puertas. «¿Qué hacemos?», preguntan los más. El Prior dejó en libertad a cada uno para seguir el partido que juzgara más conveniente; empero indicó su parecer de refugiarse en el terrado del templo. La inmensa mayoría de la Comunidad le siguió (9); y si el Padre Prior prohibiera la salida, ni uno habría salido, según me aseguró uno de ellos: ¡tal era el poder de la voz del Superior entre los Carmelitas calzados!

El Padre Viceprovincial Francisco Cels aconsejaba que cada uno se retirara a su celda, y allí, con el crucifijo en la mano y arrodillado ante la imagen de la Virgen, rogase por los enemigos y resignado

(1) Relación citada del P. Isidro Devant.

(2) Relación citada del mismo P. José Barcóns.

(3) Relación cit. del P. José Codinach.—Relación del P. Miguel Ferrer hecha a mí en La Riba a 25 de septiembre de 1880.

(4) Relaciones varias del hijo del hortelano D. Benito Tomás.

(5) Todos los religiosos por mí interrogados dan testimonio de la ida a la cena.

(6) Relación cit. del P. José Barcóns.

(7) Relaciones ya citadas del P. Isidro Devant y del P. Miguel Ferrer.

(8) Varias relaciones de frailes de esta casa.

(9) Todos los frailes interrogados lo declaran así.

les esperase (1). No es para todos los espíritus, y menos en momentos de sobresalto, el heroísmo. El mismo Padre Cels huyó, con el resultado fatal que en parte ya llevó explicado en el capítulo anterior, y que muy luego por lo largo referiré.

Subieron, pues, los religiosos, por la regia escalera de mármol negro, al primer piso alto del claustro greco-romano, o contiguo al templo; y de allí, por una de caracol, al terrado de la misma iglesia (2). Llevaron consigo a los decrepitos, y para mayor seguridad, ya desde un principio, del terrado los subieron a lo alto del campanario, entre ellos el lego cojo Fr. Juan Rupit, el Padre Luis Fábrega, viejo y ciego, pero sabio, y el Padre Hipólito Dulcet, que contaba 77 años de edad (3). Llegados los frailes al terrado, trataron de obstruir la escalera de caracol para impedir el ascenso de los perseguidores, y para esto arrojaron en ella cuantos objetos hubieron a mano (4).

La superior techumbre del templo se componía de dos partes: una, no grande, era terrado enladrillado; la otra, cubierta de tejas y, por lo mismo, de difícil tránsito por ella (5); una firme por sus firmes componentes, otra débil por la debilidad de éstos. Colocado el indicado numerosísimo grupo de religiosos en el terrado, tuvo que apurar las más acerbas amarguras. Veía a los amotinados libremente circular por las calles; contemplaba horrorizado el fuego de los demás y no lejanos conventos, y oía el lúgubre tañido de sus campanas pidiendo auxilio. Muy pronto sintió el incendio del suyo, cuyo fuego iba ya dominando en la casa por varios lados, por la portería, por la puerta de la

huerta, y sobre todo por el templo, que los frailes tenían bajo los pies. De cada uno de los agujeros destinados a las cuerdas o alambres de las arañas brotaban columnas de ardiente humo, cual el de una locomotora, al paso que el procedente de las ventanas asfixiaba. El suelo que pisaban se iba calentando; y el prometido auxilio de la fuerza pública, a pesar de pedirlo con plañidero sonido la propia campana, no parecía. Así aquella Comunidad pasó como una hora de mortal angustia. El ejemplar Padre Prior, viendo el rápido paso con que se acrecentaba el peligro, dijo a sus frailes: «Padres y Hermanos, vamos á morir: »ofrezcamos nuestra vida a Dios». Arrodilláronse todos y el Prior les dió en común la absolución (6). En particular se confesaban unos a otros entre los suspiros y las lágrimas de los más espantados. Al llegar al terrado y al contemplar desde su barandilla el corto número de los incendiarios (los cuales, según testimonio de uno de estos frailes que los vió, no alcanzaban a doce), algunos de los frailes jóvenes propusieron al Prior defenderse, matando a los agresores; mas el Prior no lo consintió (7). ¡Tanta virtud dominaba en el Carmen!

La estancia en el terrado se hacía por momentos imposible, pues era ya inminente su hundimiento. Algunos subieron al campanario; pero de todos modos era necesario huir. ¿Cómo? ¿Por qué lado? ¿Con qué medios? El joven presbítero Padre José Codinach propuso recoger la cuerda de la campana, dejarla colgar por la parte de fuera, y por ella irse descolgando (8). Así se acordó. Se intenta replegar arriba una de las cuerdas, mas tenía un nudo, y ¡oh desgracia! no pasaba por el agujero del suelo. Se tiró de otra, o sea de la campana llamada *mitxana*, y afor-

(1) Relación cit. del P. José Barcóns.

(2) Relación cit. del P. Isidro Devant, y de otros varios religiosos de la casa.

(3) Relaciones de varios religiosos.

(4) Relación citada del P. Isidro Devant, que estuvo en el terrado.—Relación cit. del P. José Codinach.

(5) Relación cit. del lego Fr. Francisco Cabal.

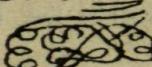
(6) Relación citada del P. Isidro Devant.

(7) Relación citada del P. Isidro Devant.—Relación del P. José Codinach.

(8) Relación citada del mismo P. José Codinach.

tunadamente toda pasó (1). Se la puso pendiente por defuera, para que por ella se delizasen como hábiles acróbatas respetabilísimos sacerdotes, sólo acostumbrados al recogimiento y a la práctica de la piedad (2). No será lince quien adivine las enormes dificultades y peligros de tal descenso por una cuerda, practicado por varones, unos gruesos y de peso, otros flacos, débiles y delicados, vestidos unos con solas ropas interiores, los más con embarazosos hábitos talares, ninguno inteligente en ejercicios gimnásticos, todos sin fuerzas corporales ni agilidad, y todos, todos conmovidos, espartados y hasta aterrados. No quedaba más remedio; y uno tras otro se deslizaron por la cuerda, empero dejando en ella la piel de las palmas de las manos, que para evitar el recio roce de éstas con la cuerda faltaba fuerza y habilidad para ir cambiando las manos. Luego los carmelitas puestos en la Ciudadela eran prontamente de todos conocidos por el vendaje de sus manos (3). Al sacar el muy venerable Padre Avella sus pies de la baranda del

J. J. Philius Abella Novitarum Director



terrado, y al empezar su descenso, sintióse preso por el escapulario, y con no poca dificultad tuvo que parar la bajada, quedando suspendido de las manos. Otro fraile inadvertidamente pisaba sobre la baranda la punta de dicho escapulario. Avella, temiendo que sus palabras pudiesen descubrirle ante los enemigos, callóse hasta que su hermano, también inadvertidamente, levantó el pie (4). Sin embargo,

tal punto alcanzaba la pueril inocencia de Avella, que al llegar al pie de la cuerda, en lugar no menos peligroso que ésta, dijo al corista Isidro Devant, que le había

F. Ysidorus Devant

inmediatamente precedido en el descenso: «Vea, hermano, me ha caído la caja »del tabaco». «¡Para tabaco estamos!», contestó el joven, y siguieron su fuga (5). El Padre Prior Antonio Gené en estos peligrosos trotes del terrado y campanario lastimóse una pierna, de tal modo que paró en una cama del hospital (6).

Salvado el peligro del terrado y el de la cuerda, quedaban los religiosos en otro no menor, del cual les libró un milagro de la Divina Providencia, porque estaban no sobre llana y firme tierra, sino en un lugar alto a nivel del tejado del camarín, sobre un pasillo de unos tres palmos de anchura, inclinado, sin barandilla, y del cual por lo mismo era facilísimo un resbalón que diera con los frailes en el patio de la portería. Era el angostísimo terradito que en el ábside del templo se formaba entre los contrafuertes. La turbación y la obscuridad de la noche acrecentaban el peligro. Del pasillo pasaron a casa Sagarra por sobre el tejado del camarín, única construcción que unía el templo a la vecina dicha casa de la noble familia de Sagarra; y pasaron, digo, formando el tejado dos vertientes, teniendo en el fondo a la izquierda el dicho patio de la portería, a la derecha la calle con los incendiarios, y bajo del camarín la puerta del convento ardiendo. Así aquellos frailes en numerosos grupos llegaron al terrado de la indicada casa Sagarra (7).

lo había oído de boca del P. Avella. Barcelona 21 de marzo de 1880.

(5) Relación cit. del mismo P. Isidro Devant.

(6) Relaciones de varios frailes.—Notas de los libros del Hospital.

(7) Numerosas relaciones de frailes de este convento.

(1) Relación cit. del P. José Barcóns.

(2) Numerosísimos, mejor, todos los frailes de esta casa atestiguan el descenso por la cuerda de la campana.

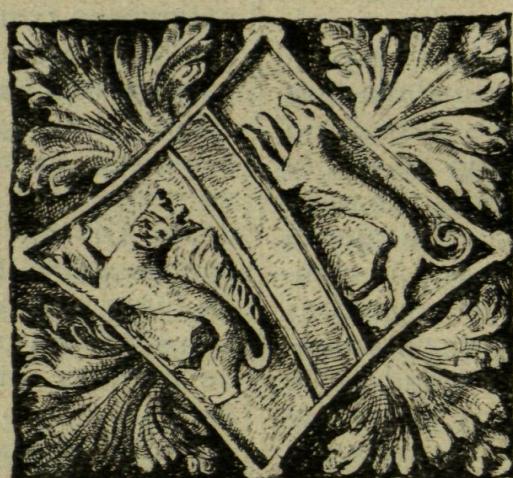
(3) Son muchos los testigos que adveran las llagas de las manos.

(4) Relación de D.ª Ana Cullell de Cortes, que

Hallaron la puerta de este terrado cerrada por robusta cerraja, mas a uno de ellos, con ser tísico, dióle tales fuerzas la necesidad y el terror, que con las uñas la arrancó (1). Bajaron a la habitación de la familia, y allí, disfrazándose los que todavía vestían los hábitos, huyeron por diversos caminos, como iremos viendo (2). Los más de ellos bajaron al jardín de la casa, desde el cual, cruzando cercas de separación de unos con otros jardines, pararon lejos. Entonces no existía la actual calle de Montjuich del Carmen, y así la isla de casa Sagarra llegaba hasta la calle de Xuclá. La prudencia no permitía que tantos frailes quedasen en esta casa tan próxima al convento, y por lo mismo tan expuesta a un registro e invasión de los enemigos. Determinaron salir en grupos de siete u ocho cada uno. Bajaron, como digo, al jardín trasero de Sagarra, y atravesando cercas de los jardines traseros de las casas de la calle del Carmen, fueron caminando hacia Belén. Uno de los grupos, en el que iba el corista Isidro Devant, era guiado por el Padre Jaime Cabestany, el cual se esforzaba en aconsejar a los jóvenes el silencio para evitar ser descubiertos. Llegados al posterior jardín, mutuamente se preguntaron por el partido que se debiese entonces seguir. Ignoraban el ánimo y sentir de los habitantes de aquellas casas, y por lo

mismo mezclábanse los temores con las esperanzas de los pobres perseguidos, y en su consecuencia variaban sus propuestas de resolución. Al fin determinaron pedir auxilio a los habitantes de la casa postrera. Llaman, y desde el interior les contestan, pero sin abrir la puerta, que no pueden admitirles porque, de hacerlo, se comprometieran. Insistieron en la súplica los religiosos hasta que los de la casa, entrados en sí, propusieron a los frailes que irían ellos por la tropa que estaba en la calle. Aceptaron los cenobitas, y así subió al mismo jardín una compañía de artillería, y colocando a aquéllos entre filas, los condujeron á la Convalecencia, frente de su mismo convento (3).

Otro de los dichos grupos emprendió igualmente la marcha cruzando cercas o tapias divisorias de jardines, y en el mismo



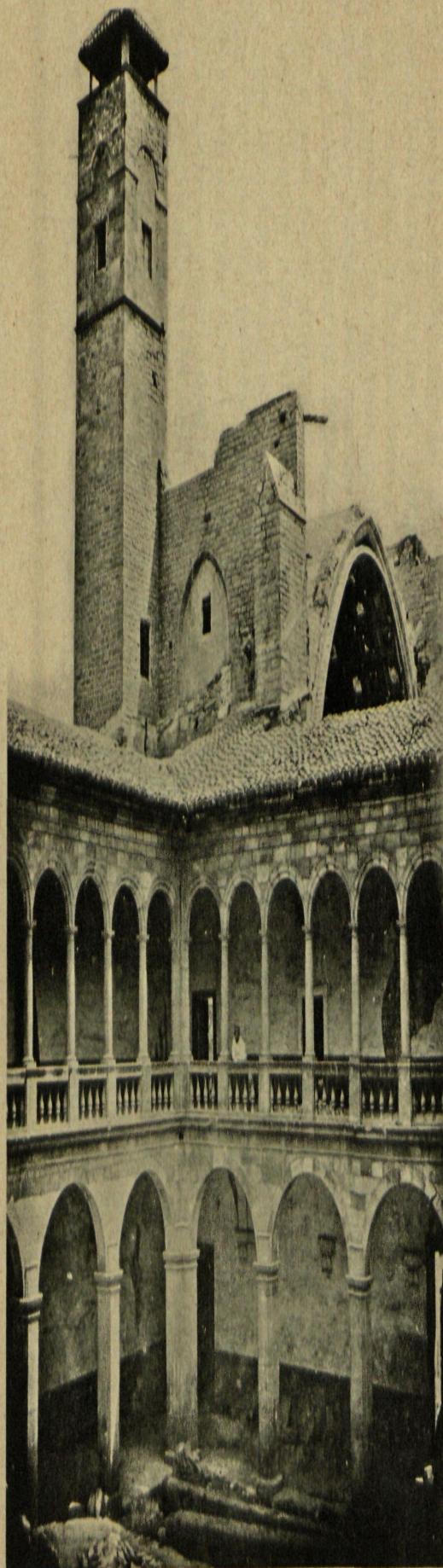
UN ESCUDO DEL TEMPLO
DEL CARMEN DE BARCELONA

sentido que el anterior. En uno de los primeros jardines halló una gruta o subterráneo, y en ella acurrucados los frailes se escondieron. Oían pasos en el jardín, ignorando si los daban amigos o enemigos, circunstancia que les atemorizaba. Al cabo de un rato se decidieron a salir de su madriguera y continuar la travesía de jardines hasta llegar a la casa de un capitán de milicia, al cual los frailes conocían porque en los tiempos anteriores utilizaba el claustro del convento para adiestrar a su compañía en el ejerci-

(1) Relación del I. Sr. D. Mariano de Sagarra en Barcelona a 21 de marzo de 1880.

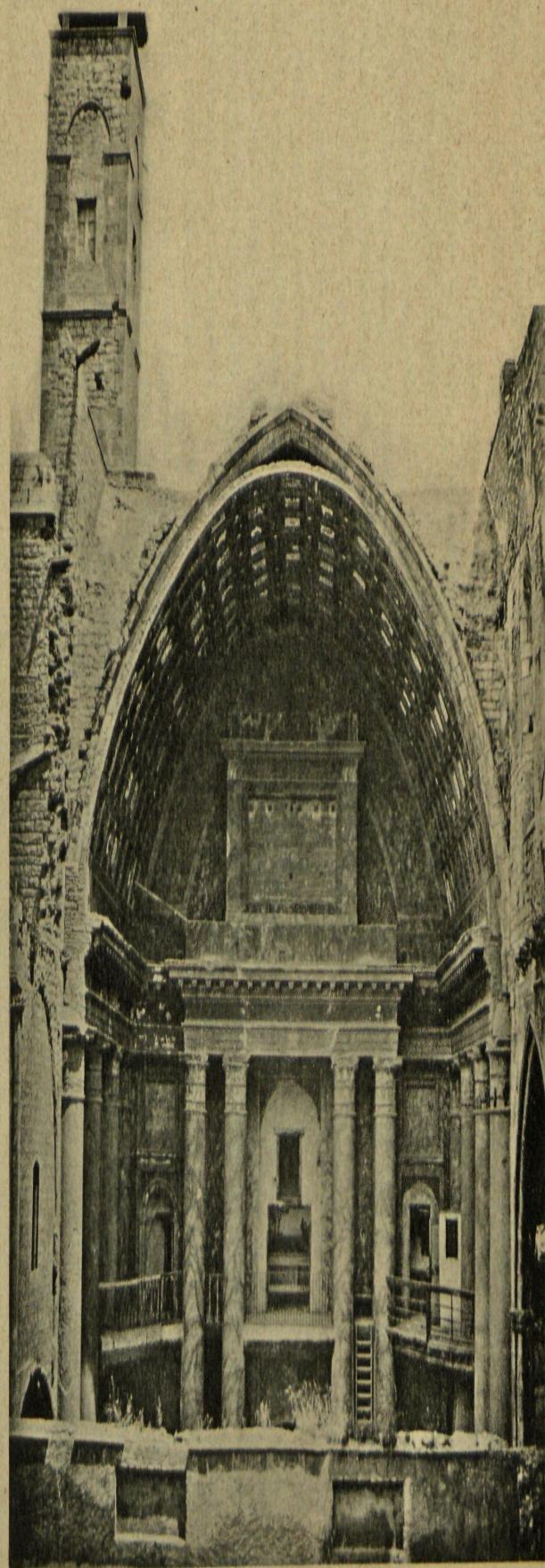
(2) Relaciones de varios frailes.

(3) Relación del corista P. Isidro Devant, cit. —Relación del corista P. Francisco Coch en Olot a 10 de agosto de 1881.



CARMEN CALZADO DE BARCELONA EN LOS AÑOS
DESPUÉS DEL INCENDIO

(Fotografía de D. Marcos Sala).



CARMEN CALZADO DE BARCELONA.— EL PRESBITERIO
EN LOS AÑOS QUE SIGUIERON AL INCENDIO

(Fotografía de D. Marcos Sala).

cio. En estos tiempos había hecho ofrecimientos a los Padres para el caso de peligro, diciéndoles que se refugiaran en su casa. Allí los religiosos fueron alentados con cordial y otros alivios, pero sufrián mucho de las manos. Se fué por la tropa, la que compareció después de una hora de detención de los religiosos en la casa, y por pelotones trasladólos a la Convalecencia, donde solícitas las Hermanas les curaron las heridas de las manos. De este grupo formó parte el corista Fr. Bernardo Sostres, de cuya boca tengo el relato (1).

No todos los fugitivos que llegaron a casa Sagarra huyeron por los dichos jardines traseros de las casas de la calle del Carmen, pues los hubo, como el Padre Sebastián Grimau y el Padre José Codinach, que desde allí se escaparon por la calle. El primero de estos dos, al salir del refectorio cuando la alarma, se dirigió con otro fraile, hijo de Manresa, al coro para desde una reja que dominaba el exterior de aquel lado observar la revolución. «Una turba agrupada al derredor de nuestra casa, dijo, daba espantables gritos pidiendo nuestro exterminio». Quiso entonces refugiarse en casa Lluch, pero era imposible salir a la calle. Procuró con el otro religioso buscar fuga por el huerto; mas en aquel momento los gritos de la turba en la puerta que dicho huerto abría en la calle de los Angeles les anunciaron la llegada allá de los amotinados; y así no hubo más remedio que subir a la azotea del templo con los demás, y luego por medio de la cuerda bajar a casa Sagarra. Salió a la calle y corrió a una casa amiga próxima al cenobio, pero nadie respondió en ella. Vibaban con efecto terrible en los oídos del pobre fugitivo los gritos vandálicos de la turba, que saludaba con vivas estrepitosos los adelantos del fuego del convento. De continuar allí, veía segura su muerte; y como acertase a pasar por allá un capitán, tocóle en el hombro, y le dijo:

(1) Me lo hizo en Barcelona en 15 de marzo de 1880.

«¡Capitán, salvame V. por Dios!» Paróse el militar, miró al fraile, y le dijo: «Sígame V.»; y le llevó al hospital, o mejor dicho, a la Convalecencia. La puerta de este benéfico establecimiento estaba cerrada. Llamaron, pero una voz del interior contestó que aquella puerta no se abría a tales horas. El capitán mandó recado por la puerta de la calle del Hospital, y así la de la del Carmen se abrió. Mientras esperaban se les reunieron tres hermanos de religión más (2). Las circunstancias de esta fuga del Fr. Grimau y la de hallar aún cerrada la puerta de la Convalecencia dan a entender que su llegada a este establecimiento fué anterior a la de los frailes que cruzaron los jardines de las casas de la calle del Carmen.

El segundo fraile, o sea el Padre José Codinach, salió de casa Sagarra a la calle, y juntándose con un monacillo del convento se dirigieron a casa de éste, la que estaba en la misma calle, frente de Belén. Llaman en la puerta de abajo, y mientras el niño grita: «Padre, Padre», de un grupo de gente de baja ralea que estaba en la Rambla se oye una voz que dice: *Mira, mira, aquell es un futut frare*. Entonces Codinach, corriendo, regresa hacia el convento, y como a la sazón ya la fuerza pública había despejado el tramo de frente el incendio, se metió en este como cuadro, y de allí pasó al Hospital, donde halló muchos religiosos, todos amilanados (3).

Arrojará más luz sobre esta fuga de los carmelitas que pasaron por casa de Sagarra copiar aquí las noticias que sobre del tal hecho me dieron los hijos de ella, Rdo. Sr. D. Mariano de Sagarra, entonces simple subdiácono, después muy conocido y estimado canónigo de nuestra Catedral, y Don Francisco. Desde su casa vieron pasar la turba con el toro arrastrando y dando gritos de «mueran los frailes.» Esta no sólo incomodó al

(2) Relación del mismo P. Sebastián Grimau.

(3) Relación del mismo P. José Codinach hecha a mí en Olot a 22 de agosto de 1883.

convento, sino que por medio de pedradas rompió los cristales de la casa de Sagarra conocida por sus ideas retrógradas. Indignado por tal desafuero, el padre de la familia salió al balcón para reprender a tan injusta agresión, mas oyóse una voz en la calle diciendo: «pégale un pisto-»letazo a ése», y por otra parte Don Mariano le disuadió por razón del temor de la venganza. En vista del peligro la familia Sagarra se marchó a casa de unos parientes de la calle de la Canuda, quedándose sólo en la habitación el padre y Don Mariano.

Estos, en vista de la proximidad del incendio, teniendo el archivo en la pieza contigua al cenobio, corrieron a trasladarlo al extremo opuesto de la casa. Ocupados precipitadamente en esto, oyeron que dos coristas llamaban desde el terrado para que les auxiliaran. Uno de ellos (como dije arriba), tísico, cobró con el peligro tales fuerzas que con las uñas arrancó la robusta cerraja del terrado. Bajaron a la habitación. A poco apareció por la misma vía el venerable Padre Maestro Avella, el cual allí disfrazado con una gorrita y otras prendas de secular, y dando el brazo a una criada, fué conducido a Casa Camps, hoy Marqués de Camps, de la calle de la Canuda. En seguida se cuelan por la misma escalera siete u ocho frailes más, quitados los hábitos, y piden disfraces, y se les da los que se puede, habiendo hasta quien se puso las sayas de una niña. Don Mariano les proporciona escaleras para saltar las tapias de su jardín; y atinando a que habrían dejado en el terrado los hábitos, corrió, cogiólos, de ellos hizo un lío, y lo tiró al jardín del convento, donde no comprometían a nadie.

El fuego de la sacristía crecía rabiosamente, y las furiosas llamas, que brotaban por sus ventanas, lamían ya las paredes de casa Sagarra, por cuya razón, y el peligro de los desmanes de los incendiarios, los padre e hijos determinaron huir, y salieron a la calle: el subdiácono, vestido de secular con una levita, única prenda

que le quedaba, y con un sombrero ajeno, a cuyo fondo metió Don Mariano un trapo por razón de caerle muy ancho, pero del cual pendía por de fuera una cinta blanca. Además metióse una papeleta de plata en el bolsillo del pecho de la levita. «Salimos, »me dijo Don Mariano, salimos a la calle, »y topamos con el oficial de milicia Don »Antonio Carrera de Ortega» (*muy mi amigo*), «con cuya compañía pudimos »quedarnos colocados en el cuadro despejado »que frente al convento formaba la fuerza pública; pues había una fila de armados frente de nuestra casa, y otra frente »del convento de las monjas mínimas, »que impidiendo el paso al pueblo dejaban »el espacio de la calle intermedio despejado. Al salir de casa en un rincón de la »puerta vimos un bulto; era un fraile »acurrucado, el procurador del convento. »*¿Qué hace V. aquí?*, le dijimos. *Estoy escondido*, nos respondió. Salimos, como »dije, y colocados en el cuadro despejado »me metí», continuó Don Mariano, «en la »iglesia del Carmen donde el fuego era »horroroso. En aquel momento ardía el »órgano, desprendiéndose de él una lluvia »de fuego formada del plomo ó estaño »derretido de las flautas. Ardían los damaescos de los muros, y la gran celosía »que corría á lo largo de la barandilla »delantera del coro en el momento vino »al suelo del templo con gran estrépito y »calor. Huí espantado.

»Estando en el cuadro vi allí á un jefe »de milicia conocido y tres ó cuatro frailes. El miliciano opinó por que pasásemos á la Convalecencia, diciendo qué no »podía responder de un golpe de mano. »No me gustó el consejo y menos el encierro, y le dije que queríamos salir, y »él se ofreció á acompañarnos. Iba delante un hombre, luego mi padre y yo, y »seguía el jefe; mas al salir llamaron á éste, y le perdimos. Al cruzar la muralla »de gente algunos me llamaron fraile, á lo que contesté que fraile no era, pero »sí capellán, y quitándome el sombrero »mostré la corona; con lo que me dejaron, »y pasamos. Pero de la muela de gente

»se destacaron siete ó ocho hombres y una mujer, castañera, vestida poco menos que en paños menores. Al llegar á Belén recibo un tremendo garrotazo en sentido horizontal en el sombrero, de modo que agarrando yo fuertemente el ala saltó la copa. Entonces uno de aquellos hombres me abraza y como defendiéndome, dice «no es fraile»; pero la mujerota agarrándome por la vuelta de la levita me arranca de los brazos del hombre; y yo arrancándome de ellos me coloco arrimado de espaldas á la puerta de Belén que en los pies del templo da a la Rambla, mientras mi padre, airado, arremete á la mujer y cogiéndola por el cuello se le aprieta hasta obligarla á sacar la lengua. En esto sentí que recibía un fuerte golpe en el costado izquierdo, al que aplico la mano sin por esto experimentar dolor.

»La Divina Provi-

dencia nos deparó un remedio. Aparece un pelotón de artillería de ejército, y nos salvan. Nos colocan entre filas, diciéndome el oficial que me aparte algo de su persona para que pueda blandir el sable. Así nos dirigimos al cuartel de Estudios que estaba en el cabo superior de las Ramblas de entonces. Al llegar unos pasos antes de él pegué una corrida para ponerme á su amparo. Al verlo los soldados se asustaron y tomaron las armas.

»Allí encontramos á nuestro amigo el

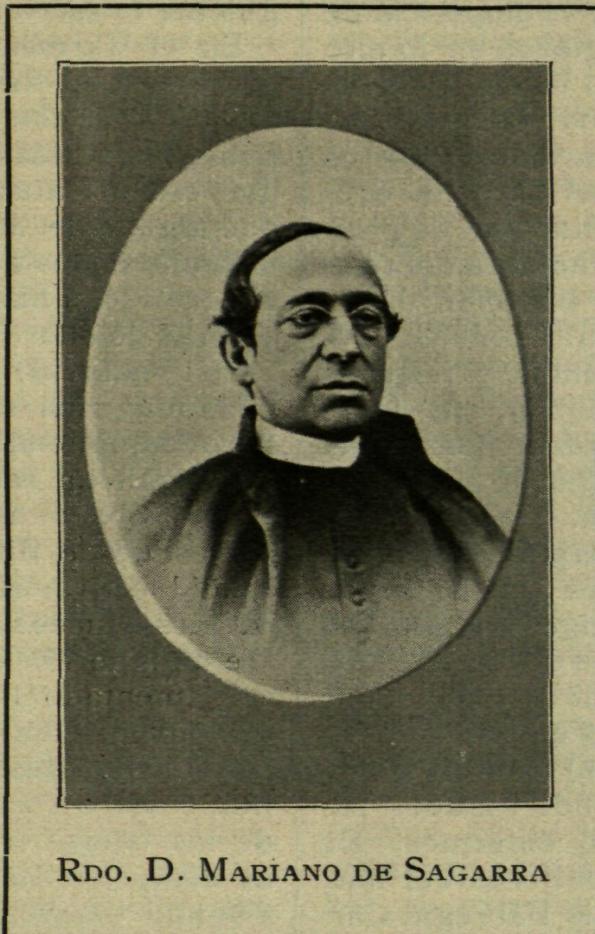
»Capitán Don José de Amat, el cual justamente indignado, exclamó: «Estamos en Cafrería; en (no recuerdo el lugar) hay un hombre muerto; no tenemos orden para nada»; lamentándose, con estas posturas palabras, de la carencia de órdenes superiores para obrar. De modo que *motu proprio* y á título de la proximidad del cuartel salvaron los artilleros los Conventos de servitas y de mínimos.

»Desde el cuartel mi padre y yo fuimos á reunirnos con la familia en la casa de la calle de la Canuda, donde la hallamos poseída de la natural ansiedad. Diéronme una taza de caldo; y al ir á tomarlo y hacer una inspiración, sentí dolor en el costado donde recibí el golpe en la puerta de Belén; levanto la ropa y hallo que se me había dado una puñalada, que á entrar un poco más me pasa el corazón. Acudióse al médico, y me curó».

Opinaba el hermano de Don Mariano que lo que salvó a éste fué la moneda de plata del bolsillo de la levita, la que paró el puñal.

«La mala mujer, la castañera, mi seguidora, á los pocos días del atentado murió en el Hospital, sin que las Hermanas sepan por donde salió el cadáver, ni quien lo llevó» (1).

(1) Me hizo esta relación principalmente el mismo Don Mariano en Barcelona a 21 de marzo de 1880.



RDO. D. MARIANO DE SAGARRA

La integridad de esta mi pobre historia pide que demos un paso atrás, y veamos a los pobres frailes, que, no pudiendo deslizarse por la cuerda, quedaron en el terrado y campanario. Ni el Padre Luis Fábrega, anciano y ciego, ni el casi octogenario Padre Hipólito Dulcet, ni otros muchos añosos o inválidos, podían fiar su vida a la extremada debilidad de sus brazos, o a la impericia de sus manos; y así se refugiaron en lo alto del campanario, donde el humo, el calor y la angustia les mataba. Mientras los jóvenes estaban en los jardines traseros de las casas de la calle del Carmen, oyeron el estruendo del hundimiento de gran parte de la bóveda y techumbre del templo, lo que agravaba la situación de los pobres ancianos. Desde allí también oyeron unos gritos de preguntas y respuestas en castellano. Mediaban, sin duda, entre los dichos acorralados y los artilleros; los cuales, por medio de escaleras, puestas donde la cuerda, y con las dificultades consiguientes, bajaron del terrado a los pobres ancianos (1). El Padre Prior había llevado consigo, a lo alto del campanario, unos talegos de oro. Al huir los frailes, el tesoro quedó en aquel lugar elevado (2). Los ancianos e inválidos salvados fueron llevados al edificio de la Convalecencia (3), de donde algunos pasaron al Hospital como enfermos. He aquí notas sacadas de los libros del mismo Hospital: «R. P. Luis Fábrega, Carmelita calzado, natural de Olot, hijo de Juan y de Catalina Sala, de 55 años. Entró en 26 de julio de 1835. No consta si salió ó murió». «P. Hipólito Dulcet, religioso Carmelita calzado, natural de Manresa, de edad 80 años. Entró en 27

»de julio de 1835. Salió á 2 de septiembre de 1835».

En el libro de óbitos de la parroquia del Pino se lee la partida de defunción del lego cojo y anciano Fr. Juan Rupit, fallecido en 13 de septiembre de 1835 en la Casa de Caridad, adonde fué conducido sin duda desde la Ciudadela, pues las listas oficiales del 13 de agosto subsiguiente lo escriben allí (4).

En el Carmen, como en todas partes en aquella noche, los artilleros de ejército dieron elocuente testimonio de su honradez e hidalgüía. En los momentos que estoy tratando, el Padre Prior (del que alguno de los frailes me dijo haber sido uno de los que quedó en el campanario cuando la huida por la cuerda), al despedirse de ellos, pidió al jefe se sirviese ver si podía salvar algo de las riquezas de la muy rica sacristía. Galante el artillero, cumplió el encargo del Prior, pero al cabo de un rato volvió diciendo: «hemos probado, hasta alargando las bayonetras desde distancia; pero no hemos podido salvar nada. Todo está incendiado, los cálices fundiéndose, aquello parece un infierno» (5).

El mentado Padre Hipólito Dulcet en el Convento, en testimonio de su antigüedad, todavía usaba hábito de color carmelita, o sea castaño oscuro, a diferencia de los demás frailes, que, según cambio de tiempos posteriores, lo usaban negro. Cuando estuvo repuesto del susto del incendio se le llevó al Hospital militar, donde murió (6). Un anciano me dijo que los gastos de la asistencia en este Hospital corrieron de cuenta de un pariente de Dulcet; más abajo, en el Capítulo siguiente, hallaremos al asentista del mismo Hospital reclamándolos del Ayunta-

(1) Relaciones ya citadas del P. Isidro Devant y P. Bernardo Sostres. Lo de los gritos en castellano me lo dijo otro de los jóvenes frailes del jardín P. Francisco Coch.

(2) Relación del hijo del hortelano D. Benito Tomás hecha en Barcelona a 8 de noviembre de 1894.

(3) Relación citada del P. Isidro Devant.

(4) Archivo municipal de Barcelona.—Acuerdos. 2.^º semestre 1835.

(5) Relación cit. del P. Isidro Devant.

(6) Relación de D. Ramón Piñana, quien por caridad iba al hospital a visitarle y lavarle, hecha en Barcelona a 4 de marzo de 1886.

miento, y éste remitiéndole a las oficinas de la Amortización (1).

Las fugas del peligro se efectuaron por tres vías, a saber: 1.^º por el terrado; 2.^º por la huerta, y 3.^º por los escondrijos del convento. Explicadas las del primer grupo, vengamos a las del segundo.

La huerta del Carmen cogía todo el centro de la grande isla donde radicaba su convento; y así por Oriente lindaba con los patios o jardincitos traseros de las casas de la calle de Xuclá; por Norte con los de la calle de Elisabets; por Oeste parte con la calle de los Angeles, entonces extremadamente angosta, y parte con el convento; y por Mediodía parte con el convento, y parte con los jardincitos de las casas de la calle del Carmen. En su ángulo NO. tenía la casita de hortelano señor José Tomás, la que venía cerca de la puerta que la misma huerta abría en una plazoleta que formaba allí la calle de los Angeles. En el ángulo descrito por el muro oriental de la casita del hortelano y la cerca de los jardincitos de la calle de Elisabets había el gran estercolero, cuyo estiércol, reunido allí en gran cantidad, producía una como montañuela. De consiguiente por O. el estercolero terminaba en la pared de la casita del hortelano; por S. con otra pared que le separaba de la huerta, por E. con otra baja, la que en el lado de la huerta venía apoyada por unos contrafuertes, entre los cuales crecían muy lozanos y altos muchos rosales; y por N. con la cerca que separaba la tierra del convento de las casas de la calle de Elisabets, que allí era principalmente la fábrica de Don José Pons, conocida por *Can Casaca*, fábrica que formaba por su parte delantera la esquina de la calle de los Angeles con la plazuela del mismo nombre.

El celoso Padre Prior creyó muy expuesta la salida de los religiosos al huerto, sin duda porque hallándose a nivel de la calle, sin más reparo que una puerta

(1) Archivo municipal.—Acuerdos. Segundo semestre. 1835. Fol. 1104.

de la cerca, temería que, forzada ésta (como en realidad lo fué muy pronto), quedaban perdidos. Llevado sin duda de este no infundado temor, apoderóse de las llaves de las puertas que desde el convento comunicaban con la huerta y resistió a soltarlas. Algunos frailes, en los primeros momentos del ataque, especialmente el Padre Pedro Sunyer, ahincadamente le rogaban se las diese. El Prior, les disuadía aconsejándoles le siguiesen al terrado del templo; mas Sunyer le replicaba: «Padre, la iglesia arde ya, y »se hundirá su techo.» Rendido el Prior entregó la llave, y cruzaron la puerta de la huerta unos quince o diez y seis frailes (2). Uno de ellos sería el Padre Cels.

De la muerte de este Padre Cels, Vice-provincial, escribí yo arriba en el artículo 5.^º del capítulo próximo anterior o sea el IX. A la sazón contaba unos setenta años de edad. Su familia, o casa paterna, estaba no lejos del convento en la calle o de Roig o de Egipciacas, es decir, en aquella corta región, sin que pueda yo fijar el punto concreto (3). Respetable y muy respetado en la orden, ejercía las veces de Provincial. Poseía gran talento, prudencia y virtud. Era callado y pacífico, de modo que un familiar del cenobio no dudaba en decirme que «quizá era el »fraile mejor de Barcelona, y creo que »nunca nadie le tuvo ojeriza» (4). Un militar que luego le vió morir me describió su exterior diciendo que era «un »anciano respetable, cano, bajo de estatura, regordete, de tez blanca, bien que »pálido. Vestía calzón corto atado con »pequeñas hebillas de plata, medias y »chupa, todo negro» (5). Como escribí arriba, sus consejos, u opinión, respecto

(2) Relación cit. del P. José Barcóns.—Relación cit. del lego Fr. Francisco Cabal.

(3) Relaciones de varios ancianos.

(4) D. Benito Tomás, el hijo del hortelano-del convento.

(5) Relación de un entonces cadete que lo vió y me lo contó a mí en Barcelona a 8 de junio de 1887.

al partido que conviniera seguir abogaban por irse cada uno a su celda a esperar la muerte orando por sí y por los agresores. Mas como el heroísmo no reza para las muchedumbres, su parecer no fué seguido, y él mismo huyó del convento. Ignórase cual fuese su plan de salvación, pero la proximidad de su casa familiar y el lugar a ella cercano en que fué agredido, prueban con evidencia que su intento consistía en abrigarse de la hospitalidad de la familia. Tampoco consta por qué puerta salió; mas como todas las que daban a la calle del Carmen desde el primer momento quedaron dominadas del fuego y sus autores, no cabe duda de que saldría por la de la huerta, como casi todos los demás que huyeron por puertas.

Vestía, pues, con las ropas interiores de fraile, dejado el hábito; y apenas salido a la calle del Carmen fué en seguida conocido. No sólo le delataba su traje, sino su rasura, su porte compuesto, todo su aire. Asustóse, e, ¡inocente!, pidió a los que le rodeaban que no le mataran. Preguntáronle éstos que ¿dónde vivía? Contestó él que «allá bajo». Le siguieron, y al pie de su casa, casi en la esquina de la calle de Roig con la del Carmen, le robaron, y allí mismo le acuchillaron (1).

Ignoro por quién y cómo fué trasladado a Atarazanas. Llegó allá con tres heridas en la cabeza y dos en el costado, que fueron declaradas mortales (2). En el trayecto él mismo con las manos se sostenía los intestinos, pues le salían por la herida, e iba diciendo: «Señor, perdónales, que no saben lo que hacen» (3).

De la suerte que en Atarazanas cupo

al Padre Cels nos dirá el entonces cadete, después nombrado abogado de Barcelona, Don José Ortega, que intervino en los hechos. He aquí sus palabras: «Frente de la entrada del fuerte en su interior había entonces en Atarazanas un cuerpo de guardia; y allí en el cuarto de banderas, en un catre estaba yo tendido, porque me encontraba algo indisposto. De pronto me despertaron unos lastimeros ayes y quejidos. Dábalo un anciano respetable, cano, bajo de estatura, regordete, y de blanca tez, bien que a la sazón muy pálido. Traía tres heridas en la cabeza, de las que la sangre corría por las sienes; y además otras dos en el costado, que fueron declaradas mortales. Era el Padre Cels. Levantéme, y el herido fué colocado

Francisco Cels.

do en el catre. No puedo fijar la hora en que esto pasaba, pero sí puedo decir que fué antes de amanecer. A la mañana siguiente dos militares de uniforme, es decir, mi padre y yo, fuimos por los Sacramentos al Pino. Vino el sacerdote, vestido de seglar, pero el Santísimo lo llevó mi padre en el bolsillo del pecho, y yo los óleos santos. El herido recibió los Sacramentos y á las once ó doce del dia expiró» (4).

Su óbito obra en la parroquia de los Santos Justo y Pastor, y dice así: «Al dia 26 de juliol del any 1835 sepultura amore Dei al cadáver del R. P. M. Fr. Francisco Cels, religiós carmelita calzat, natural de Barcelona, de edat uns setanta anys, morí en la fortaleza de Atarazanas.—Raymundo Casañas» (5).

Cuando todavía el Prior guardaba las llaves de la huerta y, por lo mismo, no estaba franqueable la puerta, el Padre

(1) Relación del hijo del hortelano D. Benito Tomás en Barcelona a 5 de octubre de 1892. El testigo estaba muy enterado de aquellos barrios.

(2) Relación del entonces cadete, después abogado, D. José Ortega. Barcelona 8 de junio de 1887.

(3) Relación de una monja carmelita calzada de Barcelona, muy conocida de los PP.—Relación de un fraile trinitario que vió el cadáver en Atarazanas, y me dijo que le salían las tripas.

(4) Me lo dijo en Barcelona a 8 de junio de 1887.

(5) Libro de óbitos de dicha parroquia.

Luis Nadal, subprior, y el Padre Lector Juan Ferrer, orador sagrado elocuente, deseando huir por este lado, se tiraron al huerto desde un balcón del primer alto: Ferrer, sin novedad especial; Nadal estropeándose un pie (1); por cuya razón no pudo huir, y así ambos se escondieron entre los rosales de los contrafuertes mentados de la cara oriental del estercolero. Ferrer, como digo, quedó dispuesto para huir, pero por respeto y caridad hacia el amigo subprior Padre Nadal no le quiso abandonar, y así se escondió con él en los rosales (2). En el mismo momento los revolucionarios forzaban la puerta que del huerto daba a la calle de los Angeles, y penetraban en aquél. La turba no constaba más que de diez, o quince, o veinte personas, me dijo el hijo del hortelano; y venía acaudillada por un albañil, granadero del batallón 2.^º de milicia urbana, quien, aunque vestido de paisano, llevaba su sable, bien que envainado. Era precisamente el albañil del cual se servía el hortelano para los reparos que corrían de su cuenta. Y tanto era así que, como en esta ocasión la turba intentara poner fuego al cobertizo, o parral, bajo el que se cobijaban los carros del mismo hortelano, el albañil decididamente se opuso, amenazando con cortar la cabeza a quien lo probase, y añadiendo: «no, no, que el »hortelano es hombre de bien» (3). Encotraron a los dos escondidos de los rosales, y allí mismo acuchillaron al Subprior, y sobre su persona acribillaron a Ferrer, dándole numerosas punzadas; y escribo «punzadas», porque para herirle se empleó todo linaje de instrumentos punzantes, inclusas las peinetas grandes, que entonces usaban las mujeres. No

faltaron tampoco los garrotazos. Manando sangre por mil lados, fingióse muerto; pero esto no le libraba de que en el ulterior registro de la huerta que efectuó la turba, cada vez que alguno pasaba por ante su persona le infligiese nuevos golpes o punzadas; de tal modo que recibió treinta y tres heridas, por una de las cuales respiraba (4). En esta horrorosa carnicería tomaron su buena parte las mujeres, cebándose en la víctima.

A poco entró en el huerto un pelotón de artilleros de ejército, mandados por un sargento graduado de oficial, hijo de una familia de la calle de Tallers de esta Ciudad, de apellido Barrios. Era hombre bastante conocido en aquellas calles. Ostentaba una cicatriz en la mejilla derecha; y como hombre oficial nacido en Cataluña, en su conversación familiar mezclaba dos hablas. Al ver en el huerto la turba, dió la voz de *fuera* y amenazas. Tan valiente y ardorosa la turba se mostró, que a las primeras voces de Barrios huyó, tirando sus armas. Éstas, halladas más tarde en el suelo, consistían en navajas, tijeras, punzones, leznas de zapatero, y otros instrumentos así pueriles. Acercóse Barrios y sus artilleros a las víctimas. Los dos parecían muertos. El Padre Nadal, sin hábitos; el Padre Ferrer

F. Luis Nadal.

los tenía puestos. Aparentemente ninguno de los dos respiraba; mas, cuando el segundo oyó a Barrios y los suyos, dió un respiro, y entonces aquél conoció que el fraile vivía. En alta hora de la noche las dos víctimas fueron trasladadas al Hospital de la Santa Cruz allí cercano. A las pocas horas, el Padre Nadal mu-

(1) Relación cit. de Fr. Francisco Cabal.—Relación del P. Miguel Ferrer ya citada.—Relación cit. del P. Bernardo Sostres.

(2) Relación de una señora vecina.—Que se escondieron entre los mentados rosales lo atestiguán muchos testigos.

(3) Relación del hijo del hortelano D. Benito Tomás en Barcelona a 8 de noviembre de 1894.

(4) Todos los frailes y ancianos lo cuentan; pero especialmente me consta por varias personas que lo oyeron de boca de la víctima como por la criada que tuvo después, por el Sr. Obispo auxiliar actual, D. Ricardo Cotés, etc., etc.

rió (1). He aquí las notas sacadas del libro del Hospital: «Fr. Luis Nadal y Pi, »Subprior del Convento de Carmelitas calzados, hijo de José y de Eulalia Pi, »natural de Barcelona, edad 33 años. »Entró (*en el Hospital*) en 26 de julio de 1835. Murió el mismo dia».

El Padre Ferrer fué puesto en una cama y en curación. Las notas del libro de la casa escriben así: «R. P. »Juan Ferrer, Carmelita calzado, de 33 años, natural de Lérida. Entró en el Hospital el dia 26 de julio de 1835. Salió en 13 de diciembre de 1835». Con esto queda certificado que curó, pero que la curación duró cuatro meses y medio. Las personas piadosas durante este tiempo acudían a visitarle, en tanta abundancia, que fué preciso colocar bancos alrededor de su cama para que, a guisa de barrera, impidiesen el acceso a ella. Visitóle como

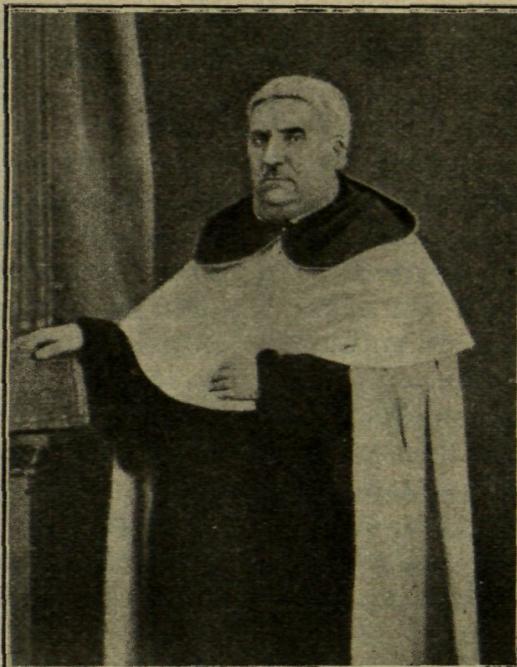
facultativo el muy afamado médico, a quien yo mucho conocí, Don Venceslao Picas; y por caridad cristiana pagó la cura y cuidados la señora Freixinals del entonces muy conocido comercio de sedas, que después vimos todos en la calle del Call, esquina a la de Santo Domingo. Cuando después de dado de alta salió Ferrer a la calle, notaba cierta incomodidad en el pescuezo, la que le dificultaba

los movimientos de la cabeza. Al fin abriósele allí un agujero, y por él salió una púa de un peine. Tampoco en el tiempo de su curación, entre tantas heridas, notó que tenía un pie dislocado, y como a su tiempo no acudió al remedio, quedó algo cojo todo el resto de su vida (2). Yo mismo le conocí de vista durante los muchos años en que después fué beneficiado del Pino. Distinguíase por su abultadísimo cuello, circunstancia que a primera vista atribuía cualquiera a obesidad; mas muy pronto aparecía no provenir de aquí, al ver que la corpulencia de la persona no pasaba de lo regular. Procedía de las heridas; y al fin, la muerte parece provenir de la causa del mismo abultamiento y de éste. Él atribuía su salvación del 1835 a la protección de la Virgen, porque ni en la huída había dejado su hábito.

Las notas sacadas de los libros del Hospital nos certifican de otro asesinato. Dicen: «Fr. Ramón Bruguera, corista del Carmen (sin mas datos). Entró á 26 de julio de 1835. Murió á 29 de julio de 1835». Las relaciones orales de los testigos concuerdan por completo con estos auténticos datos. Por la puerta de la huerta salió el corista,

(1) Relación del hijo del hortelano D. Benito Tomás. Barcelona en varias ocasiones.

(2) Relaciones de varias personas de la familia del Sr. Obispo Cortés, que oyeron las noticias de boca del mismo Padre Ferrer, con el cual tenían mucha amistad.



J. Ferrer

dejando antes el hábito, pero muy pronto fué conocido y agredido frente de la iglesia de los Angeles. Lo dejaron como muerto. Un hijo de los señores Pons (*can Casaca*) me dijo: «Durante la noche vi tendido en el suelo, junto á las verjas de los Angeles, en la plaza donde nosotros vivíamos, un fraile moribundo. Daba vueltas por sí solo (*rodolaba*). En esto pasaron unas mugeres en grupo, y con una lezna de zapatero le hicieron algunas cruces en la corona» (1).

Don Rafael Gual me añadió: «Fr. Ramón Bruguera fué muy mal tratado. Se apoderaron de él las mujeres y cometieron muchas cruidades. Acudió la tropa, y se incorporó de él en el momento en que le habían tirado una piedra en la cabeza. Se le llevó al Hospital. El dia siguiente fuí á visitarle en este asilo. El mismo Fr. Bruguera me contó entonces que las mujeres habían sido las que le martirizaron: que le abrían cortes, y luego tiraban de la piel para desollarle en las manos y la espalda. Que empleaban también los peines. Yo procuré animarle, y le añadí que el dia siguiente volvería á visitarle; á lo que él replicó: no, no vengas, que mañana estaré ya en el cuarto del terrado». Era el depósito de los cadáveres. Efectivamente, al otro día había muerto. Bruguera era muy bueno» (2). Hijo de San Hilario, bien que, por razón de haber morado por mucho tiempo en San Pedro de Torelló, se le tenía por natural de esta villa.

Otro testigo presencial me explicó que: «En 1835 en la iglesia de los Angeles no había las tres puertas de hoy en la cerca, sino que donde se abre ahora la puerta ó reja central se elevaba un poste de sección cuadrada, pintado de verde, con un farol. Allí, al pie del farol, vi un fraile, como muerto. Estaba tendido boca abajo con la cabeza hacia el mar y los pies hacia tierra. Tenía los puños cerrados y apretados contra las

mejillas, y sobre su cabeza una piedra como las de los empedrados de las calles, de la que un cabo apoyaba en el suelo y el otro sobre la cabeza junto á la oreja. Vino del lado del Buensuceso el sargento Barrios con artilleros. Éste se paró al ver el muerto, y quitada la piedra, como el fraile oyese el lenguaje castellano del artillero, se movió un poco, y entonces Barrios le hizo levantar por debajo de los sobacos, y así trasladarlo al Hospital». Quien tal vió y testificó fué el hijo del hortelano del Carmen, Don Benito Tomás (3). ¿Puede darse más conformidad de circunstancias de las distintas declaraciones? ¿Puede darse más clara verdad?

Otro fraile, poco antes de la partida de Fr. Bruguera, salió también a la calle por la misma puerta de la huerta: el lego Fr. Juan Grimal, hombre corpulento y de mucha fuerza, por cuya razón el convento lo utilizaba para el servicio de su bodega y manejo de los toneles. Echó también por la calle de los Angeles arriba, y aunque había dejado el hábito, al estar cerca de la esquina de la calle de Ferlandina topó con un grupo de prostitutas y otras mujerotas, entre las cuales se contaban las dos apodadas *monjas*, y de las que ya traté arriba (4). Al verle las mujeres exclaman: «Este es un fraile» y arremetieron contra de él, y con la punta de una peineta, que entonces se usaban muy grandes, le rasgaron el párpado superior y el inferior y le sacaron un ojo. El, con toda su corpulencia y hercúlea fuerza, quedó acobardado, y suerte tuvo que el grupo de arpías se distrajo y marchó. Lióse un pañuelo sobre el ojo, y gimiendo torció por la calle de Ferlandina. Esta no tenía entonces casas, y si sólo huertas, y

(1) En Calella a 5 de septiembre de 1894.

(2) En Barcelona a 7 de enero de 1889.

(3) En las circunstancias de la muerte de Bruguera coinciden, además de los dichos testigos, muchos otros; pero basta copiar las declaraciones de los arriba mencionados, pues lo son de vista y calificados. D. Benito Tomás me habló del caso en varias ocasiones.

(4) Cap. 2.º, artículo 9.º de este libro III.

así se metió en una de ellas, llamada *Can Manau*, y se escondió entre las hileras de altos bróculis de ella; mas como sus gemidos le denunciaron al hortelano, éste lo recogió en su casa, y más tarde fué trasladado al hospital (1). Una señora, la esposa del hijo del hortelano de este convento, había oido de boca del lego Grimal la relación de su martirio, y al hacerla, a cada paso el lego exclamaba: «*¡Las donas! ¡las donas!* Las mujeres, »añadía, fueron aquella noche peores que »los hombres» (2). Las notas sacadas de los registros del Hospital dicen: «Fr. Juan »Grimal, Religioso del Carmen calzado, »de edad de 24 años, natural de Pont de »la Armentera, hijo de Francisco y Rosa »Prats, soltero. Entró en 26 de julio de »1835. Salió á 25 de agosto de 1835». La circunstancia de que en estas notas se apunta de Grimal que era soltero, unido a sus cortos 24 años de edad, y al dicho de un testigo que me aseguró que aun no había profesado, engendran la duda de si era sólo Donado, o sea novicio para lego. Después de la exclaustración puso una taberna en la calle Nueva de la Rambla, frente de la de San Ramón, y finalmente se retiró a su pueblo natal, donde murió (3).

Fué otro de los que salieron al huerto el Padre José Barcóns y Saderra, el cual murió en 17 de noviembre de 1884 siendo Comisario General del Carmen de calzados en España y Portugal, pues le cupo la gloria de haber eficaz y ahincadamente contribuido a la restauración moderna de su orden en estos reinos, habiendo fundado los conventos de Jerez y de Onda. Las noticias de los peligros que corrió en 1835 las poseo directamente emanadas de su pluma y de su boca, y por lo mismo enteramente auténticas.

En aquel año era ya presbítero, y en la tarde aciaga el Prior le dejó de centinela en un balcón del segundo piso alto del

ángulo septentrional del edificio, y por lo tanto mirando a la huerta. Desde dicho balcón oyó voces de «ya queman tal con- »vento, ya tal otro», y además supo que ardía ya la puerta del propio. Corre y baja al claustro, donde halla la Comunidad en confusión y espanto. Quiso huir por casa Lluch, por lo que atravesó la huerta y se dirigió al ángulo N. de ella a la alta cerca que separaba de esta huerta el jardín de aquella familia. Efectuó la subida a lo alto de la pared sin más instrumento que sus uñas y las preeminentias de los materiales de la cara del muro, pero he aquí que al llegar a la sumidad la piedra en que se apoyaba cede, y él cae de espaldas sobre un laurel próximo, con tan mala suerte que quedó a cuatro palmos del suelo encajado entre dos ramas o troncos, y tan fuertemente apretado que se hacía imposible todo movimiento. Los laureles producen varios troncos que, unidos en la cara de la tierra, suben luego separándose en modo casi insensible. Irrimisiblemente preso así quedó hasta que pasó por allá el Padre Miguel Masoliver, que también se encaminaba a casa Lluch, y arrancó a Barcóns de las tenazas en que se hallaba preso.

En esto ya los revolucionarios ponían fuego en la puerta que la huerta abría a la plazuela de la calle de los Angeles, por lo que el fraile corrió a una elevada higuera para subirse a ella; mas el empeño resultó inútil porque, a pesar de haberlo intentado tres veces, nunca pudo lograrlo. Entonces se dirigió a la noria. Estaba ésta bajo un tejadito, cerca de la pared divisoria con los patios o jardines traseros de las casas de la calle de Elisabets. Entra en el cobertizo, y halla una corta escalera de mano, con cuyo auxilio sube sobre dicho tejadito. Desde allí vió que los revolucionarios, puestos como a caballo sobre la cerca del lado de la calle de los Angeles, destruían a martillazos el pequeño tejado que cobijaba la misma puerta. Quiso saltar al jardín de la próxima casa de la calle de Elisabets, pero el

(1) Varias relaciones de D. Benito Tomás.

(2) Véase el art. 2.^o del cap. 9 de este libro III.

(3) Varias relaciones de D. Benito Tomás.

tejadito de la noria por aquel lado distaba harto de la pared divisoria, y si bien en otro extremo estaba próxima, por esta proximidad precisamente allí la pared se elevaba en forma curva. Se dirigió a este punto alto, y con ambas manos se suspendió del límite superior de la dicha pared divisoria. Así suspendido fué caminando con los brazos hacia el lugar más bajo de la pared; hasta que, llegado a él, a pesar del cansancio y fatiga muscular, quiso encaramarse sobre la pared; para lo que, haciendo un supremo esfuerzo, llegó a poner un pie sobre su límite superior, dando la casualidad de que lo puso sobre de una maceta, la que sin embargo ni se cayó ni volcó.

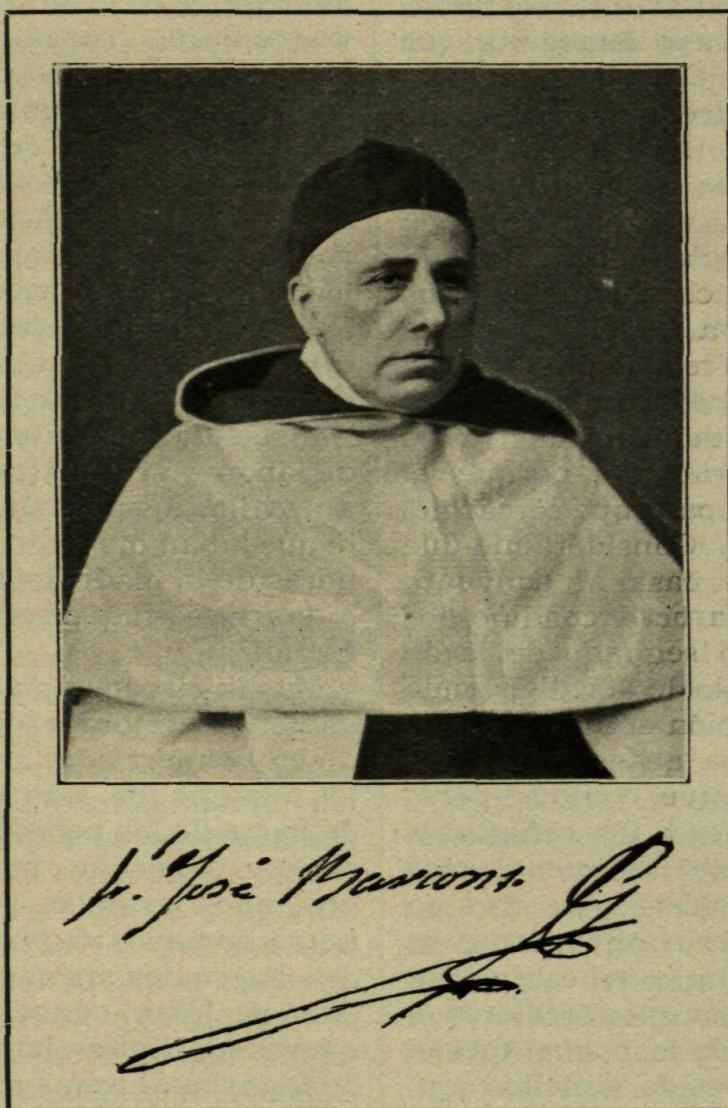
Montado como a caballo, o sea a horcajadas, en la pared, se puso de observación, cuando

de pronto ve correr hacia él dos frailes, de los cuales uno tenía 50 años de hábito y el otro 55. Eran el Padre Eudaldo Surraca, contralor de la capilla de música, y el Hermano portero Manuel Teixiner. Pretendían saltar al jardín hacia el que Barcóns tenía medio cuerpo, pero no sabían como subir. Entonces éste les indicó que acercasen la escalera que para subir al tejado de la noria le sir-

vió a él; le obedecen y suben por ella, mas como por corta no alcanzaba, Barcóns dejó colgar la mitad inferior de su cuerpo del lado del convento, y los viejos desde la sumidad de la escalera se agarraron de los pies y piernas de aquél y por sobre de su persona lograron pasar la pared. ¡Cuánta habilidad y fuerza en hombres viejos y completamente ajenos a todo ejercicio gimnástico! Tal puede el amor a la vida y el terror a la muerte y muerte violenta. El momento era precioso, pues en aquel instante los revolucionarios entraron en la huerta del convento.

Desde lo alto de la pared, el Padre Barcóns estuvo mirando como la turba iba registrando dicha huerta, siguiendo hasta los surcos o hileras de las hortalizas; y vió que escudriña-

ban la higuera en la que había inútilmente tratado de subir, y en la que, a lograrlo, muriera. Habitaba a la sazón en el convento de Barcelona un padre, maestro de Gramática del convento de Olot, de nombre José Pujol, desterrado a Barcelona por los liberales, hombre de mucho valor y fuerza. Estaba en la huerta, y tuvo la traviesa osadía de colocarse tras mismo del revolucionario



que llevaba la antorcha, oculto sólo por la sombra del cuerpo de éste; y así le fué siguiendo hasta que llegó al montón de rollos de esteras que servían para abrigar las matas de tomates tiernas, los que estaban en el ángulo O. de la huerta. Al llegar allá se ocultó entre ellas; y cuando después volvieron a pasar los de la turba, saltó la pared de la casa inmediata, que era la fábrica de *Can Casaca*.

Mas dejemos al Padre Pujol para después decir de él, y volvamos a Barcóns, quien en aquella noche había ofrecido su vida a Dios y de todo corazón perdonaba a sus perseguidores. Saltó Barcóns a la casa donde daba su costado, y con sus dos compañeros entra en ella. Era de un barbero, quien les recibió muy bien, y aun dió al Padre Barcóns un pantalón y tirantes, el cual pantalón no dejaba de presentar su lado ridículo, porque el donante era obeso al paso que el carmelita enjuto de carnes. Considerando que la proximidad de la casa al convento ofrecía peligro, el barbero condujo los tres frailes a un piso segundo de la de enfrente o del otro lado de la calle, donde la dueña de la habitación era muy buena, pero el marido estaba ausente ocupado en matar frailes, bien que, como no pecaba de fúrioso, si hallara a los refugiados no les molestara. Llegó realmente, mas la mujer tenía escondidos a los tres en una cama, y el hombre muy pronto se volvió. Los tres religiosos estuvieron poco tiempo aquí, porque los artilleros, a eso de la una o dos de la noche, fueron recogiendo a los frailes de aquellos contornos cuyos huertos daban al del Carmen, y a éstos los llevaron al Hospital (1).

¿Y qué fué del Padre José Pujol que saltó a la fábrica de Don José Pons, apodada *Can Casaca*? Ocupaba ésta el solar de la esquina de la plaza de los Angeles con la calle de este mismo nombre, y además buena parte de lo que hoy es esta calle, pues al ensancharla modernamente

(1) Detenida relación que me hizo Barcóns en Barcelona a 23 de noviembre de 1883.

todo el ensanche cargó sobre el solar de la fábrica. En la parte delantera, o de la plaza, en los bajos *Can Casaca* tenía los talleres o cuadras, y en el piso alto las habitaciones de la familia. En la trasera, en el lado oriental, un jardincito a nivel del piso alto, en el centro un patio a nivel del bajo, y en el occidental el establo. El Padre Pujol, cruzada la cerca que dividía las dos propiedades, quedó en el terrado del establo, del cual pasó al jardincito: allí abrazado a la reja del balcón de los señores Pons, de rodillas les pidió que le amparasen y salvaran la vida. Accedieron los Señores Pons, pero temiendo a los amotinados y sus terribles desafueros, le ocultaron fuera del recinto de su habitación en una pieza del establo. Cuando a mitad de la noche fué por allá la artillería, se entró al fraile en el taller o cuadra de labor, y se le disfrazó; pero como tenía alta talla, los pantalones que se le dieron le quedaban muy cortos. En las primeras horas de la madrugada, la una, las dos, o las tres, fué conducido al cuartel de Estudios.

Mas la circunstancia especial de la salvación de Pujol no sólo está en lo acaecido en la huerta del convento de parte de los amotinados, sino en el patio de Pons de parte de los perros. Porque había allí sueltos de noche, para guardias nocturnos, unos grandes perros de los en la tierra llamados *de presa*, terribles y feroces, los cuales apenas respetaban ni a sus dueños. Eran conocidos de los mismos amotinados, pues habiendo dicho alguno de la turba al pasar por frente *Can Casaca*: «¡cuántos frailes debe de haber aquí dentro!», contestó otro: «guárdate de entrar, que los perros te partirán». Pues bien, estos perros dejaron en paz al Padre Pujol (2).

Escribí arriba que la huerta del Carmen lindaba por E. con los jardines traseros de las casas de la calle de Xuclá, y como

(2) Relación del hijo de D. José Pons, don Miguel, hecha en Calella a 5 de septiembre de 1894.

algunos religiosos huyeron por éstas, conviene conocer su posición. Siguiendo esta calle para arriba después de la Casa Retiro, hoy subsistente, hallábase en la misma mano un gran almacén del ramo de Guerra, que abarcaba el número actual 15 y creo que el 13. Después la casa Lluch, de la que un hijo, Joaquín, a la sazón era corista carmelita; y finalmente otra casa propia de las monjas Elisabets, cuyo principal piso habitaba entonces Don Pablo Henrich. Esta casa estaba marcada de número 40, hoy de 19, así como la de Lluch tiene ahora el 17. El jardín de la de las monjas, o de Henrich, era mayor que el de las demás, y se extendía por detrás del de casa Lluch, lindando directamente con el del Carmen. En estos años últimos posee la casa de número 19, bien que el jardín ha sido cortado, la muy conocida familia de Pascual, que la compró a las monjas de Santa Isabel (1).

Otro de los religiosos que huyó por la huerta fué el Padre Miguel Ferrer, quien me contó su huída con las noticias que apunto a seguida. En el refectorio, al llegar con el lego vigilante la noticia de que el convento ya tenía puesto el fuego, y al oír la innecesaria recomendación del presidente diciendo que se apresuraran, saltó por encima de la mesa para salir detrás ella. «¿Adónde va V.?», le preguntaron algunas voces. «No lo sé», contestó él; y corre a su celda. Al subir las escaleras topa con un corista que bajaba con la misma alarmante nueva de que el templo tenía fuego. En la celda deja el hábito, toma algunos dineros, y baja otra vez, hallando a la Comunidad en commoción en el claustro. Con el Padre Perramón y un corista pide al Padre Prior las llaves de la huerta. Al principio no se hallaban, pero después halladas, abren la puerta, y los tres salen a la huerta. El corista se

separó de Ferrer y de Perramón, pegando por su lado. Vieron en un limonero a otro corista tan espantado que lloraba como un niño, y hasta por efecto del susto estaba privado del movimiento. Ferrer subió al mismo árbol, y pasando por sobre del amilanado corista, ganó la sumidad de la pared que de la del convento separaba la huerta o jardín de casa Henrich. Creyendo que este jardín se hallaba a igual profundidad que el huerto del Carmen, se desprende desde lo alto de la pared a él; pero halló que estaba mucho más hondo, y cayendo dió de nalgas sobre una maceta, bien que no se lastimó.

Por la escalerilla que del piso principal bajaba al jardín subió a aquél; y, sin mover ruido, llamó en el balcón; desde dentro una voz femenina le contestó que ya tenían allí recogidos frailes servitas (2), que volviesen al jardín y entrasen en la casa por la puerta excusada de los bajos (3). Mas Ferrer no entendió la segunda mitad de la respuesta, y creyó que se le decía que se escondiese por abajo; por lo que regresó al jardín, y ocultóse; pero, comprendiendo que allí no estaba bien, subióse sobre un cobertizo del jardín y encaramándose por los hierros de una reja, y sin saber cómo, llegó a una abertura de la casa del lado, o sea casa Lluch, abertura que estaba guarneida de macetas. Al ruido que inevitablemente produjeron los esfuerzos y subida de Ferrer, los de dentro del piso preguntaron: «¿quién hay?» Contestó que «un carmelita». Abrieron la ventana, quitaron las macetas, y el fraile entró en el piso. En él no había más que un criado y una criada, pues los señores Lluch estaban en el campo, habiéndose llevado allá a su hijo Fr. Joaquín Lluch, entonces corista carmelita, que pertenecía al colegio de la orden.

(1) Relación de la Madre Carolina Henrich, hija de la casa de su nombre en Las Corts, en febrero de 1895, y de D. Narciso Pascual en el mismo mes y año.

(2) Relación del mismo P. Miguel, Ferrer hecha en La Riba de Tarragona a 25 de septiembre de 1880.

(3) Relación de D.ª Carolina Henrich, hija de la casa. Las Corts de Sarriá a 17 de julio de 1880.

Por donde Ferrer subieron luego el Padre Pedro Sunyer y un lego. Los tres pasaron la noche ocultos en un desván (*golfa*) de casa Lluch, desde donde oían los espantables gritos de la turba que ya decían «fuego aquí», ya otras terribles expresiones, y oyeron pasar caballería por la calle. También desde aquellas alturas veían como los amotinados registraban la huerta del convento, árbol tras árbol. Por orden de sus amos, el criado y la criada debían ir al campo a reunirse con ellos, por lo que el Padre Ferrer, la mañana del 26, domingo, puso unas líneas al General Santocildes diciéndole: «en tal »casa hay tres carmelitas que se dejan á »disposición de V. E.» Santocildes envió un criado a cerciorarse de si el billete contenía la verdad; y visto, envió más tarde una compañía de tropa y un coche cerrado, los que trasladaron los tres religiosos al cuartel de Artillería de Estudios, de donde después pasaron a la Ciudadela (1).

La causa por que la piadosa familia de Henrich, en lugar de abrir prontamente sus balcones a la demanda del Carmelita, le indicó que volviese al plano del jardín, y entrase por la puerta excusada, se halla en que una habitación vecina estaba ocupada por gente alborotada, por armados, y así convenía que éstos no viesen la entrada del fraile. Además, en casa Henrich había ya refugiados dos servitas y el canónigo Costa, el cual era precisamente quien aconsejó la prudente respuesta. El día siguiente encontráronse en el jardín de los señores Henrich varias prendas de hábitos carmelitas, especialmente capillas. Antes de amanecer, la señora corrió a retirar una escalera de mano que en la noche había arrimado a la pared de división para así facilitar el paso de frailes desde la huerta de éstos

al jardín, escalera que no supo ver Ferrer, y que por lo mismo no utilizó (2).

El asustado corista del limonero también logró salvarse. Ignoro el cómo (3).

Al decir de dos frailes de esta casa carmelitana, llegaron al número de quince o dieciséis los religiosos que salieron del convento por la huerta. De éstos, como hemos visto, unos fueron a la calle, otros quedaron en la huerta, otro pasó a la fábrica *Casaca*, tres a casa Lluch, y con otros sucedería lo que me contó el muy enterado y listo hijo del hortelano Don Benito Tomás. Su padre, de nombre José, más vulgarmente conocido por *Lo gran del Hort del Carme*, creyó prudente en tan turbulenta noche alejar de allí su familia, y la sacó; pero él continuo en la huerta para salvar frailes. Así lo hizo, y mediante una muy alta escalera de mano que poseía la casa para coger los higos de las añosísimas, numerosas y renombradas higueras de aquella huerta, los fué pasando al Retiro y otros jardines de las casas de la calle de Xuclá. Para ello subían por la escalera a lo alto de la cerca divisoria, y luego desde allí, con una cuerda, el mismo hortelano los bajaba al jardín. Al fin comprendió éste que hasta él corría peligro, y así del modo que descolgó a los demás se descolgó él, refugiándose en un almacén de un francés, almacén muy cercano al Retiro o Casa Retiro (4).

Había en el Carmen tres frailes de cabeza no muy sana, el Padre Elías Raset, hijo de un curtidor que vivía en una casa propia, de él, de la calle del *Portal Nou* esquina a la *dels Jueus*; el Padre José Vallosera, y el lego Fr. Antonio Pallarols. Los dos primeros no pasaban de simples; el tercero estaba loco. El Padre Raset, por razón de su avanzada edad, quizá cenó antes que los demás, y se retiró a su celda, acostóse y

(1) Relación citada del P. Miguel Ferrer. En los hechos tocados por el P. Ferrer y D.^a Carolina Henrich deleita ver como ambos están concordes, a pesar de no haberse mutuamente ellos conocido.

(2) Relación citada de D.^a Carolina Henrich.

(3) Relación citada del P. Miguel Ferrer.

(4) Repetidas relaciones de D. Benito Tomás, que vivía en la casita de la huerta.

tranquilamente durmió todita la noche. A la madrugada siguiente levantóse muy temprano, y según costumbre, lavada la cara, tiró el agua de la jofaina desde el terradito de su celda que estaba sobre la tahona y daba al callejón de los Angeles. Súpolo el sargento Barrios, y pasando al convento por la puerta de la huerta, pues estaba en ésta, subió por la escalera secundaria, a cuya mitad topó con Raset,

Fr. Elias Raset.

que se dirigía al templo para celebrar, pues solía hacerlo de los primeros, si no el primero. Rehuía el fraile creer el militar hasta que éste le hizo ver el incendio. Los artilleros llevaron el Padre Raset al cuartel de Estudios (1). En los tiempos posteriores a la exclaustración vivió en la casa paterna con su hermana y sobrina.

El lego loco Fr. Antonio Pallarols era hombre de fuerza hercúlea, de modo que con el hacha partía de un tajo los troncos más gruesos. En la noche aciaga tranquilamente cenó, y se retiró a su celda, donde durmió descansadamente. Por la mañanita siguiente le hallaron los artilleros, y lo llevaron a su cuartel de Estudios. Puesto después con los demás en la Ciudadela, preguntóle uno de los granados: «Diga, Fr. Antonio, ¿qué pensaba V. anoche?» Respondió el loco: «Pensaba que esta noche pasada estuvimos en peligro de morir, y V. R. no nos lo avisó» (2).

(1) Son muchísimos los testigos que me contaron estos hechos del P. Raset, y aunque algunos difieren sobre si la celda de Raset daba al huerto o al callejón de los Angeles, una señora, que vió desde su terrado el acto de Raset de tirar el agua, me aseguró que daba al callejón, y bien pudiera ser que diera a los dos.

(2) Relaciones citadas del P. José Barcons y de Fr. Francisco Cabal.

El arriba también mentado como simple era el sacerdote Padre José Vallosera, quien dió pruebas de alguna mayor cordura que los dos anteriores, pues ante el peligro quitóse los hábitos y ropa que pudieran comprometerle, quedando con solo camisa, calzoncillos y un pañuelo atado a la cabeza; y con tan simple vestimenta encaramóse en un naranjo del huertecito del noviciado, el cual huertecito lindaba con la calle de los Angeles, y en el naranjo pasó toda la noche. No se puede dudar que gozaría de fresco en el cuerpo, que la frescura del alma harto la mostró rezando en la madrugada en su limonero Prima y Tercia, como realmente lo hizo.

Fr. Joseph Vallosera

Encontrado como los dos anteriores por los artilleros, fué conducido a su cuartel de Estudios; y desde él, junto con otros, llevados a la Ciudadela (3). Después Vallosera pasó a América, en Puerto Rico desempeñó el cargo de capellán de monjas, y al fin de la vida volvió acá, pero tan sencillo como cuando rezó Prima vestido *in albis* en el naranjo (4).

También pasaron la noche en el convento los legos Fr. Francisco Cabal, cocinero, y Fr. Simón Serret, despensero. De antemano habían estudiado la casa en busca de escondrijo seguro para un tal día, y se habían fijado en un como desván que estaba sobre la bóveda de una de las capillas de los pies del templo, creo de San Mauro, al que se subía por un agujero del techo de la despensa. Para efectuar la subida colocaron a preventión en el agujero una cuerda. Llegó el día, o mejor la noche fatal, y los dos legos corrieron a su madriguera, retirán-

(3) Varias relaciones de frailes es de ta casa.

(4) Relación de unas monjas de aquí, a las que visitó a su regreso.

do luego la cuerda. Es verdad que allí nadie les halló, pero sus angustias durante aquella para ellos larga noche no son para describir, pues por un lado oían los gritos y alborotos de la turba, y por otro sentían grandemente el calor del contiguo incendio que iba calentando las paredes del escondrijo, y les aterrorizaba el retumbar de los tan próximos derrumbamientos, viéndose en peligro de morir, o asados, o aplastados.

Al fin llegó la mañana, y se decidieron a bajar del escondrijo a la despensa, la que directamente comunicaba con el refectorio. Por el ojo de la cerraja inspeccionaron el refectorio, y vieronle ocupado por soldados, que alegremente almorzaban la cena que los frailes habían dejado casi intacta por la noche. Inspirando los soldados confianza a los dos legos, que ya iban sin los hábitos y todos blancos con las solas ropas interiores, entraron en el refectorio, y preguntaron a la tropa por los Padres. Les contestaron, sin duda para *animarles*, que habían sido muertos. Entonces los dos legos determinaron subir al campanario para ver si todavía estaban allí los Padres; pero cuando llegaron a la esquina oriental del claustro moderno, donde había una escalera por la que se subía al campanario, la hallaron interceptada por el incendio. Se encaminaron a la puerta de la huerta, donde hallaron un retén de tropa, desde donde la fuerza los trasladó al cuartel de Artillería de Estudios. Aquí se les dió medicina; y a las once del día, a ellos, el Padre Raset y a otros siete u ocho frailes más, en tres coches se les condujo a la Ciudadela, no sin que en el trayecto se echase sobre de ellos una nube de amotinados, de guisa que los soldados perdieran la color de sus tostadas mejillas (1).

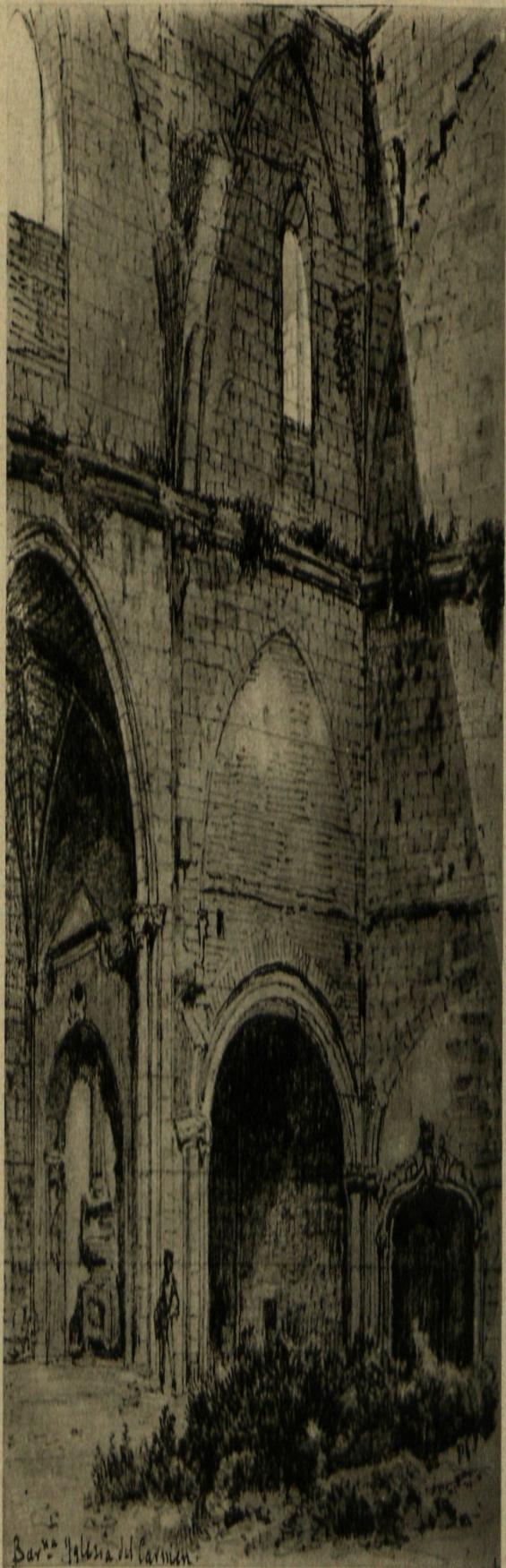
Como apunté arriba, las vias por las cuales los carmelitas quisieron huir de la

muerte fueron tres; a saber: el terrado del templo y campanario, la huerta, y los escondrijos del mismo convento. Sin embargo, algún religioso no pasó por ninguno de estos. Así los coristas Fr. Mariano Vidal y Fr. Francisco Poleti rehusaron, por temor al fuego de la iglesia, subir al terrado de ella; y se fueron al coristado, de donde, saltando por una ventana y cruzando tejados de la misma casa, llegaron al de casa Sagarra cuando la mayor parte de la Comunidad todavía estaba sobre la iglesia y en el campanario. Llegaron, pues, allá antes que éstos. Una criada les abrió la puerta del terrado y ellos bajaron a la habitación de los dueños, sin que viesen a éstos. Allí se quitaron los hábitos, quedando en mangas de camisa, calzón corto, zapatos con un botoncito, y un pañuelo atado en la cabeza. Bajaron los dos a la entrada antes de abrir la puerta, allí en un rincón dejaron los hábitos y rezaron el acto de contrición; y aquélla abierta, se lanzaron a la calle en medio de la multitud, separándose los dos compañeros. Vidal se fué a la buena de Dios, sin norma ni dirección. Llegó a la calle de las Molas, subió a una casa desconocida hasta el último piso, llamó, a la mujer que respondió le dijo que era un fraile fugitivo, y le pidió hospedaje y amparo; accedió la mujer, y le amparó. Por la noche no faltaron sustos, pues un enemigo perquiría por la escalera un fraile, que decía había subido por allí. La mujer negó que hubiese fraile alguno. El día siguiente Vidal mandó recado a un hermano carnal suyo, quien por la noche, vestido de uniforme, pues era músico de artillería, con un paisano fueron a buscarle. Disfrazáronle convenientemente y lo condujeron a casa de este hermano, donde quedó hasta poder huir más tarde a Vich (2).

En este relato se presenta un enigma que el mismo Fr. Vidal me propuso, y explicó, a saber: como al salir de casa

(1) Relación del mismo Fr. Francisco Cabal, que me hizo en 28 de abril de 1880. Su simple disfraz me lo contó no él, sino D. Benito Tomás, el hijo del hortelano.

(2) Relación del mismo Fr. Mariano Vidal en Barcelona a 20 de febrero de 1884.



CARMELITAS CALZADOS DE BARCELONA.—ÁNGULO S.
DE LA IGLESIA



CARMELITAS CALZADOS DE BARCELONA.—ÁNGULO O.
DEL TEMPLO

Sagarra y mezclarse con la turba vistiendo él aún tantas prendas de religioso, no fué conocido y agredido. A la sazón comenzaba todavía el ataque, la campana del convento clamaba pidiendo auxilio: por ello, y quizá por verla, la turba creía que la Comunidad estaba todavía en la azotea, y así no atinó a que ya allí hubiese un fraile. Más aún, Fr. Vidal era un jovencito, un niño, y en mangas de camisa, como los demás de la turba, pasó por un niño de tantos.

Además de estos dos frailes que huyeron sin pasar ninguna de las tres vías arriba indicadas, se me ha dicho si en los momentos en que la fuerza pública tenía despejada la calle frente del convento durante el incendio, algunos religiosos en mangas de camisa y calzoncillos salieron por la puerta de junto la esquina de la calle de los Angeles en la del Carmen, y pasaron al Hospital o Convalecencia (1).

En la historia de estos desgraciados días merece un párrafo el Padre Prior del Convento Fr. Antonio Gener, hombre alto y bien plantado, hijo de Tárrega, a la sazón de 54 años de edad. Había sido Lector durante muchos años. Si bien las seguridades dadas por la autoridad y otras razones ya arriba expuestas le cegaron sin duda, como a los demás superiores, para no ver la inminencia del peligro, sin embargo su comportamiento en la desgracia le acreditó de buen padre de sus subordinados. Ya antes gozaba concepto de sabio y santo, justa fama que siguió gozando después (2), y ahora probó la de buen padre. Al subir a la azotea, o al campanario, recibió un fuerte golpe en la pierna derecha, cuya curación exigió después largas semanas de serio tratamiento médico. Pero no por esto abandonó a los suyos. En la azotea,

sereno y cuerdo, calmó los entusiasmos bélicos de los jóvenes que deseaban defenderse; les exhortó a perdonar y a morir bien, y les dió la absolución. Puesto después en la calle entre los soldados, procuró salvar las riquezas de la sacristía, aunque infructuosamente; y al ver llevar sus hermanos a la Ciudadela, en lugar de buscar una cama en el hospital o en otra parte, donde curar su pierna, les siguió al fuerte. Allí atendió a la manutención y alivio de ellos (3), y sólo cuando esto quedó provisto, y su mal no consintió esperar, en 5 de agosto, entró en el Hospital, donde estuvo hasta el 10 de septiembre del mismo 1835 (4). Al separarse de sus queridos subordinados delegó sus facultades en el venerable Padre Avella, sin perjuicio de continuar él desde la cama del hospital sus desvelos en favor de aquéllos (5). Pasó después al extranjero, de donde al volver, transcurridos años, desempeñó el cargo de capellán de las muy edificantes monjas carmelitas calzadas, y allí a 15 de enero de 1861 murió (6).

El señor Elías de Molins en su *Diccionario de escritores y artistas catalanes del siglo XIX* le dedica las siguientes palabras: «Natural de Tárrega... doctor »y maestro en Filosofía y Sagrada Teología y prior que fué dos veces del convento de Manresa y otras dos del de Barcelona, desempeñando tan importante cargo en el funesto día 25 de julio de 1835. Era persona muy aficionada a la enseñanza, y poseía grandes dotes para el mando, habiéndose captado la simpatía de todas las principales familias de la última ciudad, donde falleció en 17 de enero de 1860» (*fué en 15 de enero de 1861. Este diccionario está plagado de errores*) «a la avanzada edad de 80 años. Había publicado un *Tratado de*

(1) Relación de D.^a Catalina Salvadó, que vivía en una casa cercana. Barcelona 26 de febrero de 1882.

(2) Relación citada del P. Isidro Devant, quien me hizo elogios del Prior.

(3) Relación cit. del P. Isidro Devant.

(4) Notas sacadas de los libros del Hospital.

(5) Relación cit. del P. Isidro Debant.

(6) *Boletín oficial eclesiástico del obispado de Barcelona*. Año 1861, pág. 48.

»Gramática Castellana... que se imprimió a primeros de este siglo (XIX).»

Como se ha visto por las anteriores narraciones de los peligros y quebrantos que sufrió cada religioso, los más de esta casa pararon en la Convalecencia y Hospital. Aquí se les dió medicina anti-espasmódica, se curó las manos a los de la cuerda, y se les animó (1). Se cuenta que el Padre Codinach y otro Padre, estando en el Hospital, entraron en el departamento de los dementes, de entre los cuales unos les dijeron: «¿Qué os han hecho, pobres? ¿Queréis agua?» De modo que hubo más caridad y humanidad en los locos que en los amotinados, al decir de las gentes, cuerdos.

Como apunté arriba, la fuerza pública, los artilleros, despejaron durante el incendio y mantuvieron aquella noche despejado el trozo de calle de frente del Convento, formando una línea transversal en la esquina de casa Sagarra y otra frente el callejón de los Angeles. A todo esto no faltó en la tragedia un pequeño sainete. El teniente de Artillería Don José de Prat, después de huídos los frailes, subió a casa Sagarra para ver y recoger alguno si por allí quedaba. Al acercarse a la puerta del terrado oyó que un lego escondido en un rincón, sin duda creyendo que el peligro se había ya alejado, en voz baja decía: «Padre maestro, Padre maestro», llamando a un Padre grave escondido en otro ángulo, y que el Maestro, temiendo todavía y enfadado porque llamándole le descubría, murmuraba entre sí: «Padre mierda, Padre mierda» (2).

Durante las primeras y las altas horas de aquella noche, como de una a dos, los artilleros recogieron los frailes de aquellas casas vecinas al Convento, llevando unos a su cuartel de Estudios y otros a la Convalecencia; de donde resultó no

sólo gran número de frailes en el Hospital y Convalecencia, como arriba dije, sino a media noche cierta quietud relativa y paz en aquel punto de la calle del Carmen. Aprovechando estos momentos de quietud, el listo Padre José Barcóns ejecutó dos hechos curiosos. Entre una y dos de la madrugada, mal disfrazado con el pantalón que le proporcionó el barbero y con un solo tirante (pues había dado el otro a un su compañero), acompañado del hortelano del Convento, se dirigió a éste, y entró en él por la puerta de la huerta. El aspecto de la casa era desconsolador por la soledad, el desamparo y el fuego y humo del templo y sacristía. Aquellas piezas, aquellas celadas, aquellos corredores, poco antes tan piadosamente animados, eran un páramo, receptáculo del humo. En el refectorio todo estaba intacto como en el momento de la cena; encendidos los quinqués; puestos los platos con las pitanzas, éstas integras, compuestas de verdura y de pescado, nadie había comido nada, sólo se habían bebido algunos sorbos de vino. Nadie había tocado nada, ni aun alguno de los veintidós gatos que criaba el Convento. ¡Lástima que no lo viera Don Víctor Balaguer, el narrador de la cena de los Franciscos de Atarazanas! Aquel refectorio y aquel convento parecía el aposento de un difunto después del momento del entierro de éste. Más tarde, como lo dije arriba, los soldados almorcizaron la cena de los frailes.

La segunda travesura la efectuó Barcóns, acompañado del Padre Roig. Los soldados habían dejado sus fusiles arrimados a una pared en el interior del patio de la Convalecencia, y, como jóvenes, estaban fuera en la calle bromeando. Entonces convinieron los dos dichos frailes en examinar si los fusiles estaban o no cargados. Estas armas no se cargaban por la recámara, sino por la boca, introduciendo primero la pólvora y después la bala con el taco por medio de una larga varilla de metal, llamada baqueta, resultando la operación tardía

(1) Relación citada del P. Barcóns.

(2) Me lo contó varias veces el M. I. Sr. don José Morgades, quien había vivido en la familia de D.^a Francisca de Prat, parienta del teniente dicho, y creo lo había oido de boca de ésta.

y no fácil como ahora; de donde provenía que, en caso de querer obrar, convenía tener a prevención las armas cargadas. Barcóns, pues, se puso de acecho en la puerta del edificio para vigilar si los soldados venían; y Roig cogió dos fusiles, uno tras otro, e introdujo en ellos la baqueta, la que dió contra el final de la recámara dejando oír el *trinch trinch* del golpe. Las armas, pues, no tenían carga. Estas eran las órdenes de hacer fuego que se ve se habían circulado a las fuerzas del ejército (1).

Quizá se extrañe tal proceder de parte de los artilleros, pero no podía ser otro dada la carencia de órdenes superiores. Hay más, me dijo el capitán De Amat que si el teniente Prat y algunos soldados acudieron al Carmen, y luego a recoger frailes, fué porque se reclamó el auxilio; y que no fueron de un modo oficial y de ordenanza, no con aparato de fuerza, sino como asunto de ellos, acompañados empero de algunos subordinados; y que lo mismo acaeció con el auxilio prestado a los mínimos.

Como se comprende por lo escrito en artículos anteriores, en el Hospital y adjunta Convalecencia no estaban solos los carmelitas. Los no enfermos no debían continuar allí. Oigamos la relación que de la salida de aquellas piadosas casas me escribió el Padre José Barcóns:

«.... al Hospital en donde permanecimos con otros muchos Religiosos de otras órdenes hasta las tres y media de la madrugada, que salimos acompañados de la tropa y caballería para la Ciudadela.... El modo como salimos es el cuadro más triste que un pintor puede imaginar. Figúrese V. ver de setenta a ochenta religiosos entre jóvenes, de mediana edad y viejos, que ninguno iba vestido con las piezas necesarias y convenientes. Unos, con solo calzones y camisa, con una cuerdecita por tirantes; otros, con vestidos prestados, des-

proporcionados a su cuerpo; otros, descalzos; otros, con un solo zapato; descubierta la cabeza, unos venían con cerquillo; otros, con corona. No había ni uno siquiera completamente vestido. Era cuadro que arrancaba lágrimas». Pasaron por la callejuela de los Angeles, subieron a la muralla de tierra, y atravesando por frente la Puerta Nueva y Explanada, llegaron a la fortaleza. El Padre Isidro Devant, uno de estos religiosos, me hizo muchos elogios de los artilleros, que fueron los que les acompañaron, y especialmente de sus Jefes; añadiéndome que, viendo el que mandaba la fuerza que un lego seguía con dificultad por tener un pie estropeado, se apeó, e hizo que el lego montara en su caballo. Tan buena voluntad no era, sin embargo, parte para impedir los insultos de palabra, los gritos de «matarlos», y hasta algunas pedradas de la chusma (2).

Después de todo ocurre preguntar: ¿qué ardió en este convento? Aunque ya sumariamente lo apunté en el capítulo anterior, se debe aquí ampliar la noticia. Los incendiarios principiaron su infernal obra por la puerta de la portería (3), y parece que destruída ésta, llegaron hasta el claustro moderno o contiguo al templo, pero que retrocedieron, de modo que el convento o habitaciones quedaron intactas del fuego (4). Pusieronlo también, mientras lo dicho, en la gran puerta del templo y muy luego en la de la huerta; y si no entraron en el convento, harto se pasearon por la huerta, según arriba vimos, y muy harto entraron en la iglesia. Ya arriba en el capítulo anterior nos dijo el descarrilado aprendiz cómo con un líquido inflamable incendiaron el retablo

(2) Ya en el texto se dice que las noticias se sacan de los relatos cit. de Barcóns y Devant. Otros varios testigos explican el mismo traslado a la Ciudadela y los insultos, tales como Fr. Sebastián Grimau y el P. José Codinach.

(3) Lo afirman varios testigos.

(4) Relación de D. Benito Tomás de 5 de octubre de 1892.

(1) Me contó ambos casos el mismo P. José Barcóns en las ocasiones citadas.

mayor, del cual ardieron los adornos, pero no la interior armazón de grandes columnas y cornisas, porque estaba compuesta, no de maderas, sino de albañilería. También arriba, mas en este mismo artículo, nos explicó el testigo presencial Don Mariano de Sagarra el horroroso horno en que el fuego convirtió el templo, la lluvia de fuego, o sea plomo derretido, que caía del órgano, y los desprendimientos de otros elementos. Conocemos también el hundimiento de gran parte de la techumbre en la noche.

Sin embargo, en la gran hoguera de aquel templo hubo un retablo lateral que se libró del fuego durante toda la noche y mañana, y entre diez y once de ésta todavía se hallaba intacto. Era el de San Miguel, que estaba casi frente de la puerta de la calle del Carmen y tenía en su parte alta un San Miguel, y en el centro un crucifijo de tamaño natural. A dicha hora lo vieron dos amigos míos, y les admiró que el Cristo conservara hermoso aun hasta el color de las carnes (1); y además son numerosísimos los testigos que deponen la incolumidad de este retablo, pues llamó la atención de cuantos curiosos, que ciertamente no pecaron de pocos, acudieron a ver los incendios. A aquella hora un hombre, dícese si un miliciano de los de la guardia, exclamó: «no sea que luego digan que esto es un milagro», y tomando un tizón, saltó por sobre las encendidas ruinas que cubrían el pavimento del templo, y le puso fuego; el cual prendió fácilmente, pues halló maderamen viejo y ya tostado del calor del incendio (2). Y escribo: «sin duda un miliciano,» porque el hijo del hortelano, el muy cuerdo y enterado Don Benito Tomás, me dijo que vió en dicha mañana que algunos retablos de los pies del templo que no habían ardido en la noche

fueron incendiados por unos milicianos (3). El incendio, o mejor, el fuego del Carmen duró por todo el 26 y parte del 27 de julio, es decir, dos días. El día 27 el alcalde del barrio dió parte al Ayuntamiento de que el fuego se había apoderado de la Capilla del Sacramento (4).

Ya he dicho cuánto ardió también la preciosa sacristía con sus hermosas cómodas armarios de nogal, sus grandes lienzos, sus utensilios del culto, sus indumentos o vestidos sagrados, sus vasos también sagrados. «Aquellos—dijo el artillero jefe, «—aquellos es un infierno». Se contó que un cáliz rodó por el suelo hasta cerca de la puerta, y que un soldado le alargó la bayoneta para hacerlo correr más hacia sí, y que el cáliz estaba tan maduro por el calor que, al apretarlo la bayoneta, se partió. También se dijo que después se ofreció una respetable suma por las cenizas de esta pieza para extraer de ellas el precioso metal (5). Igualmente fué pasto de las llamas la pieza del camarín donde estaba la imagen principal de la titular, la que, luciendo aquel día, octava de su fiesta, las mejoras galas y joyas, pereció con ellas. El resto del convento quedó intacto del incendio, y en la noche no entraron los amotinados.

Al cabo de unos pocos días del fuego tres o cuatro mozos del hortelano quisieron por curiosidad ver el templo, y para ello subieron al piso alto del claustro, y de allí pasaron al coro; mas estaba tan estropiada por el fuego y tan debilitada la bóveda sobre la que descansaba, que con el solo peso de ellos se hundió. Por fortuna no sacaron de la osadía más que el susto y algunos rasguños; y tuvieron que

(1) D. Antonio Moratones, maestro de gimnasia. Barcelona 23 de noviembre de 1881.—Don Pedro Subiranas. Barcelona 26 de enero de 1883.

(2) Relaciones de varios que lo vieron.

(3) Relación de 3 de mayo de 1898.—Relación de una vecina que pasó por frente del templo y vió que los retablos no habían ardido, y oyó luego la algazara del acto de quemarlos.

(4) Archivo municipal.—Expedientes.—Sección 2.^a Expediente número 129.

(5) Relaciones del P. José Barcóns y P. José Codinach.

salir por la puerta que de la sacristía daba al claustro (1).

ARTÍCULO NOVENO.

LA VIRGEN DEL BUEN SUESO, DE FRAILES SERVITAS

Escribí ya en mi obra anterior que la Comunidad que en 1835 poblaba esta casa se componía de unos 30 a 40 frailes. He aquí los nombres de los que pude haber noticia:

SACERDOTES

R. P. Anselmo Perera, Prior.

Fr. Anselmo Perera

R. P. José Ribera, Socio provincial y Corrector de la Congregación de los Dolores.

R. P. Andrés Estrany, Vicario.

R. P. Domingo Daniel, ex provincial.

R. P. Rafael Darnis, ex provincial.

R. P. Antonio Porta, Regente de estudios.

R. P. Domingo Gusíñer, Lector.

R. P. Gregorio Permanyer, Lector de Filosofía y Teología.

R. P. Buenaventura Aulestia.

R. P. Salvador Pla.

R. P. Baudilio Fuxar, hijo de San Baudilio de Llobregat.

R. P. José Bogudá.

R. P. Lorenzo Sancliment.

R. P. Daniel Angelats, Lector de Moral, hijo de Bañolas.

R. P. Martín Estaper, Predicador.

R. P. Antonio Feu, Maestro de novicios que fué.

R. P. Jaime Frigola.

R. P. Jaime Hugas.

R. P. Felipe Rodés.

R. P. N. Salás.

R. P. N. Tapias.

R. P. N. Bofill.

R. P. Antonio Ros.

R. P. Tomás Lluis.

R. P. Mariano Tacies.

R. P. N. Terradas, organista.

CORISTAS

Fr. Antonio Foquet.

Fr. Joaquín Puig.

Fr. Agustín Bruch.

Fr. Francisco Sala.

Fr. Bernardo Rabascall.

Fr. Miguel Pons.

Fr. Angel Arquer.

Fr. Joaquín Arquer.

Fr. Emiliano N.

Fr. Mariano Armengol.

LEGOS

Fr. Antonio Anguera.

Fr. Joaquín Genís.

Fr. Tomás Casadesús.

Fr. José Torrents.

Fr. Olegario Masip.

Fr. Pelegrín Vidal.

Fr. Ambrosio. N.

Fr. Pelegrín Lleó.

Por lo explicado en el artículo 1.^o del capítulo próximo anterior fácilmente se adivina que los sucesos del interior de esta casa en la noche aciaga pocos lances han de ofrecer a la historia.

Estaban los religiosos en la tarde del 25 de julio, a cosa de las siete, cantando la Salve a la Virgen de los Dolores, cuando de repente sale al presbiterio el lego Pelegrín Vidal, dando un grito para que cesara el canto, y añadiendo: «¿Qué hacen, »si Barcelona está en revolución?» Paró el canto, y los fieles, al encaminarse a la calle, hallaron ya cerrada la puerta del templo; sin embargo después se les dejó salir paulatinamente (2).

Apunté también en su lugar que, al tiempo que se ponía fuego en el Carmen

(1) Relación del hijo del hortelano de 3 de mayo de 1898.

(2) Relación de D. Ramón Piñana, que estuvo presente al acto. Hecha en Barcelona a 4 de marzo de 1886.

de frailes calzados, se puso en el presente; pero que cuatro nobles oficiales del cercano cuartel de Artillería, llevados de solo propio impulso, acudieron; y con razonamientos y palos aventaron de allí a los muy contados incendiarios, y dejando cuatro soldados y un cabo conservaron la casa incólume toda la noche. Y tanto es así que uno de los soldados, que contribuyó a apartar las fajinas encendidas ya, se quemó el pantalón blanco que entonces, y yo lo alcancé, llevaba en verano la tropa. Era aragonés, asistente del Comandante López de Pastor, y se llamaba Lorenzo Jarque; y parece que fué quien, al ver la intentona del fuego, corrió a avisar a sus jefes, y así dió pie a que éstos acudiesen. El Comandante premió la buena obra del asistente alcanzándole la licencia absoluta, para lo que alegó una causa física (1).

Un fraile carmelita me dijo que desde la azotea de su templo, cuando la fuga, se oía la campana del Buensuceso pidiendo auxilio, lo que contribuiría quizá al prestado por los artilleros (2).

Evitado el incendio pudieron, los frailes atender a su fuga con alguna relativa paz, salvo sin embargo el azoramiento de alguno, tal como el de un Lector, del que se dice que huyó en calzoncillos por las casas de la calle de Tallers. En el artículo anterior al presente una señora de casa Henrich, de la calle Xuclá, nos dijo que en su habitación se refugiaron dos servitas. Otros saltaron a las casas de la calle de las Sitjas, y otros a las de la de Tallers. Por la número 7 de esta calle, por la tienda habitada del zapatero Pablo Nevas, huyeron diez, de los cuales cinco salieron de ella al amanecer, y los otros cinco fueron entregados a los artilleros (3).

(1) Relación de D. Carlos López de Pastor hijo del Comandante. Barcelona 22 mayo de 1894.

(2) Relación del P. Bernardo Sostres. Barcelona 15 de marzo de 1880.

(3) Lo dice el mismo zapatero en un memorial que copiaré en el capítulo siguiente.

Las primeras casas del lado oriental de la calle de Ramalleras números 2, 4, 6 y 8 actuales no tenían entonces, ni tienen ahora, más que dos pisos altos, pero luego caminando para la de Tallers se hallaba, y se halla, la 10, que era alta de cuatro. En el terrado de ésta comparecieron aquella noche seis servitas, bien que uno, por la misma ventana por donde había salido, regresó al convento. Del terrado bajaron al cuarto piso, donde vivía una mujer devota, y allí dejaron los hábitos y no sé si algo más. Pasaron a otro piso habitación de la familia de uno de ellos llamado Mariano Armengol, y en ella fueron disfrazados, y el marido de una de las hijas de la casa, con ser miliciano urbano, les obsequió y ofreció su apoyo. Los revolucionarios intentaron entrar en esta casa, pero otro nacional, amigo del dicho urbano, se puso en la puerta, y amenazando matar al que entrara, impidió el atentado. Desde esta casa, acompañados de un hijo de ella, de nombre Joaquín, los dichos servitas se fueron a distintas viviendas amigas, donde hallaron acogimiento. Entretanto quiso salir, y salió sólo el hijo de la misma casa, fraile servita Fr. Mariano, y frente del convento de monjas de los Angeles le pasó el triste caso que llevó referido en el artículo 2.^º del capítulo IX, el cual a poco le cuesta la vida, y aunque allí di alguna noticia, aquí procede una ampliación.

El hermano secular Joaquín regresaba de acompañar una pareja de frailes, y frente de la iglesia de la Casa de Infantes Huérfanos topa con la turba. Esta le detiene diciéndole: «Tú eres fraile». Joaquín, que era un jovencito, contesta: «Hombre, si *frare* quiere decir *frau*». Entonces le hicieron dar un viva a Cristina y otro a Isabel, y como acertaran a pasar por allí unos soldados de Artillería al mando de un capitán, Joaquín, en lengua castellana, pidió a éste auxilio. El capitán no necesitó de gran perspicacia para en el habla de Joaquín descubrir a un catalán, y así, para facilitarle la expresión, le dijo

que hablara en catalán, que también él era de aquí. La turba, a pesar de ver la benevolencia del artillero, no quería retirarse, por lo que éste dió el grito de atención a sus soldados, e intimó a la turba que si no se retiraba le haría fuego. A tal argumento los amotinados se fueron. Los artilleros siguieron su vía llevándose a Joaquín, y torcieron por la calle de los Angeles. Al llegar a la plazoleta que esta calle formaba a obra de su mitad, y a la que daba la casa del hortelano del Carmen, vieron tendido en el suelo en el límite NO. de ella un fraile ensangrentado. Era el hermano carnal de Joaquín, el servita Mariano Armengol. ¿Cómo había pasado allí y de aquel modo? Como apunté arriba, salió disfrazado y solo de su casa, y al hallarse en la indicada plazuela vió venir la turba. Temió, azoróse, y para librarse se quiso fingir muerto. Para esto se dió un fuerte puñetazo en las narices, que con su sangre le tiñeron abundantemente, y así se tendió en el rincón dicho. Mas llegó la turba, vió la corona de la cabeza del tendido, y una mujerota muy gorda descargó sobre su cabeza un tremendo garrotazo, diciendo: «ya le maté, le he abierto la cabeza». Otros de la turba trataron de contener a la mujerota diciéndole: «Déjale, ya está muerto; ve »por los vivos». En este punto llegaron los artilleros, y con la decisión de antes despejaron la turba. El jefe indicó al fraile que se levantase; obedecido por el fraile, le preguntó por sus heridas. El servita contestó que las ignoraba porque la Divina Providencia le había librado. El garrote de la mujer dió con su punta en una piedra, y así libró la cabeza del fraile. Entonces el capitán interrogó al servita que adónde deseaba ir; y como contestase que a su casa, fué acompañando a ella (1).

Salieron juntos los Padres Gusinyer y Permanyer. A éste le invitó y ofreció hospedaje un amigo vecino de enfrente

del convento, pero muy pronto le indicó el deseo de que se largase, y así al día siguiente la familia del fraile fué por él, y disfrazado, y en un coche, y dando mil rodeos, lo recogió en su casa de la calle Condal (2).

Ignoro lo que fué del muy anciano y respetable ex provincial Padre Domingo Daniel Hipólito; solo sé que en 30 del mismo julio entró en el Hospital general, y allí expiró en 7 de septiembre siguiente (3). El hombre cuerdo presumirá que los trastornos de aquellos días le causarían la muerte.

Un joven, creo corista, de nombre en el siglo Isidro, y en la religión Angel Arquer, saltó a una casa vecina, y disfrazado salió de ella. Conocido por fraile en la calle, fué agredido y dejado poco menos que sin sentido. Cuando al cabo de un rato se rehizo, se refugió entre los locos del Hospital, y así se salvó (4).

El portero del convento distingüiese por su quietud y mansedumbre. Veíasele siempre sentado junto a la puerta, ocupado en engarzar rosarios. El 26 de julio por la mañana, al ser conducido entre filas hacia Atarazanas, fué terriblemente atacado y maltratado, según veremos en el capítulo siguiente.

El Padre Felipe Rodés, unas horas antes del atentado, con permiso del Superior, salió del convento para ir a pasar unos días en la torre que los señores de Llanza tenían en Cornellá. Llegó algo tarde al Padró, de donde partía la tartana de este pueblo, ésta había ya marchado, y así emprendió el camino a pie. No le faltaron sustos de muerte, porque a los milicianos que daban la guardia en la Puerta de San Antonio se les antojó que se iba al campo carlista, y uno de ellos, vomitando una blasfemia, añadió: «¡no llegarás a Sans!»

(1) Relación del mismo Joaquín Armengol en Barcelona a 20 de febrero de 1893.

(2) Relación del Sr. D. Felipe Vergés y Permanyer. Barcelona 13 de enero de 1886.

(3) Notas de los libros del Hospital.

(4) Relación del P. Pablo Carbó, que lo oyó de boca del mismo Arquer. Barcelona 23 de septiembre de 1882.

Repiéndole tal endecha, algunos le siguieron. El, a pesar de sus gruesos hábitos y del calor de las primeras horas de la tarde, apretó el paso, oyendo el mismo estribillo hasta que, torciendo él por la carretera que baja al llano del Llobregat, o del Hospitalet, sin duda los perseguidores se convencieron de que no iba a la montaña, y le dejaron. A mediodía del siguiente 26 una cuadrilla estuvo en la torre de Llanza preguntando por el fraile; pero se le negó que estuviera allí, y así el religioso se salvó. Rodés en el Bensuso celebró la postrera misa que allí se cantó, es decir, la del 25 de julio.

Entonces los malhechores se dirigieron a la torre del yerno del Señor Llanza, donde se hallaba el Padre Antonio Feu. Amenazando al fraile con llevarle a Barcelona, le exigieron dinero; el Padre les dió cuatro duros que llevaba, y le dejaron. El pueblo de Cornellá persiguió a los tales ladrones, quienes huyeron (1).

Parece que algunos frailes de esta casa, al verla protegida por la fuerza pública, se quedaron en ella, siendo después recogidos por los mismos artilleros (2).

El fraile de este convento Padre Felipe Rodés me hizo subido elogio de su Prior, calificándolo de santo, y diciendo, en prueba de su aserto, que, cuando el incendio, hacia ya unos días, como quince, que asuntos importantes le tenían en el convento de Vilarrodon; pero que al saber el trastorno de Barcelona regresó a esta peligrosa ciudad, de modo que a los tres o cuatro días del incendio estaba aquí para atender, como atendió, a las necesidades de sus subordinados (3).

En los libros de entradas y salidas del Hospital General o de la Santa Cruz de esta ciudad se lee que el día 27 de julio de 1835 entró en él, procedente de Atarazanas, el lego servita Fr. Pelegrín Lleó, natural de Besalú, y de 54 años de edad;

y que salió el siguiente mes a día 22. Además, que entró en 10 del mismo agosto el servita Padre Tomás Lluis, quien salió el 18 del propio mes.

ARTÍCULO DÉCIMO

SANTA MADRONA, DE CAPUCHINOS

Todo católico sabe que los capuchinos son nombrados por su nombre de pila y el del pueblo de su nacimiento, quedando por lo mismo oculto y a la postre olvidado el apellido. Para conocer las comunidades capuchinas de Cataluña tuve la suerte de alcanzar una copia de las listas del *Libro de Provincia*, o sea el oficial de la orden, donde van escritos, distribuidos por sus respectivas comunidades, los individuos de aquélla; pero no constan allí más que los nombres de religión. Sin embargo, como el gobierno de Barcelona, al expedir los pasaportes a los religiosos cuando salieron de los fuertes, anotó los apellidos, de aquí que, mediante las reseñas oficiales de los pasaportes expedidos, pueda yo ahora juntarlos a los de religión. Helos aquí:

SACERDOTES

M. R. P. Segismundo de Frontañá, ignoro su apellido, Provincial. Tomó el hábito en 1795.

R. P. José de Mataró, de apellido Lloberas, secretario del Provincial. Tomó el hábito en 1805.

R. P. Félix de Sabadell, de apellido Carol, Guardián de Barcelona. Tomó el hábito en 1792.

R. P. Silvestre de Mataró, ignoro el apellido, Definidor. T. 1795.

R. P. Fidel de San Clemente, de apellido Pagés, Definidor. T. 1796.

R. P. Julián de Olot, de apellido Colomer, Definidor. T. 1784.

R. P. Joaquín de Teyá, de apellido Feu, Definidor. T. 1781.

(1) Relación del mismo P. Felipe Rodés en San Boi de Llobregat a 28 de diciembre de 1885.

(2) Relación cit. del P. Felipe Rodés.

(3) Relación cit. de dicho P. Rodés.

R. P. Alejandro de Sabadell, de apellido Solé, ex provincial, célebre predicador, Definidor. T. 1781.

R. P. Manuel de La Nou, de apellido Casals, ex provincial, y tenido por santo, Definidor. T. 1785.

R. P. Buenaventura de Alforja, de apellido Puig, ex provincial, Definidor. T. 1786.

R. P. José de Cervera, de apellido Masons, Definidor. T. 1780.

R. P. Francisco Pio de Barcelona, de apellido Balaguer, Vicario del convento. T. 1816.

R. P. Manuel de Verdú, de apellido Prim. T. 1779.

R. P. Arcángel de Barcelona, ignoro el apellido. T. 1782.

R. P. Buenaventura de Viñols, de apellido Dalmau. T. 1788.

R. P. Mateo de Cardedeu, de apellido Arderiu. T. 1790.

R. P. Juan Francisco de Barcelona, de apellido Coroleu. T. 1791.

R. P. Antonio de Olot, de apellido Forgas. T. 1794.

R. P. Celestino de Barcelona, de apellido Fuentes. T. 1794.

R. P. Bonifacio de Barcelona, de apellido Rubio. T. 1795.

R. P. Román de Barcelona, de apellido Roca. T. 1799.

R. P. Tomás de Agullana, de apellido Girbal. T. 1803.

R. P. Tomás de Llagostera, ignoro su apellido. T. 1817.

R. P. Pedro Pablo de Bagur, de apellido Forgas. T. 1818.

R. P. Francisco de Bosost, de apellido Fogasa. T. 1824.

ESTUDIANTES

R. Fr. Francisco de Valls, de apellido Torras, sacerdote. T. 1827.

R. Fr. José de Igualada, de apellido Fons, sacerdote. T. 1827.

R. Fr. José Francisco de Barcelona, de apellido Bajona, sacerdote. T. 1827.

R. Fr. Ramón de Gerona, de apellido Boadella, sacerdote. T. 1827.

R. Fr. Agustín de Peralada, ignoro el apellido, sacerdote. T. 1827.

R. Fr. Jaime de Figueras, de apellido Cántara, sacerdote. T. 1827.

R. Fr. Tomás de Vich, de apellido Vila, sacerdote. T. 1827.

R. Fr. Narciso de Llagostera, de apellido Ballell, no sacerdote. T. 1827.

R. Fr. Antonio de Arbucias, de apellido Bassas, sacerdote. T. 1827.

R. Fr. Miguel de Almuster, de apellido Portas, sacerdote. T. 1827.

R. Fr. Ramón María de Olot, de apellido Saderra, sacerdote. T. 1828.

R. Fr. Fausto de Ripollet, de apellido Gorchs, no sacerdote. T. 1828.

HERMANOS CORISTAS

R. Fr. Ramón de Valls, de apellido Colomines, no sacerdote. T. 1833.

R. Fr. Segismundo de Lérida, de apellido Breu, no sacerdote. T. 1833.

R. Fr. Rafael de Valls, de apellido Voltas, no sacerdote. T. 1833.

R. Fr. Félix María de Olot, de apellido Perella, no sacerdote. T. 1834.

HERMANOS LEGOS

Fr. Andrés de Sarriá, de apellido Amat. T. 1790.

Fr. Magín de La Espluga, de apellido Benet. T. 1794.

Fr. Valentín de Vilada, de apellido Comella. T. 1803.

Fr. Ramón de Vich, ignoro el apellido. T. 1804.

Fr. Gabriel de Canet, de apellido Puig. T. 1804.

Fr. Antonio del Bruch, de apellido Parera. T. 1806.

Fr. Crispín de Castell de Areny, de apellido Comellas. T. 1807.

Fr. Cayetano de Oleseta, ignoro el apellido. T. 1816.

Fr. Salvador de Cambrils, ignoró el apellido. T. 1817.

Fr. Alejandro de Barcelona, de apellido Roig. T. 1817.

Fr. Serafín de Gandesa, de apellido Navarro. T. 1818.

Fr. Lorenzo M.^a de Barcelona, ignoro el apellido. T. 1824.

Fr. Fructuoso de Manresa, de apellido Teixidor, decrépito. T. 1825.

Fr. José de Prats de Llusanés, de apellido Rosell. T. 1827.

Fr. Jerónimo de Olot, de apellido Martell. T. 1827.

Fr. Francisco de Gombren, de apellido Anfruns. T. 1828.

Fr. Pedro de Premiá, de apellido Roselló. T. 1829.

Fr. Esteban de Ripollet, de apellido Clos. T. 1830.

Fr. Francisco de Vich, ignoro su apellido. T. 1830.

Fr. Pedro de Tosa, de apellido Ferrán, Compañero del Provincial. T. 1803.

Además de los religiosos que acabo de reseñar, habitaba el 25 de julio de 1835 el Convento de Barcelona la mayor parte de la Comunidad del de Manresa, al cual Convento de Barcelona llegó el día de la Virgen del Carmen del mismo año; y, por lo tanto, nueve días antes del aciago mentado. Se dijo que habían huído del de Manresa algunos frailes y, en realidad, según me atestiguó uno de los restantes, se hallaron en la huerta sus hábitos. Ignoro adonde se fueron, mas es presumible que, aburridos por los insultos y temiéndolos mayores, se retiraron a tierra amiga; es lo cierto que la autoridad trasladó los restantes al Convento de Barcelona (1). También vivía en Capuchinos un canónigo que vino a Barcelona confinado de Madrid (2).

El ánimo de la Comunidad respecto al peligro se asemeja en Capuchinos al de los demás religiosos de la Ciudad, pues los jóvenes, no sin harto fundamento, temían y consideraban inminente el peligro, que los proyectos desconocían. Algunos de aquéllos, cursantes del último

(1) Relación del P. Andrés Carbonell, fraile del convento de Manresa, hecha en Sarriá a 23 de julio de 1881.

(2) Relación de D. José Pachs. Barcelona 20 de mayo de 1885.

año de sus estudios, estaban ya decididos a embarcarse para el extranjero, y hasta tenían contratado el pasaje en un buque. Empero, las autoridades trataron de impedirles su proyecto, y los superiores regulares les aquietaron. Cuando el atropello, no faltó quién de entre los jóvenes echó en rostro a los superiores este su hecho (3). Y los superiores no carecían por su lado de fundamento, pues tenían las seguridades dadas por la autoridad, de las que ya tantas veces hice mención. Y por otro lado ¡es tan fatal para una comunidad su dispersión! ¡Y para sus individuos tan perjudicial!

Sin embargo de la ceguera de los más, algunos de los frailes de esta casa se proveyeron de ropas de seglar; y hasta, sin duda, por disposición de los superiores, antes del atentado se sacaron del Convento, depositándolos en manos amigas, algunos objetos de valor, tales como cálices, ostensorio, etc... (4). También se establecieron velas o centinelas nocturnas de dos frailes (5), y parece que hubo quien ocultó bajo tierra en la huerta el único tesoro del fraile, su tabaco en polvo. ¡Pobres frailes, cuán aniñados en comparación de sus perseguidores! Cuando años adelante se hurgó por los Conventos en busca de escondidos tesoros, se acudió a buscar la jarra, que se creía llena de dinero, y se halló repleta de tabaco (6).

El mismo día 25 de julio por la mañana el lego Fr. Jerónimo de Olot, aquel día encargado de la portería, al abrir la puerta, toma el *Diario de Barcelona*, y al leer en él la orden de la plaza insertada arriba, en la que todo se previene

(3) Relación del P. Ramón Colomines en Barcelona a 3 de octubre de 1883.

(4) Relación del entonces lego, después sacerdote P. Jerónimo de Olot. En Sarriá a 19 de julio de 1880.

(5) Relación del corista P. Félix María de Olot en Olot a 9 de agosto de 1883.

(6) Relación de quien después contribuyó al hallazgo.

para el caso de alteración de la paz, exclamó, no sin motivo: «¡Bah, hoy tendremos fiesta!» Y a la verdad, no por tal previsión acreditóse de excesivo talento (1).

En la sala *De profundis* para llamar a la Comunidad al refectorio, una teja, según pobreza capuchina, substituía a la campana. Sonó aquélla en dicho día a las seis, o seis y cuarto, hora acostumbrada de la cena en los Capuchinos, más temprana que en las otras órdenes; y la Comunidad bajó al refectorio a comer ensalada y una tortilla, platos que en aquella tarde constituían la cena de los frailes (2), tan opípera según los calumniadores revolucionarios. Ya en el refectorio, el Padre Provincial dirigió su palabra a la Comunidad, tranquilizándola respecto del peligro presente; y si en los espantados poco efecto hubo de producir, comparada con los hechos que hablaban con harta claridad; por opuesta parte, poco la necesitaban aquellos que no acertaban a ver el peligro. El anciano Padre Buenaventura de Alforja, ex provincial, a los pocos días después del incendio de los conventos, estando aún los religiosos encerrados en el castillo de Montjuich, se hizo nuevamente la rasura, y pretendió que otros la renovasen, diciendo que dentro algunos días volverían a sus claustros (3).

Acabada la cena, unos jóvenes salieron al patio a jugar a *bochas*, juego de bolos muy en uso en la tierra catalana. Hacía poco que un señor Iglesias de Olot, habiéndole caído una cuantiosa lotería, había regalado dos juegos de *bochas* al Convento (4). Otros, como Fr. Ramón Colomines, o de Valls, jugaban en el terrado a las damas (5). Serían de siete y

media a ocho, cuando en medio de aquella calma sonó el grito de alarma. Un fraile dice a los del patio: «¿qué hacen aquí jugando mientras arden ya algunos conventos?» (6). Un lego pasa por el terrado, y a los que juegan a las damas les clama: «Sí, sí, pueden VV. estarse aquí jugando, y abajo están los que vienen a matarnos» (7). Aquellos gritos de alarma fueron el disparo en medio de la banda de pájaros, y entró la confusión. Al primer asomo de espanto, el corista Félix María de Olot, encargado del templo, había corrido a cerrarlo (8).

El corista Fr. Ramón de Valls, al oír aquel aviso, suelta el tablero, y corre a la enfermería, cuyas ventanas daban a la calle de Fernando VII; y desde detrás de sus persianas ve que la turba derriba la verja que defendía la entrada de la calle al patio de ante el Templo. Ve que tras de la turba viene un pelotón de tropa tal como una compañía, y que mientras aquélla enviste la verja, ésta hace alto, y tranquilamente presencia el atentado. Sea, empero, que alguna fuerza pública dispersara a la turba, sea que la cohibiesen los vecinos, es lo cierto que ésta cesó en el ataque, y por entonces dejó en paz a este Convento, como ya arriba lo expliqué.

Los frailes, viendo la audacia de los amotinados, desde el primer momento trataron de cortarles el paso, y así los legos con las mazas de astillar la leña, en medio de una nube de polvo, derribaron la escalera. Los vecinos estaban aterrorizados al oír el recio golpear del interior del Convento, ignorantes de los autores de él y de su causa (9). Y parece que también hubo alguno que, para huir por las contiguas tiendas, procuró destrozar las rejas que defendían sus ventanas.

(1) Relación cit. del mismo Fr. Jerónimo.

(2) Relación del corista P. Ramón Colomines, cit.

(3) Relación del P. Gabriel Masdeu o sea de Ripoll, en Barcelona a 19 de noviembre de 1881.

(4) Relación cit. de Fr. Jerónimo de Olot.

(5) Relación cit. del mismo Fr. Ramón Colomines.

(6) Relación cit. de Fr. Jerónimo de Olot.

(7) Relación cit. de Fr. Ramón Colomines.

(8) Relación cit. del mismo Fr. Félix María.

(9) Relación del abogado D. José Buhigas que vivía allí cerca. Barcelona 21 de diciembre de 1888.

En la primitiva construcción no existían estas aberturas, que de la parte trasera de algunas tiendas de la calle de Fernando daban al claustro; mas en el cólera del 1834 la Higiene exigió su apertura, y se realizó.

Otra de las medidas tomadas en el momento del peligro consistió en reclamar el auxilio de la autoridad por medio del toque de la campana (1).

Por ventura en la lectura de este capítulo se enoje el lector al encontrar repetidas varias noticias del próximo anterior. En la presente revuelta contra los conventos andan tan íntimamente ligados los hechos de la calle con los del interior del claustro, que resulta imposible su completa separación, y así, al narrar los unos, es preciso hacer mención de los otros. Quizá se insista y diga que, puesto caso de tan estrecho enlace, debieran los dos capítulos, el de la calle y el del claustro, amalgamarse en solo uno; mas entonces la extremada extensión del capítulo y la multitud y heterogeneidad de sus relaciones y hechos generaría confusión y pesadez; y sobre todo nos privaría del cuadro que de la revolución nos pinta el capítulo de las calles. En él queda retratada por completo la revolución de aquel día, sus circunstancias y causas.

Escribí arriba que la noticia del ataque produjo, como era natural, confusión y espanto en la Comunidad. Unos frailes corrían, otros quedaban pensativos, otros se confesaban para morir, y luego cada

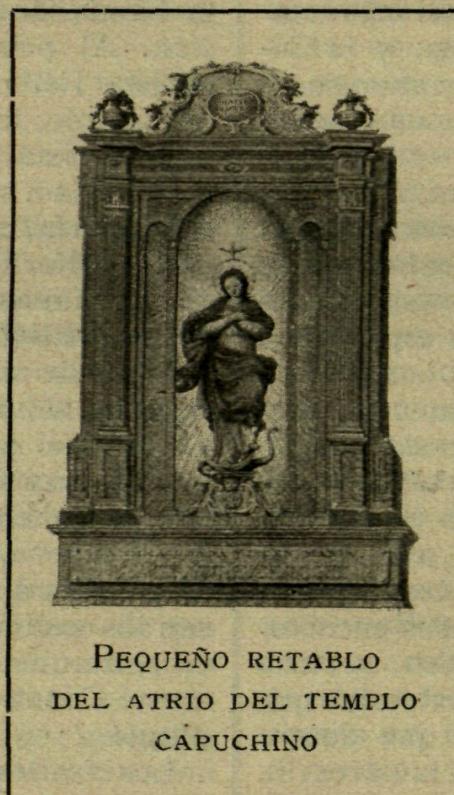
uno apresuradamente requirió camino para su salvación. Un joven se metió en el depósito del común, donde no sólo gozó él de *buenos olores*, sino que después, cuando la Comunidad fué recogida en los fuertes, se los proporcionó con las abundantes reliquias provenientes de su escondrijo. Llamábbase Francisco de Valls, quien a la sazón era ya sacerdote, y después, quizá por efecto de aquel susto, padeció manías (2).

El lego Fr. Jerónimo de Olot, o Martell, con anterioridad había estudiado una ingeniosa fuga por una de las habitaciones de particulares que en la calle de Fernando estaban debajo del convento. Ya abundantemente en mi obra anterior, y aun en artículos pasados de la presente, expliqué este hecho de que las casas de dicha calle desde el actual Pasaje de Madoz, entonces patio del templo, hasta la de la esquina de la Rambla, ésta exclusive, pertenecían a dos dueños, a saber: el piso bajo y un alto a par-

ticulares, los demás altos al convento. De aquí que las chimeneas y zaguanes de los primeros atravesaran de arriba abajo las piezas del cenobio para salir al tejado. Por uno de estos zaguanes se desprendió Martell, como diré muy en breve. Poseo muy circunstanciadas noticias de las tiendas que caían bajo del convento. Al caminar de E. a O., después del patio o verja del templo, hallábanse las de dos zapateros, llamados el uno Manté y el segundo Pla (cuya hija yo conocí), la de

(1) Relación cit. del P. Ramón de Valls, o Colomines.

(2) Relaciones de varios, pero especialmente la citada del P. Ramón de Valls, o Colomines.



un sastre, la de una modista (cuya hija casó con un íntimo mío), y la de un chocolatero de nombre Gaspar Vinyals. La casa de la esquina, o sea la que ya no sustentaba al convento, tenía primero un relojero, segundo un guantero, tercero la escalera de los pisos altos, y finalmente, en la esquina, un colmado o droguero.

Con anterioridad al 25 de julio Fray Jerónimo, pues, temiendo el desbordamiento que veía acercarse a más andar, sobre todo después de los degüellos de Madrid y Zaragoza, se puso de acuerdo con el chocolatero Vinyals para que éste le admitiese en su casa, adonde entraría por el desván o patio interior. Al efecto, el lego con un hilo había, desde el tejado, medido la altura o longitud de dicho desván, el cual no llegaba hasta el piso bajo de la tienda, sino hasta el nivel del entresuelo. En el momento del peligro realizó su proyecto. Acompañado de los otros legos Fr. Lorenzo de Barcelona, enfermero del convento, y Fr. Salvador de Cambrils, sube al tejado, coloca un recio palo atravesado sobre la boca del zaguán, ata en él la cuerda del pozo del convento, y por ella se deslizan los tres, Fr. Jerónimo el posterior (1). Entraron en una cámara contigua al zaguán, pero he aquí que, como en aquel acto subiera de la tienda la mujer del chocolatero, y oyese allí ruido, espantóse y levantó el grito, pésima circunstancia que dió a comprender a la turba de la calle la presencia de frailes. Entró ésta en la tienda, causando allí espanto y confusión (2). Creía Fr. Jerónimo, y me lo dijo, que la turba subió al mismo cuarto del entresuelo donde él se hallaba, y que no le vió porque al oirla se echó sobre una cama arrollando a su derredor un colchón, bien que de él le salían las piernas; pero que, como allí faltase luz, no fué visto. Otro testigo empero, el novio de la hija

del chocolatero, presente al suceso, me indicó que la turba no llegó a subir al entresuelo porque un sastre llamado Ignacio, lleno de valor, se colocó en la puerta de la cocina, a cuyo lado había la escalera del entresuelo, y encarándose con la turba la dijo: «atrás, y al que pase »lo mato.»; y que así logró despejar la tienda, cerrándola luego. La familia del chocolatero huyó, quedando sólo allí el padre, el hijo y el novio. Cerrada la tienda y restablecida allí la paz, la familia regresó (3).

Fr. Jerónimo venía ya disfrazado, bien que por olvido calzadas aún las alpargatas de fraile; pero no los otros sus compañeros. En la dicha tienda se les cortó la barba y disfrazó, mas tan desacostumbrados andaban ya en la vestimenta secular, que Fr. Lorenzo se olvidó de ponerse la camisa, mostrando el pecho. Para vestir de seglar a estos frailes en aquellos momentos de apuro el novio de la hija fué despojándose de sus ropas exteriores hasta quedar sólo con los pantalones y la levita. Después de días sus prendas le fueron devueltas. Fr. Lorenzo, en momentos propicios, parece que entre confusión, salió a la calle gritando: «viva la libertad». Al llegar a la Riera de San Juan los amotinados, creyéndolo sin duda un perdido, lo cogieron para obligarle a que les ayudase al incendio de San Francisco de Paula; mas él se escapó, y se guardó en una casa de la calle de Magdalenas, donde se salvó (4). Tan abundantes de brazos andaban los incendiarios que necesitaban forzados, como noté arriba.

El Fr. Salvador de Cambrils salió también, ignoro cuándo, refugiándose sin novedad en una tienda de la Plazuela de San Francisco, propia de una señora llamada María (5).

(1) Relación cit. del mismo Fr. Jerónimo de Olot.

(2) Relación del novio de la hija del chocolatero presente al acto D. José Pachs. Barcelona 20 de mayo de 1885 y en otras fechas.

(3) Relación de D. José Pachs de 20 de mayo de 1885.

(4) Relación cit. de Fr. Jerónimo de Olot.

(5) Relación cit. del P. Jerónimo Martell de 19 de julio de 1880.

Fr. Jerónimo, a las diez de la noche, salió también apellidando: «viva la libertad», y metiéndose en la fronteriza calle de Arolas, se encaminó a la casa del síndico del convento, vivienda muy contraindicada, porque su sola calidad de ser la del síndico la hacía sospechosa para los amotinados, y peligrosísima para los frailes. El síndico negóse a admitir al lego, y le hizo acompañar al carbonero de enfrente, el cual tenía dos yernos milicianos. Los niños del carbonero, extrañando la presencia del mal habillado fraile, preguntaban por quién fuese «aquel hombre »forastero». En la vivienda del carbonero acabó de pasar la noche, y rendido durmió. Desde ella el día siguiente pasó Jerónimo a la de Don Rafael Nogués, fabricante de la calle de *Flasaders*, en donde apuró la pena de oír como algunos operarios se jactaban de las crueidades que habían perpetrado en la noche del incendio. A los tres días de permanencia en casa de Nogués, un amigo que vivía en Sarriá fué por el fraile, y sin que faltaran peligros y peripecias por el camino, lo llevó a su pueblo de Sarriá, donde por el pronto quedó tranquilo. Retrata el carácter decidido y atolondrado de Fray Jerónimo el hecho de que, al partir de casa Nogués bebióse un vaso de vino y se puso un cigarrillo en la boca para cobrar valor; y el otro de que al llegar a la puerta de la ciudad llamada del Angel, punto donde paraban los carruajes de los pueblos vecinos, disputóse con el calesero porque éste no quiso marchar pronto, y así gritando y alborotando se escapó de cierto tumulto allí cercano (1).

Escribí arriba que el jovencito corista Fr. Félix María de Olot, al primer disturbio, corrió a cerrar, y cerró el templo; pero, como pronto aquel alboroto cesó, continuó en su convento. Cuando empero se repitió el desafuero a eso de las diez de la noche, trató de huir. Junto con un Padre subieron a los tejados y se dirigie-

ron al lado de la calle del Vidrio. Allí de un salto atravesaron la calle, pasando en aquellas alturas a la casa de un sombrerero de enfrente, quien, como muy devoto del cenobio, para facilitar el paso había alargado unos maderos. Pero la turba notó el salto, y disparó unos tiros hacia los frailes, por cuya razón éstos resolvieron desandar lo andado. Difícil era el primer salto efectuado a tales alturas, pero crecía la dificultad en el segundo en razón de que la casa del sombrerero no alcanzaba la altura del convento. Sin embargo, dióse el salto, y los dos frailes regresaron a su cenobio, donde quedaron hasta que en altas horas de la noche les recogió la fuerza pública, para lo que los religiosos, faltos de escalera, se descolgaron del piso alto por una cuerda (2).

También arriba indiqué el primer susto del corista Ramón de Valls, o Colomines, cuando, tranquilamente jugando a las damas en el terrado, fué avisado por un lego. Dije allí que corrió a la enfermería y desde una ventana vió que los amotinados derribaban la verja y que la tropa lo presenciaba impasible. Entonces se dió ya por muerto, y fué a esconderse en el extremo de un desván, o sea sobre la bóveda, del ala del edificio que, corriendo paralela a la Rambla, llegaba a la puerta del *Trají*, o sea de esta vía. Desde allí oyó los grandes golpes del derribo de la escalera, los que creyó dados por los amotinados, y luego pensó que éstos dominaban ya la casa. En vista de esto, revistiéndose de valor, resolvió morir donde murieran sus hermanos, y salió del desván; mas con tan funesta suerte, que por razón de la obscuridad y lo apocado del techo dió fuertemente con la cabeza contra uno de las vigas de la armadura, lastimándose harto. Llegó empero donde estaban los más de los frailes, y se juntó con ellos, siguiendo desde este punto su suerte (3).

(1) Relación cit. del mismo Fr. Jerónimo de Olot, o sea Martell.

(2) Relación cit. del mismo P. Ramón de Valls.

En el día aciago hallábase en el convento de Barcelona el Padre Mauricio de Barcelona, de apellido Costa, conventual de Olot, hombre notable, que había sido Guardián de Tarragona. En Olot se disputó con el Alcalde, y fué confinado a Barcelona. Aquí, en los momentos del espanto, quiso huir para refugiarse en un vidriero de la calle de la Boquería. A este fin intentó saltar la cerca que dividía de la calle del Vidrio la huerta del convento, pero cayó de lo alto, afortunadamente hacia la huerta, y se estropeó un pie. Por la madrugada en unas parihuelas fué llevado a la Ciudadela (1).

En la sastrería de bajo el convento, en la calle de Fernando, se acogieron dos o tres capuchinos. Allí les cortaron la barba, los disfrazaron, y salvaron (2).

Del lego Fr. Diego de Canet he oido narrar que subió al tejado, y se escurrió por una chimenea de una de las tiendas de junto al convento; mas que estrechándose aquella, o bifurcándose, no permitió al fraile llegar al fin de ella; por lo que subió nuevamente al tejado y se escondió entre las filas de hortaliza de la huerta (3).

El resto de la Comunidad podemos dividirlo en tres grupos. Uno de ellos,

después del segundo ataque de las turbas, a eso de las once de la noche, subió al tejado del convento, y siguiendo paralelamente a la calle de Fernando llegó al terrado de la casa de la esquina con la Rambla, que era propia de un señor Rodó, quien habitaba en ella. Subió el dueño del colmado o droguería de la tienda, y abrió la puerta del terrado. Así los frailes de este grupo unos se quedaron en el terrado, otros bajaron a distintas habitaciones de la misma casa, siendo en todas acogidos.

Otro grupo paró en el terrado de la casa de la Rambla contigua a la mencionada de la esquina, y de aquí bajó a la habitación de una buena señora sarrianesa que les acogió. En estos saltos de cercas de terrados no faltaron tropiezos, tal como que uno de los frailes, llamado José de Barcelona, que quedó colgado de una verja de separación o de un gancho de hierro por el hábito costándole trabajo desprenderse; tal como que él mismo y otros se

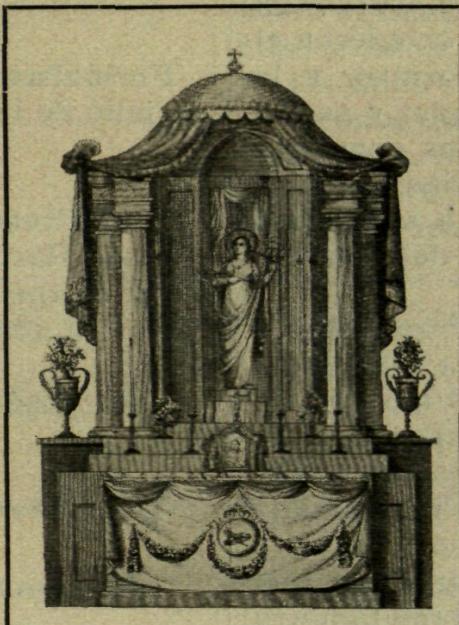
vieron insultados desde las ventanas próximas por habitantes aviesos de los pisos; tal como que uno de los frailes, de nombre Andrés, rechazado de uno de estos pisos por indecentes dicterios de una mujer, quiso esconderse en un palomar, halló cerrado, tiró de la reja del ventanillo, y lo arrancó, pero cuando probó a entrar se halló con que la estrechez del vano negaba el paso al cuerpo, etcétera. (4).

(1) Relación de D. Francisco Augé en Barcelona a 10 de junio de 1884 y relación citada del P. Félix María de Olot.

(2) Relación de D. José Camaló en Barcelona a 5 de febrero de 1882.

(3) Relación cit. del Fr. Jerónimo de Olot, quien me dijo haber oído contar el caso a otros frailes. Creo que equivocó el nombre de pila del fraile fugitivo llamándole Diego por Gabriel.

(4) Relaciones de varios. La estancia o huída por el terrado de la casa de la esquina la atestiguan muchos. La de la otra casa Fr. Andrés mismo en Sarriá a 23 de julio de 1881.



RETABLO DE SANTA
MADRONA, DE LA IGLESIA
CAPUCHINA

El tercer grupo de frailes quedó en el convento, fiado en que, cortada la escalera, era difícil el acceso de los amotinados. Los tres grupos, en las primeras horas de la madrugada, fueron recogidos por la tropa, y conducidos a Atarazanas, pasando directamente por la Rambla. Los capuchinos, como en el primer ataque las turbas ni entraron en el convento, ni lograron incendiarlo, tuvieron vagar para atinar a medidas que no ocurrieron en otras casas. Así fué que recogieron el copón con las Sagradas Formas, y lo llevaron consigo a Atarazanas; y aquí o en el convento mismo algunos comulgaron; y hay de los frailes quien asegura que el día 26 muy de mañana se celebró la Santa Misa en la iglesia del convento (1).

Parece que salidos ya del convento y casas de la esquina, quedaba todavía en el cenobio el Padre Jaime de Figueras, de apellido Cántara, pues después de la exclaustración se gloriaba de haber sido el postrero en abandonar su muy amado claustro. Para bajar del piso alto, faltó de escalera, tuvo que deslizarse por una cuerda. Colocado entre filas, fué también conducido a Atarazanas, pero en el trayecto ya no disfrutó de la relativa paz de los demás hermanos (sería más tarde), pues de la calle del Arco del Teatro y adyacentes salieron cuadrillas de mujeres con tijeras clamando por matarle a tijerazos, de cuyo furor le salvó la decisión de la fuerza pública que le custodiaba. Aquellas calles entonces estaban habitadas por prostitutas, y así el sensato puede afirmar que los odios de tan degradados seres honraron a los frailes. Llegado Cántara a Atarazanas, halló los cadáveres de unos frailes, y un jefe militar le dijo: «pase V. por sobre los cadáveres de sus hermanos.» Cántara, abriendo el hábito y mostrando el pecho, le contestó: «Tíreme V. cuatro balas antes

»que yo profane los cadáveres de mis hermanos.» El jefe dió un sablazo de plano sobre la espalda del fraile, ordenando que lo condujeran donde estaban los demás (2).

ARTÍCULO UNDÉCIMO

LA SANTÍSIMA TRINIDAD DE FRAILES CALZADOS

Formaban la Comunidad de esta casa en julio de 1835 los religiosos siguientes:

SACERDOTES

R. P. Presentado Pascual Palau, Superior de Barcelona. En los trinitarios el Prior es apellidado Ministro.

R. P. Lucas Ansaldo, Vicario del Convento.

R. P. José Sala, ex Provincial.

J. Josep Sala
Ex Provincial

R. P. Sebastián Sadurní, Procurador del Convento.

R. P. Pablo Gelada, Maestro de novicios.

R. P. Tomás Jimeno, Lector.

R. P. Simón Estalella, Lector.

R. P. Presentado Segismundo Casas.

R. P. Presentado Pedro Ferrando.

R. P. Maestro Bruno Casals.

Por mandado de S. P. M. R.

R. P. Bruno Casals
Secretario

R. P. Ramón Ordines, Predicador General.

(1) Son muchos los frailes capuchinos que atestiguan el hecho de llevarse el copón y de comulgar varios.

(2) Me lo contó D. Ignacio Manegat en 15 de abril de 1884, por haberlo oído contar al mismo P. Jaime Cántara.

R. P. Francisco Ribera, Predicador General.

R. P. José Alcover.

R. P. Jocundo Torredeflot.

R. P. Antonio Rigualt.

R. P. Francisco Pons.

R. P. Antonio Pons.

R. P. Jaime Colomer.

R. P. Pedro Plá.

R. P. Pedro Bigas.

R. P. José Oriol Rifé.

R. P. Juan Sangenís.

R. P. Pascual Arregui.

R. P. Miguel Jiménez.

CORISTAS

Fr. José Güell.

*P. Fr. Jose Güell y Milà Trinitario
calzado*

Roma 18 Enero 1881.

Fr. José Toldrá.

Fr. Miguel Sarobet.

Fr. Cristóbal Garriga.

Fr. José Sayol.

Fr. Pablo Serrat.

Fr. Alejo Ferrer.

Fr. José Pamies.

Fr. Luis Castellar.

LEGOS

Fr. Cristóbal Vives.

Fr. José Boxadors, portero.

Fr. Juan Suriach.

Fr. Felipe Arboli.

Fr. Juan Bonet.

Fr. Pedro Rafecas.

Fr. Agustín Vives (1).

Como apunté en su lugar, el Convento Trinitario de Barcelona, poco antes del atropello, sufrió una de las malignas cuanto absurdas acusaciones propias de

(1) He formado estas listas con las de los pasaportes y las relaciones de varios frailes.

aquellos tiempos de pasiones desapoderadas y burdos manejos. Se le acusó de que la lectura de su refectorio consistía en la vida de Don Carlos de Borbón, y de que en la celda prioral se reunían frailes de distintas órdenes, y se tenían juntas cuyo resultado era enviar dinero y cartuchos a los carlistas. Las autoridades mandaron comparecer ante ellas a algunos de los religiosos para interrogarlos sobre el caso, y a pesar del espíritu de ellas y del imperante, tan limpios de culpa los hallaron, que los dejaron libres (2).

Algunos días antes del incendio de los Conventos, una buena persona avisó al Padre Pedro Bigas, de cuya boca lo tengo, que se fraguaba una revolución dirigida contra los cenobios, a lo que Bigas contestó que no por esto quería abandonar el claustro, sino que prefería morir con sus hermanos. Creía, ade-

más, este Padre, que se repitió el aviso la víspera del atropello, y recordaba que se reiteró en la mañana y tarde del mismo día de Santiago (3). Efectivamente, el padre del monaguillo del Convento avisó a eso de las dos de la tarde a los frailes (4).

Tales avisos, a pesar de la ceguera que en general aquejaba a los proyectos de los Conventos, produjeron aquí efectos, pues los más de los religiosos tuvieron prevenido vestido de seglar (5); los superiores sacaron del Convento, depositándolos en manos amigas, dos cofres o baúles, uno conteniendo cálices y otras

(2) Relación preciosa que desde Roma en 18 de enero de 1881 me escribió el religioso de esta casa P. José Güell y Milà.

(3) Relación que me hizo en San Andrés de Palomar, en 30 de junio de 1881, el mismo Bigas.

(4) Relación del monacillo D. Eduardo Reixach. Barcelona 5 de marzo de 1884.

(5) Relación cit. del P. José Güell.

alhajas, como reliquias, palmatorias, etc., y otro lleno de indumentaria, o sea vestimenta sagrada preciosa, riquezas que se salvaron del peligro de 1835, pero parece que no se salvaron de otros ulteriores (1). «Los prelados (según tengo entendido y creo cierto) acudieron a la autoridad, manifestando sus fundados temores; y si mal no acuerdo, los Generales Santocildes y Pastor, les dijeron que no temiesen, que saldrían en defensa, pero que sería conveniente que viesen de fortificar algún lugar del Convento para resistir el primer golpe; así fué que en nuestro Convento se pensó en fortificar el noviciado que era la parte superior, y al efecto se muró el ingreso, y aun no estaba concluido que llegó la hora fatal» (2). La contestación de Santocildes consuena perfectamente con su probidad, pues debía, naturalmente, confiar en que los gobernantes no habían de consentir un atropello, y al propio tiempo indica a los frailes la conveniencia de prevenir la sorpresa del primer momento.

El mismo día de San Jaime, el respetable Padre Bruno Casals mandó llamar a Don Rafael Lafont, cuyo maestro había sido. Lafont acudió la misma mañana al llamamiento; y en la celda de Casals se hallaron casualmente los dos hermanos Lafont, Don Rafael y Don Benito, los dos en Barcelona muy conocidos, especialmente el segundo, por haber desempeñado por muchísimos años la escribanía del Tribunal eclesiástico. «Celebro, les dijo el fraile, que os hayáis hallado juntos aquí»; y a Don Benito entregó el dinero que guardaba de varias pertenencias, como de la Cofradía del Trisagio, etc., y a Don Rafael el de la suya, con encargo al primero de que, cuando las cosas se restaurasen, devolviese las cantidades a las respectivas entidades sus dueñas; y al segundo, de que se lo fuese restituyendo a él a medida que se lo pidiese. Perpetrada la excausación, hallándose Casals

en la torre de Casa Brusi, según después narraré, mandó por el dinero de Don Rafael, quien se lo entregó (3).

A la hora acostumbrada del anochecer del aciago día, en la iglesia de la Trinidad se celebraba la sólita función de los días festivos, en todos los cuales se cantaba el Trisagio. Aquel día predicaba el Padre Segismundo Casas, y el sochantre Padre Pedro Bigas cantaba en el órgano. Llegó de improviso la noticia de la revolución, y se produjo en el templo el consiguiente espanto y revuelta. Las señoras, desde abajo, llamaron por su nombre al Padre Bigas que cantaba el Trisagio, diciéndole que parase de cantar, y huyese. Bigas bajó al templo, y lo halló hecho un campo de Agramante, en el que cada uno corría por su lado. Despejada la iglesia, Bigas la cerró, y al hacerlo, vió pasar por allí al toro arrastrado. Los jóvenes frailes, no contentos con el cierre atrancaron la puerta, arrimándose los bancos del templo, no atinando a que si el ataque se efectuaba por medio de fuego, añadian combustible al elemento voraz (4).

De allí alejado el tumulto, y pasado el primer susto, renació una como paz en la casa, que dió lugar a que la campana llamara los frailes a la refacción nocturna. Acudieron a la voz de este manso instrumento, y hallaron puesta la cena, aquel día consistente en ensalada de lechuga y tortilla; mas nadie pudo probar bocado, tal era el espanto, el temor y el efecto de estos agentes. Y esta noticia debiera haber tenido presente Don Victor Balaguer cuando, al tratar de la fuga de los Franciscos, los pinta dragones e insensibles a par de alcornoques. Amigo de la verdad, debo confesar, sin embargo, que en la Trinidad hubo un fraile tan sereno, que antes de huir quiso cenar,

(1) Relación citada del P. Pedro Bigas.

(2) Relación citada del P. José Güell.

(3) Relación del mismo D. Rafael Lafont en Barcelona a 20 de noviembre de 1881.

(4) Relación citada del mismo P. Pedro Bigas. Relación del P. José Sayol, de este convento, en Barcelona a 26 de julio de 1880.

y cenó; pero un fraile no es una Comunidad. En esto, que serían las nueve, llega allí de improviso la noticia de que están frente del edificio los amotinados, y aplican fajinas a la puerta del templo, y con tal chispazo se produce nueva confusión, se determina huir, y así empiezan las fugas (1).

El nombrado Padre Pedro Bigas con anterioridad preparó el camino para este caso. Proveyóse de una escalera, y en el momento del susto los Padres Juan Sangenís, José Oriol Rifé, Angel (quizá Miguel y no Angel) Jiménez, Antonio Rigualt y puede que algún otro, se fueron a la celda de Bigas, en la que sabían estaba preparada una escapatoria. Atravesaron horizontalmente la escalera sobre la calle de la Leona, desde la dicha celda, hoy subsistente y convertida en habitación del párroco de San Jaime, hasta el terrado de la casa de enfrente, y por ella pasaron a ésta. Mas creció espantosamente el susto cuando, llegados a la casa, observaron que la escalera apenas llegaba al terrado, en cuyo antepecho sólo apoyaba como tres o cuatro dedos de los cabos. Del terrado bajaron a la habitación de una buena señora, cuyo hijo frecuentaba el convento y no pocos días tomaba chocolate en la celda del Padre Bigas. Así se salvaron (2). Del lego Fray Agustín Vives se me dijo que se salvó atravesando terrados, y después huyendo a su pueblo La Granada (3). Mas al saltar de unos terrados a otros dió sobre un pozo, salvándose de hundirse en él el hierro que sostenía la polea (4).

El Padre Presentado Segismundo Casas, el predicador de aquella noche, subió al tejado del templo y de allí pasó al terra-

do de la casa del pariente Don Francisco Maimó, notario y jefe de milicia urbana. Esta casa pertenecía a la misma isla del convento, daba su frente a la calle de Aviñó, y era contigua a la que forma esquina con la calle de la Leona; hoy la de Maimó está marcada de número 12. Habitaba, como ahora, la tienda un esterero. Desde el terrado por el zaguán dió voces llamando a Maimó y pidiendo que subiesen a abrirle la puerta del terrado; y aunque Maimó estaba ausente de casa, subió la familia, abrió la puerta, y Casas bajó. En la habitación dejó el hábito que llevaba bajo del brazo, y de allí se le acompañó a la casa de un fabricante Ribas, de la calle de San Pedro. A ésta acudieron para matarle los amotinados, pero les fué ocultado. De casa Ribas pasó a la de una su hermana, situada en los barrios de la Lonja; y de allí, vestido de marinero, descalzo, con una cesta en la cabeza, y corriendo a saltos como los pescadores que proveen de pesca los mercados, llegó a la casa de una parienta en la Barceloneta, desde donde se embarcó para Roma. Los revolucionarios le siguieron la pista hasta la orilla del mar, y si se salvó fué porque en el momento del embarque el buque zarpó (5).

Se comprende fácilmente tan acerba ojeriza de las turbas si se recuerda lo que ya en otra obra escribí del Padre Casas. Brillaba por su santidad. Afligía su cuerpo por medio del continuo uso de los cilicios, de modo que no permitía que se le levantase la cama para que el lego no viese la sangre que derramaba. Los días de disciplina de la Comunidad en el templo, antes de abrir nuevamente éste, un hermano corría a limpiar la sangre que había vertido en el suelo. Desde los púlpitos acérrimamente combatía a la impiedad moderna, hasta el punto que los impíos, no conteniéndose ni por el respeto al templo, desde el pueblo algunas veces se atrevieron a contestarle. En cambio, trasladado después de la exclaus-

(1) Relación citada del P. José Güell.—Relación citada del P. Pedro Bigas.

(2) Relación citada del P. Pedro Bigas, y relación del P. José Sayol, después canónigo de Tarragona, en Barcelona a 26 de julio de 1880.

(3) Relación de D. Juan Gordi. Barcelona 2 de noviembre de 1884.

(4) Relación cit. del P. Pedro Bigas.

(5) Relación citada del P. Pedro Bigas.

tración a Roma, el Papa le nombró General de la Orden, y le ofreció un obispado extranjero (1).

Ocurre aquí preguntar: ¿Y el Padre Pedro Bigas, que fué quien había preparado el camino para la fuga por la escalera horizontal a través de la calle de la Leona desde su celda, qué se hizo? ¿Cómo no pasó por él? Al bajar del órgano y cruzar el convento halló en medio del espanto de aquellos momentos al muy anciano Padre ex provincial José Sala, quien clama a Bigas: «no me dejéis»; y Bigas, en la hora de la huida, no le dejó. La gran masa de la Comunidad se dividió en dos grupos, que si bien por distintos caminos, los dos se dirigieron al mismo lugar, a la contigua casa de Ortega. Estaba, y está aun hoy, en la calle de Fernando adherida por su lado oriental al occidental del templo. Entonces, y yo lo recuerdo, no abría puerta de escalera en la dicha calle, sino que la entrada en los pisos altos se efectuaba por una escalera de la parte trasera en el callejón del Beato Simón de Rojas, tan conjunta con la iglesia, que de la puerta lateral de ésta a la de aquélla no media más de un palmo. El grupo de los expeditos, que era la mayoría, pasó a casa Ortega por los tejados; el de los ancianos, tales como el Padre Sala, el Padre Bruno Casals y algún otro, por las poco ha mentadas puertas, protegidos por los mozos de la Escuadra. Los primeros subieron a la biblioteca; de ésta salieron a un terrado donde había una galería, en la tierra llamada una *porxada*, destinada a guardar los efectos de los frailes recién fallecidos; del terrado pasaron al tejado del templo, y de él al de casa Ortega: por más señas que al cruzar la pared divisoria el Padre procurador, hombre obeso, no podía inclinarse ni de uno ni de otro lado, y el Padre Bigas le decidió de un tirón, no sin que aquél se lastimase algo. Asimismo el corista José Güell, al tirarse

de esta pared divisoria, que era bastante elevada, se rasgó el pantalón y también se lastimó en una rodilla, de la que le manó sangre.

Desde este terrado el dicho corista Güell y otros, que formaban su grupo, bajaron a la habitación más elevada de la casa, ocupada por una señora de nombre Eulalia, la que les recibió caritativamente, y les ofreció comer algo; pero la emoción del espíritu no les permitió aceptar nada. De aquí bajaron al piso de los dueños de la casa señores de Ortega, donde luego comparecieron los demás, especialmente los ancianos (2).

Se encargó de guiar y auxiliar en la fuga a los venerables ancianos el Lector Padre Simón Estalella, quien en vez de escapar, valiéndose de su muy apuesto disfraz y su barba postiza, dirigió a los desvalidos ancianos y los salvó (3).

El susto y la angustia continuaban imperando en el ánimo de los trinitarios aun acogidos en casa Ortega, sobre todo presenciando, como lo presenciaban, desde las ventanas de la casa, el aspecto siniestro de la ciudad y los excesos de los amotinados, y oyendo las campanas de los conventos que reclamaban auxilio. Y tanto es así que en casa Ortega el corista Güell se confesó para morir (4).

La señora de Ortega era hermana del General Santocildes y tía del Mayor de plaza de la Ciudadela Don Clemente Santocildes; y así, temiendo por su casa, mandó recado a su hermano, quien ya desde un principio envió tropa. Llegó ésta en el momento de aplicar a la puerta la fajina, y apagó el fuego. El jefe de los mozos de las escuadras Don Pablo Vesiana tenía un hijo que cursaba en los Trinitarios, y por lo mismo mandó una partida de sus subordinados que se situaron en la puerta lateral del Beato Simón de

(1) Relación citada del P. Pedro Bigas.

(2) Relación citada del P. José Güell.

(3) Relación citada del P. José Güell.—Relación cit. del P. José Sayol.

Rojas, y protegieron la salida de los ancianos (1).

Desde el balcón, y tras de sus persianas, el Padre Pedro Bigas veía a Ayerbe, que a eso de las once de la noche vino a la Trinidad, y le oía decir a los amotinados, no una, sino varias veces: «con orden, »con orden, ahora va bien». El General Santocildes aquella noche visitó a su hermana de Ortega, y la dijo que había estado en el convento de San José, donde el espectáculo daba lástima. Añadió que con 300 caballos y alguna infantería se empeñaba él en calmarlo, pero que se veía que los gobernantes tenían parte con la revolución, es decir, que la consentían. A los frailes les animó diciéndoles que no temiesen ni se moviesen de allí; y a su hermana, que no abriese la puerta a nadie, ni aunque la amenazasen con el incendio; que tenía tropa, y así que no temiese (2).

Los amotinados no lograron entrar en el templo, ni en el convento Trinitario, a pesar de que la puerta de la portería parece que estaba abierta. A las once de la noche los vecinos, gente más amiga que hostil al Convento, entraron en él, y llegaron hasta el refectorio. De boca de uno de ellos tengo que allí hallaron la cena puesta tal como la dejaron los frailes al huir, y que había ensalada de lechuga, pan, vino, etc. (3), noticia de un testigo de vista que perfectamente concuerda con el dicho del Padre José Güell, sobre cuya palabra describió arriba la pobre minuta de aquella refacción. Y noticia también que nuevamente prueba que los religiosos no comieron, pues no gozaban de la tranquilidad y paz que abren el apetito.

A la mañana siguiente, muy temprano, a cosa de las cinco, la fuerza pública recogió a los frailes Trinitarios. A la sazón

había en Barcelona abierto banderín de enganche para América, el cual contaba con unos 25 hombres bajo el teniente Oliver y el sargento Roquer. Esta tropa acudió a los dichos frailes ofreciéndoles conducirles al fuerte (4). Estos, considerando que no gozaban de completa seguridad, en razón de la proximidad de la casa de Ortega al convento, aceptaron el ofrecimiento. Volvieron al convento, y algunos se vistieron nuevamente el hábito, otros no, y así salieron por la portería a la calle. Colocados entre dos filas de soldados, con algunos caballos de vanguardia, y otros de retaguardia, caminaron toda la parte de la calle de Fernando entonces existente y la Rambla hasta llegar a Atarazanas (5). Un amigo mío, el muy conocido abogado Don José Buigas, los vió pasar por la Rambla y me dijo que daba lástima verlos, uno de hábitos, otro de seglar, otro con un pañuelo atado a la cabeza, etc. (6). Como uno de los frailes se desviase un tanto de la fila, el jefe le amonestó que no dejase su lugar, no fuera que recibiese alguna cuchillada (7). En Atarazanas hallaron que había ya muchos religiosos de diversas órdenes, entre ellos numerosos capuchinos (8).

Como se desprende de lo narrado, el templo y convento Trinitarios de frailes calzados quedó ileso de tal modo que en el otoño próximo el primero pasó a ser parroquial.

De los libros del Hospital saco las notas de que en 30 de julio de 1835 entraron en él enfermos el Padre Ramón Ordines, de 77 años de edad, y el Padre José Sala, de 69; y que el primero salió en 3 del siguiente octubre y el segundo el 28 de agosto.

(1) Relación citada del P. Pedro Bigas.

(2) Relación citada del mismo P. Pedro Bigas.

(3) Relación del zapatero de enfrente del convento D. Antonio Calsina. Barcelona 21 de junio de 1881.

(4) Relación citada de D. Antonio Calsina.

(5) Relaciones de muchos trinitarios.

(6) Relación de dicho señor de 21 de diciembre de 1888.

(7) Relación citada del P. Pedro Bigas.

(8) Relación citada del P. José Sayol.

ARTÍCULO DUODÉCIMO

SANTA CATALINA, DE FRAILES
DOMINICOS

Ignoro si en el día aciago el Padre Provincial se hallaba en el convento, pero no por esto dejo de escribirlo a la cabeza de su Comunidad. Así, pues, de los individuos de ella, cuyos nombres alcancé, sigue aquí la reseña:

SACERDOTES

R. P. Presentado Pedro Barri, Provincial.

R. P. Presentado Domingo Roma, Prior de Barcelona.

*Fr. Dominicus Roma
Prior.*

R. P. Esteban Perriera, Subprior.
R. P. Antonio Sagarrá, Maestro de novicios.
R. P. Presentado Domingo Comerma.

*Fr. Dominicus Comerma
Magister et Prior.*

R. P. Presentado Juan Tapias.
R. P. Domingo Coromina, Archivero.
R. P. Maestro Domingo Dalmau, Bibliotecario.
R. P. Raimundo Casas.
R. P. Presentado José Basols y Tresserras, Lector.
R. P. Francisco Vila, Lector.
R. P. Maestro Pedro Puig, Lector.
R. P. Clotet, Lector.
R. P. Martí, Lector.
R. P. Maestro Raimundo Fontanals.
R. P. Francisco Capará.
R. P. Pedro Mártir Vives.
R. P. Presentado Buenaventura Mategat.

- R. P. Narciso Comas y Casanova.
- R. P. Juan Planas.
- R. P. Francisco Mallada.
- R. P. Jacinto Puig.
- R. P. Jaime Turell.
- R. P. Miguel Calvila, Organista.
- R. P. Ramón Burgués.
- R. P. Antonio Ferrer.
- R. P. José Monté.
- R. P. Jaime Ros, Pedagogo.
- R. P. Domingo Cots.
- R. P. Antonio Villar.
- R. P. Francisco Ferrer.
- R. P. José Ferrer.
- R. P. Borrell.
- R. P. Francisco de Asís Xarrié.
- R. P. José Cornet.
- R. P. Juan Pi.
- R. P. Raimundo Pujol, Rector de Bellulla.

CORISTAS

- Fr. Manuel Ribé.
- Fr. José Calvet.
- Fr. Manuel Turell.
- Fr. Sadoc Vilarrasa.
- Fr. José Cid.
- Fr. Jerónimo Coch.
- Fr. Francisco Barberá.
- Fr. Buenaventura Cardona.
- Fr. Fortián Novellas.
- Fr. Juan Rovira.
- Fr. Romualdo Espinás.
- Fr. Pedro Carrencá.
- Fr. Jaime Colomé.

LEGOS

- Fr. Pedro Mateu.
- Fr. Juan Huguet.
- Fr. Sebastián Fudot.
- Fr. Cristóbal, Portero.

La lista anterior, con no pecar de corta, debe calificarse de manca, ya que en ella se reseñan sólo 51 religiosos, que viviesen en Barcelona, cuando, al decir del Padre Pedro Carrencá o Carrencá, la Comunidad en total contaba 69, de los que 24 eran coristas. Y es digno de notarse que para tejer esta reseña las listas de los pasaportes expedidos por la autoridad

al despedir de los fuertes a los religiosos, listas que en los demás conventos suelen prestarme noticia de la inmensa mayoría de los religiosos, aquí me la dieron de muy pocos; lo que demuestra que los más de los dominicos no fueron a los fuertes,

de San Raimundo contenía escondidas armas, y así que deseaba registrarla. Inmediatamente se les condujo a la tumba, a la que bajó uno de los agentes, y en la que, como era natural, nada halló; mas no por ello se evitó el consiguiente

LÁPIDA DE UN OSARIO QUE ESTABA EN LA CAPILLA DE SANTO DOMINGO
EN LA IGLESIA DE DOMINICOS DE BARCELONA

HIC IACET · PONCI^o · DE
ALESTO · CUM DN^A · PARE
TA · UXORE SUA · ET PON
CIO DE OLOSTO H^{EDE} SUO

EXPLANACIÓN. — HIC IACET · PONCI^o (*Poncius*) · DE
ALESTO · CUM DN^A (*Domina*) PARE
TA · UXORE SUA · ET PON
CIO DE OLOSTO H^{EDE} (*haerede*) SUO

TRADUCCIÓN.—*Aquí yace Poncio de Alesto con Pareta su consorte y Poncio de Olost su heredero.*

Escala de 1 por 5.

Está en el Museo provincial de Barcelona, donde tiene el número 877, página 180 del catálogo.

sino que se refugiaron en casas particulares o se dieron a la fuga.

Ya en su lugar, en el artículo 3.^o del capítulo VIII de este libro, hice mención del susto que la autoridad, poco antes del atropello del 25 de julio, dió a esta Comunidad. Presentóse la policía con el alcalde del barrio, a hora de la cena, diciendo que se le había delatado que la tumba

susto de la Comunidad (1). Y aun el muy cuerdo religioso de esta casa Padre Romualdo Espinás creía que las tan enojosas visitas de la policía fueron dos (2).

Como muy natural, palpitaban en este

(1) Relación del P. Jaime Ros en Barcelona a 3 de marzo de 1880.

(2) Relación de Espinás 24 de marzo de 1882.

Convento respecto a la seguridad personal las dos mismas tendencias que en los demás, es decir, la confianza en la autoridad y la ceguera del peligro en los ancianos, y el temor en los noveles. Los primeros, como en todas partes, tenían ante sus ojos las seguridades dadas por el General, y los segundos el espíritu de la revolución pujante. Cuando, antes del atentado, algún novicio hablaba del peligro, el Padre Maestro de novicios respondía que opinaba «que realmente el Gobierno no quería frailes, pero que tampoco quería un desmán» (1). El mismo día 25 de julio de 1835 un Padre anciano carmelita estuvo en Santa Catalina, y dijo al Padre dominico Miguel Calvila, quien me lo relató, estas palabras: «aquí en Barcelona estamos seguros» (2). Pero la mayor elocuencia sobre esta ceguera la tiene el siguiente relato que me escribió un sobrino del Padre dominico Francisco Capará: «El día 24» (*equivoca la fecha escribiendo 24 por 25*) «de julio de 1835 su hermano Isidro á las 11 de la mañana se presentó al convento, suplicando al P. Prior que pues» (*él, Isidro*), «estaba enterado de lo que aquel mismo día debía suceder, diera permiso a su hermano el P. Francisco, para salir del convento, al objeto de poder llevárselo en un carroaje a su casa, atendido el delicado estado en que se hallaba» (*paralizado por la gota*). «El P. Prior respondió á Isidro que no estaba bien enterado del asunto, pues que, dijo tenían completa seguridad por parte de las autoridades, y por tanto podía estar muy tranquilo respecto a la seguridad de su hermano. Sin embargo, añadió, que le daba permiso para retirarse si quería, pero no obligarle por obediencia, puesto que no podía.

»Entonces D. Isidro Capará se dirigió

»á la celda del P. Francisco, á quien repitió lo dicho al P. Prior, pero fueron inútiles todas sus palabras. En vano le explicó los medios de que aquella tarde se valdrían los revolucionarios para asesinar á los frailes: en vano procuró convencerle de que las autoridades les llevaban engañados, pues no logró de él otras respuestas que tratarle de cobarde, y decirle *ets un gat dels frares*. »Isidro se despidió de su hermano con la pena natural» (3).

Otra, hasta jocosa, prueba de la ceguera de los padres graves la hallamos en unas palabras del Padre Presentado Buenaventura Manegat. De noble origen, y muy bien relacionado, dedicábaise con gran ahínco a la predicación especialmente de la menuda plebe, de modo que por muchos años dijo los sermones de cuarenta de Santa María del Mar, apodados *del cabasset*. La nefasta tarde del 25 de julio había predicado, y al regresar de su sermón, en el mismo convento topó con los frailes jóvenes que enterados ya de la revolución huían para salvarse. Manegat se encara con ellos, y les dice: «¿qué es esto? ¿cómo se van VV? Lo delataré al P. Prior. Esto no se puede hacer». Un corista le contestó: «Sí, sí, ya puede V. ir a delatarnos. Verá V. lo que le pasará» (4).

Es, sin embargo, necesario confesar que la sencillez o simplicidad del Padre Manegat llegaba a grado excesivo. Un año la parroquia de Sans le encargó el panegírico de San Bartolomé, *Bartomeu* en catalán. Subió al púlpito, y predicó de San Andrés, *San Andreu*. Corrió un sacristán, y a escondites, le avisó de que equivocaba el santo, y que debía tratar de *San Bartomeu*. Cambió, pues, su héroe; pero equivocándose de nuevo predió de San Mateo, *San Mateu*. Al bajar del

(1) Relación del P. Pedro Carrancá o Carrená, quien entonces vivía aún en el noviciado. Barcelona 11 de febrero de 1884.

(2) Relación de dicho Calvila hecha en Olot a 23 de agosto de 1883.

(3) Relación escrita en Mataró a 1.^o de enero de 1886.

(4) Relación de uno de estos coristas, el Padre Romualdo Espinás, en Barcelona a 31 de diciembre de 1888.

púlpito quedó tan corrido que, en lugar de comer en la casa rectoral, tomó su capa, e inmediatamente regresó al convento. Murió de cerca cien años de edad (1).

Para los jóvenes no habían pasado sin ser vistos los degüellos de Madrid y Zaragoza, y en sus ratos de recreo los temores de una imitación en Barcelona y los medios para evitar las funestas consecuencias eran tema de la conversación. Quién veía muy próximos aquellos crímenes, quién más remotos, quién proponía que los frailes se armasen, quién otra medida (2). Algunos de ellos habíanse ya procurado traje de secular, y aquí, como en el Carmen de frailes calzados, pensaron en hacer del terrado del templo refugio. Tomaron, para tenerla a mano, la llave del terrado, y para impedir el acceso de los perseguidores y defenderse de ellos si intentaban subir, acopieron piedras que sirvieran de proyectiles. Pensaron que así la defensa resultaría fácil en razón de que la única escalera de dicho terrado era de piedra y en forma de caracol o hélice (3).

Además, también en los dominicos, como en los más de los otros Conventos, se tenía vela o vigilancia nocturna. Dos frailes aquí velaban desde la hora de silencio hasta las doce, rezando en el entretanto las tres partes del Rosario para que la Virgen les librarse del atentado. De las doce a las tres velaba otra pareja, repitiendo, en el entretanto, las mismas oraciones (4).

El gran oportunista Padre Vicente Sopena, del cual harto he tratado arriba en los libros I y II, tampoco en esta ocasión faltó a su sistema de procurar salvar las riquezas del convento, valiéndose de estratagemas. La preciosa imagen de al-

bastro de la Virgen del Rosario, regalo del Papa dominico San Pío V, poseía entonces riquísimos vestidos con que se la adornaba, o mejor se creía adornarla, por sobre de los de talla. Sopena, con anterioridad al ataque, quiso ocultarlos, pero temía la novedad que en la plebe debiera de producir ver la imagen con los posteriores vestidos sin aquéllos. Para evitar este como escándalo, subió al púlpito, y predicó un sermón, diciendo que la piedad y respeto a San Pío debidos pedían que se honrase a la imagen tal cual este santo Papa la regaló; y hecho, desnudó a la imagen, y ocultó sus riquísimas ropas (5).

Pero mucho más chusca estuvo la previsión del archivero Padre Domingo Corominas. Por razón de su dicho cargo y del de procurador de la casa tenía en su poder multitud de piezas falsas de cobre de la moneda, entonces aquí en curso, llamadas *pessas de sis*. Eran grandes y valían seis cuartos, o sea unos dieciocho céntimos, y yo las recuerdo perfectamente, pues las buenas las alcancé en valor. El Convento las había ido recibiendo en los cobros, y luego no las daba. Con ellas hizo tres o cuatro cartuchos de cien piezas cada uno, y sobre cada uno de ellos escribió: «100 onzas para 100 misas», y las colocó en su celda para así burlar a los codiciosos ladrones el día del asalto (6).

Así las cosas, llegó el aciago de Santiago de 1835. Uno de los concurrentes a la corrida de toros, D. Francisco Solá y Bru, muy amigo de los dominicos, al regresar de dicha función a su casa, entróse en el convento y avisó a los frailes de lo que pasaba (7). Alarmáronse con la

(5) Relación del vecino de Santa Catalina, y muy familiar del convento, el después catedrático D. Simeón Tuyet. Barcelona 19 de agosto de 1880.

(6) Relación de un amigo de dicho fraile.

(7) Me lo dijo D. Antonio, hijo del señor que dió el aviso, y además un fraile de esta casa me hizo mención de un aviso dado por un concurrente a la plaza de toros.

(1) Relación citada del P. Romualdo Espinás.

(2) Relación del corista de este convento, después canónigo de Vich, D. José Cid. Barcelona 16 de julio de 1882.

(3) Relaciones de varios frailes de esta casa.

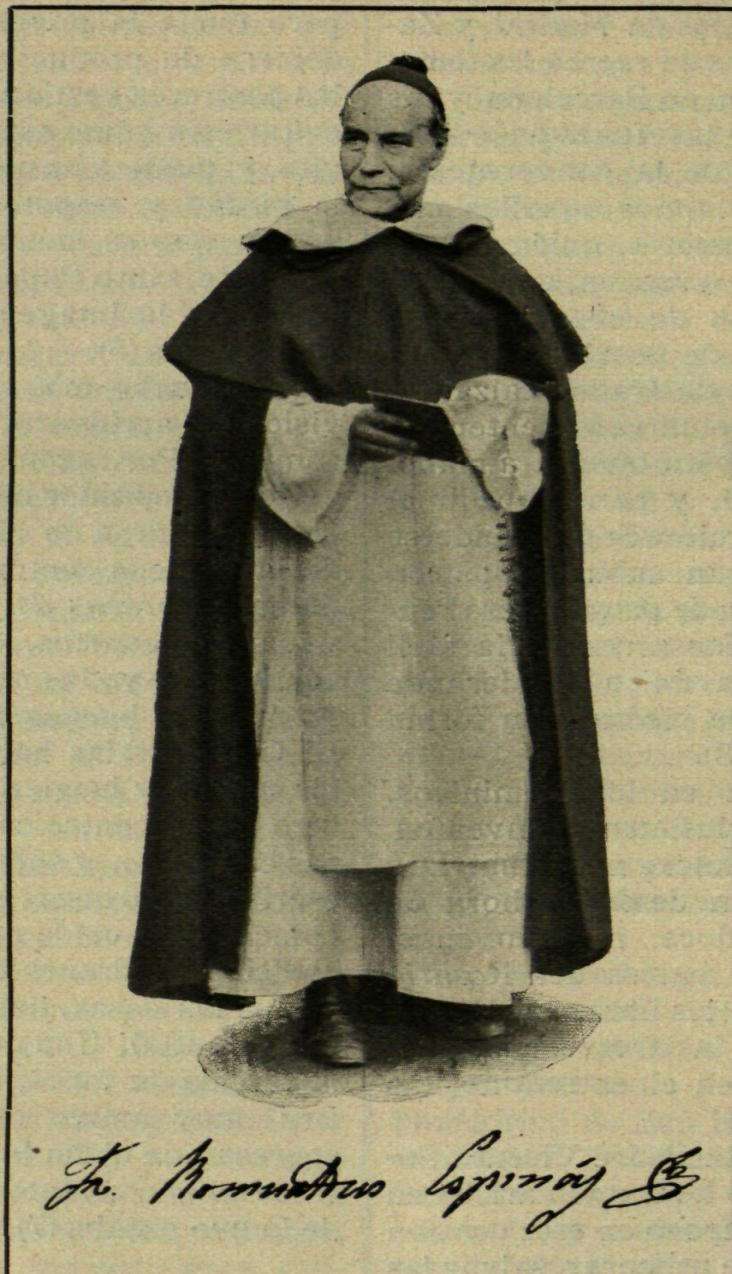
(4) Relación citada del P. Pedro Carrencá.

noticia éstos, especialmente los jóvenes, y corrieron a vestirse las ropas seculares, las que, sin embargo, cubrieron con el hábito. Mas, pasado un rato, entró nuevamente alguna calma porque llegó la noticia de que la autoridad había cerrado la puerta de Mar; de donde se dedujo, o se dijo, que la revolución quedaba allende las murallas, y no podía penetrar en la ciudad; noticia verdadera en su primera mitad, pero falsa en la deducción. Además llegó de paseo al convento el Padre Maestro de novicios, acompañado de otro fraile, y contó que habían hallado en la calle dos hombres, de los que uno les había insultado diciendo: «¿empecemos por estos?»; y que uno de los frailes les contestó recio, sin que los insultantes insistieran en sus insultos (1).

Una hora antes del incendio de los conventos un señor, muy amigo de los dominicos, llamado Don José Ubach, envióles su hijo Pablo, niño todavía, encargándole les dijera que dentro de una hora les

incendiarián la casa. Corrió el niño al convento y halló allí un Hermano lego; le dió el recado de su padre, y el lego le contestó: «ca, hombre, si esto sería un pecado mortal» (2).

A la hora del crepúsculo, y pocos momentos antes de la cena, se presenta jadeante en el convento un señor Grau, cuñado del corista Manuel Ribé; se introduce en él, y llega a la puerta siempre cerrada del noviciado; llama; el portero corista Romualdo Espinás le recibe, y oye de su boca que ya está poniéndose fuego en los franciscos, y así, que viene por su cuñado. Espinás corre y pone la triste nueva en conocimiento de sus compañeros, quítase el hábito, toma una gorra, y huye, imitándose otros (3). Esta fué la señal



(1) Relación cit. del P. Pedro Carrencá.

(2) Me lo dijo D. Luís Ubach y Aymerich, presbítero, hijo de D. Pablo; me lo dijo una hija de dicho D. Pablo, y otras personas que lo habían oído de boca de D. Pablo.

(3) Relaciones de varios frailes, especialmente la de los PP. Espinás y Ribé, la primera en Barcelona a 21 de diciembre de 1880, y la segunda en Barcelona a 6 de junio del mismo año.

de la primera dispersión, pues unos salieron a la calle en busca de techos amigos, otros a otras partes, y otros quedaron en el convento, donde parece que nuevamente renació alguna calma. Sin embargo opino, que los más de los dominicos huyeron y se abrigaron de casas de deudos o amigos, y que en ellas hallaron asilo no sólo aquella noche, sino los días siguientes, no yendo a los fuertes, pues las listas de los pasaportes, librados después por la autoridad, cuentan sólo 34 dominicos.

Aunque a aquella hora la cena estaba puesta, casi ninguno de los frailes estuvo para comer, que otra cosa no permitían el susto y la ansiedad. Sin embargo, como los ancianos veían lejano el peligro, hubo alguno, tal como el Padre Raimundo Casas, que tranquilamente quiso cenar, y cenó (1). Consistía aquella noche el plato de la cena en una tortilla de un par de huevos, que, abandonada por los frailes, fué pasto de los amotinados (2).

Anochecido, llegaron las turbas y pusieron fuego al templo, bien que al principio sin lograr su intento, según narré en el capítulo anterior; mas azorados los frailes que habían quedado en la casa, corrieron en busca de salvación, dirigiéndose los más al terrado del templo (3). Durante el incendio parece que los frailes en demanda de auxilio tocaron la campana (4).

La puerta de la escalerilla del terrado se abría en el primer piso alto del claustro, y ésta pasaba junto al órgano. Unos veinte frailes corrieron a dicha puertecita, y con tanto azoramiento que se agolparon en ella hasta no poder pasar, de modo que uno de ellos, el entonces Fr. José Cid, al hallar obstruida por el agolpamiento de sus compañeros la más estrecha puerta que se hallaba después del órgano, saltó por encima de ellos con tanta ceguera que dando con la cabeza contra el arco o

dintel de ella se lastimó, hasta derramar sangre. Subieron precipitadamente la escalerilla de caracol, toda de pulida piedra, y llegaron al terrado del templo, donde tenían la arriba dicha provisión de piedras para defenderse. Mas sea que el azoramiento les exigiese todavía mayor separación de los amotinados, sea que muy pronto el intenso fuego que bullía bajo sus pies les indicara el peligro de un hundimiento, aquí, como en el Carmen, quisieron los frailes subir al campanario. La operación no era de sí fácil, y mucho menos en las horas de la obscuridad nocturna. La torre no tenía escalera de albañilería. Su cañón interior, de trecho en trecho, venía dividido por vigas; y éstas no cubiertas por tablas que formasen un piso más que en una mitad, de guisa que el tubo interior tenía sólo de vez en cuando entablados en semicírculo. Se subía de unos a otros por escaleras de mano que no daban directamente en el entablado superior, sino en una viga, en la que por lo mismo había que apoyarse para saltar al tablado semicircular superior. El corista Fr. Cid, para mejor asegurar el pie, subió descalzo.

Llegados a la estancia superior, algunos propusieron derrumbar la última escalera sobre las demás para enteramente imposibilitar el acceso de extraños, mas el citado Fr. Cid se opuso a ello considerando que en una u otra ocasión ellos tendrían que bajar. Sin embargo, para evitar el ascenso de perseguidores, quedóse en el extremo de dicha escalera dispuesto en caso necesario a hacerla bambolear y derrumbarla. Pero, aun no viéndose seguros aquí en el aposento de las campanas, los dichos frailes ascendieron al terradito superior de la misma torre, al pie de la esbelta flecha o pirámide gótica que la terminaba. Formaba un corredorcito de unos tres palmos de anchura, sin más barandilla que las almenitas de adorno que le rodeaban. Allí se agacharon, sentados en el suelo de espaldas al chapitel y con el rostro sobre las almenas.

(1) Relación citada del P. Jaime Ros.

(2) Relación citada del P. Miguel Calvila.

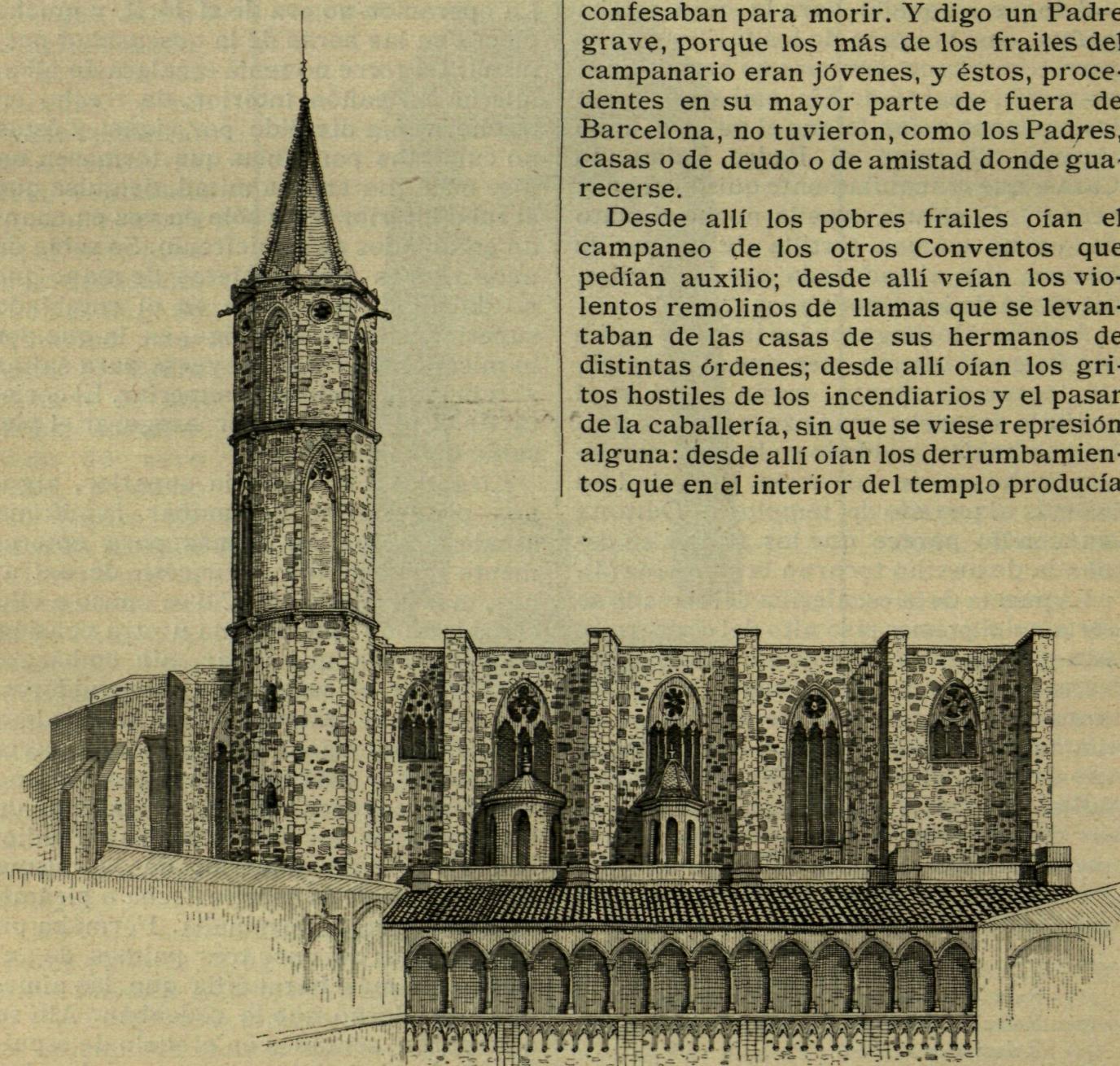
(3) Relaciones varias.

(4) Relación de D. Pedro Subiranas en Barcelona a 26 de enero de 1883.

Ni aun en aquellas elevadas alturas faltaron peligros y sufrimientos morales. Ardían el inmenso retablo mayor, el órgano y algunos otros de los próximos retablos. Por los ventanales del templo, situados precisamente al pie del campanario, brotaban con tal furia las rabiosas llamas que hasta ponían peligro de incendio en las casas vecinas, y subían sus chispas, sus pavesas y su tupido humo hasta la cúspide de la torre, la que, como palo de

una pira, se hallaba rodeada de fuego y humo. Ambos sofocaban a los pobres en la sumidad refugiados, y tenían éstos continuamente que sacudir sus hábitos para evitar quemarse, de tal modo que a no ser éstos de lana lo pasaran mal, y aun así el corista Jerónimo Coch, hijo de Camprodón, salió con el hábito chamuscado. Tales andaban los peligros, que las cuerdas de las campanas se quemaron; y tales andaban los ánimos, que, teniendo los frailes entre ellos un Padre grave, se confesaban para morir. Y digo un Padre grave, porque los más de los frailes del campanario eran jóvenes, y éstos, procedentes en su mayor parte de fuera de Barcelona, no tuvieron, como los Padres, casas o de deudo o de amistad donde guarecerse.

Desde allí los pobres frailes oían el campaneo de los otros Conventos que pedían auxilio; desde allí veían los violentos remolinos de llamas que se levantaban de las casas de sus hermanos de distintas órdenes; desde allí oían los gritos hostiles de los incendiarios y el pasar de la caballería, sin que se viese represión alguna: desde allí oían los derrumbamientos que en el interior del templo producía



LADO SEPTENTRIONAL DEL TEMPLO DOMINICO DE BARCELONA, SU CAMPANARIO
Y UNA ALA DEL CLAUSTRO

el incendio; desde allí veían y oían la algazara de las gentes hostiles deterrados vecinos; desde allí oyeron que se rompía por los revolucionarios la vajilla del refectorio; y por la mañanita desde allí vieron el incendio del convento o habitaciones, y el desapoderado saqueo (1).

De estos frailes que se refugiaron en el campanario conozco los nombres del Padre Lector Pedro Puig, con el cual se confesaron los jóvenes; del Padre Narciso Comas, del Padre Antonio Ferrer, del Padre Francisco Capará, del Padre Miguel Calvila organista; de los coristas Fr. José Cid, Fr. Jerónimo Coch, Fr. Fortián Novellas, Fr. Sadoc Vilarrasa hermano de Don Eduardo María, al cual todos hemos conocido párroco y después canónigo de Barcelona (2). Quizá sorprenda al lector encontrar entre los frailes del campanario al Padre Francisco Capará, paralítico, por efecto del dolor de gota, y, por lo tanto, imposibilitado de subir. Efectivamente, en aquella noche, como en las demás, hallábase, o en la cama o en su sillón, y sin movimiento propio; pero las circunstancias que le fueron rodeando, como la falta de cena y asistencia, el movimiento inusitado de los fugitivos, los gritos de la calle, etc., le dieron a comprender la mucha razón del aviso de su hermano Isidro, arriba explicado. Por lo que el Padre hace un supremo esfuerzo, asómase a la ventana, y ve que la casa arde, y recibiendo del miedo fuerzas que la enfermedad le quitará, sale de la celda, y se encamina al terrado en momentos tan críticos que las llamas le chamuscaron el escapulario. Los frailes del terrado, al oír el ruído de su ascenso por la escalerilla, creyéndole un perseguidor, le recibieron a pedradas, hasta que, dando él fuertes gritos, le reco-

nocieron la voz, y le ayudaron a subir (3).

En las primeras horas de la siguiente madrugada, los pobres frailes del campanario oyeron voces que les llamaban, indicándoles que bajaran. Dos o tres de ellos se levantaron, y vieron que las tales voces procedían de la autoridad que acudía a salvarles, y así todos determinaron bajar. Mas la impresión que, al levantarse del suelo y con la luz del día examinar la redonda; la impresión que el dejar la tierra firme del terradito y poner los pies en las escaleras, teniendo abiertos delante los grandes ventanales del campanario; la impresión que la inmensa altura, y la vista de los terrados de las casas y la profundidad de las calles, vistos por dichos ventanales; la impresión, digo, que tales vistas producían en las por otro lado commóvidas cabezas de los frailes, no es para explicada; era capaz de desvanecer al más esforzado. Las cuerdas de las campanas estaban quemadas, el maderamen de ellas había comenzado a arder: a tal punto había llegado el peligro. Bajaron al terrado del templo, no sin que para este descenso fuese necesario que los albañiles ayudasen a algunos de los frailes. Para dejar el terrado, no podía utilizarse la escalerilla de caracol, obstruida, como estaba, tanto por las piedras arrojadas desde arriba por los frailes, cuanto, y más aún, por el fuego del órgano. Los albañiles, a toda prisa, abrieron un boquete en la obra nueva de la calle de Freixuras, que por los pies del templo comunicaba con el terrado de este; y así los religiosos tuvieron que caminar en su total longitud el techo de dicho templo, sorteando las grietas, fuego y humo producidos por el incendio.

Bajaron todos a la huerta. Acordáronse allí de que en el convento había un fraile muy anciano y paralítico, decano de la Comunidad, el Padre Casas, que estaba en la enfermería; y así fueron por él. Había aquella noche sufrido mucho por causa del humo y del espanto; y sin duda

(1) Las anteriores noticias de la huída y estancia en el campanario proceden de relaciones de varios de los frailes que las efectuaron, especialmente del después canónigo de Vich D. José Cid. Barcelona 16 de junio de 1882.

(2) Relaciones de varios frailes de esta casa.

(3) Relación citada del sobrino del P. Capará.

la circunstancia de hallarse la enfermería algo separada de los corredores de las celdas, lo mismo que la biblioteca, salvó a ésta y al fraile. Además, había en la Comunidad otro religioso anormal por razón de tener algo perturbada la cabeza, el Padre Antonio Ferrer. De éste me dijo un su compatrio, que se salvó en el campanario; mas el Padre Calvila me dijo que no fué así, sino que como loco pasó la noche paseando por su celda, que estaba algo separada de las demás, y que cuando los dichos frailes estuvieron en la huerta, se fué también por él. Parece que la conmoción de aquella noche acabó de trastornar su cabeza, y quedó dominado de la manía de que un jefe de la tropa le había dicho que él no era ni fraile ni sacerdote, y de aquí él deducía que no podía celebrar, y efectivamente no celebró más (1).

Un vecino, movido de caridad, llevó vino a los amilanados frailes para animarles. Colocados ya en la huerta, el jefe les preguntó si alguno quería recoger algo de su celda, mas tan abatidos venían los frailes que ninguno aceptó el ofrecimiento. Sólo sí el corista Fr. José Cid, quien, acompañado de un guardia nacional, subió a su aposento, allí se calzó unos zapatos en lugar de los que en la noche dejó en el terrado del tem-

plo, y poniendo algunas cosas en un cofre o baúl, lo bajó a la huerta, dejándolo en manos de un empleado de la casa (2). El jefe daba prisa a los frailes, y así fué que, colocados entre dos filas de nacionales, o urbanos, y a paso acelerado fueron conducidos a la Ciudadela.

Iban delante del convoy tres o cuatro caballos para despejar; seguían los religiosos a pie entre dos filas de guardias urbanos, o nacionales: venía luego una tartana con los ancianos; y finalmente, en una camilla, era llevado el Padre Casas, paralítico (3). En el llano de la Ciudadela toparon con muchos grupos, pero entraron en el fuerte sin novedad, y al dejarles les dijo el jefe de la fuerza: «ahora ya están salvados» (4). Creo que el jefe de la fuerza era Borrell.

Dije arriba que el cuñado del corista Fr. Manuel Ribé fué quien, al tener noticia del

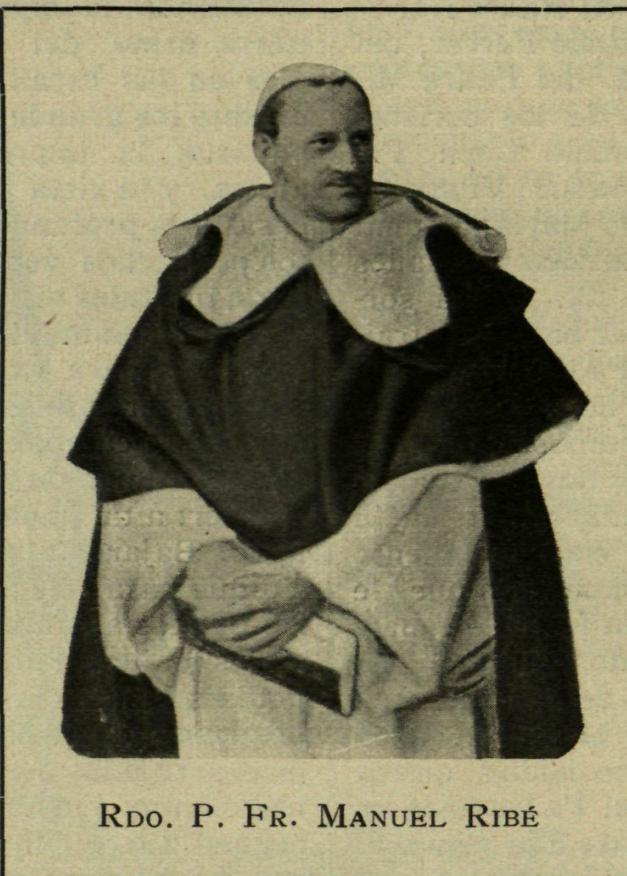
incendio del Convento de Menores Franciscos, corrió a avisar al de Dominicos; mas el fraile no salió con él, sino que, siguiendo al mayor grupo de sus compañeros, paró en el terrado del templo, o campanario. Empero, aquí, tratándose de fuego, comprendió no hallarse bien sobre un lugar que podía incen-

(1) Relación citada del P. Calvila.—Y relación de un sacerdote de Mataró, donde vivió después el P. Ferrer.

(2) Relación del mismo entonces corista don José Cid, en Barcelona a 16 de julio de 1882.

(3) Los vió pasar el corista Fr. Romualdo Espinás. Barcelona 21 de diciembre de 1880.

(4) Relación cit. del P. Miguel Calvila.



RDO. P. FR. MANUEL RIBÉ

diarse, y, por lo mismo, descendió de aquellas alturas. Al atravesar el claustro, topó con el Padre Narciso Comas y Casanova y el Padre Juan Planas, a los que manifestó de dónde venía y el peligro que allí se corría, por lo que resolvieron salir a la huerta, y desde ella saltar a la de una buena señora que habitaba en la calle Baja de San Pedro. Era la casa número 32 actual, conocida entonces por Casa Letxós. El jardín trasero de esta casa estaba separado de la huerta del Convento por una cerca almenada, muy alta del lado del cenobio, pero mucho menos por el de la casa, porque estaba situado a nivel del primer piso alto de la casa. A ella venía adherido el zafareche de la huerta del Convento. Para encaramarse hasta la sumidad de la cerca, los dichos frailes colocaron una silla sobre la baranda del zafareche, y desde ella tiraron una cuerda en lazo a una de las almenas, logrando así atarla a ella; y por la cuerda, con la dificultad propia de los desacostumbrados a los ejercicios gimnásticos, subieron. Sin embargo, antes de practicarlo, esperaron un rato a que las sombras de la noche les libraran de peligrosas miradas.

Llegados al jardín, no se atrevieron a llamar en el balcón, porque, aunque uno de los tres frailes tenía ya convenido con la señora que llamaría, sin embargo temieron que ésta tuviera visitas y la comprometieran, o que se hallara fuera de casa y entonces se comprometieran ellos. Pero he aquí que, pasado un rato, se oye abrir el balcón del segundo piso, y luego cerrarlo. Era, según supieron después, que hallándose la señora ausente de casa, y habiendo la criada oido ruido en el jardín, quiso desde dicho piso segundo inspeccionar qué pasaba en aquél. Como vió en él tres hombres, pues en el convento los frailes se habían vestido de seglar, los creyó ladrones, y levantó el grito de *¡ladrones!*; de modo que al cabo de un tiempo de repente se abrieron los postigos del balcón del primer piso, y apareció tras de sus cristales una turba de

vecinos armados con palos y otros objetos. Preguntan éstos a los frailes, los cuales les contestan manifestando toda la verdad, en cuya comprobación muestran la rasura. Tranquilizados los vecinos, se retiraron, pero dejaron en el jardín a los religiosos hasta la llegada de la señora, les dieron alguna bebida y una manta para abrigarse, pues, a pesar de hallarse el tiempo en 25 de julio, la conmoción moral tenía tan concentradas las fuerzas de los perseguidos, que sufrían frío.

Los mismos vecinos avisaron al Comisario de policía, que supongo sería el que vivía allí en una de aquellas casas próximas, llamado Don Francisco de Llosellas, persona muy buena y querida, del cual harto hablaré muy luego, y cuyo excelente hijo, el notario Don Melitón, todos hemos conocido. Acudió presuroso el Comisario, y preguntó a los frailes por sus intentos, y como ellos contestaron que de irse a sus casas, les aconsejó que por de pronto no se moviesen, porque el mal disfraz y la rasura podían comprometerles.

Al otro día, el 26, la señora dijo a los frailes que precisaba buscar medio de escaparse porque la habían amenazado con quemarle la casa; y así por la indicada criada se llevó recado a las familias respectivas. La misma noche del 26 éstas fueron a recoger a los frailes, los cuales se dieron cita para la Ciudadela, y para mejor disimular su estado se dirigieron adonde desearon, acompañados de sus hermanas. El cuñado del Padre Ribé tenía amistad con el oficial de la guardia del palacio, y recabó de él que le facilitara algunos soldados. Salieron de casa Letxós y efectuaron la travesía hasta la Ciudadela, yendo delante el dicho cuñado para inspeccionar el estado del terreno, siguiendo luego el fraile llevando del brazo a su hermana, y cerrando un trecho más atrás la comitiva los soldados (1).

(1) Toda esta relación de la fuga de los tres frailes por casa Letxós me la contó el mismo Padre Manuel Ribé en Barcelona en 6 de junio de 1880.

Y cuenta que los dichos tres dominicos, o quizá otros que parece había en la huerta ocultos, no dejaron de correr grave peligro en ella, pues después los incendiarios salieron del convento, y alumbrándose con antorchas, registraron la huerta; mas algunos vecinos (que en aquellas casas abundaban los buenos), temiendo por los religiosos que tal vez hubiese allí escondidos, dieron voces a los amotinados, diciéndoles que iban a perjudicarles en sus intereses, que les quemarian sus géneros, especialmente los extendidos por un fabricante allí en un terrado, y así los aventaron de la huerta, y salvaron a los frailes, los cuales después serían recogidos por la tropa (1). Los frailes del campanario vieron este registro de la huerta, y uno de ellos me lo refirió.

En el ángulo occidental del edificio del convento, con puerta y aberturas en la calle de Freixuras, estaba instalada una tahona llamada de Santa Catalina, porque, en efecto, era la del Convento, y la que le proveía de pan. Sin embargo, y como es natural, no comunicaba con el interior del convento más que por medio de un torno para el paso del pan. En los momentos del apuro, por aquí salieron el Prior Padre Domingo Roma, el Lector Padre Francisco Vila, hijo de Sabadell, el otro Lector Padre José Bassols, y algún otro, quedándose de pronto en la tahona. El tahonero Vicente Munné (2) les recibió galante, y corrió no sólo a cerrar la puerta, sino a atrancarla, colocando tras de ella una fuerte barricada de sacos de harina. Y no son para olvidados los apuros que para tal huida experimentó el Prior, hombre, si notable por su saber, no menos por su corporal

magnitud, la que ofreció grandes dificultades para encajarle dentro de un torno destinado al paso del pan.

En esta ocasión hallábase frente del convento un mi amigo, de nombre Don Manuel Oller y Pallarol, quien, como lazos de amistad le unían al dicho panadero, se dirigió a él. Llamó a su puerta, salió éste al balcón, y mandó abrir la puerta, operación no corta por importar el derribo de la barricada de sacos. El panadero introdujo a Oller en el comedor, donde éste se encontró con los dichos frailes, todos aún con sus hábitos. Oller les participó que acababa de ver que se ponía fuego al convento. Allí fué el espanto y el discurrir el modo de salvarse, comprendiendo que aquella casa, tan conjunta con el cenobio, no ofrecía seguridad. Encargáronle, como primera medida, que les procurase ropas sencillas. Salió Oller y se dirigió a casa de su padre, frente de Santa Marta, en la Riera de San Juan, de donde sacó un buen lío de aquellas prendas de vestir. Disfrazados ya los religiosos, Oller acompañó el Prior y otro fraile a la mentada casa de su padre. Regresó a la panadería, y sacó otros dos, conduciéndolos a su propia vivienda, situada en la calle de Escudellers y esquina a la de Obradors. Oller contaba entonces 25 años, y en aquel acto, regresando, como regresaba, del convite de una boda, vestía elegantemente con pantalón blanco, frac y sombrero de copa, así que su aspecto alejaba todo olor de convento. Tranquilamente, conversando de materias indiferentes, se dirigieron a la dicha habitación. Al acercarse, adelantóse un poco Oller para explorar el terreno y abrir; y hecho, introdujo a obscuras los frailes en su casa.

Empero, en la esquina de enfrente habitaba un sastre, cuya criada aquella noche frecuentaba el balcón, y observó la entrada sigilosa de los tres. Por otro lado, uno de los días siguientes, Oller, con el deseo de mejor ocultar a los frailes, puso cortina en su balcón, acción que aumentaba las sospechas de los vecinos.

(1) Relación de D. Melitón de Llosellas en Barcelona a 6 de diciembre de 1880.

(2) En las cuentas de la Amortización del cobro de alquileres de fines de 1835 figura como inquilino de la consabida tienda Vicente Moner, que es el dicho Munné, y paga por alquiler 192 duros al año.

La madre de Oller les llevaba el alimento. Uno de aquellos días un joven rico, pero muy revolucionario, visitó a Oller, y se empeñó en ver su piso, diciéndole: «nada, nada, me has de mostrar tu piso, »a ver si tienes por aquí alguna chica». No hubo más remedio que acompañarle a toda la habitación, pero afortunadamente no se empeñó en abrir una camarita de la cocina donde muy quietos estaban encerrados por dentro los dos religiosos. Mas creció el apuro un día en que, Oller estando ausente, se presentó el celador de policía con sus esbirros, diciendo que se temía que allí se ocultaba gente sospechosa. Salió a responder la dueña de la casa que con su familia habitaba uno de los pisos altos, y en el cual comía el señor Oller, entonces soltero aún. Dijo la señora al celador que no permitiría que aquella casa fuese registrada, porque en el primer piso vivía Oller, del cual ella respondía; en el segundo, una señora muy amiga del mismo celador, y en el tercero, ella, y así que holgaba toda pesquisa. Retiróse el celador, pero los frailes no podían continuar allí, por cuya razón se trasladaron a otras casas, remudando varias, porque en todas partes temían (1).

Ya que el señor Oller tiene la palabra, pues son suyas las noticias anteriores, dejémosle que acabe su relación, aun entrando en un episodio, que si bien no toca a los frailes dominicos, cae de lleno en el círculo de la revolución de 1835. Apunté arriba que dicho señor aquel día había asistido a un convite de boda. Efectivamente, la víspera se había celebrado el casamiento, y el día de Santiago el banquete, éste en la fonda de la *Orada*, en Gracia. El novio, de nombre F...., era hijo de un tabernero de aquellos barrios del Convento dominico, y cuando niño había cursado algún tiempo para sacer-

dote. El día siguiente al de Santiago, el señor Oller fué a casa del novio para presentarle la cuenta de sus trabajos, y allí con no poca sorpresa vió un sable ensangrentado; de modo que el tal F...., al regresar del convite de su boda, acabó de celebrar la fiesta matando frailes. Oller, al verle, le dirigió algunas reflexiones o reprensiones, a las que F.... contestó, no negando el crimen, sino suplicando a Oller que lo tuviera oculto (2).

El mismo padre del señor Oller acompañó a San Vicente dels Horts los Padres Roma, Prior; Vila, Lector, y Bassols, también Lector, y allí los acogió la familia Munner, distinta de la del panadero, de la que era hijo un Don Pablo Munner, muy buen señor, al cual en Barcelona todos conocimos. El Padre Vila, natural de Sabadell, muy pronto pasó a su entonces villa; el Padre Bassols estuvo un tiempo más, pero a no mucho tardar también se largó; pero el Padre Roma quedó allí, donde sufrió varias persecuciones, debidas, según voz popular, a un liberal influyente de la población. No le faltó a éste su castigo. Vivía en San Vicente un loco de nombre Vicente Romagosa, el cual había sido criado del célebre Padre Segismundo Riera, asesinado en la calle de San Pablo. La tragedia del asesinato de su amo le trastornó la cabeza, una de cuyas manías consistió en hacer discursos contra los liberales. A cada rato se presentaba frente de la casa del indicado liberal y le echaba su larga perorata. Siempre su vista estaba fija sobre el liberal; de modo que si en la iglesia, desde el presbiterio, donde solía colocarse, veía que aquél se dormía, corría y, tocándole, le despertaba; en una palabra, fué la pesadilla del liberal. Romagosa gozaba de temporadas lúcididas, y en ellas refería la muerte de su amo (3).

Los demás religiosos se fugaron cada

(1) Debo toda esta relación de los hechos en que intervino D. Manuel Oller y Pallarol a él mismo, en Barcelona a 27 de febrero de 1884 y 30 de enero de 1885.

(2) Relación citada de D. Manuel Oller.

(3) Relación de D. Pablo Munner y Vilaplana en Barcelona a 21 de febrero de 1884.

cual por su lado, y, a lo que mi pobre investigación alcanzó, sin tropiezo especial. Así del Padre Maestro Ribas se me dijo que salió por la mañana del 25 (1). Otros, disfrazados de seglar, y cubierta su cabeza con una gorrita entonces muy en uso, cuya parte superior era de hule, se escurrieron al anochecer por las calles de San Jacinto y Flor del Lliri, escondiéndose por aquellas casas. Uno de éstos fué visto de los amotinados, y perseguido hasta la casa donde entró, mas la mujer de ella negó que estuviera allí, y le salvó (2). Aquella misma tarde el Padre Lector Clotet y el Padre Martí se refugiaron en casa del médico Don Juan Illa, en la calle de Giralt Pellicer; pero, disfrazados, por la noche fueron acompañados por Illa a casa de un señor Prats, fabricante de fideos, que vivía frente la iglesia de San Cucufate. Aquí se les ocultó en el depósito de la harina con la tapa levantada para que aquéllos pudieran respirar, mas dejándola caer en momentos de peligro (3). El Padre Jaime Ros, a eso de las siete y cuarto, huyó a casa de un primo suyo, sin tropiezo, a pesar de haberse cruzado con los amotinados en la Riera de San Juan (4). En una salida igual, efectuada a las ocho dadas, por el Padre Pedro Carrencá, topó éste también con los amotinados en la esquina de la calle del Arco de San Silvestre con la de Mercaders, pero sin ser conocido (5). El Padre Romualdo Espinás llamó a una casa amiga de la calle de Candelas, mas nadie le respondió; y entonces se dirigió y refugió, como dije arriba, en una panadería de la calle de Moncada, número 1 actual, frente de la callejuela de Boquer. Era tal

la emoción que llevaba Espinás, que al subir la escalera de la tienda hasta el entresuelo interior, apenas podía adelantar por efecto del temblor (6). Se me ha dicho que algunos de los frailes de Santa Catalina se abrigaron de la hospitalidad y buena amistad del vecino chocolatero de nombre Galtés (7). También oí referir que en los momentos del tumulto o robo el joven Padre Villar, disfrazado de pillelete, y con un fardito bajo del brazo, salió por la puerta del *Trají*; que la gente allí agolpada le creyeron un granuja y su lio su botín, de modo que al verle exclamaban: «mira, mira, aquel ya hizo su fardo». Que le abrieron paso y huyó. Después notó que aún llevaba los zapatos de fraile, y se asustó (8). ¡Lamentables tiempos en los que los religiosos son perseguidos y los granujas protegidos! Tarde también, y cuando ardía ya el templo, asomóse a la ventana de su celda el Padre José Monté, y al ver el terrible incendio exclamó: «Jesús, Jesús, Jesús», y se escapó no sé por dónde (9). Un vecino de la calle de Giralt Pellicer me contó que al amanecer dió por curiosidad una vuelta por aquellas calles, y que en la de la Palma de Santa Catalina vió no con poca sorpresa al Padre Pedro Mártir Vives (hermano del célebre jurí consulto Don Pedro Vives y Cebriá), vestido de hábito, que tranquilamente se dirigía sin duda a su casa. Vió que un guardia nacional por detrás del fraile, y con una corta hacha en la mano, corrió a matarle; que levantaba ya el brazo, cuando acudió presuroso un cabo de los mismos guardias nacionales, y le detuvo diciendo: «De noche sí, pero de día no, »que nos comprometes»; y el fraile se salvó. Me lo contó, digo, Don Francisco Canyellas, quien vió por sus ojos y oyó

(1) Relación de su sobrino D. Joaquín Armengol. Barcelona 20 de febrero de 1893.

(2) Repetida relación de un joven vecino.

(3) Relación del mismo D. Juan Illa. Barcelona 5 de mayo de 1882.

(4) Relación del mismo. Barcelona 3 de marzo de 1880.

(5) Relación de él mismo. Barcelona 11 de febrero de 1884.

(6) Relación del mismo. Barcelona 21 de diciembre de 1880.

(7) Relación de un amigo de Galtés.

(8) Relación de D. José María Rocabella. Barcelona 9 de junio de 1880.

(9) Una vecina lo vió.

por sus oídos toda la escena (1). Una mujer de la calle de Tarrós, de apodo *la Coixa*, cogió al Padre Vives, lo metió en su piso, y lo disfrazó con un traje de pana de su marido (2), quedando hecho una facha que excitaba la risa de aquellos barrios, donde, por lo popular, era muy conocido.

minaron al corredor que desde la cocina conducía a la carpintería, en el cual corredor había la entrada al gran depósito de la letrina. Por medio de dicha escalera subieron a un como desván, cuyo techo media unos tres o cuatro palmos de altura, y se formaba entre el primero y segundo techos de dicho depósito, pues tenía dos.

LAUDE DE UN SARCÓFAGO DEL CLAUSTRO DE SANTA CATALINA DE BARCELONA

HOC : MONUMETUM : EST : P :
DE : AREA : CT (et) : FFRANCISCI : M :
ATHEI : ET : SUORUM :

EXPLANACIÓN. — **X** HOC : MONUMETUM (*monumentum*) : EST : P :
(*Petri*) :
DE : AREA : CT (*et*) : FFRANCISCI : M :
ATHEI : ET : SUORUM :

TRADUCCIÓN. — *Este monumento es de Pedro de Area y de Francisco Mateo y de los suyos.*

Escala de 1 por 5.

Hoy está en el Museo provincial de antigüedades, donde tiene el número 833, pág. 189 del catálogo.

El cocinero en Santa Catalina era un seglar de nombre Pablo, y su ayudante un chico, entonces de catorce años, de nombre Cayetano Estalella, al cual yo mucho traté ya viejo él. Al ir a poner la cena en la mesa el 25 de julio, el cocinero dijo al Cayetano que había llegado el momento de esconderse. Tomaron entonces ellos una escalera de mano y se enca-

(1) En Barcelona a 1.^o de diciembre de 1882.

(2) Relación del mismo Sr. Canyellas.

Tras sí subieron la escalera, y el cocinero llevó consigo para su defensa algunas cuchillas de la cocina, de las que al subir se le cayó una. Durante la noche muchas veces los amotinados pasaron por el pie del indicado desván, y los dos escondidos veían el resplandor de las antorchas y oían los horribles disparates que proferían. Uno de ellos cogió la dicha cuchilla y exclamó: «Al fraile que hallemos le cortaremos la cabeza con esta cuchilla».

La mañana siguiente, de nueve a diez, oyeron que eran llamados por sus nombres, y comprendieron que eran voces amigas. Bajaron del desván. La primera idea de Cayetano fué la de ir a su celda para recoger un traje y calzado nuevo que se le había hecho, pero al ver la cocina ardiendo, y en su patio una hoguera en la que las ollas de metal de ella estaban candentes, desistió de su intento. Pasó al huerto, donde cerca del zafareche vió seis u ocho frailes viejos impedidos, sin duda recogidos por la autoridad, y luego salió por la puerta del *Trají*. Al lado de esta puerta, desde una ventana de la panadería, unos individuos desconocidos iban repartiendo al pueblo ropas del Convento, tales como sábanas, hábitos, etcétera, a par de botín ganado al enemigo. Y tanto es así que a Cayetano le dieron dos hábitos que después nadie quería en su casa (1).

Escribí en su lugar que el ataque posterior y triunfante contra Santa Catalina se efectuó por su puerta lateral. Quemada la puerta de San Jacinto, los incendiarios osadamente entraron en el templo. Luego oyóse revolcamiento de objetos de madera dentro de él, ruido que opino provendría de que arrastrarían los bancos, confesonarios y demás, y los amontonarían al pie del altar mayor (2). Sin tardanza ardió este, que era de pino. Ardieron igualmente el contiguo del lado del Evangelio, dedicado a San Martín; el siguiente del mismo lado, o sea de la Virgen de Montserrat, allí comúnmente apellidada de la Bona Sort; y el otro, contiguo a éste, de Santa Rosa. Ardió, como era natural, el grandioso órgano, suspendido como se hallaba sobre el dicho retablo de Montserrat; pero sin embargo,

(1) Debo todas estas noticias del cocinero y de su ayudante a éste, Cayetano, quien me las dió en Barcelona a 21 de abril de 1882, y con el cual tuve muchas y largas conferencias.

(2) Me lo dijo el vecino de este convento señor Canyellas, quien oía el ruido de las maderas en el templo. Barcelona 1.^o de diciembre de 1882.

contra lo natural, con haber quemado el retablo de Santa Rosa, quedaron ilesas la tribuna y la puerta de San Jaime de la misma capilla (3). Las potentes llamas acribillaron las vidrieras, y por todos los vanos brotaban con rabiosa furia; de tal modo que, como escribí, pusieron en muy grave aprieto a los pobres frailes que se habían refugiado y escondido en lo alto del campanario (4), y hasta amenazaban a las casas vecinas. Algunos de sus habitantes corrieron a sacar muebles para ponerlos en salvo (5). Al día siguiente, 26 de julio, el interior del templo, mirado desde la plaza por el vano de la puerta principal, parecía un horno encendido en ascuas (6). Los altos arrimaderos de los caja-bancos de los lados del presbiterio presentaban una fila de llamas a cada lado, producida por las figuras de frailes o santos dominicos que formaban el remate o crestería de dichos arrimaderos, los cuales ardiendo cada uno por sí, asemejaban una fila de hachas (7).

Bajo del retablo mayor había un ataúd con el cadáver de una señora que un monacillo de esta casa me calificó de reina. Ardería, como el retablo bajo el cual se cobijaba (8).

La imagen de la titular media grandes dimensiones, representando la Santa mártir apoyada sobre la rueda erizada de puñales que fué el instrumento de su martirio. Al cabo de un buen rato del incendio desde las vecinas calles se oyó el profundo retumbar de su caída. El fuego socavaría su base, y se desplomó (9).

(3) Muchas veces me dijo estas noticias el monacillo de este Convento D. Jaime Torallas.

(4) Relación citada de D. José Cid.

(5) Relación del vecino del convento D. Francisco Canyellas. Barcelona 1.^o diciembre de 1882.

(6) Relación del vecino D. Pablo Mota. Barcelona 5 de mayo de 1882.

(7) Relación de la hija de un señor que lo vió.

(8) Relación de D. Jaime Torallas el monacillo. Barcelona 27 de julio de 1895.

(9) Relación de D. Simeón Tuyet, que vivía en la calle de la Palma de Santa Catalina. Barcelona 30 de marzo de 1886.

El incendio, sin embargo, con haber alcanzado tanta intensidad, no abrió la muy sólida techumbre del templo. «Solo se »había dañado, por efecto de éste, un arco »de su bóveda. La piedra que le formaba »se hallaba calcinadá; pero admitía un »reparo, y podía bien restaurarse» (1).

Aquella noche también se puso fuego en la puerta de la Virgen de la Parra, situada, como expliqué en mi obra anterior, en el extremo N. de la calle de Jaime Giralt, frente la de Gombau (2).

Un benemérito carpintero de nombre Liborio Riquer, que vivía en la Riera de San Juan frente casa Senmenat, o sea junto al callejón del *Infern*, trabajó cuanto pudo para salvar del incendio de los templos regulares las Sagradas Formas, y con este empeño, en las primeras horas del 26, fué a pedir al Señor Cura párroco de San Cucufate que acudiese a sacar las de Santa Catalina. El Cura Don Manuel Font, después canónigo de la Catedral, acompañado del mismo carpintero y de dos chicos, acudió presuroso; penetró en el templo por la puerta de San Jacinto, pasando por sobre los encendidos carbones de ella; halló dentro un verdadero horno en combustión. Torció hacia la próxima capilla del Santísimo, halló la puertecita del sagrario cerrada, y aunque el osado carpintero propuso ir a la sacristía por las llaves, cosa imposible, el párroco ordenó abrirlo con unos martillazos; y hecho, sacó el copón y el pixis, y lo llevó a su parroquia. A todo esto el párroco vestía sus hábitos y la gente le miraba con respeto porque adivinaban su tesoro escondido. El mismo me contó el hecho, y me añadía que en el interior del templo el calor llegaba a punto insoprible, y aumentaba el terror el ruido de

los continuos derrumbamientos de fragmentos de los objetos incendiados (3).

Muy pronto las turbas penetraron en el convento o habitaciones el 26, y destruyeron, saquearon e incendiaron todo cuanto pudieron. Desde el campanario los pobres religiosos refugiados en su cúspide oyeron que los amotinados, pasando un palo por las mesas del refectorio, echaban por el suelo los vasos y los quebraban. Veían que siete u ocho hombres descerrajaban las puertas de las celdas, y entrando en ellas, colocaban en el centro el jergón, sobre de él los demás objetos, que les venían a mano, y luego les prendían fuego. En los primeros momentos parece que no se robaba. Sin embargo, ya entonces, introducidas las mujeres en la cocina y despensa, salían cargadas de vino, enseres y provisiones de boca (4). En los momentos en que el párroco de San Cucufate acudió a salvar las Sagradas Formas «entraban las gentes en el »convento por la parte del huerto, y robaban cuanto podían, especialmente las »mujeres, sacando ropas, colchones, etc.» Así me lo dijo el mismo Párroco (5). Un entonces dependiente de comercio me contó, después anciano, que él salió a la calle para observar aquella revolución. «Me fui, dijo, á Santa Catalina, entré en »el convento, y vi el robatorio más escandaloso. Las pipas de vino abiertas por »grandes agujeros, y las gentes con la »boca aplicada al agujero bebiendo. En »el suelo había un palmo de vino, y vino »que olía muy bien. Vi robar mucho, llevándose unos el chocolate por *cuitas*, »otros colchones, etc. El destrozo en la »capilla de la Buena Muerte (*el aula capitular*) era grande, de modo que las *vestas* (*hábitos de penitencia*) andaban por »el suelo. Eran las 12 de la noche» (6). Un

(1) D. Andrés Pi y Arimón. *Memoria descriptiva* de esta casa. Inédita. Academia de Bellas Letras de Barcelona. Sesión del 15 de marzo de 1842.

(2) Me lo dijo el muy enterado monacillo Torallas.

(3) Relación del mismo Sr. Font. Barcelona 10 de diciembre de 1881.

(4) Relación citada del P. Miguel Calvila.

(5) En Barcelona a 10 de diciembre de 1881.

(6) D. Juan Batlle. Barcelona 7 de julio de 1881.

vecino habitante en la calle de Trají me añadía: «Los revoltosos en las horas del tumulto robaron cuanto pudieron. Oí algunos de la turba hablar de la cuchilla que habían hallado en el convento, lo que les daba pié para motejar de pillos a los frailes» (1), cuchilla que sería la que se cayó al cocinero al esconderse.

Al robo de la noche se unió el de la madrugada y día, y allí acudían hombres y mujeres y sacaban cuanto podían, colchones, sábanas, jergones, utensilios, comestibles, todo, todo. Por la mañana por las ventanas se arrojaban al claustro, al huerto y a otras partes los tales objetos del robo, como colchones, libros, etc., ya de las oficinas comunes, ya de las celdas. Se ve que algunos de los amotinados quisieron acreditarse de íntegros no robando, y aun repartiendo al pueblo objetos del convento; pero que la turba se abalanzó como irrupción de bárbaros, y ejecutó el más completo y escandaloso saqueo. Desde el vecindario oíase el estruendo de los golpes con que violentamente se abrían las puertas, los armarios, los cofres, y con que todo se revolvía, arrebataba y destrozaba. Sirva de muestra la celda del Padre Pedro Carrencá, en la que entró una mujer con una antorcha y una hacha, y de un golpe de ésta abrió la caja y luego rompió con otro una cruz, y, como es natural, llevaría lo que halló. Hasta se levantaron enladrillados en busca de dinero (2). Consumado el saqueo, se hicieron maderas en las piezas, y se puso fuego al convento, el que, al decir de un monacillo de él, muy conocedor del barrio, ardió todo (3). Salían los papeles encendidos y se remontaban por el aire.

También en la iglesia y la sacristía se cebaron el robo y el pillaje, desapareciendo sus riquezas en vasos sagrados, utensilios e indumentos sagrados, logran-

do salvarse sólo seis o siete cálices. El magnífico lienzo de la sacristía, que se decía proceder de Murillo, corto en dimensiones, pero muy rico en mérito, que representaba la Virgen con el Niño, se pensó el día siguiente en salvarlo; se acudió, pero ya había desaparecido. Desaparecieron los grandes lienzos del piso bajo del claustro, y así muchísimas riquezas artísticas y religiosas.

Poseía Santa Catalina una joya de inestimable valor, un códice autógrafo de Santo Tomás de Aquino. Era «un libro en folio, pergamo, que contiene el libro IV de las Sentencias, escrito de mano de Santo Tomás de Aquino hasta la distinción XLIV en que continúa otra mano de aquel tiempo, que debió ser de algún amanuense, de quien es también la nota final: *Explicit IIII sententiarum secundum fratrem Thomam de Aquino*» (4). Cuando el sabio Pontífice León XIII manifestó su voluntad de difundir el estudio del Santo Teólogo de Aquino, se hizo en Roma una edición modelo de todas las obras del Santo. Entonces, a principios de 1879, llegó hasta esta nuestra tierra el empeño del Papa en hallar este autógrafo. Deseando el Nuncio de España complacer el Pontífice, encargó al Señor Don Salvador Casañas, entonces recién nombrado obispo *in partibus* de Céramo, Administrador Apostólico de Urgel, que buscara el Códice; y el Señor Casañas transmitió el encargo al que estas líneas escribe, pero imponiéndome riguroso secreto respecto del alto señor del cual procedía el encargo. Es inútil decir si tomé el asunto con empeño. No existe ni en el Archivo de la Corona de Aragón, adonde pararon muchos códices, ni en el municipal de Barcelona, ni en los manuscritos de la Biblioteca provincial universitaria, ni en el Museo provincial (el municipal entonces no existía), ni en los varios museos particulares que registré, ni en los vendedo-

(1) Relación del vecino D. Pablo Mota. Barcelona 5 de mayo de 1882.

(2) Relación de D. Felipe Carrencá, hermano del fraile.

(3) Relaciones varias de D. Jaime Torallas.

(4) Villanueva. *Viaje literario*. Tomo XVIII, pág. 199.

res de libros de lance, y esto que no perdoné pesquisa, ni aun en el museo de una sociedad de diversión de mala fama, que a la sazón existía en Barcelona. Entonces el mismo Señor Obispo Administrador de Urgel escribió al a la sazón Provincial dominico Padre Romualdo Espinás, quien, guardado en un convento de monjas, poseía un baúl con restos de los papeles del Archivo de Santa Catalina; mas nada de lo pedido se halló allí. El Archivo de Santa Catalina no ardió, y, sin embargo, el manuscrito no pareció, lo que nos dió pie para creer que los frailes no lo guardaban en dicha dependencia, sino que, habiéndolo como reliquia del Santo, lo guardarían en la Sacristia, y que allí se quemó con lo demás que ardió de ella.

Un ilustrado y sesudo médico de esta ciudad me aseguró que conocía quien con el botín que recogió de Santa Catalina se hizo rico; y una señora me contó que su padre tenía un mozo que había confesado ante su dicho amo que en el incendio de los conventos había hecho su fortuna. Luego de perpetrado aquél, se le vió comprar un caballo, después un carro, con el que se dedicó al acarreo del puerto, y después compró una buena casa.

Para que a tan lamentable tragedia no le falte su sainete, no quiero omitir que mientras los inicuamente listos en Santa Catalina saqueaban, un infeliz, apodado *Lo fart de pá*, hombre incapaz de hacer mal ni lastimar a nadie, tranquilamente se fué al refectorio, y cenó. Murió allá por los años de 1880 en Puigcerdá (1). Uno de aquellos días un vecino de aquellas casas, inquilino de una del Convento, vistióse un hábito de fraile, y en son de burla salió a la calle; burla que, por el furor que entonces bullía contra todos los religiosos, podía por una equivocación costarle cara (2).

(1) Me lo contó D. José Junoy en Barcelona a 21 de marzo de 1884.

(2) Relación del vecino D. Francisco Canyellas, citada.

No es para omitida la siguiente noticia procedente del habitante de la calle de Tarrós, Don Francisco Canyellas, que fué quien también me dió la anterior. Me dijo: «Tal era el fuego del templo, que temiendo la proximidad de un comercio de materias inflamables, procuré por la seguridad de mis cosas sacando algunas de casa. Como joven cargué con colchones, y los llevé al patio del *Hostal del Alba*. Al dirigirme á él con un colchón en la cabeza, por la muy angosta calle de Tarrós, venía de vuelta encontrada una bomba contra incendios que se dirigía á Santa Catalina. Para facilitar el tránsito de ella aceleré el paso, pero los bomberos con manifiesta ironía me dijeron: «no te apresures, que ya nosotros nos pararemos», es decir para que pue das pasar. La verdad es que venían despacio....

»Después algo más tarde, serían las cinco (*de la mañana*), los milicianos de Borrell iban deteniendo á los hombres que encontraban en las cercanías del convento, y les obligaban á acudir para apagar el fuego. Yo, á pesar de haber huido el cuerpo y de haberme puesto en la cabeza un pañuelo como una mujer, fui obligado por los dichos urbanos á pasar al convento. Allí desde la puerta de San Jacinto veía arder el órgano. Querían los nacionales que trabajase en la extinción del fuego, pero yo les contesté: «Vosotros lo habeis puesto, ¿y queréis que yo lo apague? Apagadlo vosotros». Airáronse los nacionales y arremetieron contra de mí á culatazos y empujones. Viólo Don Mariano Borrell, acudió, y enteróse del hecho. Yo le dije que tenía que ir á guardar mis muebles que quedaban en el hostal, y me dejó en libertad» (3).

En los libros del Hospital de la Santa Cruz hallo los dos asientos siguientes, a saber: que el Padre Juan Pi, presbítero, de 70 años de edad, entró en el día 30 de

(3) Relación citada, en Barcelona a 1.^o de diciembre de 1882.

julio de 1835 y murió el 29 de agosto del mismo año; y que el Padre Francisco Capará, de 49 años, entró el mismo día 30 de julio y salió el 7 de septiembre subsiguiente.

ARTÍCULO DÉCIMOTERCERO

SAN FRANCISCO DE PAULA DE MÍNIMOS

El que fué mi muy querido amigo y hermano de Comunidad en la de presbíteros seculares de la parroquia de San Jaime de esta ciudad, el exclaustrado Don Francisco Güell y Travería, me había contado, no una, sino varias veces, que a principios de agosto de 1830, paseando él con el Provincial Padre Miguel Amblás, hallaron al juez señor Castells. Este notició al Padre Provincial la revolución que en aquellos días se había desarrollado en París, en la que la lucha duró tres días y el Rey Carlos X perdió la corona. Despidiéronse del señor Castells los dos frailes, y siguieron su paseo; mas, antes de llegar al convento, el Provincial se para, toca el hombro de Güell y le dice: «Mire V., Fray Francisco, yo todavía »moriré en el claustro: V. no». Así lo dijo en redondo y sin vacilación. Efectivamente; antes de terminar el 1834 Amblás bajó al sepulcro y Güell sobrevivió a la exclaustración (1).

Así fué que en 1835 las casas mínimas de Cataluña carecían de Provincial, pues desde la muerte de Amblás las circunstancias no toleraron la reunión de Capítulo; y por lo mismo estaban regidas por un Vicario Provincial que era el Padre Pablo Roig, Lector Jubilado.

Reseñemos aquí ante todo la Comunidad del Convento de Barcelona:

(1) Varias relaciones de dicho P. Güell, especialmente en 26 de abril de 1886.

SACERDOTES

R. P. Francisco Pont, Lector Jubilado Corrector, así llaman los mínimos al Prior.

R. P. Francisco Febrer, Jubilado.

R. P. Jaime Curmina, ex Provincial.

R. P. José Constans, ex Provincial.

R. P. José Morera, Jubilado.

R. P. Valentín Montaner, Lector Jubilado.

R. P. Jaime Vilademunt, Jubilado.

R. P. Jerónimo Barbens, ex Provincial, Regente de estudios.

*Fr. Geroni Barbens M.
nini, F.*

R. P. José Prats, Jubilado Definidor.

R. P. Juan Vilademunt, Lector Jubilado.

R. P. Raimundo Turet, Colega Definidor.

R. P. Miguel Martorell, Jubilado Organista.

R. P. Francisco Garrós, Lector Jubilado, Colega y Definidor.

R. P. Juan Castells, Lector Jubilado, Definidor.

R. P. Jerónimo Forgas, Procurador.

R. P. José Henrich.

R. P. Antonio Orié, Maestro de novicios.

R. P. Francisco Gispert, Lector actual de Filosofía.

R. P. Jaime Pérez, Lector actual de Teología.

R. P. Pablo Mallafré.

R. P. Ignacio Vallés.

R. P. Francisco Güell (distinto del arriba citado).

R. P. Nicolás Casals, Vicario de Coro.

R. P. Mariano Baltá.

R. P. Ramón Güell.

R. P. Joaquín Pons (pertenecía a la Comunidad de Manresa, pero se hallaba aquí).

R. P. Manuel Vegues (pertenecía a la provincia de Aragón, pero fué destinado a Barcelona por el Padre General).

CORISTAS

- Fr. Ignacio Cots, Diácono.
- Fr. Cayetano Suñol, Subdiácono.
- Fr. José Vives, Subdiácono.
- Fr. Valentín Serramón, Subdiácono.
- Fr. Tomás Matarrodona, Subdiácono.
- Fr. Juan Casulleras, Subdiácono.
- Fr. Ramón Esplugas, Subdiácono.
- Fr. Esteban Tanat, Acólito.
- Fr. Miguel Galí, Acólito.
- Fr. Francisco Subirana, Acólito.
- Fr. Francisco Roca, Acólito.
- Fr. Ignacio Perramón, Acólito.
- Fr. Juan Casals, Acólito.
- Fr. Magín Morlá, Subdiácono.
- Fr. Juan Parera, Acólito.
- Fr. Joaquín de Torner, Acólito.
- Fr. Miguel Baltá.

LEGOS

- Fr. Juan Pallarés, Jubilado.
- Fr. Martín Martorell, Portero.
- Fr. Francisco de Asís Isalguer, Enfermero.
- Fr. Francisco Font.
- Fr. Juan Escarré, Despensero.
- Fr. Pedro Casals, Sacristán.
- Fr. Francisco Roig, Cocinero.
- Fr. Tomás Saumell, Servidor de enfermos.
- H.^o Francisco Ausó.

Las sumas arrojan 28 sacerdotes, 17 coristas, y 9 legos, y por lo mismo un total de 54 frailes (1).

A la sazón el General de la Orden era el Padre Casiano Humarán, catedrático

de Teología que había sido en Alcalá de Henares.

Como escribí en mi obra anterior, en 1834, el Padre Provincial Amblás, solicitó por la conservación de los documentos de la Orden, mandó traer a Barcelona los de los distintos conventos de Cataluña, para así librarlos de los azares de la guerra y trastornos que revolvían el Principado (2). Todavía no se habían perpetrado los degüellos de Madrid y Zaragoza, y así no podía el previsor Amblás suponer un trastorno de la ciudad tan próximo.

Fr. Miguel Amblás i Font

Pero, viiniendo a tiempos siguientes, ya las turbas mismas de Barcelona mostraron su enemiga contra los frailes, insultando, como dije en el capítulo VIII, artículo 4.^o, a los mínimos; pues en los meses que precedieron al julio del 1835, todos los sábados por la noche se situaba frente del convento una turba que se entretenía en proferir insultos contra los frailes (3). Por las calles no faltarian los acostumbrados; y los ejemplos de Zaragoza, en que tanto sufrieron los mínimos o frailes de la Victoria, no podían dejar de ser parte para producir ansiedad en los avisados. Así se llegó al 25 de julio.

En la tarde de él la Comunidad acudió, según costumbre, al coro a las cinco, donde cada día tenía en aquella hora meditación, rezo canónico y rosario. Terminados estos ejercicios, el Provincial (4), acompañado de su corista, que a la sazón era Fr. Cayetano Suñol, después muy mi amigo, dió un paseito no sé si por fuera

(1) Tomo esta lista de una que me dió el fraile de este convento P. Juan Parera, y cuyo título decía así: «Nota de los religiosos que componen la provincia de mínimos en el Principado de Cataluña, segun se encuentran en sus conventos á últimos de junio de 1835.»

(2) Relaciones varias del P. Francisco Güell.

(3) Dos distintas relaciones del P. Francisco Güell.

(4) Sería el Vicario Provincial por la razón que apunté arriba; pero como quien me dió estas noticias dijo «el Provincial», lo escribo así.

del claustro o por su huerta; y próxima la hora de la cena, subió a su celda, y se puso en el balcón para tomar el fresco. A las ocho sonaba todos los días el primer toque de la campana llamando a la cena, y entonces bajaban los frailes al *Deprofundis*. Al segundo toque acudían los superiores, y reunidos todos, rezaban el salmo de aquel nombre, y su oración, y entraban en el refectorio. Pues bien, el 25 de julio el Provincial, como apunté, estaba con su compañero en el balcón de la huerta esperando el toque. Decíale aquél a éste: «No creo que haya nada, »porque el General me ha asegurado que...» En esto de repente se abre la puerta de la celda, y entra precipitadamente el Padre Lector Francisco Garrós, quien, interrumpiendo la frase del Provincial, exclama sobresaltado: «vienen avisos de que ya el convento de San José arde, y de que se van incendiando con ventos.» En esto se oyó la campana que llamaba por primera vez los frailes al refectorio. A su tañido el Provincial dijo al corista Suñol: «Vaya V. al Hermano Juan Pallarés, y dígale que no haga el segundo toque hasta nueva orden.» Cumplió el corista, pero gran parte de la Comunidad quedaba reunida en el *Deprofundis*. Uno de los avisos llevólo al convento el Juez Señor Castells. Suñol regresó a la celda provincial, y halló que ya el Superior y los Padres graves habían tomado su acuerdo. Habían decidido que cada cual se fuese por su lado (1).

Los religiosos del *Deprofundis* extrañaban la tardanza en oír el segundo toque, y se agrupaban haciendo comentarios, cuando se presenta entre ellos el Provincial, les notifica lo que pasa, que él se marcha del convento, y que deja a todos en libertad de hacer lo mismo. Al propio tiempo les participa que aquel mismo día se habían recibido letras de Roma, autorizando en caso de exclastración a los frailes para comer carnes hasta

la reapertura del claustro, conmutando la abstinencia con el rezo de una estación mayor diaria; circunstancia que nos certifica de que los mínimos anduvieron con mayor previsión del peligro que otras órdenes (2).

Las palabras del Provincial valieron lo que una chispa eléctrica caída en medio de un rebaño, y así todos echaron a correr, excepto sólo el Procurador Padre Jerónimo Forgas, quien con el octogenario Padre Francisco de Asís Febrer, el Padre Manuel Vegues, el Padre Ramón Güell, los coristas Fr. Valentín Serramón, y Fr. Tomás Matarrodona, y algunos otros, en total con los nombrados unos diez, prefirieron quedarse en el convento, cerrando las puertas (3). Es inútil decir, y sólo lo apunto para que de ello puedan tomar nota los lectores del libro de Don Víctor Balaguer, que nadie en San Francisco de Paula aquella noche cenó. Sólo los que quedaron en el convento tomaron, a lo que parece algún bocado, para evitar la debilidad (4).

Atrancadas bien las puertas y resignados, los diez esperaron la suerte que Dios les deparara. En el artículo 3.^º del capítulo próximo anterior, al tratar de la revolución en las calles, quedan explicados los tres ataques que aquella noche sufrió esta casa, el modo como fué salvada, e indicada la hora y el por qué de la fuga de los frailes que en ella habían quedado; holgara, pues, aquí la repetición de tales noticias. El Padre Febrer, que a la sazón contaba 87 años de edad después del primer ataque fué llevado a salvo por la fuerza pública, paró en la Ciudadela, y finalmente en la Casa de Caridad, donde acabó sus días a los 89 años de irlos numerando. Los nueve frailes restantes,

(2) Relación del P. Francisco Güell en Barcelona a 28 de marzo de 1880.

(3) Relaciones de varios, especialmente del P. Francisco Güell en Barcelona a 26 de enero de 1888.

(4) Relación del P. Güell de 28 de marzo de 1880.

(1) Relación del mismo P. Cayetano Suñol, hecha en Barcelona a 14 de abril de 1882.

al ver que la caballería que en el acto de la tercera tentativa de incendio pasó por frente del convento toleraba impasible el crimen, comprendieron que debían huir, y así llamaron al hortelano del lado, o sea de Fabá, y le enviaron a casa del médico del convento, Don Jacinto Ratés, para preguntarle si tendría la bondad de admitirles en su casa, adonde podrían ocultamente pasar por la parte trasera de ella. El callejón cito (aún hoy subsiste) que pasaba por el lado oriental del convento, entonces no tenía salida por su cabo superior, sino que terminaba con una puerta que daba a la muralla. Las casas de la calle Alta de San Pedro, extendidas desde el dicho callejón a casa Castanyer (casa Castanyer tiene hoy el número 27), abrían puerta trasera, o excusada, en dicho callejón. Ratés habitaba la posterior de estas casas, o sea la contigua a la de Castanyer. El enviado de los frailes, para cumplir el encargo

de éstos, pasó por la calle de San Pedro, e inmediatamente Ratés bajó al convento. Un exaltado inquilino del piso cuarto de la casa de Ratés conjeturó el motivo y fin de estas visitas, y corrió a su balconcito trasero para inspeccionar si los frailes pasaban. Realmente trataron éstos de hacerlo, pero como de presto no se halló la llave de una de las puertas, tardaron un buen rato en presentarse en dicho huerto, rato bastante para que el exaltado se creyera

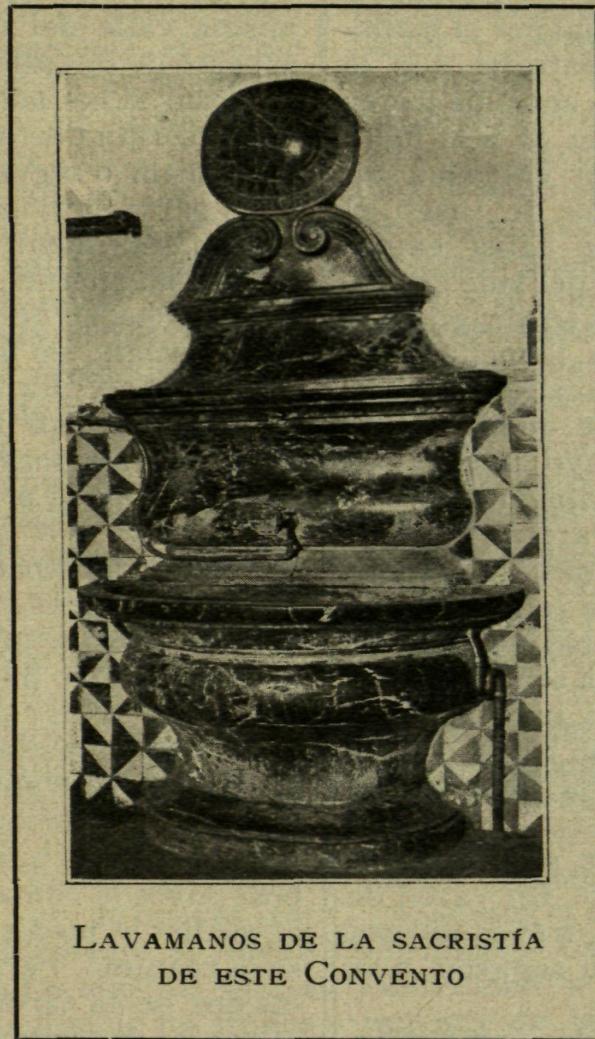
equivocado, y se retirara del balcón, con lo que los frailes, al pasar, no fueron vistos. Éstos cruzaron la pared o cerca de la huerta mediante una escalera de mano, y por la indicada puerta falsa llegaron a casa de Don Jacinto Ratés. Aquí estuvieron dos o tres días, después de los cuales los artilleros los llevaron de noche a su cuartel de Estudios, desde donde pararon en la Ciudadela (1). Al cabo de años el señor Ratés recibió una afectuosísima carta del General de la Orden, que era uno de los salvados en su casa, en la que desde Roma le repetía las mayores muestras de gratitud. Ratés al leerla lloraba como un niño, según me lo atestiguó una señora presente al acto (2). Es, sin embargo, natural conjecturar que ya antes había recibido otras del mismo sentido.

En el momento de la dispersión del rebaño cada oveja echó por su lado, sin que afortunadamente ninguno pereciese ni fuese herido. Como todavía la revolución

no había llegado a aquel barrio, de aquí que la fuga no experimentase tropiezos; a lo que sin duda contribuiría también la casi igualdad del hábito del mínimo con el del sacerdote secular. Los hermanos Padre Mariano y Fr. Miguel Baltá, hijos

(1) Relaciones del P. Francisco Güell de 28 de marzo de 1880 y de 26 de enero de 1888.

(2) D.ª María Campins. Barcelona 18 de enero de 1888.



LAVAMANOS DE LA SACRISTÍA
DE ESTE CONVENTO

de Villafranca del Panadés, disfrazados de seculares, se dirigieron a casa de su paisano Don José María Balasch, calle de Lledó, esquina a la de Casadors, donde quedaron ocultos ocho días (1).

El Lector Padre Juan Vilademunt refugióse en casa de unos amigos de la calle del Torrente de Junqueras; mas, requerido allí por la turba, huyó por los terrados a otra no lejana, desde la cual por la mañanita se entregó a una patrulla que le llevó a la Ciudadela; pero antes de llegar a la fortaleza, en el Paseo de San Juan, un amotinado le entró por entre los soldados una cuchillada, que le rasgó el traje y que le hiriera a no haber empujado al asesino el soldado del lado (2).

El Padre Nicolás Casals se abrigó de la hospitalidad de una señora, llamada Doña Paula, que habitaba en la calle de Montjuich de San Pedro, donde quedó oculto un par de meses, en cuyo tiempo los parientes le buscaron inútilmente (3).

Los coristas Fr. Juan Parera, Fr. Joaquín de Torner y Fr. Tomás Matarrodonà, vestidos de hábitos, se refugiaron en la casa de enfrente el templo, en el tercer piso alto, donde una buena señora desconocida les admitió. De allí, mal disfrazados y teñida la corona con betún o tinta del zapatero de la portería, pasaron en la noche del 26 al 27 al hostal llamado de Manresa, donde hallaron a sus Lectores los Padres Pérez y Gispert. En razón de la mucha concurrencia y tráfico de esta casa no se creyeron en ella seguros, y se fueron a la Ciudadela (4).

El corista arriba mentado, compañero del Provincial Fr. Cayetano Suñol, al oír el despido de este jefe, se fué a su celda, quitóse el hábito usado, vistióse el nuevo, tomó el breviario, y se dirigió a

la portería, pidiendo al portero que abriera la puerta. «¿Cómo?» le observó el portero, «¿ya lo quiere el Padre Provincial que abra la puerta?»—«Sí, replicó Suñol, él me envía». El Portero abrió, y entonces Suñol notició al portero lo que pasaba y le aconsejó que huyera. Dirigióse el corista a una familia amiga, que vivía en uno de los pisos de casa Castanyer, en la misma calle del convento; mas halló el aspecto de la calle tan normal que llegó a pensar si las noticias llegadas al convento serían una falsa alarma, y titubeó si seguiría o regresaría al cenobio. ¡Tan poca parte tomó la generalidad de la ciudad en el crimen! Las buenas señoras de la casa acogieron con caridad al corista, y despacharon dos mozos a que examinasen el estado de la población. Al regresar éstos, ocultaron al fraile las malas nuevas, deseosos de que pasara tranquilo la noche. Esforzáronse en que cenara, pero él no pudo probar bocado. Retirado a la cámara, oyó que las campanas de su convento doblaban como cuando moría un fraile. Extrañóle el hecho, pero pensó si en la tribulación alguno de los ancianos del cenobio habría muerto. Acostóse y durmió. A las cuatro, según costumbre, levantóse, y vestido el hábito, intentó regresar al convento, y entonces se le hubo de manifestar la verdad. Apenóle tanto la noticia que, falto de fuerzas, tumbóse sobre la cama, y así quedó. Llamóse al médico y mediante sus prescripciones se le reanimó. Pero he aquí que a eso de las dos de la tarde entran las señoras en el cuarto del enfermo, y le dicen que en el vecindario se ha sabido la presencia de un fraile, y así que conviene un cambio de habitación. La maldita lengua de las criadas motivó sin duda el fracaso. Dos amigos de la casa acudieron, disfrazaron de miliciano al fraile y lo acompañaron a la calle de Montjuich de San Pedro, a la casa paterna del religioso. A las pocas horas de hallarse en su propia habitación, viene un recado de la dueña, señora de piedad y de iglesia, avisando que no se le tuviera allí para evitar que llegase a saberse y se

(1) Relación del mismo Sr. Balasch. Barcelona 30 de octubre de 1894.

(2) Relaciones del P. Güell.

(3) Relación de D.ª Angela Jubany, viuda de Arbós. Barcelona 27 de julio de 1883.

(4) Relación del mismo P. Juan Parera en Barcelona a 12 de mayo de 1880.

pusiera fuego al edificio. En visto de esto, en altas horas de la noche, el religioso se trasladó a casa de un zapatero de la calle del Torrente de Junqueras, al que el padre del fraile dió algún dinero. Pocas horas pasaron cuando se presentan allá las criadas de la primera casa llevándole una libra de chocolate, de la que por cierto no tenía necesidad. Con esto Suñol se vió perdido; y efectivamente, el mismo día 27 o 28, mientras estaba él comiendo en la trastienda, entra en la tienda el alcalde del barrio y pregunta a la mujer del zapatero si tienen allí un fraile. La mujer negó, pero Suñol, no queriendo comprometer a nadie, salió y dijo que el fraile era él, bien que la mujer lo ignorara. Al anochecer volvió el alcalde con tres números de milicia armados y llevaron a Suñol al cuartel de Estudios. Aquí había once frailes más. Los oficiales de Artillería les obsequiaron con una buena cena, que, por lo afectados que estaban los religiosos, ninguno aceptó, tomando sólo alguno un bocado para combatir la debilidad. Pasaron la noche sobre los tablados de una pieza del piso alto, destinada a fabricar uniformes; y al otro día, entre dos filas de artilleros, cargados los fusiles, y por la muralla de tierra, los frailes fueron conducidos a la Ciudadela (1). No he querido prescindir de los pormenores de esta relación porque, si bien no ofrece ningún acto de interés trágico, muestra elocuentemente el miedo de los buenos de aquellos días, la osadía de los malos, las dificultades de los frailes para salvarse, y el espíritu de todos.

Del presente Convento la fuga más interesante es, sin duda, la del corista, entonces subdiácono, Fr. Juan Casulleras, hijo de Valls. Tratóle con bastante intimidad en sus últimos años, en que, faltó completamente de la vista, gustaba de la conversación de los amigos. No una, sino muchas veces, me refirió el caso,

que yo cuidadosamente apuntaba a medida de su relación. He aquí sus palabras: «El día de San Jaime, al ir a entrar en el reectorio para cenar, estuvimos en el *De profundis*, esperando, sin que llegase, la señal de entrar; de modo que hubo Padres que, dejando la formación, se salieron a pasear por el claustro. Finalmente viene el Jubilado Padre Vilademunt, y nos dice que cada uno se salve como pueda. Corrí hacia la celda, y al subir la escalera, mi compatrio y también subdiácono Fr. Magín Morlá me dice si le quiero en mi compañía, y así nos juntamos. Bajamos de las celdas y determinamos huir por la puerta del huerto, el que comunicaba con el contíguo de Fabá. Al llegar á la puerta hallamos los Padres Lectores, quienes nos dicen: «¿Y dónde vais de hábitos?» Volvemos corriendo á la celda, tiramos allí los hábitos, quedándonos con la chaqueta sin cuello, el pantalón recortado de abajo, los zapatos con un botóncito, y un pañuelo atado en la cabeza para ocultar la corona de clérigo secular. Bajamos nuevamente al huerto, y el encargado del de Fabá, que era quien también cultivaba el nuestro, nos hizo quitar el pañuelo y nos dió un par de sombreros en tal estado, que sin duda procedían, o del estercolero o a lo más, de un zaquizamí.

»Salimos a la calle, ¿pero adónde nos dirigimos? Carecíamos de relaciones en Barcelona, y hasta de perfecto conocimiento de las calles; mas al fin nos encaminamos a la casa de la mujer que cuidaba de lavarnos la ropa, situada en el extremo de la calle del Carmen, frente del Convento de Capuchinas. Este formaba la esquina N. de la calle del Carmen con la de la Riera Alta. Caminamos toda aquella calle. El Convento que le daba nombre todavía no ardía. Serían las ocho y media. Buscando, dimos con la casa, mas su puerta de la calle estaba cerrada. Llamamos una y dos veces, y nadie respondió, cuando notamos con harta sorpresa que los

(1) Relación del mismo P. Cayetano Suñol, hecha a mí en Barcelona a 14 de abril de 1882, y luego corregida de su propia mano.

»transeuntes o vecinos se fijaban en nosotros y formaban corro a nuestro derredor; por lo que, rompiendo por en medio de ellos, nos dirigimos por la calle del Hospital hacia la Rambla. San Agustín ni los Trinitarios tampoco ardían.

»Entonces los dos compañeros nos estrechamos la mano, y pactamos que no nos soltaríamos más, que siempre procederíamos adelante sin retroceder, y que no dejaríamos el paso regular. En la Rambla revolvimos nuestra imaginación sobre el lugar adonde podríamos ir en busca de abrigo. Los dos procedimos de Valls, y carecíamos de relaciones en la ciudad. Resolvimos acudir a una familia algo conocida en la calle del Conde del Asalto, pero ignoramos el número de la casa, por lo que, indecisos y temerosos, al fin retrocedimos, errada resolución, pues aquella familia nos esperaba, y hasta desde su balcón observaba por si llegábamos.

»En la Rambla nos encontramos con la turba que pretendía entrar en los Capuchinos por la puerta de la calle de Fernando, y recuerdo que daba gritos de «ja ellos, a ellos!» El grupo de amotinados era numeroso, pero sólo algunos eran hombres, los demás niños y mujeres vestidas de sola camisa y enaguas. Hubo momentos en que este grupo que, como nosotros, siguió Rambla arriba, nos envolvió. Iba reuniendo gente y armando la jarana, y ya se desparramaba, ya se agavillaba, torciendo al fin por una de las calles del lado oriental de la Rambla. Nosotros seguimos Rambla arriba y entramos por la calle, no sé si de Santa Ana ó de la Canuda, que el menguado conocimiento, que entonces tenía yo de la ciudad, me impidió distinguirlo. Ignorando dónde dar fondo, nos dijimos: no tenemos más remedio, o que acogernos al Hospital de Junqueras, o volver al Convento; y optamos por lo postrero.

»Comprendíamos la conveniencia de examinar antes el terreno, y así entramos por la calle Baja de San Pedro para

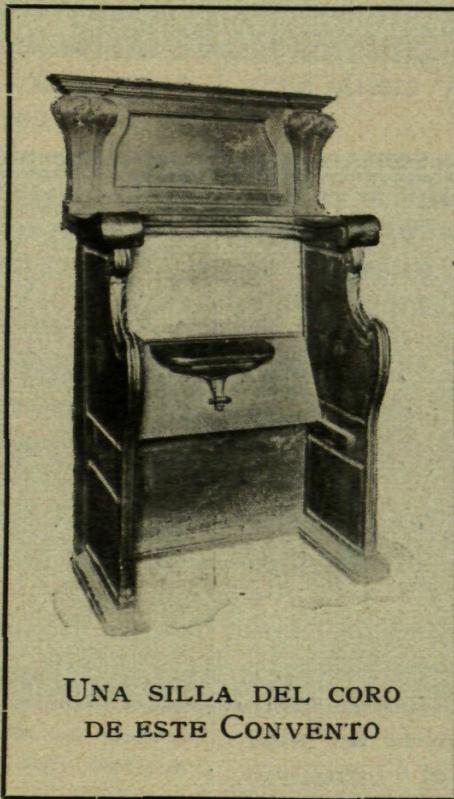
»seguir después por la de Cuch, o del Pilar, y desde su bocacalle superior examinar el estado del Convento. Nos hallábamos frente de la capilla de Nuestra Señora de la Ayuda, cuando vi desembocar de la de Freixuras una turba que llevaba en medio un señor, vestido con pantalón de *lanquins*, sombrero y pañuelo negro atado a la cabeza». (*Ya estas líneas las copié al tratar del Convento de San José*). «La turba le iba maltratando, unos dándole empujones, otros tirándole piedras, de modo que el pobre venía ya tan descaecido que rodaba de un lado a otro de la calle. En esto me encuentro con la turba, y el perseguido se echa sobre mí agarrándome por la espalda. Yo, que ignoraba su estado religioso, me despegó de él, arrancando de mi pescuezo su mano; y de un salto me pongo sobre el umbral del almacén de aceite que allí había» (*casa antigua, hoy reedificada, y tiene el número 17*), «y aun hoy creo hay», (me decía esto en abril de 1880), «propio de los señores Maimí. Mas el empujón de la turba me derribó del umbral, haciéndome entrar en la tienda-almacén. Entonces, estirado, me cuelo por un corredor del fondo de ella, y del corredor en un cuartito, y allí tiro el sombrero sobre la cama, y con no poca dificultad, por ser muy baja la cama, me meto bajo de ella. El perseguido sigue mis pasos, quiere también ocultarse bajo del lecho, pero su corpulencia se lo impide, quedándose tendido fuera, mas agarrado á mi pierna». Ya conté arriba que el perseguido fué arrancado de este escondrijo y en la calle asesinado. Era Fr. Andrés Farré, carmelita descalzo, joven de unos 25 años. Holgara repetir el relato, pero no es para comprendido el susto del pobre Casulleras al oír y sentir arrancar de su lado al carmelita para matarle, fraile como él, y escondido en el mismo punto, y al alcance de las mismas manos criminales.

«Los dueños del almacén, señores Maimí, cuya familia se componía del padre ya aoso, un hijo de edad viril y una

»hija, luego de salidos los amotinados, cerraron y atrancaron la puerta de la calle, quedando la casa en silencio; y con mutuo afecto se preguntaron si se habían espantado y si tomarían medicina para el susto, cuando al cabo de un rato a uno de ellos le asalta el temor de que haya quedado algún malhechor oculto por la casa, y así de los dos varones uno toma un candil, y el otro un palo, y empiezan el registro de la casa. Viéndome ya descubierto, esforcéme en salir de bajo la cama para presentarme a los perquidores, pero el angosto lugar me ofrecía dificultades. La luz del candil a más andar se acercaba, y así hice un supremo esfuerzo, pero con tan mala suerte que di con el pie en una vacinilla, y se produjo el consiguiente ruido. Ellos retroceden estriados, y entonces salgo yo, y me les presento diciéndoles que soy hombre pacífico y no teman; mas ellos, como era natural no conociéndome, se empeñan en que salga a la calle. Finalmente les digo mi profesión, mostrándoles mi chaqueta, mis zapatos y mi corona. En vista de esto, me sujetaron a un interrogatorio sobre el nombre del Provincial, el del Corrector, etc., para averiguar si realmente era yo mínimo. Viendo que decía verdad, aun así temían a los amotinados y a sus mañas, y me dijeron que esperase a que pasase el sereno, y que cuando éste pasase me fuera con él, pues allí les comprometía. Les contesté que no quería salir, que para morir en la calle prefería morir allí, que me matasen ellos. Ante resolución tan cerrada buscaron otro expediente. Llamaron a

»un señor, no sé si vecino del primer piso o qué, y le consultaron el caso. Preguntóme el vecino si los amotinados me habían visto entrar; reflexionó unos momentos, y al fin dice: «¿Adónde se va ahora este hombre? Que se esconda en el aposento del fondo de la casa, yo le prestaré un mazo de herrero, y si vienen los amotinados, con el mazo rompe la reja y huye por ella». Efectivamente, después de darme algún refrigerio, condujeronme a un como zaquiza mí, donde se amontonaban las sillas rotas, los toneles viejos, etc., y me dieron el gran martillo. Allí pasé la noche sentado en una silla desvencijada, desde donde oía el triste tafier de las campanas de mi convento pidiendo auxilio, tañido que me hería el corazón. Oía también a deshora descompuestos gritos, que creí de los amotinados.

»Por la mañana los Maimí acudieron a la autoridad para entregarle a ella, pero ésta contestó que no me moviera, que ya un alguaçil vendría por mí. A su



UNA SILLA DEL CORO
DE ESTE CONVENTO

»hora fuí trasladado a casa del Comisario de policía próximo. Era el señor (Don Francisco) de Llosellas, quien vivía en la misma calle Baja en su cara meridional, entre la de Frexuras y la actual de Alvarez, (otros dicen si era la actualmente marcada de número 38). Como el comisario y su oficina estaban ocupados, se me hizo pasar a la galería trasera, donde me paseé viendo el triste espectáculo del convento de Santa Catalina ardiendo. Veíanse las celdas como hornos, cuyas vigas iban ardiendo, y cuando estaban carbonizadas caían con gran estrépito y humareda.

»A la misma galería daba la habitación del Comisario, y allí estaban su señora e hija, y aunque yo procuraba no alargar mis cursillos o paseos hasta el balcón de ellas, sin embargo, habiéndolo hecho alguna vez sin advertirlo, hube de llamar la atención de aquellas señoras, las que me convidaron a sentarme en el umbral, y cansado me senté. Entramos en conversación, y les narré mi caso. Moviéronse a compasión, y a instancia mía mandaron un recado a un chocolatero vecino del convento, quien me prestó una chaqueta usada con cuello para reemplazar la mía.

»Llegada la hora de comer, sentáronme a su mesa, mas cuando fuí á probar bocado recordé mi regla, cuya observancia tanto y tanto se nos había predicado, la que me prohibía comer carnes, y así rehusé comer.» (*Casulleras no habría oido la noticia de la dispensa*). «Mucho se me rogó, muchas razones se adujeron, se llamó al médico» (*señor Isern, cuñado de Llosellas*), «quien ordenó que comiese carne, pero como para ello, y aun en caso de enfermedad, se necesitaba el parecer de ambos médicos, nuevamente rehusé, y acabé por comer sólo algunas frioleras.

»El Comisario mandó por su dicho cuñado, médico y Comandante de milicia urbana, y por la tarde, el Comisario, el Comandante de uniforme y algunos de sus subordinados me acompañaron al cuartel de Artillería de Estudios. En el cuartel hallé muchos frailes, algunos de mi convento, a los que de presto no conocí. Al cabo de un rato un jefe me llamó por mi nombre, respondíle, y se retiró, mas luego se me presentó un subalterno y me dice que se cree pariente mío; examinamos el caso, y resultamos primos. Me abrazó y llevó á su pabellón, y hasta me invitó á que llevara alguno de mis amigos. Subimos, cenamos y dormimos, que bien lo habíamos menester.

»Al otro día, a cosa de las cinco y media, nos colocaron entre filas de soldados, trémulos de espanto, pero con el capi-

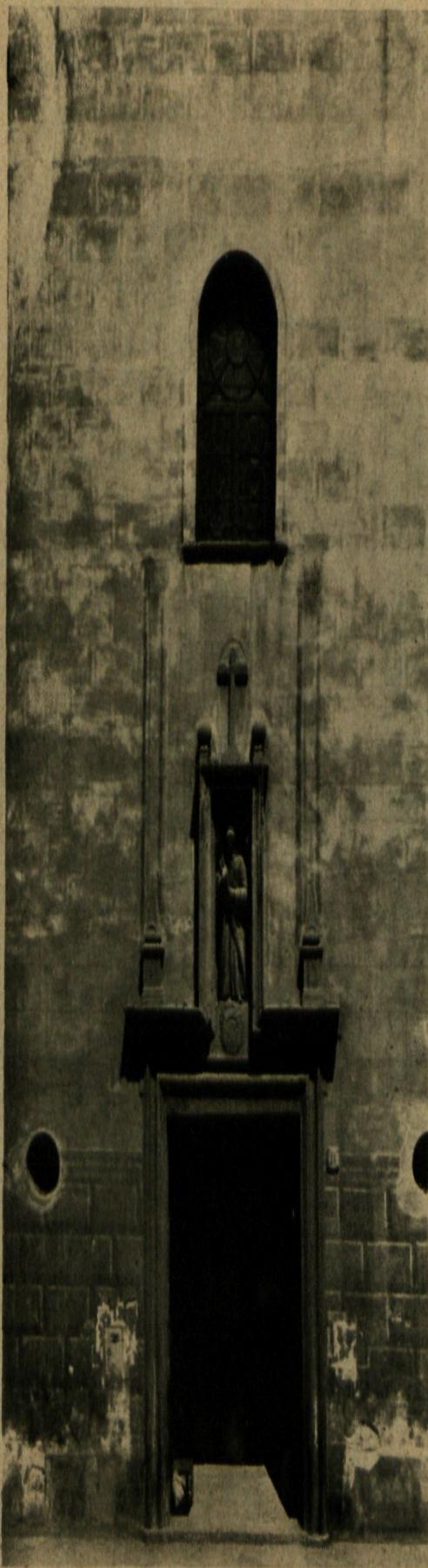
»tán, si pálido, vigilante y decidido. »Pasamos por la muralla de tierra, y al llegar á la Puerta Nueva nos rodearon las turbas dando gritos y haciendo ademanes, ambos hostiles, de modo que el capitán mandó estrechar las filas. Así, rodeados de aquella multitud de lobos sedientos de nuestra sangre, llegamos a la Ciudadela. Bajóse el puente levadizo, entramos, e inmediatamente levantóse de nuevo, y así quedamos libres de las fieras» (1).

En los libros de entradas del Hospital general de Barcelona se lee que el lego de este convento Fr. Francisco Font entró en el dicho hospital el día 31 de Julio del 1835, y no consta si salió curado, o si murió.

Ya escribí arriba en el artículo 3.^o del capítulo IX que el convento no fué pasto de las llamas. Su templo se convirtió en parroquial; una pequeña parte del convento en habitación del párroco; el resto, o sea casi todo, y la huerta, en fábrica; la que al cruzar de nuestro siglo xix al xx ha sido derribada, cayendo al suelo el rico y muy hermoso claustro.

(1) En Barcelona a 26 de abril de 1880, 22 de febrero de 1881, 15 de abril de 1886 y 8 de junio de 1886. Discrepa de la relación de D. Francisco Güell en que éste dijo que quien anunció a la Comunidad la orden de fuga fué el Provincial, y Casulleras dice que el Lector Vilademunt. Serían los dos, y por esto Casulleras, que oyó al último, ignoraba la dispensa de comer de vigilia. Hay que notar además que un día Casulleras me dijo que quien fué por la chaqueta al chocolatero del convento fueron los Maimí, mientras él estaba en casa de ellos; y otro, que se fué por la chaqueta estando él en casa del comisario. O él, o yo, nos equivocamos.

Concuerda con las relaciones del P. Casulleras la de D. Pascual Maimí, que era el hijo de la casa de Maimí, al cual interrogué en Barcelona a 16 de febrero de 1882. Y también concuerda con los datos dados por el hijo del Comisario, el notario D. Melitón de Llosellas y Bruguera, quien en 1835 tenía 15 años, en Barcelona a 6 de diciembre de 1880. Oí, pues, a todos los actores del drama.



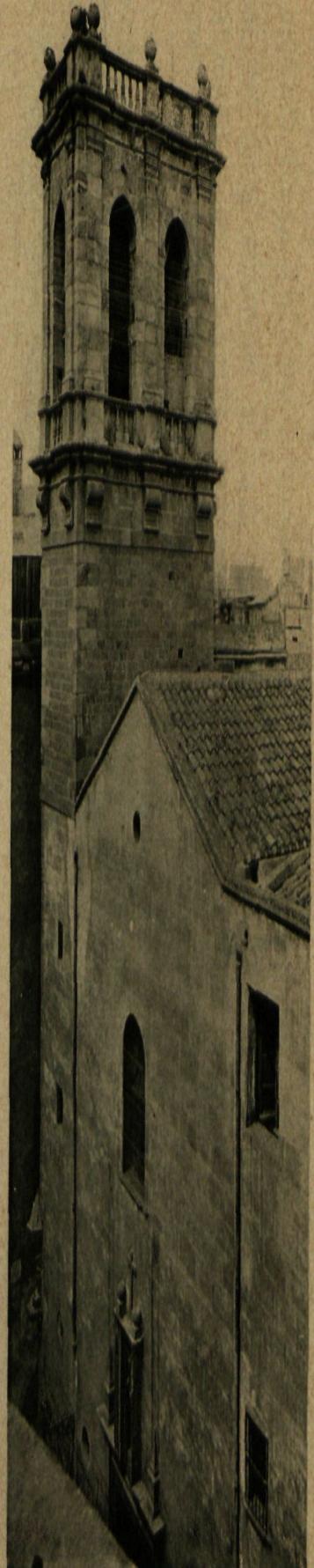
FACHADA DE SAN FRANCISCO DE PAULA
DE BARCELONA.—1893

(Fotografía del autor).



LOSA SEPULCRAL DE LA CAPILLA DE
LA SACRISTÍA DE SAN FRANCISCO
DE PAULA DE BARCELONA.—1912

(Fotografía de D. Francisco Brunet y del autor.)



SAN FRANCISCO DE PAULA
DE BARCELONA.—1893

(Fotografía del autor).

ARTÍCULO DÉCIMOCUARTO

**CASA DE SAN SEVERO Y SAN CARLOS
BORROMEO DE PADRES DE SAN VI-
CENTE DE PAÚL**

Integraban la Comunidad de esta Casa cuarenta y cinco religiosos. Siguen los nombres de todos:

SACERDOTES

- R. D. Juan Vilera, Superior de la casa.
- R. D. Alejo Davin.
- R. D. Jacinto Morera.
- R. D. Juan Costa.
- R. D. Jaime Peruco.
- R. D. Juan Bautista Figue-
rola, Procura-
dor.
- R. D. Mauricio Sanpere.
- R. D. José Pe-
rramón y Canta-
rell.
- R. D. Cristó-
bal Herrera.
- R. D. Juan Se-
rreta.
- R. D. Jaime Rogent.
- R. D. Miguel Casajuana.
- R. D. Buena-
ventura Mar-
sal.
- R. D. Raimun-
do Vives.
- R. D. Miguel Pelegrí.
- R. D. Joaquín Serrató.
- R. D. José Pedro Puig de Canet.
- R. D. Benito Cardona.
- R. D. José Campás.
- R. D. José Puig.
- R. D. Juan Aguilar.



Juan Vilera Superior


Hermano Juan Vallés.

Hermano Teobaldo Frau (1).

(1) Todos estos nombres, exceptuados dos, proceden de las listas de los pasaportes librados a los frailes al salir de los fuertes, las que se ha-

Ya en el día fatal hacía tiempo que esta casa había sentido los efectos de las suspicacias de las autoridades liberales para con los frailes, pues obra de nueve meses a un año, con motivo de unas cartas sobre carlistas que se dijo haber mediado entre el superior de aquí y el de Madrid, la policía registró la casa y dejó al superior preso en su propia habitación con un centinela continuo. Entonces todos los religiosos de esta casa, así profesores como novicios, organizaron un turno para que siempre uno de ellos acompañara al dicho superior. Esta conducta de la autoridad alarmó a los jefes de la casa, y pasando un tabique en una sala ocultaron tras él varios objetos preciosos, entre ellos las flautas del órgano a la sazón aún no montado (1).

Mas si por un lado tal hecho pudo alamar a los superiores, contribuyeron a calmarlos las seguridades dadas por Llauder a los religiosos, y las especiales que los paúles tuvieron del segundo cabo Don Pedro Nolasco Bassa. Este general y el ahora Padre Procurador de la casa, Don Juan Figuerola, estaban unidos por estrecha amistad, sin duda procedente de haber militado juntos en la guerra de la Independencia. Un tiempo antes de la catástrofe Bassa dijo a Figuerola que los seminaristas estuvieran tranquilos, que él, o les avisaría en caso de peligro, o acudiría a defenderlos, y para el entretanto le dió dos fusiles para su defensa (2). De los religiosos de esta casa por mí interrogados, dos o tres señalaron este origen a la posesión de las dos armas; pero otro creyó que procedían del tiempo en que la Comunidad habitó en

el edificio de la Virreina, de Gracia, entonces en despoblado. Todos empero fijaron el número de las armas en dos, y sólo uno, dudando, lo puso en dos o tres. Quién de los seminaristas las calificó de fusiles, quién de escopetas, que aquellos hombres de paz ignoraban bastante sobre instrumentos de guerra.

Estas seguridades procedentes de los Generales y la buena fe de los superiores tuvo a éstos vendados los ojos para ver el próximo peligro. Los jóvenes, encerrados en sus noviciados o estudios y privados de todo periódico, ignoraban el estado de las cosas públicas (3).

Así llegó el nefasto 25 de julio, y en él la Comunidad siguió exactamente el horario de costumbre, cenó, y se acostó. Mas a poco, a eso de las diez o diez y minutos, despiertan sobresaltados los jóvenes (única clase de la que logré hablar a algunos) a la noticia de que la puerta ya ardía. Saltan de sus camas, asómanse a las ventanas, y presencian con harta sorpresa la verdad de la alarma, y ven el fuego, y oyen los vivas a la libertad (4). Como indiqué, el Padre Procurador Don Juan Figuerola había militado contra los invasores en la guerra de la Independencia, y por lo mismo poseía la serenidad e inteligencia necesarias para dirigir la lucha; y así, ayudado, según parece, de otro religioso de apellido Aguilar, desde el primer momento tomó la dirección. Distribuyó parte de los individuos por las ventanas, destinó otra a arrancar ladrillos y acopiarlos al pie de ellas, y dió orden de que se guardase quietud hasta los momentos del ataque, pero en el punto de éste se respondiese con rociadas de ladrillos. Así se hizo. Con palos, cañas de escoba y varillas de hierro se fueron levantando ladrillos de los suelos, se cogieron los acopia-

llan en el Archivo municipal en el libro *Acuerdos. 2.º semestre 1835.*

(1) Relación del seminarista D. José Puig en Barcelona a 28 de octubre de 1881.

(2) Relaciones de D. Ramón Madam, seminarista, en Barcelona a 2 de marzo de 1885 y de don Isidro Marsal, seminarista, en Barcelona, a 21 de julio de 1881.

(3) Relaciones cit. de D. Ramón Madam y D. Isidro Marsal.

(4) Relaciones de varios religiosos de esta casa.

dos para las obras, y todos diligentemente fueron transportados junto a las ventanas, desde donde eran arrojados a los incendiarios al atacar éstos.

Acudióse a tocar la campana pidiendo un auxilio, que, a pesar del continuo y largo campaneo, no venía, ni vino.

Utilizáronse además los dos fusiles, tirando primero sin bala para así, sin herir a nadie, lograr ahuyentar a los agresores; pero luego, al ver redoblar el coraje de éstos, se cargó con balas, las que no todas resultaron inofensivas. Y especialmente se usó del plomo cuando se vió que los agresores, desesperanzados de entrar por la puerta, intentaron escalar el edificio; porque realmente lo intentaron con escaleras de mano.

El director de la defensa dispuso que los disparos no se hicieran siempre desde una misma ventana, sino continuamente cambiando, para dar a entender que las armas y los defensores abundaban, y acobardar a los asaltantes. Todo resultó en vano para espantarlos, porque éstos entonces se subieron a las casas de enfrente, y desde allí más a mansalva hostigaban a los religiosos. Estos por tal causa no se amilanaron, que en la lucha les iba la vida, y guareciéndose tras los antepechos de las ventanas, continuaron su defensa. Sin embargo, junto al joven Don Fernando Partagás, de cuya boca lo tengo, recibió un balazo

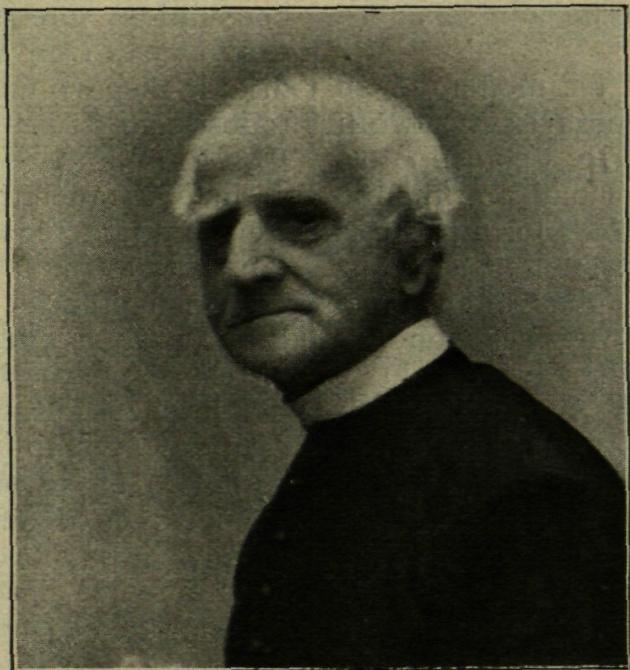
en la región del corazón el Hermano Campmol. En un principio éste no sintió la herida, mas al cabo de un rato dijo a Partagás «*jquin basqueix!*» «¡qué ansias!», se le halló la herida y se le administraron los Sacramentos. Partagás le preguntó si perdonaba al que le había herido, y Campmol contestó: «*Si. ¡Yo rai, ja so vell; vosaltres, pobres jóvenes!*»

«*Si. ¡Yo ya soy viejo; vosotros, pobres jóvenes!*» A la hora y media había expirado.

Ya escribiéndome arriba, al tratar de la revolución en las calles, que los agresores no sólo echaron mano del fuego, el plomo y las escaleras, sino del engaño, presentándose uno como pacificador en medio de la calle y clamando: «alto, que vengo a poner orden». Mas el director de la defensa contestó enviándole una rociada de ladrillos,

de los que alguno le hirió. Asimismo tampoco dió oídos a unos falsos centinelas que al amanecer aparecieron al rededor del edificio invitando a los seminaristas a que bajasen, que ellos les protegerían.

Nada los agresores dejaron sin intentar, como tampoco los directores de la defensa nada dejaron imprevisto. Viéndose aquéllos rechazados por la calle, rodearon por el lado de la contigua muralla, donde la cerca del solar, en razón de hallarse la casa en construcción, tenía poca altura; además de que los incendiarios quemaron la puerta de entrada a la



RETRATO DE D. FERNANDO PARTEGÁS

huerta (1); mas también fueron recibidos con ladrillazos. Alguno de los religiosos quiso por medio de cuerdas descolgarse por aquel lado y esconderse en las vecinas huertas; mas Don Buenaventura Marsal, de centinela en aquel lado, se lo impidió a pesar del empeño de los compañeros; y anduvo harto acertado, pues el fuego de un cigarrillo delató muy luego a un grupo de amotinados apostado por aquella parte. Al decir de Don Ramón Madam, los amotinados iban guiados nada menos que por albañiles de la misma obra del Seminario.

A todo esto, y aun en medio de su triunfo, los pobres seminaristas sufrían angustias a par de muerte. Veíanse solos, abandonados de la autoridad por tiempo cuya duración ignoraban; a los agresores los veían audaces persistentes, a la luz débil de los faroles y la más intensa del incendio de la puerta, feroces con los grandes puñales. Oíanles bramando y amenazando con rabia. El seminarista Don José Puig acudió a la capilla interior, y allí él y Don Juan Costa mutuamente se confesaron y prepararon para la muerte. También acudió a los pies del mismo Padre Costa el subdiácono Don Ramón Madam para confesarse por la mañanita, pero dos tiros próximos le pusieron tal espanto, que, dejando la comenzada confesión, corrió a esconderse en un desván. «Continuábamos el tiroteo de ladrillos y »balas», me decía, hablando de aquella noche, Don Fernando Partegás, «pero »con el corazón bañado en dolor, zozobra »y angustia. Los actos de contrición más »fervorosa acompañaban la emisión de »los proyectiles, y el espectro de una »muerte trágica y horrorosa embargaba »nuestra imaginación y nuestro ánimo »al ver que la autoridad no acudía a nuestro socorro.» Así pasaron los pobres seminaristas aquella noche que, con ser de las más cortas del año, fué para ellos

inacabable. Así pasaron, digo, desde las diez o diez y media de la noche hasta las cuatro o cinco de la madrugada, hora en que acudió la fuerza pública.

A la puerta, como nueva que era y sólida, le costó mucho consumirse a pesar de haber sido rociada con un líquido inflamable; pero al fin ardió. ¿Por qué, pues, una vez carbonizada, no penetraron por ella los amotinados? Hay más: a un balcón de enfrente se asomó un hombre gritando a éstos que la puerta estaba ya consumida, que entrasen. Al verlo, el seminarista Don Isidro Marsal, él me lo dijo, le disparó un ladrillo que le rompió todos los cristales. ¿Por qué no entraron? Don Ramón Madam creía que tras de la de madera quedaba otra de hierro. Don Fernando Partegás me dijo que también la pieza de tras la puerta estaba defendida con aspilleras en el techo. Don José Puig pensaba que el miedo cohibió a los agresores; pero añadía que en el momento del incendio los agredidos cortaron la escalera. Opino que el señor Puig se equivocó en lo segundo y acertó en lo primero; es decir que, confesando por delante que ignora la verdadera causa de este misterio, juzgo más probable que fué el miedo a unos hombres que denodadamente defendían su vida el agente, que contuvo a los amotinados y les impidió entrar en un aposento y edificio oscuros y no practicados (2).

Durante la noche, para evitar profanaciones, los seminaristas subieron el Santísimo de la capilla baja a la superior donde la Comunidad solía rezar; y cuando acudió la fuerza pública para llevarse la Comunidad, los dos únicos religiosos que

(1) Archivo municipal de Barcelona. Expedientes. Sección 2.^a Expediente 129. Oficio del Marqués de Llió.

(2) He escrito esta relación de la tragedia del Seminario basándome en las relaciones que me hicieron las víctimas de ella, todos religiosos de esta casa, presentes al acto, D. Isidro Marsal en Barcelona a 21 de julio de 1881, D. José Puig en Barcelona a 1.^o de octubre de 1881, D. Fernando Partegás en Barcelona a 14 de diciembre de 1883 y D. Ramón Madam en Barcelona a 2 de marzo de 1885.

estaban en ayunas lo sumieron. El señor Puig lo administró al señor Costa, y él sumió las restantes partículas. Por olvido dejaron el copón vacío sobre el altar (1).

Si peligrosa fué la noche, no anduvo más segura la madrugada. Llegó al Seminario una fuerza de carabineros bajo el entonces subalterno Don Antonio Perales (después llegó a Coronel), y formó en dos filas frente la puerta quemada. Cargáronse los fusiles, colocáronse entre las filas los seminaristas, vestidos sus hábitos. El Padre Fábregas llevaba un cáliz bajo del brazo, y otro religioso otro. En esta formación marcharon entre los rugidos de la fiera revolucionaria, que pedía la sangre de los religiosos; y pasaron por la calle de Amalia, San Pablo, una transversal, calle Nueva o sea del Conde del Asalto y Rambla, llegando a Atarazanas (2). Iban únicos de la comitiva dos legos con sendos breviarios bajo el brazo. Dos pillos vecinos de San Pablo la emprendieron contra éstos a puñetazos; pero los carabineros los defendieron y salvaron (3). Más adelante, en la misma calle de San Pablo, como la comitiva llevaba muy buen paso, uno de los seminaristas, anciano, se rezagó un tanto, y en seguida un hombre le arrimó un tremendo garrotazo en la cabeza, tal que el religioso quedó mal parado, y el breviario y el crucifijo que llevaba bajo del brazo rodaron por los suelos. Acudió presuroso un caballero, tomó por el brazo al Padre, y como arrastrando lo incorporó nuevamente al grupo de sus hermanos (4).

En la transversal, o mejor, calle de San Ramón, se estaba renovando el adoquinado, y esta circunstancia facilitó

(1) Relación citada del Sr. Puig.

(2) Relaciones de los PP. citados y de otros.

(3) Relación de D. Jacinto Llansana, hijo del hortelano de S. Pablo.

(4) Relaciones de varios individuos de la familia del Sr. Obispo Cortés, que vivían en la dicha calle de San Pablo, y vieron el hecho. El crucifijo fué a parar a los pies de una nodriza de la casa, que estaba en la calle.

abundantes proyectiles a las turbas; por lo que, al llegar la comitiva a la del Conde del Asalto, la posición de los perseguidos y de sus conductores rayaba en aventureada. Llovían sobre ellos abundantes piedras, que daban en los frailes y en los carabineros. Una de ellas tocó al señor Don Buenaventura Marsal. La multitud iba en gran modo creciendo, y crecían sus aullidos, y llegaban ya a oprimir a los soldados. Al odio sectario juntábase, para crear rabia, el vencimiento que las turbas habían experimentado en el ataque del Seminario. Un hermano de uno de los revolucionarios heridos me dijo a mí mismo: «Ví pasar los seminaristas por la calle Nueva: ¡ah, si entonces tengo una carabina! Habían herido a mi hermano». Llegó a Atarazanas la noticia de los apuros de Perales y su fuerza y protegidos, y en vista de ello el Brigadier Don Joaquín Ayerbe, Gobernador de la Plaza, ordenó la salida de fuerza con algunos caballos para proteger a los acosados. El jefe de ella, que se me dijo, dudando, si era Don Joaquín Socias (que después cayó prisionero de Cabrera y fué fusilado), el Jefe, digo, antes de salir preguntó a Ayerbe por la conducta que debiese seguir. Este le contestó: «Ya es hora de obrar: de filo y de punta». ¡Ah, Brigadier Ayerbe! ¡Ah, Gobernador! Ya es hora de obrar: ¿y antes no lo era? Y esto me consta por boca de un militar de Atarazanas. Salio la fuerza: los caballos abrieron fácil paso para sí y para los carabineros y seminaristas, y así todos llegaron con vida a Atarazanas (5).

En la calle Nueva, Don Ramon Madam al ver la lluvia de piedras, azoróse, y de una corrida se coló en la tienda de un chocolatero amigo; mas luego, viendo la protección de la caballería, regresó de

(5) Los pormenores de la conducción al fuerte proceden de los mismos citados Padres. Lo de Atarazanas, del militar aludido. El nombre y circunstancias de Perales, de los Padres y de un su pariente.

otra corrida a la primitiva compañía, azoramiento y corridas que podían costarle la vida (1).

Al salir de su casa los religiosos quedaron, sin embargo, en ella el Señor de Pedra, que estaba imposibilitado, y el señor Coll, que le cuidaba, y quizá algún otro regazado. De los dos primeros me certificó el señor Don Isidro Marsal; de los otros lo deduzco del relato que me hizo un reputado médico de esta ciudad, Don Salvador Matas, quien me dijo que en 1835 pertenecía él al 6.^º batallón de milicia, del cual opino sería oficial; que en la mañana del 26 con unos cincuenta hombres del mismo cuerpo fué al Seminario; que de allí sacaron algunos religiosos como en número de seis; que, colocados éstos entre filas, los llevaron por la muralla de tierra hacia Atarazanas; que en la muralla la turba con puñales y otras armas se presentó amenazadora; que entonces el que mandaba la fuerza mandó cerrar contra la turba; que así se hizo, y la turba se alejó, y la comitiva llegó salva a Atarazanas (2).

El edificio seminario, gracias a la vigorosa y bien dirigida defensa de sus moradores, quedó intacto con la sola excepción de la puerta principal y la de la cerca del huerto; de modo que aún hoy es cárcel pública de mujeres. Sin embargo, por más o menos tiempo estaría o abandonado, o en poder de manos infieles, ya que «en el momento en que entró la turba, me dijo el Padre Don José Puig, «fue robarlo lo del escondrijo de que hablé arriba. »Robóse 3,000 y pico de duros que la casa había recibido del gobierno en pago de uno de los plazos de la compra del antiguo edificio. Robáronse cuarenta cubiertos de plata destinados al servicio de los ejercitantes.

«A los tres días de regresado a casa, añadió Puig, tuve un vómito de sangre,

»sin duda producido por el pasado susto».

Un vecino de aquel barrio me añadió: «después entraron en el Seminario gentes. Hallaron allí jarras de aceite y otras cosas, de modo que hay quien aún hoy »(1886) anda repleto» (3).

En el libro de entradas y salidas del Hospital general de esta ciudad se lee que en 30 de julio de 1835 entró allá el seminarista, presbitero de 28 años de edad, Don Antonio Obiols, y que murió en 21 del siguiente agosto.

A los quince días, o cosa parecida, cuando los religiosos fueron despedidos de Montjuich. Don Fernando Partegás, religioso del Seminario, salió disfrazado junto con dos o tres más, acompañados de un jefe de milicianos vestido de uniforme. Bajaron de la montaña por entre los grupos de gentes que comían, bebían y bromearan. Uno que se paró a saludar al miliciano le dijo que en la noche del 25 de julio había disparado contra un seminarista de una ventana nueve fusilazos sin acertarle. Era Don Fernando el seminarista contra quien se dispararon (4).

A esta tragedia, como a otras anteriores, les debe seguir su sainete, que lo formará el relato del hecho por la fantasiosa pluma de Don Víctor Balaguer. Escribe así al hablar del incendio de los conventos,

«—Al Seminario!— había gritado una voz ronca y sombría.

—Al Seminario—repitió en tropel la turba.

Y todos se lanzaron en dirección al nuevo punto señalado a los furores del populacho...

Dando gritos repetidos desembocaba la desordenada multitud en la calle donde se elevaba la majestuosa fachada»

(1) Relación del mismo Sr. Madam, citada.

(2) Me lo dijo en Barcelona a 18 de noviembre de 1885.

(3) Relación del hijo del hortelano de San Pablo D. Jacinto Llansana. Su expresión fué esta: «de modo que n'hi ha que encara avuy ne van grassos.»

(4) Relación citada del mismo D. Fernando Partegás.

(majestuosa!) «cuando los primeros que habían avanzado con la tea en la mano para consumar su obra de destrucción, cayeron muertos o heridos á la descarga de varios tiros de fusil.

»Ante aquel inopinado accidente, la turba, cuya marcha hasta entonces nada había detenido, levantó con asombro la cabeza y vió... (sic).

»Vió las ventanas del Seminario coronadas de religiosos que, fusil en mano, aguardaban el ataque. De entre ellos habían salido los tiros que acababan de hacer caer víctimas á los más atrevidos del pueblo.

»Detúvose la multitud sorprendida ante aquellos hombres dispuestos á defender á todo trance su morada, ante aquellos hombres que olvidaban su sagrado carácter y más sagrado ministerio para acudir á las armas en defensa propia.

»No fué en verdad la más acertada la conducta de los moradores del Seminario. Prescindamos aun de como estaban allí aquellas armas, de porqué las tenían, de para qué las guardaban» (*sí, sí, aquellas dos armas estaban allí, dadas por Bassa, para organizar un batallón de guerrilleros o una cuadrilla de bandos*). «Concretémonos al hecho. Eran sacerdotes, eran ministros del altar, eran confesores de Cristo» (*según esto, los enemigos perseguían a Cristo*). «Si tenían miedo podían fugarse, pero si á arrostrar estaban decididos la ira del pueblo, arrostrarla debían no en una ventana, con los ojos centellantes, el alma resuelta, el fusil en la mano, sino al pie de los altares, inermes, indefensos, el rezo en los labios, como buenos, como sacerdotes, como mártires.

»Algunos nuevos tiros sonaron, algunos otros hombres del pueblo cayeron.

»La multitud volvió apresuradamente las espaldas.

»El Seminario quedó libre» (1).

(1) *Los frailes y sus conventos. Barcelona, 1851, tomo II, pág. 402.—Las calles de Barcelona, tomo I, pág. 355.*—En la obra *Las ruinas*

Así se escribía la Historia por los autores liberales en aquel tiempo, y en muchos otros posteriores, y aun hoy, y será siempre, al tratar de la Iglesia y de sus institutos y cosas.

ARTÍCULO DÉCIMOQUINTO

LA EXPECTACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y SAN MATÍAS DE PADRES TEATINOS

En mayo de 1835, y por lo mismo es natural pensar que en julio, la Comunidad de San Cayetano se componía de cuatro Padres y tres Hermanos. He aquí los nombres de éstos que pude indagar:

Padre Don Francisco Arola.

Padre Don N. Jaumeandreu.

Padre Don N. Rosiñol.

Padre Don Joaquín Feu.

Hermano Domingo.

Hermano Rafael.

Hermano Antonio (2).

Como escribí arriba, en la tarde del 25 de julio el Señor Don José de Amat y de Desvalls, a la sazón Capitán de Artillería, ya arriba varias veces citado, asistió con su esposa a los toros, de donde, al ver el alboroto, regresó a su casa. Hallábase ésta en la esquina de la plaza de Santa Ana con la calle del Gobernador, esquina opuesta a la del Convento. Al pasar Amat por frente el templo teatino, el Hermano portero abría la puerta del templo para la función vespertina, sin duda el Rosario. Entonces Amat se dirigió al portero y le aconsejó que no abriese, noticiándole la revolución del toril (3).

Sin duda que a este aviso los religiosos

de Poblet. Madrid, 1885, ya no copia del anterior relato más que la primera parte, y deja las acusaciones contra los seminaristas. Pág. 300.

(2) Archivo episcopal de Barcelona. *Libro del cargo y descargo de esta casa de Santa María de la Expectación...* Cuenta, de 1835.

(3) Relación de dicho Sr. de Amat en Barcelona a 28 de junio de 1880.

se prevendrían. A tiempo huyeron, escondiéndose en las viviendas de deudos y amigos, de donde se ve que no salieron para presentarse a la autoridad, pues ninguno figura en las listas de los pasaportes de los presentados. Que huyeron precipitadamente, consta por un documento de que hice mención en las siguientes líneas de mi obra anterior a la presente: «Como »después del Con- »cordato de 1851, en »25 de agosto de »1852 el Señor Obis- »po de Barcelona, »procurando cum- »plir las cargas pia- »dosas de los con- »ventos, pidiese á »los superiores nota »de éstas y de sus »documentos, con- »testa el Padre Don »Joaquín Feu, pres- »bítero, teatino, di- »ciendo que en la »aciaga noche del »25 de julio de 1835 »la Comunidad »huyó, dejando en »la casa todo el ar- »chivo, biblioteca »y demás efec- »tos....» (1).

Como estos religiosos usaban el hábito de los sacerdotes seculares, podrían fácilmente, aun en hábitos, escaparse de su casa sin ser notados por las calles. Sin embargo, en el libro de entradas y salidas del Hospital general hallo un asiento que dice: «Un religioso incógnito con corona pequeña. Entró en 26 de julio de 1835. Murió el

»mismo dia». Su corona pequeña, es decir, no rasura con cerquillo, indica una orden de clérigos regulares o de mínimos; mas como de éstos consta que no murió ninguno, ni tampoco de los de San Francisco Caracciolo, ni de los de San Camilo, resulta muy probable que el interfector perteneciera a San Cayetano. Y en este caso sería agredido en las calles.

El edificio aún hoy (1908) está intacto, salvas pequeñas variaciones efectuadas para adaptar algunas piezas a los actuales servicios. De todo lo que se deduce que no sufrió incendio ni maltrato, y además saca el avisado que probablemente San Cayetano en la noche aciaga pasó olvidado de los amotinados.



IMAGEN DE S. CAYETANO DE SU RETABLO DEL CONVENTO

ARTÍCULO DÉCIMOSEXTO

SAN FELIPE NERI DE CLÉRIGOS CA- MILOS, O AGONI- ZANTES

En 1835 la Comunidad Camila se componía de los religiosos siguientes:

SACERDOTES

- R. P. Don Ramón Vila y Carrera, Prefecto.
- R. P. Don José Solá.
- R. P. Don Manuel Xipell.
- R. P. Don Félix Sayol.
- R. P. Don Esteban Coxerrera.
- R. P. Don Francisco de Asís Bosch.

(1) *Las Casas de religiosos*, tomo II, páginas 334 y 335, apoyado en documento del Archivo episcopal de Barcelona.

R. P. Don Pablo Recolóns.
R. P. Don Nicolás Jacas.

CORISTAS

Don N. Simón.
Don Luciano Vila.

LEGOS

Hermano Damián Alá.
Hermano Francisco Calvet.
Hermano Juan Juliá.

Además, en el Hospital militar, establecido entonces en Junqueras, desempeñaba el cargo de capellán el Padre de esta casa Don José Riera.

El heroico proceder de estos religiosos durante el cólera de 1834 lo he explicado por menudo en el capítulo 19 de mi obra anterior. La Comunidad, compuesta de doce individuos, sólo tuvo ilesos dos presbíteros.

El día de Santiago del 35, el Prefecto de Agonizantes Vila y Carrera estaba ausente de Barcelona, y le substituía en la presidencia el Padre Don José Solá (1).

No todos los religiosos de esta casa vivían desprevenidos, pues del Hermano Calvet sé que con anterioridad al ataque depositó en manos amigas de fuera de ella su peculio, y se había provisto de disfraz.

El modo, número y hora de los peligros de la Casa de Agonizantes en la noche aciaga quedan circunstancialmente explicados en el capítulo anterior a éste; no hay que detenernos, pues, ahora en ellos. La Comunidad no se reunió para tomar resolución al llegar las primeras alarmas. Tampoco el Padre que hacia las veces de superior, de pronto autorizó la dispersión de la Comunidad y fuga de los religiosos. Sin embargo el peligro iba arreciando, y así algunos Padres salieron por una puerta falsa, prometiendo al superior que, si la tran-

quilidad se restablecía, por la mañana regresarían. Salió el cocinero, que era un seglar, para enterarse del estado de la ciudad, y entre once y doce de la noche regresó con mala impresión. Entonces el que suplía al Superior y algún otro huyeron. Al fin y fallo, todos pusieron pies en polvorosa, menos el Padre Coxerrera y el Padre Recolóns, quedándose también el lego Hermano Calvet (2).

Calvet, vestido de seglar, pasó la noche en el terrado, desde donde veía el incendio del muy próximo templo de Santa Catalina, y me ponderó después la violencia de sus llamas que, furiosas y muy grandes, brotaban de los ventanales. En las primeras horas de la mañanita o madrugada él y Recolóns consideraron llegado el caso de huir (3).

Mas al ver el siniestro sesgo de los acontecimientos en aquella noche, ya antes de salir Recolóns había escondido algunas preciosidades de la casa. En la cara occidental de la iglesia había en el muro un agujero situado a tal altura, que ni se podía subir a él desde la tribuna sin el auxilio de una escalera, ni bajar desde el desván sin otra o una cuerda. Subió a él Recolóns, y sus compañeros le fueron dando los objetos de plata, entre ellos el copón con las Sagradas Formas. Allí, por entonces, quedó todo salvado (4). Más tarde, pasada ya aquella revolución primera, la autoridad tuvo noticia del depósito, y fué y lo recogió, y hay quien dice que las Sagradas Formas fueron colocadas en un pañuelo y llevadas a San Pedro (5).

Recolóns y Calvet determinaron, pues, huir, y para ello bajar a casa de Dou. A tal punto habían llegado las angustias y turbación de Calvet, que, para escaparse, en lugar de conservar su disfraz de seglar, bajó del terrado, y se vistió la sotana y

(1) Todas las anteriores noticias de la Comunidad proceden de la relación del lego D. Francisco Calvet, Barcelona 27 de junio de 1881, y de las listas de los pasaportes.

(2) Relación del P. Pablo Recolóns. Barcelona 9 de noviembre de 1880.

(3) Relación citada de D. Francisco Calvet.

(4) Relación citada del P. Pablo Recolóns.

(5) Relación citada de Calvet.

el manteo. Los dos, en el momento en que los mínimos eran atacados por tercera vez y tocaban la campana, cruzaron su templo por sobre la techumbre, la que por su mucha inclinación no dejaba de ofrecer dificultad. En la contigua casa de los Marqueses de Dou, donde ya les esperaba un dependiente, bajaron a la cochera, se quitaron la sotana y manteo, los tiraron al pozo, y se disfrazaron. A cosa de las cinco de la mañana pasó por la calle un tambor tocando llamada para los milicianos. Acompañábale la acostumbrada muela de chiquillos y, entremetiéndose en ella, huyeron los dos dichos agonizantes. Pasaron a la vivienda del Padre José Riera, agonizante, capellán del Hospital militar, y desde ella, que estaba en la calle Condal, mandaron recado al dicho Hospital (a la sazón el Hospital militar ocupaba el convento de monjas de Junqueras), preguntando al Padre capellán si habría inconveniente en realizar su proyecto de guarecerse en aquel Hospital. Contestó Riera que de ninguna manera fueran, porque algunos practicantes o dependientes del establecimiento se habían revolucionado en contra de él. ¡A tal punto llegó el odio contra los frailes, tanto aquí más notable cuanto que Riera gozaba de mucho afecto en todo el Hospital! Los dos pobres agonizantes quedaron en la habitación de Riera; pero al otro día, o a los dos días, las mujeres, patronas de ella, dejaron sentir expresiones de que la presencia de los religiosos las comprometía, y así éstos se largaron. Fué Recolóns al Comisario señor de Llosellas, y éste le llevó al cuartel de Artillería de Estudios, donde hubo la buena cena y la conducción a la Ciudadela, ya arriba descritas (1). Calvet, en lugar de ir al cuartel, se fué a su casa, o familia, que vivía en la sumidad de la Bajada de Santa Eulalia, tienda de zapatero.

El Padre Nicolás Jacas entró enfermo

en el Hospital el 5 de agosto y salió el 13 (2).

El 26, una partida de milicianos ocupó el Convento, y acompañó el único Padre que allí quedaba, Coxerrera, a la Ciudadela (3). Los que continuaron custodiando la casa no desaprovecharon ni la ocasión ni el tiempo para, ejerciendo de cacos, hacer su agosto (4).

El edificio no sufrió daño alguno.

ADVERTENCIA

SOBRE LA CASA DE SAN ANTÓN, COLEGIO DE PADRES DE LAS ESCUELAS PÍAS

En julio de 1835 esta casa no sufrió persecución alguna, por cuya razón no he inquirido noticias referentes a ella. Un fraile agustino me dijo que en la noche acribia, como una turba se dirigiese al dicho colegio, uno de los directores de ella la detuvo al grito de: «estos no, que enseñan al pueblo». El fraile agustino ni intervino en el hecho, ni lo presenció; así que su dicho tiene poco valor. El enigma del respeto de los revolucionarios a los escolapios queda en pie.

Si pudiera caber alguna duda respecto de si los escolapios fueron respetados de las turbas, harto la disipa el siguiente documento dirigido en 30 de julio de 1835 por el Gobernador interino Don Joaquín Ayerve al Ayuntamiento, en el que se lee así: «Exmo. Sor. = El P. General de las Escuelas Pías me ha dirigido con fecha de ayer el escrito que sigue = Exmo. Sor. = El P. Fran.º Solá de María SS.^{ma} Gene.¹ de las Escuelas Pías y residente en el Colegio de San Ant.^º Abad de la presente ciudad con el más debido respeto espone. = Que existiendo como existe la mayor parte de la Comunidad de dichos PP. en

(2) Libro de entradas y salidas del Hospital General.

(3) Relaciones citadas de Recolóns y de Calvet.

(4) Relación citada de Calvet.

(1) Relación citada del P. Pablo Recolóns.

»su citado Colegio, y no habiendo sido
»molestados en estos aciagos días por nin-
»gun grupo de los amotinados, antes bien
»sabe el esponente que ha sido respetado
»por ellos: á S. E. pide y suplica que ha-
»ciendose cargo de lo espuesto, se digne
»revocar la orden ó encargo por S. E.
»hecho á tres individuos de dicho barrio
»para formar estado de lo existente en el
»Colegio, antes se le permita a sus reli-
»giosos permanecer en él para atender á
»las obligaciones de su intituto.=Este fa-
»vor y gracia espera del sincero afecto y
»amor que profesa S. E. á la orden de
»las Escuelas Pías, el esponente de que
»le quedará eternam.^{te} obligado y agra-
»decido.

»Y pareciendome atendible la reclama-
»cion que hace dicho P. Gen.¹ por la uti-
»lidad pública que resulta á esta Capital
»de la esmerada enseñanza q^e proporcio-

»na dicho Colegio a la juventud, lo trans-
»cribo á V. E. p.^a los efectos q.^e corres-
»ponda.

»Dios... Barcelona 30 de Julio de 1935.—
»El Gob.^r Interino—Joaquín Ayerbe» (1).

ARTICULO DÉCIMOSÉPTIMO

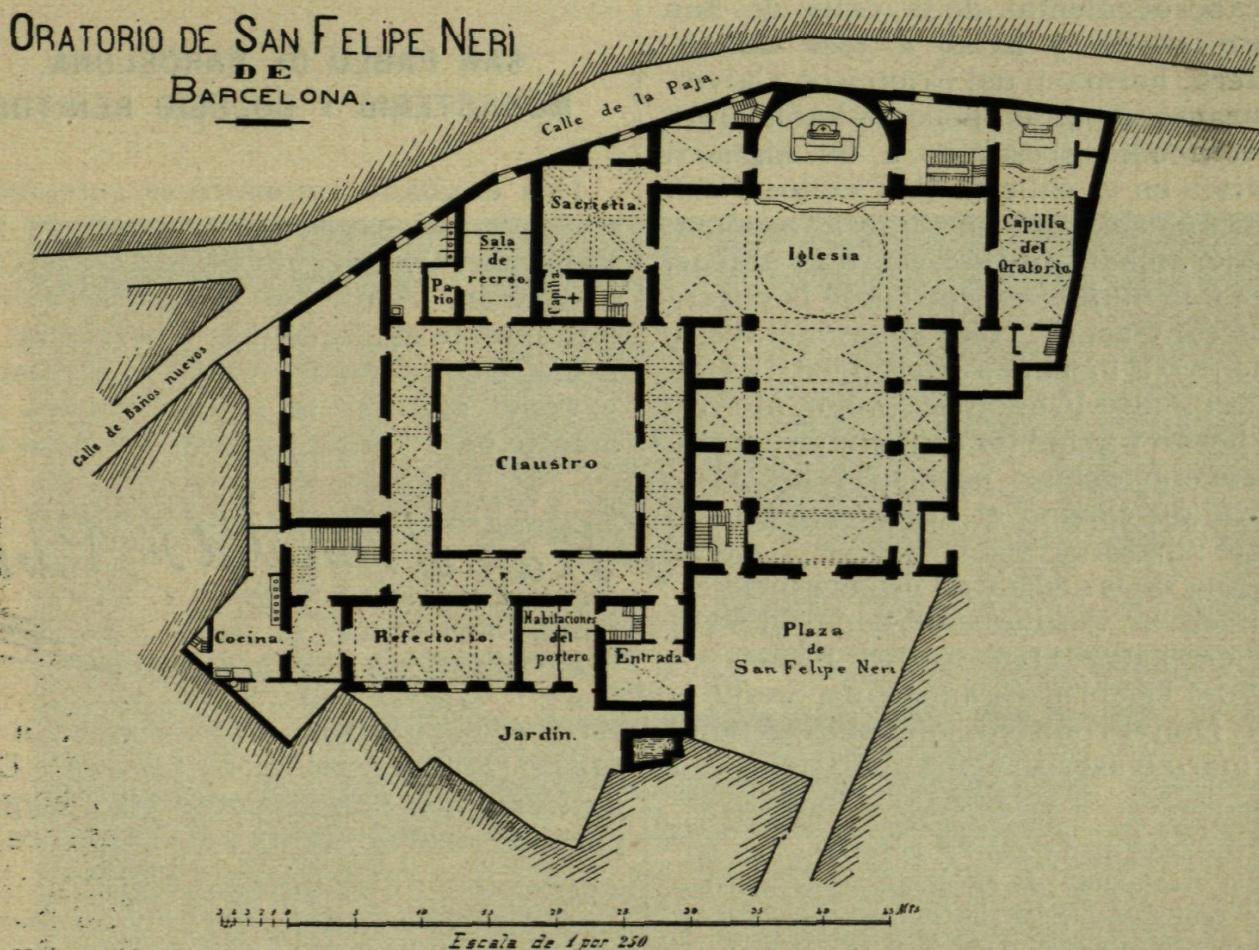
SAN FELIPE NERI DE PADRES DEL ORATORIO

De los sacerdotes que poblaban esta casa en julio de 1835 conozco los nombres siguientes, que serán los de casi todos, sino de todos.

R. P. Carlos Calafell, Prepósito.

(1) Archivo municipal de Barcelona.—Expe-
dientes.—Sección 2.^a N.^o 129.

ORATORIO DE SAN FELIPE NERI DE BARCELONA.



PLANO DE LA CASA DEL ORATORIO

R. P. Quintín Tort.
R. P. Francisco Amigó.
R. P. Esteban Casademunt.
R. P. Pedro Miás.
R. P. Agustín Molas.
R. P. José Oliva.

Aunque esta casa ni es convento, ni sus pobladores frailes ni religiosos y ni aun clérigos regulares, sin embargo en la noche fatal fué atacada. Se puso la fajina en la puerta y se le pegó fuego; pero uno de los incendiarios dijo: «esta no está en »la lista» (*aquesta no es pas á la llista*), y se fueron. Omito aquí las reflexiones a que da lugar el hecho de llevar los amotinados lista, y de atenerse a ella. Y cuenta que la noticia me la dió un sacerdote del mismo Oratorio por tenerla oída de boca de los Padres antiguos.

La señora del entonces muy conocido médico, y catedrático de Física, Don Pedro Vieta, que vivía en la primera casa del cabo occidental de la calle de San Severo, corrió y avisó a José Calvet, zapatero, hermano del Francisco Calvet, agonizante, de quién poco ha hablé. José Calvet acudió presuroso a un alguacil que vivía en la calle de San Felipe Neri, y como el empleado estuviera ausente, su mujer, medio vestida, corrió, y ambos, Cavet y la mujer, apartaron de la puerta los haces, y así no comunicaron el fuego a aquélla o a lo menos ardió poco (1). Una nota del Padre Francisco Amigó, al referir el hecho y al hablar de la mujer, añade que en ello expuso esta su vida. Al cabo de un tiempo el alguacil quedó cesante (2).

En una de las casas de la cara occidental de la callejuela de San Felipe vivía el sastre Don Rafael Pardás, padre del célebre organista de Santa María Don Primitivo, la cual casa tenía en el muro trasero, y no dudo tiene aún

(1) Relación de un Padre del Oratorio.—Relación arriba citada de D. Francisco Calvet.—Relación del vecino D. Primitivo Pardás. Barcelona 7 de agosto de 1881.

(2) Relación citada de D. Francisco Calvet.

hoy, una ventana con reja que daba al jardín de San Felipe. En aquella noche los filipenses abrieron o rompieron la reja, y por la ventana pasaron cuantos objetos pudieron, dinero, ornamentos, los mejores libros de su biblioteca, etc. Los colchones los subieron por el pozo a otras habitaciones; y al otro día los filipenses huyeron y se dispersaron por poco tiempo. Era tanta la abundancia de objetos depositados en casa de Pardás, que no se podía abrir la puerta, y a pretexto de la jarana estuvo cerrada dos o tres días, hasta que se hubo despejado la tienda, subiendo los objetos por el pozo. No faltaron a todo esto congojas en razón de que un revolucionario habitaba en la misma calle. Los filipenses siempre mostraron su gratitud a los Pardás (3).

ARTÍCULO DÉCIMOCTAVO

SAN PABLO DE BARCELONA, MONASTERIO Y COLEGIO BENITOS

Dos entidades monásticas cobijaba el techo de esta casa, el monasterio de San Pablo y el Colegio-noviciado de la Congregación, como en mi primera obra largamente expliqué. La Comunidad del primero constaba del Abad y el Sacristán, y como en 1835 la abadía vacaba por muerte del Prelado Parrella, de aquí que

F. Rafael Abad de S. Pablo

estuviera reducida al Sacristán, a la sazón Don Fr. Ramón Davesa. Don Fr. Juan de Zafont había sido elegido para la abadía, pero por razón de la

(3) Relación citada de D. Primitivo Pardás. Que los filipenses se dispersaron por poco tiempo, consta en los libros de la casa.



SAN FÉLIX DE CANTALICIO DEL TEMPLO DE
PP. DEL ORATORIO DE BARCELONA.—1911

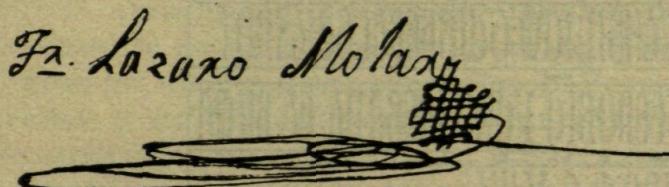
(Fotografía del autor).



UN RETABLO DEL TEMPLO DE LOS PP. DEL ORATORIO DE BARCELONA.—1911

(Fotografía del autor).

exclaustración no pasó nunca de electo. El Colegio estaría sin duda regido por el mismo Prior de que nos hace mención la visita de 1833, Don Fr. Francisco de Viñals, monje de San Cugat. Los catedráticos se llamaban: el de Teología, Don Fr. Lázaro Molar, monje de Amer; y el

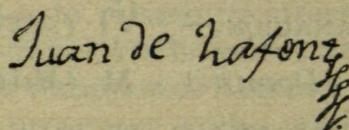


de Filosofía para los benitos, Don Carlos Sala, monje también de Amer. Ignoro los nombres de los jóvenes estudiantes y novicios, que parece subían al número de 16. Don Juan de Zafont daba clase de Filosofía para alumnos seculares durante el curso. Además de los individuos indicados, todos regulares, vivían en San Pablo el organista, el hortelano y su familia en vivienda separada, el cocinero, el fregón y dos criados a lo menos, todos, como se comprende, seculares. El Padre Sacristán ocupaba la casa aún hoy en pie: es la rectoral (1).

También a los benitos tenían ilusionadoras las seguridades dadas por Llauder, y así no veían todo el peligro. En el capítulo anterior expliqué el cómo y el por qué en la noche fatal esta casa se salvó ilesa. Ni las llamas ni los puñales penetraron en ella, y así sus moradores no sufrieron mal alguno corporal. Cuatro o cinco de ellos pasaron aquella noche en la vivienda del hortelano, refugio por cierto algo peligroso para el caso de un ataque al monasterio. Estos y los demás huyeron, ignoro por dónde, cuándo y de qué modo, constándome sólo que todos se salvaron. Hijos de familias nobles, o cuando menos ricas, fácilmente hallarían poderosos albergues, los que no sólo los

cobijaron durante los primeros peligros, sino aún después, ya que en las listas oficiales de los religiosos detenidos en los días siguientes en los fuertes no se lee el nombre ni de un benito.

El catedrático de Filosofía para los seglares y Abad electo D. Juan de Zafont y de Ferrer, hijo de Besalú y monje de San Cugat, contaba a la sazón 46 años de edad. Gozó entre los hombres de Barcelona, que no le trataron de cerca, fama de sabio, a mi entender inmerecida. Debióse ésta a dos causas: 1.^a, al atraso que en ciencias naturales afligía a la tierra, y de las que Zafont poseía conoci-



mientos, entonces habidos por sobrados, hoy por menguadísimos; y 2.^a, a sus opiniones liberales o isabelinas. Entonces la Física era contada entre las asignaturas de la Filosofía, y para su enseñanza Zafont había formado un gabinete de aquélla. Este, junto con el aparato que representaba el sistema planetario, construido bajo la dirección de Zafont, le dieron aquel renombre. Mi querido maestro Excmo. Señor Don Manuel Durán y Bas, discípulo estimado de Zafont y por lo mismo muy su amigo, me graduó de muy mediano el talento de éste. En el mismo sentido que el Señor Durán hablaban otros contemporáneos. He leído el folleto de Zafont titulado *Breve historia de la vida de los filósofos griegos, romanos, españoles y de otras naciones...* y en su fondo no lo hallo digno de un maestro, sino de un estudiante; y en su idioma castellano defectuosísimo, notándose en él galicismos y numerosísimos catalanismos, alguno tan garrafal como este: «se renovase la »antigua astronomía para formar una de »nueva» (pág. 28). Se distinguía, sin embargo, por su aplicación en el estudio y su paciencia en la enseñanza.

Un empleado de San Pablo me refirió

(1) Relación del hijo del hortelano, el cual nació y vivió en San Pablo, D. Jacinto Llansana, hecha en Barcelona a 9 de junio de 1886.

LÁPIDA DEL CLAUSTRO DE SAN PABLO DE BARCELONA



EXPLANACIÓN.— : VI (sexto) : NNS (nonas) : MADII : ANO (anno) : DNI
 (Dominii) : M (Millesimo) : CCC (trecentesimo) : VII (septimo) :
 OBIIT : G (Geraldus) : DE : PULCRO : LOCO : QUI : ANIVER-
 SARIU (anniversarium) :

HIC : CONSTITUIT : ET : EST : CUM : SUIS : PARENTIBUS : HIC :
 SEPULTUS : : ET : FUE
 RUNT : HIC : TRNSLATATA (*translatata*) : CORPORA : SPECTABI-
 LIUM : GIBBERTI : GUITARDI :
 ET : UXORIS : EIUS : ROTLENDIS : QUI : HOC : CENOBIU (*coeno-
 bium*) : FUNDAVERUNT : ET : ROMA
 NE : ECCLIE (*Ecclesiae*) : OBTULERUNT : III (*tercio*) : KLS (*kalendas*)
 : MAY (*majii*) : ANO (anno) : M (millesimo) : C (centesimo)
 : XVII (*décimo septimo*) :

TRADUCCIÓN.— *El dia sexto de las nonas de Mayo del año del Señor 1307
 murió Geraldo de Belllloch, quien constituyó aquí un aniversario; y
 está aquí sepultado con sus padres. Y fueron aquí trasladados los
 cuerpos de los respetabilísimos Guiberto, Guitardo y Rotlendis esposa
 de éste, quienes fundaron este cenobio y lo ofrecieron a la Iglesia
 Romana el dia tercero de las Kalendas de Mayo del año de 1117.*

Escala de 1 por 5.

Actualmente esta lápida está en la capilla del castillo de Belllloch cerca de Cardedeu.

que después de la exclaustración el ministro liberal, Don Joaquín María López, le mandó un nombramiento, mejor presentación, de obispo a su favor, dejado en blanco el lugar o diócesis para que el mismo Zafont lo llenara a su gusto; y que Zafont se negó a aceptar el obispado, diciendo que tenía bastante con su abadía (1). «En 1837 desempeñó Zafont la cátedra de Filosofía moral y fundamental de Religión en los Estudios generales de Barcelona, y en el año siguiente fué nombrado catedrático de Lógica de su universidad literaria, establecida definitivamente en 1836» (2). Escribió varios opúsculos, publicados algunos, inéditos otros. «En los sucesos políticos desarrollados en Barcelona en 1842 y 1843 tomó parte activa, y fué vocal de la Junta Suprema, y después su Presidente» (3). Se dice que con su autoridad y mediación evitó a Barcelona un bombardeo. Murió en 22 de febrero de 1847.

Amante sincero de toda la verdad, me veo obligado a reproducir aquí una terrible acusación que se ha lanzado contra Zafont. El francmason Don Nicolás Díaz y Pérez, en su libro escrito en defensa de su funesta secta, escribe: «Los nuevos Estatutos, como hace notar Clavel, se separan en mucho de los generales porque se regían los demás Orients extranjeros, todos ellos en armonía con las construcciones llamadas de Federico el Grande, dadas en 1786. No hemos de omitir aquí las noticias personales de los que redactaron los Estatutos para el Gr.: Or.: Español. Fué uno de ellos el sabio teólogo Fr. Félix Torres de Amat, traductor directo del hebreo al castellano, de la Biblia, y algún tiempo después, obispo de Astorga, en cuyo puesto falleció, affirmando en su última hora su fe masónica y su odio a la tiranía; y fué el

otro D. Fr. Juan de Safón y de Ferrer, catedrático de Filosofía en la Universidad de Barcelona y abad del convento de los Benedictinos de San Pablo en dicha ciudad. Este her.: que había tomado el nombre *Dolabella*, en memoria del yerno de Cicerón, Paulo Cornelio Dolabella, era el alma de la francmasonería en toda Cataluña» (4). Y en otra página escribe el mismo autor que Zafont en la masonería tuvo el grado 33, y que «por los años de 1812 hasta su muerte prestó grandes servicios á la Or.:» (5). Algunas razones pugnan contra la verdad de estas aseveraciones de Díaz adversas a Zafont. 1.^a Díaz escribe su libro en defensa de su secta, y por lo mismo le interesa presentar como suyos los hombres de prestigio; y en casos semejantes hemos visto a otros masones presentar como afiliados a la masonería a jurados enemigos de ella. 2.^a Afirma del abad electo que era el alma de la masonería de todo Cataluña, cuando la medianía del talento de Zafont, y quizá su menos que medianía, le incapacitaba para alma, para cuerpo y aun para naciones de una sociedad tan traviesa y mañosa. Sin embargo, no debo ocultar que el sentir de Zafont favorable a las nuevas ideas, bien que moderado, no progresista, y el prestigio que gozó ante los suyos, dejan en pie una funesta sospecha contra dicho Abad.

Durante la noche fatal del 25 de julio, cuando los mozos del hortelano dormían ya en sus aposentos, el hortelano enterró en el suelo del gallinero cantidades de algunos monjes; las que empero al siguiente día se apresuró a llevar a sus respectivos dueños (6).

El muy conocido archivero Don Próspero de Bofarull recogió el archivo de San Pablo años adelante, y lo colocó en el de su dirección de la Corona de Ara-

(1) Relación del hijo del hortelano citada.

(2) D. Antonio Elías de Molins. *Diccionario biográfico bibliográfico de escritores y artistas catalanes...* Barcelona, 1888, tomo II, pág. 787.

(3) D. Antonio Elías. Lugar citado.

(4) *La francmasonería española*. Madrid, 1894, págs. 413 y 414.

(5) Pág. 275.

(6) Relación citada del hijo de dicho hortelano.

gón (1), donde con gran calma he podido estudiar el de la Dirección y gobierno de toda la Congregación benita cesaraugustana y tarragonense, que se guardaba antes del 1835 en San Pablo.

Durante la guerra de los siete años las habitaciones de San Pablo albergaron familias liberales fugitivas de las tierras dominadas por los carlistas (2).

Me consta que en 1842 estaban establecidas en este monasterio escuelas, de niños unas y de niñas otras (3).

Finalmente todos después hemos visto el monasterio de San Pablo convertido en cuartel, y sus preciosos claustros blanqueados por la tropa.

De ellos pasaron después del incendio a la Academia de Bellas Artes los dos Sarcófagos de los señores de Belloch, unos de ellos fundadores o restauradores del monasterio, y una lápida; preciosas joyas que, reclamadas por el señor Conde de dicho título, se guardan hoy en la capilla del castillo del nombrado señor en el término de Cardedeu (4).

El templo ya en 1835 fué declarado parroquia, y la contigua casa del monje sacristán, casa rectoral, a las que al paso del siglo XIX al XX se ha unido el precioso claustro. En la sacristía se conservaron varios lienzos antiguos.

(1) D. Manuel Milá y Fontanals. *Noticia de la vida y escritos de D. Próspero de Bosarull y Mascaró*. Barcelona, 1860, pág. 27.

(2) Relación de un habitante de la calle de San Pablo.

(3) Tengo el oficio del Ayuntamiento nombrando a mi padre vocal de la Junta auxiliar de instrucción primaria y en el que se nombran dichas escuelas de San Pablo.

(4) Allí las he visto y fotografiado.—*Historia de las Capillas de los Santos Pedro y Pablo...* por D. Joaquín de Mercader. Barcelona, 1876, págs. 14 y 15.

ARTÍCULO DÉCIMONOVENO

COLEGIOS REGULARES DE BARCELONA

4) COLEGIO DE SAN ANGELO DE CARMELITAS CALZADOS

He aquí los nombres de los religiosos de esta casa:

R. P. José Gatell, Rector del colegio.

J. Josephus Gatell

R. P. Narciso Pagés, Regente de estudios.

R. P. Eduardo Comas de Munt y Pradell, de Gerona, el cual, a los 19 años de su edad, en Barcelona profesó en 10 de noviembre de 1807. Aquí ahora Lector de Teología.

Eduardo Comas de Munt

R. P. Presentado Isidro Fornés, Lector.

R. P. Presentado José Masoliver y Pastor, de Camprodón, quien, a los 19 años, en Barcelona profesó en 3 de diciembre de 1815; Lector de Filosofía.

R. P. José Franch y Noguera, de Vich, el cual, a los 18 años, en Barcelona profesó en 20 de octubre de 1829.

COLEGIALES

Fr. Francisco Solá y Vilás, Subdiácono, de San Quirico de Besora, el que a los 18 años de edad profesó en Barcelona a 24 de septiembre de 1832.

Fr. Martín Barcóns, de Olot.

Fr. Juan Ostench.

Fr. Bartolomé Bassas.

Fr. Juan Salamolés.

Fr. Jaime Cabestany y Bellart, quien a los 12 de enero de 1829 profesó en Barcelona.

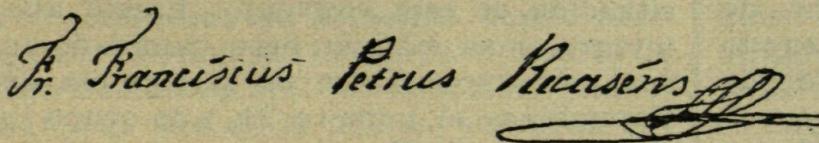
Fr. José Ortega y Espinós, de Valls,

quién a los 16 años profesó en Barcelona en 13 de octubre de 1831.

Fr. Joaquín Lluch y Garriga, de Barcelona, quién, a los 16 años, en Barcelona profesó en 27 de febrero de 1832.



Fr. Francisco Pedro Recaséns y Martí, de Valls, quién a los 16 años profesó en Barcelona a los 27 de febrero de 1832.



Fr. Juan Gatius y Badosa, de Vich, quién a los 18 años profesó en Barcelona en 24 de septiembre de 1832.

Fr. Juan Miguel y Janer, de Valls, quién a los 17 años profesó en Barcelona en 24 de septiembre de 1832.

Fr. José Guardia y Soler, de Prats de Llusanés, quién a los 18 años profesó en Barcelona en 24 de septiembre de 1832.

Fr. Francisco Casabosch y Montoriol, de Olot, quién a los 16 años en Barcelona profesó en 24 de septiembre de 1832.

Fr. Joaquín Clanxet y San Miguel, de Cambrils, quién a los 17 años profesó en Barcelona a los 24 de Septiembre de 1832.

Fr. José Parareda y Ausió, de Olot, quién, a los 16 años, en Barcelona a 28 de enero de 1833 profesó.

Fr. Francisco Muntal y Pujol, de Santa Margarita de Vellors, quién a los 18 años profesó en Barcelona en 19 de agosto de 1830.

Fr. Joaquín Pagés.

Fr. Bernardo Clavería.

Fr. Francisco Travería.

LEGOS

Fr. José Vila y Farga, de Vilanova de Sau, quién a los 24 años profesó en Barcelona en 24 de mayo de 1806.

Fr. Lorenzo Serret, quién en 20 de enero de 1827 profesó en Lérida (1).

Todos los religiosos de esta casa que conoci me colocaron entre sus lectores de teología al Padre Juan Ferrer; pero como el 25 de julio lo encontramos en el convento grande y, al huir de él, recibiendo innumerables heridas, le omito en esta lista. Quizá en aquellos nefastos días había accidentalmente pasado al convento.

El religioso, colegial de esta casa, hombre de talento, y después muy conocido y sesudo párroco de la parroquia del Puerto de Tarragona, Padre Francisco

Recaséns, al referirme los hechos de este colegio, me dió noticias que no son para omitidas, las que por lo mismo las copio a seguida: «Tres o cuatro días antes de la catástrofe acompañé, »me dijo, el Padre Maestro Eduardo Comas a visitar a un hermano suyo militar. »El Padre Comas preguntó al militar por »el peligro que pudiesen correr los religiosos, a lo que contestó el militar: *esto »está muy próximo: tendrá lugar ó el »día de Santa Cristina ó el de San Jaime.*

»Los planes de los revolucionarios eran »dos. Uno era sorprender a los religiosos »en sus camas y asesinarlos, entrando »los conjurados en los conventos por la »iglesia en el momento de abrirla por la »mañanita; el otro fué el que se realizó». Hasta aquí Recaséns (2).

En esta casa, como en las otras, los jóvenes veían el peligro mucho más que los ancianos. Para lo primero, es decir, para presentir la desgracia, no faltaban datos, pues además de los generales y de todos conocidos, los jóvenes de aquí

(1) Lista citada de los pasaportes librada por la autoridad a los religiosos al salir de los fuertes.—Relación del fraile de esta casa don Francisco Solá en Barcelona a 2 de julio de 1880.—Libro de los hábitos y profesiones, citado, de la Biblioteca universitaria provincial.

(2) Me lo dijo en Tarragona a 9 de agosto de 1880, y me lo ratificó en 21 del mismo mes y año.

oyerón noticias harto alarmantes. Un grupo de éstos, uno o dos días antes del aciago, yendo de paseo, cruzaba la puerta de San Antonio, cuando entró una diligencia. De ella se apeó un franciscano de Reus, quien, cruzando conversación con los carmelitas, les contó la catástrofe de aquella villa. Los parientes o familia del colegial, después Obispo de varias diócesis y Arzobispo de Sevilla, Don Joaquín Lluch, por temor a lo que se preveía llevaron consigo al colegial. El día 25 de Julio otro colegial, Francisco Solá, acompañó al Padre Lector Comas, hombre de talento y saber, a visitar nuevamente al hermano militar; al salir, de cuya visita dijo Comas a Solá: «Ha llegado ya la ocasión de preparar el vestido de seglar» (1).

El Padre Recaséns sigue refiriendo los hechos: «El pueblo en general nada sabía del atentado que se proyectaba, de modo que pocos minutos antes de él la Rambla estaba llena de gente. El Rector del Colegio, Padre Maestro Gatell, la atravesó aquella hora sin que nadie le dijera una palabra. Llegó al colegio a las ocho menos cuarto. Rezáronse las letanías de los Santos en súplica de que Dios apartase la tempestad que amenazaba á España, y acabadas, se cenó. Al recitar las gracias, a eso de las ocho y media, ó nueve menos cuarto, oyóse la campana del fronterizo convento capuchino pidiendo auxilio. El Padre Lector Comas subió á la ventana que daba a la Rambla, y halló á esta en aquel momento en paz; sin embargo el superior dispuso una centinela continua, y facultó á los jóvenes para reunirse en grupos en algunas celdas.

«Al cabo de un rato desde una de estas celdas, que daban á la parte trasera, oyéreronse exclamaciones de «¡Ay... ay!» proferidas sin duda por algún buen vecino. Asoméme á la ventana, y ví la

»terrible llama que se levantaba del templo de San José, la que se elevaba á doble altura de los edificios. Entonces el superior reunió la Comunidad, repartió dinero á los frailes en cantidad de dieciocho duros á cada uno, y les dijo que cada cual obrase como creyese más conveniente» (2).

A todo esto los frailes carecían de disfraz, de modo que no tenían más recurso que quitarse los hábitos para quedarse con una chaqueta sin cuello, y sobre todo con la rasura grande y de reciente renovación. Dispersáronse. En mi libro *Las Casas de religiosos* he ya descrito la situación de este convento. Existe aún íntegro en su edificio, pero cambiado en sus contornos. Tiene en la Rambla de Capuchinos el número 24, y lo ocupa la Guardia civil. Entonces no existía la calle de la Unión. A espaldas del edificio había el huertecito, el cual por su lado N. se unía con el del colegio de San Buenaventura de franciscos, y éste también por su N. con el de Trinitarios. Por O. de todos corría un callejoncito o pasadizo. Las primeras casas de la calle del Conde del Asalto de aquel lado eran del colegio. Dispersáronse, pues, los frailes, repartiéndose principalmente en dos grupos. Salieron el primero a eso de las once y media, dirigiéose con gran silencio al fondo de su huerto, y allí, deliberando sobre adonde se encaminaría, algunos de los frailes cruzaron la tapia que les separaba de los jardincitos de las casas de la calle del Conde del Asalto; y los demás, espantados por la revolución que ardía en el próximo convento de San Agustín, no pudiendo huir por allá, regresaron a su colegio. De los primeros, Fr. Recaséns, el Superior y Fr. Guardia fueron admitidos y muy bien tratados por los habitantes de aquella casa. Al otro día, día de Santa Ana, se presentaron los tres a la policía en el edificio del contiguo colegio de San Buenaventura, a la sazón

(1) Todas las anteriores noticias proceden de boca del mismo P. Francisco Solá, dadas en Barcelona a 2 de julio de 1880.

(2) Citada relación. — Relación citada del P. Francisco Solá.

convertido en oficinas del ramo. Hallaron a los polizontes espantados, porque la revolución se dirigía también en contra de ellos, de modo que éstos dijeron a los frailes: «Anteayer para VV.; ahora »para nosotros». A media noche del 27 al 28 los tres frailes fueron conducidos a Atarazanas (1).

El segundo grupo salió a las 12, y quiso refugiarse en la casa de un conocido de uno de los frailes, Fr. José Ortega, sita en la calle de San Pablo. Salió a la callejuela trasera, pero al ir a desembocar en la de San Pablo, toparon con el tumulto de los que atacaban a San Agustín, y así retrocedieron, no sabiendo donde abrigarse. Finalmente llamaron al huerto de San Buenaventura. Abrióles el hortelano, habló al jefe de la policía, entraron los religiosos y fueron colocados en una celda. Cuanto desde allí veían aumentaba su espanto. Veían los resplandores del incendio de San José; las potentes y grandes llamas que brotaban de las ventanas del de Trinitarios descalzos; la huerta de éstos registrada e invadida por las turmas, el tumulto y la revolución. Oían, por otra parte de boca de los polizontes conceptos no muy consoladores. «Nos »comprometéis, decían; en esta casa hay »dinero y papeles, es frequentada de mu- »chos, y pueden veros: nos comprome- »téis. Ved que los revoltosos pueden »venir» (2). Los pobres frailes contestaban pidiendo que no les despidiesen de allí. Tal estaba su ánimo, que allí se confesaron para morir. A las cuatro de la madrugada los polizontes condujeron los frailes a Atarazanas. De consiguiente este segundo grupo de Carmelitas llegó a Atarazanas dos días antes que los relatados Padre Superior, Fr. Recaséns y Fr. Guardia. Por esto los del segundo, con los demás frailes a la sazón hallados en Atarazanas, subieron el 26 a Montjuich; mientras que los dichos Superior, Recaséns y Guardia, junto con algunos rezas-

gados, el día 28 fueron conducidos a la Ciudadela, pasando por la muralla del mar (3).

Dije arriba que, del primer grupo, el Superior, Fr. Recasens y Fr. Guardia pasaron a una de las casas de los primeros números de la calle del Conde del Asalto, y que el resto del grupo regresó al colegio. Efectivamente, allí pasó la noche; por la mañana se celebró una Misa, se sumieron las Formas, y trasladado después el grupo a Atarazanas, el mismo día 26 subió con los demás a Montjuich (4).

El colegial Fr. Francisco Traveria no quiso ir a la Policía, y por la calle se dirigió y llegó a una casa amiga, donde se salvó (5). El otro colegial, Fr. Francisco Muntal, huyó cruzando terrados, y parando en fin en la habitación de unos buenos hombres, escribiente uno de la Capitanía General y el otro mozo de café, quienes le hospedaron durante tres semanas en su casa, consolándole y alimentándole. Llámase el mozo Feliciano Espuys (6).

El edificio, como se desprende de lo narrado, pasó olvidado de los amotinados, y por lo mismo incólume.

B) COLEGIO DE SAN BUENAVENTURA DE RELIGIOSOS FRANCISCANOS

En 1835 no existían de este colegio en Barcelona más que las paredes, no la Comunidad, así es que no pudo sufrir entonces persecución. «En octubre de 1834 con pretexto del cólera el Gobernador Ayerbe nos arrojó del colegio, me escribió uno de sus colegiales, y lo convirtió en Policía» (7). Había, pues, a

(3) Relación citada del P. Francisco Recaséns.

(4) Relación citada del P. Francisco Solá.

(5) Relación del mismo P. Francisco Traveria en Vich a 20 de febrero de 1882.

(6) Relación del mismo P. Francisco Muntal en Vich a 21 de febrero de 1882.

(7) Carta del P. Rafael Sans desde La Paz en América a 27 de mayo de 1880.

(1) Relación citada del P. Francisco Recaséns.

(2) Relación citada del P. Francisco Solá.

la sazón allí las oficinas de este ramo, como harto lo he significado en el artículo anterior al presente.

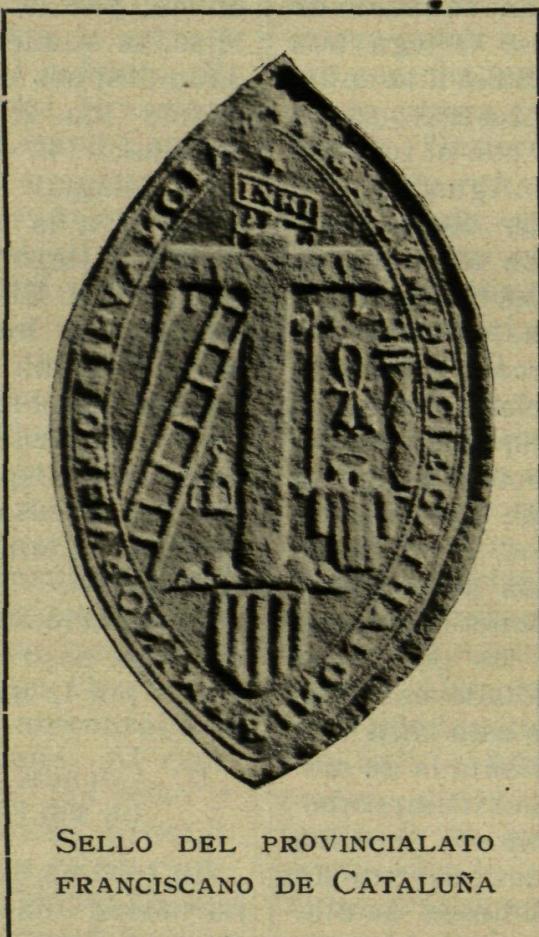
Mas sigamos aquí por un momento la suerte que con motivo de la expulsión de 1834 cupo a la Comunidad de colegiales. «En dos días precisos, que se nos dió de tiempo, escribe el mismo colegial de arriba, tuvimos que trasladar á carretas los libros de nuestra selecta biblioteca, los muebles de la iglesia, de las clases, celdas, y demás oficinas al convento de nuestras monjas de Jerusalén. De aquel colegio, que es ahora la fonda de Oriente, nos refugiamos al convento nuestro de San Francisco. Como en sus espaciosos dormitorios se colocaron los enfermos del cólera, fuimos luego trasladados al Colegio de Santo Tomás de Vich los teólogos; los canonistas fueron destinados á Villafranca...

»En Santo Tomás de Vich antes del año nos vimos sorprendidos por un batallón de infantería, y un escuadrón de caballería á mediados de julio de 1835, á las órdenes de un N. Balmaseda, quien nos intimó un arresto riguroso, y que el dia siguiente debíamos salir de dos en dos para Barcelona, a pie, escoltados por mozos armados con orden de parar al que intentase desviarse. Así se cumplió con los más tristes presentimientos, sin podernos llevar más que nuestro breviario. Nuestros libros, ropas, etc., quedaron allí no sé cómo. Sólo al P. Guardián José Llosellas se le per-

mitió quedarse á recoger los muebles de la iglesia y sacristía, los libros de la biblioteca, y algunas cosas más, que procuró acomodar en las casas de algunos amigos, mientras nosotros conducidos como criminales íbamos marchando tristemente; pues además del cansancio y los ardores del sol de julio, presentíamos que se nos llevaba al matadero. »Este recelo se nos aumentó al llegar á Granollers, porque habiéndonos permitido pernoctar algunos en el convento de Padres Mínimos, que nos trajeron con gran caridad, nos indicaron los planes de exterminio fraguados por las logias, que ya no eran un misterio.

»Hasta Granollers la gente nos acompañaba; pero de allí adelante nos insultaban. Así es que temímos un desastre al acercarnos á la ciudad: para evitarlo suplicamos á los conductores nos entrásem al anochecer separadamente y por diferentes puertas.

»Al atravesar las largas calles de la puerta del Angel y de la Puerta Nueva hasta San Francisco, íbamos con el alma en los labios, que se nos volvió al corazón cuando nos vimos dentro de la portería. Mas aquella veneranda comunidad quedó altamente sorprendida de nuestra inesperada llegada cual malhechores, siendo todo y único delito nuestro el ser frailes. El P. Provincial Fr. Buenaventura Clariana fué el dia siguiente á verse con Llauder, quien le aseguró que nuestra repentina traída de Santo Tomás



SEAL OF THE PROVINCIALATO
FRANCISCANO OF CATALUÑA

»solo era una medida precaucional para
»evitar que nuestra indiscrecion aumentase las partidas carlistas que alborotaban la plana de Vich; que podía destinarnos á otro convento de la provincia,
»y que descansase tranquilo; pues le aseguraba bajo su palabra, que, á pesar de las iniquas maquinaciones de los trastornadores, él sostendría el orden á todo trance. Pero estas seguridades no las tenía él, ni el Provincial las creyó; pues este se retiró á Pedralbes, y él á Horta,

»dejando orden que se nos condujera custodiados á Villafranca, en diligencia cerrada. Esta traslación nos libró de la catástrofe: si bien nosotros al divisar por las celosías del coche el camino atestado de miqueletes, temíamos reconocer en ellos por sus fachas patibularias á los asesinos del Ven. é Ilmo. Sor. Strauch y su compañero en el bosque del Lladoner. Dios hizo, empero, que llegáramos al Panadés sin novedad...» (1).

C) COLEGIO DE SAN VICENTE FERRER Y SAN RAIMUNDO, DE DOMINICOS

Los nombres de los habitantes de esta casa que han llegado hasta mí son los siguientes:

R. P. Presentado Segismundo Riera, Rector.

Fr. Segismundo Riera Prior.

R. P. Presentado Esteban Serrat, Regente de Estudios.

R. P. Narciso Puig, Lector de Teología.

(1) Carta que desde La Paz en 8 de julio de 1880 me escribió el célebre e ilustradísimo Padre Rafael Sans, muy mi amigo.

R. P. José Arrufat, Lector de Filosofía.

COLEGIALES

R. Fr. Pedro Palau, cursante de Teología.

R. Fr. Francisco Henrich, cursante de Teología.

R. Fr. Vicente Viñolas, cursante de Teología.

R. Fr. N. Feliu, cursante de Filosofía.

R. Fr. N. Coll, cursante de Filosofía.

R. Fr. Francisco Fontana, cursante de Filosofía.

R. F. Ramón Bernadet, cursante de Filosofía.

R. Fr. Pablo Carbó, cursante de Filosofía.

Además había un lego de nombre Fr. Juan, y un criado secular apellidado Matas (2).

Ya en mi primera obra sobre los Conventos catalanes expliqué que la orden dominica, viendo el mezquino edificio de su colegio de la calle de San Pablo, trataba en 1835 de la construcción de otro mejor en distinto lugar. A este fin la casa procuraba ahorrar, y para lograrlo en verano despedía para sus casas á los colegiales que desearen pasar en ellas las vacaciones. Por esta circunstancia el día aciago sólo halló allí al Padre Rector, al Padre Regente de Estudios, al lector Arrufat, al colegial Palau, al lego Fr. Juan, y al criado (3). Mas el Superior, si no tenía súbditos, en cambio guardaba una cantidad, que los religiosos sobrevivientes creen era la destinada a la reedificación del colegio, proveniente de enajenaciones de fincas del mismo colegio, de ahorros, y de otras fuentes (4).

(2) Relaciones de varios religiosos de esta casa.

(3) Relación del colegial de esta casa el célebre P. Pablo Carbó, Barcelona a 23 de septiembre de 1882.—Relación del P. Ramón Bernadet, Barcelona 4 de abril de 1889.

(4) Relación del P. Romualdo Espinás, Barcelona 4 de enero de 1889.—Relación citada del P. Pablo Carbó.

El Padre Lector, Segismundo Riera, contaba sesenta años de edad; era alto, cano, guapo, de nobles sentimientos, simpático, bueno, y gran predicador de sermones en catalán para el pueblo (1). Hallábase de Prior en el convento de Tarragona, cuando en el Consejo de Provincia celebrado en Cervera a 31 de abril de 1834 fué nombrado Rector de este Colegio de Barcelona (2), y tomó posesión del cargo en 12 de mayo siguiente. En los momentos de iniciarse la jaraña de 1835 hallábase de visita en casa de los señores Parés, corredores de cambios, a quienes todos en Barcelona hemos tratado. Habitaban éstos la actual casa número 7 de la calle de la Princesa, que entonces, no existiendo como no existía esta calle, formaba en la de San Ignacio de la Boria. Los hijos de Parés Don José y Don Narciso asistieron a los toros, mas al ver el trastorno se apresuraron a regresar a casa. Allí hallaron al dicho Padre Riera acompañado del corista Fr. Pedro Palau y al otro dominico Padre Francisco de Asís Borrell, con otro corista. Noticieron a los frailes el alboroto, y les ofrecieron abrigo en su casa, instándoles para que no se expusieran a salir a la calle, manifestándoles el peligro que iba en ello. El Padre Presentado Riera contestó que debía regresar a su colegio, y esto por dos razones: porque era superior, y por lo mismo en los momentos de peligro debía tomar las disposiciones convenientes, y porque habiéndole los vecinos de casa Parés visto entrar en esta vivienda, y no viéndole salir, la comprometía (3). Por lo que luego sucederá opino que no sólo le guiaba el deseo de cumplir su obligación de jefe,

sino el de salvar el capital del colegio.

Salió Riera con su corista, caminando la calle de la Libreteria, Plaza de la Constitución o de San Jaime, Call, calle de la Boquería; cruzó la Rambla, y pasando la calle conocida de San Pablo, llegó al colegio. Empero en la calle de la Boquería un cordonero le paró y avisó nuevamente, instándole a que entrara en su casa; mas él, impertérrito, continuó su camino (4). Llegado al colegio, halló en él el más absoluto imperio de la paz y del sosiego. La corta Comunidad cenó. «Habíamos cenado, me escribió el entonces corista Palau, y nos retirábamos á nuestras celdas. Al pasar yo por frente una ventana exterior, una columna de humo, que según mis cálculos se levantaba de cerca del convento de San Agustín, púsome sobre mí; y corrí á dar aviso al Padre Segismundo Riera. Este procuró desvanecer mis temores diciéndome: «El fuego está, segun parece, en la Rambla. Allí se cobran los impuestos que el pueblo tanto odia, quizá queman las casillas del cobro», y se retiró. Yo sentía un triste presentimiento de que nos amenazaba un grave peligro, y me quedé frente de la ventana observando. El silencio era todavía sepulcral en nuestra calle, mas de pronto un rojizo resplandor con inmensa humareda que se levantó del convento del Carmen me dió á comprender la realidad y gravedad del temido peligro. Corré á avisar de nuevo al Padre Riera, que vino á la ventana, y comprendió entonces la realidad de lo que acontecía. Arreglóse los hábitos, llamó al criado de casa, y los dos salieron juntos á la calle por una puerta secreta de la capilla que no parecía pertenecer á ella, y se dirigieron á la morada del barbero del colegio.

»El temor se propagó con la noticia entre todos nosotros, y sobresaltados tratamos de nuestra salvación. La revolución había ya llegado á nuestros ba-

(1) Relación citada del P. Romualdo Espinás y de otros.

(2) Archivo de Santa Catalina, hoy en poder de los Dominicos. *Libro de Consejos de la Provincia de Aragón*. En la fecha de este consejo está sin foliar.

(3) Relación del mismo D. Narciso Parés. Barcelona 24 de junio de 1880.

(4) Relación de D. José Parés. Barcelona junio de 1881.—Relación del P. Ramón Bernadet.

»rios, y el criado, que por orden del »Rector había regresado al Colegio, vió »hacinar en la puerta de él los combusti- »bles que iban muy luego a arder. Serían »más de las nueve de la noche. La defen- »sa heroica que de sus vidas y casa »hacían los seminaristas, distraía la aten- »cion de los revoltosos, atrayendo la ra- »bia y el enojo de las turbas, que pasa- »ban armadas de puñales, garrotes y »teas incendiarias, y así fué muy corto é »insignificante el número de amotinados »que se acordó de nosotros y de nuestra »casa.

»Saltamos por el jardín, y nos refugia- »mos en casa de un vecino (*una fábrica*) »conocido por el apodo de *Jaume de Pe- dra*, fabricante de Manresa, quien nos »acogió con benevolencia. Nos colocó en »una de las habitaciones de su casa, deján- »donos allí solos, y prometiendo avisar- »nos de cualquier peligro que de nuevo pu- »diésemos correr. Allí pasamos la noche »oyendo el estruendo de los incendios de »los conventos más cercanos, viendo los »avances del fuego que reducía á cenizas »las moradas de nuestros hermanos, escu- »chando el triste tañer de las campanas »que demandaban auxilio, y orando y »temiendo por todos, propios y extra- »ños» (1).

Una señora que vivía vecina al colegio me añadió: «Vi un grupo con antorchas »que se dirigía al colegio de dominicos, »pero los frailes ya estaban fuera de él, y »se fué á la contigua fábrica de *Jaume de Pe- dra*. Salió el amo, y dijo á la turba »que aquello no era un convento, y le »negó la entrada. Se dijo que realmente »estaban allí los frailes. Los amotinados »se encaminaron entonces hacia *San Pablo*» (2).

El Regente de Estudios, Padre Esteban

(1) Relación hecha por el mismo P. Pedro Palau, ante un amigo mío que la escribió, siendo Palau Cura párroco de Santa María de la Geltrú.

(2) Relación de D.^a Ana Cullell de Cortés. Barcelona 21 de marzo de 1880.

Serrat, hombre de extraordinaria candidez, ni siquiera quiso pasar á la fábrica, sino que se retiró al oratorio del mismo colegio, y en toda la noche no salió de este edificio.

A la mañana del día siguiente hallábase formado en la Rambla de Santa Mónica el batallón 2.^º de milicia urbana, y de él se envió al Capitán Dón Constantino Gibert, notario muy conocido en Barcelona, con su compañía, a recoger los religiosos de este colegio (3). El inocente Padre Serrat, al presentársele el miliciano, creyó que se le iba a asesinar, y arrojándose a los pies del oficial le pidió la vida por Dios. Tranquilizóle éste diciéndole que se trataba de salvarle; y le preguntó por dónde estuviesen los demás frailes. Al principio Serrat dudó en descubrirlas, mas luego manifestó el lugar (4). «El pueblo quería echársenos encima, »me dijo el capitán, tirándonos piedras y »profiriendo mil insultos. Comprendí que »tenía poca fuerza para atravesar aquella »turba, y así mandé á Renart por otra »compañía. Llegó esta, y, puestos entre »filas los pocos religiosos allí hallados, »no consideré prudente cumplir la con- »signa de llevarlos por la Rambla, sino »que pasamos por la muralla de tie- »rra» (5). En la muralla creció el tumulto y el furor, de modo que en un remolino hasta algunos milicianos vinieron al suelo, y alguna manotada llegó hasta los religiosos, amén de las piedras que llovían (6). Frente la puerta de Santa Madrona la turba levantó mucho polvo del suelo, mientras pedía a los milicianos que la dejasesen obrar, pues que con la nube

(3) Relación del mismo D. Constantino Gibert, muy amigo de mi familia. Barcelona 27 de abril de 1880.

(4) Relación del P. Ramón Bernadet, quien oyó los hechos de boca del mismo P. Serrat.

(5) Relación citada de D. Constantino Gibert.

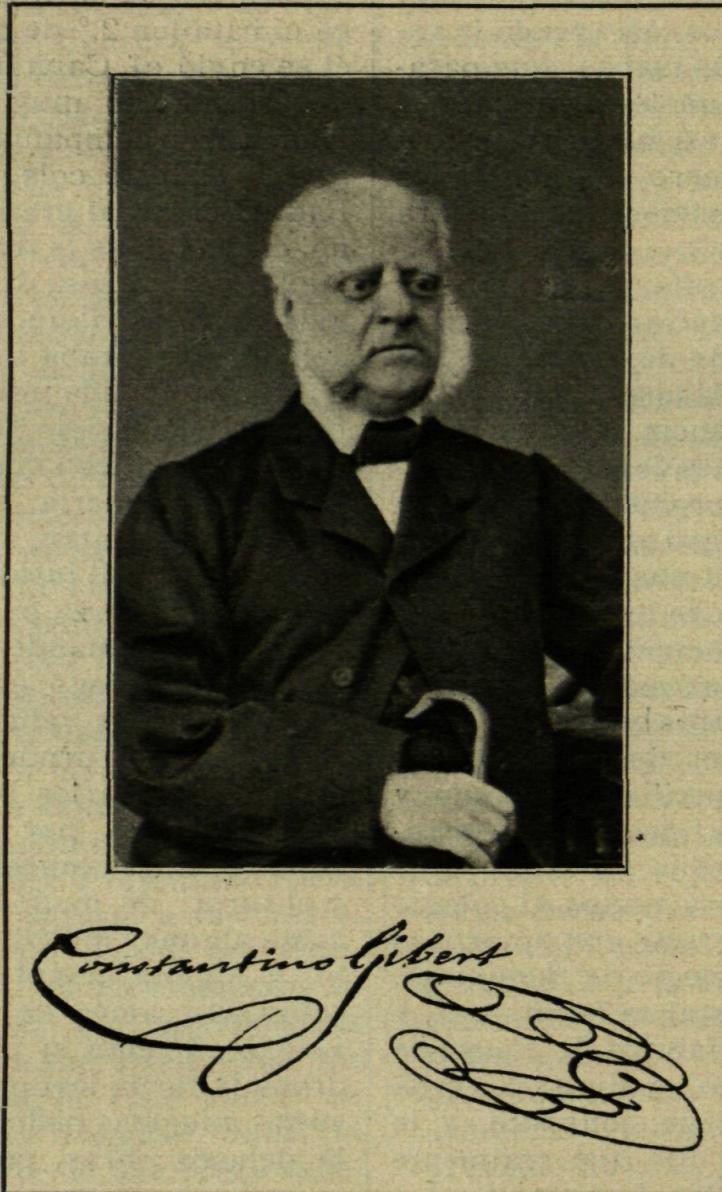
(6) Relación de D. Baldomero Simó, miliciano de la compañía presente al acto. Barcelona 27 de enero de 1885.

de polvo se excusaba su complicidad (1). Al fin, sea que algunos caballos despejan la vía, sea que la milicia redoblase su tesón, los frailes llegaron sanos a Atarazanas. «Las masas furiosas querían matarme, me decía Gibert, y los gritos de »matarle se repetían á cada momento acompañados de insultos. Reuníme con mi fuerza en la Rambla al resto de mi batallón. Dios me dió aquella decisión que sólo puede tener un joven».

Como se desprende de lo narrado, el edificio y cosas del colegio al pronto no sufrieron daño alguno; mas no puedo aquí terminar el relato, ya que a él le falta por desollar el rabo, como reza el dicho popular, o sea la suerte que cupo al Padre Rector, al cual en el principio del susto hemos visto huir de la casa con el capital que guardaba. Cuantos ancianos y no pocos jóvenes a quienes interrogué sobre frailes, al hablarles de la hecha de la noche de Santiago, me han referido el triste

caso del Padre Segismundo Riera. La voz, no digo pública, sino universal, lo cuenta, en el fondo, del mismo modo. Se hizo eco de ella Don Francisco de Paula Capella en las siguientes líneas que copio a la letra:

«Lo que voy á contar lo sabe Barcelona enter... A mí me parece oirlo cuando lo contaban en mi casa los vecinos de la calle en la cual sucedió» (*la de San Pablo*)... «Cerca el expresado colegio ó enfrente de él había una familia con tienda abierta» (*la del barbero del Colegio, que estaba enfrente*)... «El superior del colegio tenía en el vecino una gran confianza, y le comunicaba sus temores y sus esperanzas. El vecino, por su parte, le refería las noticias...; pero el amigo concluía siempre dicien-



»do al Superior: «Descuide V., Padre, pues en mi casa, aunque peligre mi vida, podrá V. estar seguro»... El buen religioso agradecía estas ofertas y se tranquilizaba, pues le era conocida la hombría de bien de su vecino...

»Lució el dia nefando del 25 de julio de 1835.... En medio de tanto horror ¿qué hacían el Superior del Colegio y su

(1) Relación de D. Mariano Llopert, presente al acto, hermano de un oficial de la dicha milicia. Barcelona 15 de mayo de 1886.

»vecino? Asustado el religioso salió de su »casa y se dirigió á la de su amigo».

Se me ha dicho que el criado que le acompañaba le avisó de que no fuera a dicho barbero, pero el Padre insistió en su proyecto. «No había tenido la precaución de disfrazarse con traje de seglar, pero pensó que su amigo le prestaría uno». (*Un vecino me dijo que iba mal disfrazado*). «El buen Padre llevaba consigo un saco...—Sálveme V. la vida y guarde V. esto, dijo el superior á su amigo, y mañana cuando pueda á favor de un disfraz me marcharé.—El vecino tomó el tesoro y lo escondió, quedándose con el fraile en la tienda, cuya puerta estaba cerrada.

Entre tanto pasaba por la estrecha calle un populacho feroz aullando: «¡Mueran los frailes! ¡Viva Cristina! ¡Viva la libertad!...» El vecino de pronto volviéndose al fraile le dijo:—V. me compromete aquí..... Padre, vágase V., yo no puedo consentir el asesinato de mi familia.—¡Por Dios! exclamó el infeliz echándose á sus pies; no me arroje V. de aquí, pues mi muerte es cierta.—No, no, dijo aquel hombre desalmado, abriendo la puerta de su tienda, arrojando de un empellón al religioso á la calle y cerrando tras éste la puerta, sin piedad..... El populacho soez..... gritó:—«¡Un fraile!» y se arrojó sobre la víctima indefensa..... Se cebaron en él...» (1). Un íntimo amigo mío, que vivía cerca del lugar, oyó los garrotazos que la turba descargó sobre el Padre (2); y una señora vecina las exclamaciones de éste en las que decía: «Virgen Santísima, ayudadme» (3). Otro amigo mío, aún hoy (1908) vivo, pero octogenario, hermano del citado en estas líneas, vió, nótese bien, vió como los amotinados allí mismo, a la puerta del barbero, o a pocos pasos, a

palos le derribaron y mataron (4). Su cadáver se dice que fué deshonestamente profanado (5). El asesinato se perpetró aproximadamente a media noche, y el muerto quedó en la calle hasta que en la madrugada los serenos lo llevaron colocado sobre una escalera de mano (6). El Padre Antonio Vionet, agustino, al huir de su convento y después de haber corrido varios lances, como dije en su lugar, pasó en la madrugada por la citada calle de San Pablo, y vió en el suelo la sangre del Padre Riera, allí tan inicuamente derramada (7).

Habrá notado el lector que para todas las noticias me procuré testigos de vista, y hasta actores y víctimas, mas ¿cómo lograrlos de lo que pasó en el interior de la tienda del barbero cuando ni el paradero de éste alcancé? Y escribo esto porque una noticia, que arriba en el artículo 7.^º de este mismo capítulo di, parece que viene a contradecir la voz popular de que el Padre Riera dejara en poder del barbero su capital. Al explicar la muerte del Padre Nicolás Collell, agustino, dije que frente la casa de la hermana del señor Tintorer, en la calle del Hospital, fué agredido dicho Collell; pero que habiendo llegado allá la noticia de que en la de San Pablo había un Padre que llevaba onzas de oro, los *integros* revolucionarios dejaron al agustino sin rematar para correr a la calle de San Pablo. ¿Las dejó en poder del barbero, o no las dejó? ¿Estas eran las del saquito, o eran otras remanentes en los bolsillos después de dejado el saquito en poder del barbero? No lo sé.

Continuando el señor Capella, haciendo eco de la voz popular, escribe a seguida: «No aprovechó el dinero á la

(4) Relaciones del P. Leonardo Cortés que fué quien lo vió. Barcelona 3 de noviembre de 1880.

(5) Relaciones citadas de los Sres. Parés.

(6) Relación citada del P. Leonardo Cortés, testigo ocular. Entonces Cortés era seglar.

(7) Relación del mismo Vionet en San Andrés de Palomar a 14 de diciembre de 1881.

(1) En *El Correo Catalán* del 25 de julio de 1885, págs. 8 y 9.

(2) D. Antonio Cortés y Cullell.

(3) Relación citada del P. Ramón Bernadet.

»familia cómplice del vil abandono en que se dejó al infeliz que le pedía amparo. Mal gastado el dinero... la familia arrastró una existencia precaria. El mal vecino murió miserablemente, y hasta se dijo de público que alguno de los individuos de la expresada familia subió al patíbulo» (1). Todo el mundo, al narrar en Barcelona el asesinato y la felonía, acaba pregonando el castigo de Dios ya en esta vida sobre el criminal, pero cada uno le señala desgracias diferentes. Estimo lo más prudente limitarme a transcribir lo que en 1884 me dijo Don Narciso Maspons, sobrino del Padre Riera: «El barbero ha muerto hace muy pocos años en Gracia, sumido en la mayor miseria. Yo le he seguido constantemente la pista por si un dia podía exigírsele justicia» (2).

D) COLEGIO DE TRINITARIOS CALZADOS

En 1835 componían su Comunidad los religiosos siguientes:

R. P. Maestro Juan Serrat, Rector, hombre de saber y especialmente en Teología.

R. P. Juan Boluda, Lector.

R. P. Félix Forgas, Maestro de estudiantes.

R. P. Salvador Vendrell.

Fr. Ramón Massana, lego (3).

El Padre Forgas en 1835 tenía en Barcelona una hermana, la que al anuncio de la revolución contra los conventos corrió a avisar a este su hermano. Al pasar por la calle del Carmen vió ya el incendio del convento que da nombre a esta vía. Con tal noticia, y la que la proximidad del lugar del fuego diera directamente a los ojos de los trinitarios del

colegio, todos éstos cruzaron el muro que de su huerto separaba el contiguo, parece llamado *Hort de las flors*, y por allí se salvaron.

El nombrado Padre Félix Forgas, para esconderse, se subió a un árbol del mismo huerto *de las flors*. Los amotinados penetraron en esta huerta, y descubrieron al fraile; mandáronle bajar, e iban a matarle, mas él entre abundantes lágrimas les pidió la vida, diciendo que era joven y que no se había mezclado en nada de la política; y ¡cosa extraña! le dejaron en paz. Después le acogió el hortelano, quien al día siguiente le disfrazó de hortelano, le cargó una cesta de tomates, y ambos salieron y llegaron al Padró, donde Forgas se refugió en la casa de una señora hija de Piera, a la que conocía, y así se salvó (4).

Debiera aquí dedicar un párrafo al colegio de San Guillermo de Aquitania, de Agustinos calzados, mas el absoluto silencio que respecto de persecuciones de sus individuos y cosas me han guardado todos los hombres de aquel tiempo, me prueba que pasó olvidado a los perseguidores.

Sin embargo, en una relación del estado de él escrita por la misma Orden se lee que los ingresos pecuniarios consisten en el alquiler de dos tiendas y varias fundaciones pías. Después de enumerar los gastos añade: «Para cubrir estos y demás gastos percibe el Colegio de otros Conventos de la Provincia algunas cantidades asignadas por los Prelados superiores de la Orden á ese objeto.»

Y ya que este ingreso mento, debo aquí poner un reparo a una noticia dada en mi primera obra. Dije allí que el convento de Seo de Urgel en sus posteriores tiempos se

(1) Lugar citado.

(2) Relación de dicho señor en Barcelona a 15 de febrero de 1884.

(3) El *Libro del gasto* de este colegio escribe en 12 de julio de 1835 que los religiosos eran 5 y 2 d.^s (discípulos).—Biblioteca provincial-universitaria. Sala de manuscritos. Armario VI.

(4) Relación que desde Roma en 18 de enero de 1881 me escribió el P. Trinitario José Güell y Milá, quien había tratado a los hermanos frailes Forgas.

negó a mandar su subsidio al colegio (1), mas en la relación hecha por el propio convento en 1835 se lee que se destinan al colegio 3,840 supongo reales. Esta cantidad mucho dista de las 600 libras que antes le pagaba. ¿Es que el convento la cercenó? ¿O es que al escribir aquel número se refiere a tiempos anteriores? ¿O es que quien me dió la noticia inserta en mi primera obra se equivocó? Lo ignoro.

El postre rector de San Guillermo se llamó Padre Vicente Febrés.

ADVERTENCIA

SOBRE BELÉN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

No puedo dedicar un artículo a esta notable casa, porque en 1835 no albergaba Comunidad alguna. Ya en el artículo 1.^º del capítulo XVIII del libro II llevo escrito, reproduciéndolo de mi obra anterior, que desde el extrañamiento de los jesuitas de 1767 el templo estuvo al cargo del Rector del Seminario episcopal. Regresados a España los dichos religiosos en 1816, enviaron a Belén de Barcelona sólo dos legos. «Es claro que éstos no ejercian en su iglesia ministerios sagrados, escribí en mi dicha obra anterior, pero también resulta evidente que, restituidos por Fernando VII á los jesuitas sus derechos, el de propiedad del templo correspondía á la Compañía. Ignoro cómo concordarían sus actos y derechos allí los rectores del Colegio episcopal y los dos coadjutores legos, pero me consta que éstos estuvieron, y que dependían del colegio de San Ignacio de Mansresa».

Concorde con estas noticias, me dijo un anciano: «Belén no se cerró en el dia de la quema porque ostensiblemente no tenía frailes; pero sí ocultamente. En los años de 1827 en que yo concurría al Seminario, Belén pertenecía á este; y estaba servido por los catedráticos, y en

»Belen se hacían las funciones de Santo Tomás; pero los jesuitas procuraron re-adquirir Belén, y realmente allí había el Hermano lego José, viejecito á quien todos hemos conocido de sacristán despues allí y en San Miguel. Mas por los años de 1832 y 33 ya la función de Santo Tomás la celebró el Seminario en Santa Catalina» (2). Belén quedó muy pronto convertido en parroquia, y, repito, ningún daño sufrió en 1835.

ARTÍCULO VIGÉSIMO

SANTA MARÍA DE JESÚS DE GRACIA, DE FRANCISCOS

Al comenzar del siglo XIX, y aun en 1835, Gracia, tanto en lo eclesiástico cuanto en lo civil, no formaba más que un barrio extramuros de Barcelona. Yo mismo alcancé tiempos en que casi no tenía más que la calle Mayor, y los primeros cachos de las que a ella desembocan. Sus casas bajas y humildes daban al barrio aspecto de población rural. Más tarde se la elevó al rango de villa con Ayuntamiento y parroquia propia; y en 1897, cuando la agregación a Barcelona de los pueblos del llano, volvió a ser sólo un barrio de esta capital. En 1835, pues, los dos conventos de Gracia pertenecían a nuestra ciudad. Tratemos primero del francisco, cuyo título era Convento de Santa María de Jesús; y después del carmelita descalzo, cuya titular, la Virgen de Gracia, dió el nombre al barrio. Quizá se extrañe que, con ser el primero más antiguo que éste, no diera apellido a la población, y si el moderno. La explicación está en la mano: cuando se fundó el carmelita, el francisco estaba, no en dicho barrio, sino bastante separado de él, entre él y la ciudad, y no se le consideraba como parte de él, según todo lo

(1) Tomo II, pág. 207.

(2) Relación de D. José Sanmartí. Barcelona 4 de mayo de 1886.

expliqué en mi obra anterior a la presente.

En 1835 la Comunidad de Jesús se componía de 18 sacerdotes, 2 coristas y 3 legos: los primeros, todos de mucha edad, porque este Convento gozaba el concepto de casa de retiro (1). He aquí de estos religiosos los nombres que pude averiguar:

M. R. Jaime Pey, Predicador General y ex Definidor, Guardián del Convento.

R. P. Francisco Ferrer, Predicador, Vicario del Convento.

R. P. Miguel Tost, Vicario de coro.

R. P. Salvador Ferrán, Predicador, Maestro de jóvenes.

R. P. Félix Vila, doctor de Moral casuista (2).

R. P. Juan Sans.

R. P. José Blanzuela.

R. P. Francisco Sabater.

R. Fr. N. Batlle.

Fr. Francisco Brugal, corista organista.

Fr. Mariano Brú, lego (3).

El Superior de esta casa, con poseer mucho talento, perspicacia y conocimiento de mundo, y al cual todos aquí conocemos, no se libró de la ceguera que respecto de la inminencia del peligro aquejó a los superiores de otras muchas. Al anochecer del 25 de julio el padre del fraile Fr. N. Batlle, temiendo por la seguridad de su hijo, corrió a Gracia para entregar al Guardián las llaves de una casa que tenía en aquel barrio, y así proporcionar á la Comunidad un refugio seguro en el caso de una fuga. Mas el Superior no las admitió, creyendo que no tenía necesidad de ellas (4).

(1) Relación del fraile de esta casa, organista de ella, y corista P. Francisco Brugal, hecha a mí en Barcelona a 29 de marzo de 1880.

(2) Los nombres anteriores proceden del *Libro de Provincia*.

(3) Menos los nombres de Batlle y de Brugal, los demás proceden de las listas oficiales de los pasaportes dados al partir de los fuertes los frailes.

(4) Relación del hermano del fraile reverendo D. Luis Batlle, Pbro., muy mi amigo. Barcelona 2 de junio de 1880.

El 25 de julio celebra la Iglesia la fiesta de Santiago, y como el jefe de esta casa se llamaba Jaime, el convento celebró el día de su Guardián, y lo hizo con santa alegría y paz. Cenados ya los frailes, y aun acostados tres o cuatro de los más ancianos, a eso de las nueve y minutos de la noche se oyó de repente llamar en la portería. El hecho sorprendió a la Comunidad, bien que pensaron algunos que se trataba de algún enfermo. Era una santa mujer, de nombre Águeda, que había corrido a notificarle que los conventos de Barcelona ardían. Efectivamente, desde el mismo convento, no existiendo entonces edificio alguno entre él y la ciudad, veíase perfectamente el fuego. Levantáronse los acostados, y a eso de las once de aquella noche los frailes huyeron. Vestidos los hábitos, se dirigieron a la quinta de Don Bartolomé D'Lemus. Hallábase ésta en el término de San Martín de Provensals, junto a la vía llamada *Travesera de Gracia*, al NE. y cerca de la casa que han tenido después los religiosos del Inmaculado Corazón de María, llamada Casa de Misión, y por lo mismo próxima a Gracia. A la sazón Don Bartolomé, hombre de mucha piedad, y aun creo que síndico de los Franciscos de Barcelona, estaba veraneando en su indicada torre. Llegaron los frailes a ella a las doce, y el colono subió a la habitación de los dueños, diciéndoles que en la Travesera había los religiosos. Los D'Lemus les introdujeron en sus habitaciones, y extendiendo colchones por los suelos, les brindaron a descansar; mas lo terrible de la noche nos les permitió pegar el ojo.

«Al otro día,» y son palabras de Doña Mercedes Espalter, esposa del señor D'Lemus, «al otro día, digo, mandé poner »una olla de buen caldo, pues los pobres »religiosos ni querían ni estaban para »comer». Inserto escrupulosamente copiadas las palabras de la señora de la casa para que de ellas tome nota Don Víctor Balaguer, o sea el que prolíjamente describió la pretendida cena de los franciscos de Atarazanas. «Al otro día también,

»como domingo que era, los frailes asistieron a la Misa que se dijo en la misma torre, y uno de ellos se llegó hasta el convento para sumir la Reserva, como la sumió» (1).

Oigamos aquí a un documento oficial, que nos dará luz sobre los hechos:

«Alcaldía del Barrio de Gracia.=Ur-gente.=Esta mañana se ha presentado el capitán del 4.^º de Caballería con una orden de V. E. para que pasasemos a reconocer el convento de Franciscanos y el de S. José, lo que acto continuo hemos practicado habiendo encontrado los dichos conventos sin religioso alguno, únicamente que las llaves las han dejado á un paisano que les cultiva el huerto; inmediatamente hemos procurado a indagar el paradero de los religiosos y hemos encontrado en distintas casas por ahora seis del Convento de S. José y dos del convento de S. Francisco de cuales inmediatamente se ha incorporado el mencionado Capitán habiéndome encargado segun orden de V. E. de las llaves de los dos conventos que encierran los enseres, no pudiendo responder en razon de hallarme sin fuerza alguna armada lo que espero que se servirá dar la competente orden para que inmediatamente se me auxilie con alguna partida de tropas de armas.

»Al mismo tiempo pongo en conocimiento de V. E. que en este momento se me ha mandado un recado por el P. Guardian del Convento de S. Francisco dándome aviso de que el con siete religiosos se hallaban en una casa de las inmediaciones de este Barrio y que im-petraban el amparo de las autoridades, bajo este supuesto espera que V. E. se dignará mandarles á buscar por una partida de caballería para de este modo evitar el atropellamiento que tal vez podrían recibir del paisanaje en la pre-sente estacion. Dios, etc. Gracia, 26 julio

»de 1835.=Antonio Rosalló, alcalde» (2).

Los frailes franciscos pasaron en la indicada torre de D'Lemus un día o dos, y luego tropa de infantería los acompañó a Montjuich sin sufrir atropello. Pero no todos los franciscos de Jesús siguieron esta vía, pues el organista Fr. Francisco Brugal, en lugar de ir al fuerte, se escondió en una casa amiga, y no se presentó a pesar de que se le buscaba para agregarle a los demás. En ella se disfrazó hasta con peluca, y pasados algunos días, huyó (3). Dos otros franciscos que en lugar de ir a casa de D'Lemus se habían escondido en la de un nacional llamado José Quintana, se presentaron y con los demás subieron al castillo (4).

Cuando por la mañana siguiente a la fuga del convento un Padre volvió a él para sumir la Reserva, halló que ya muchos objetos habían desaparecido. Por gratitud, en la misma mañana llamaron al colono de dicha torre de D'Lemus y le dijeron que le regalaban la mula y otros objetos. El colono corrió al convento y halló que la mula, cual leve pájaro, había volado, y lo mismo los otros objetos, que supongo serían aperos de labranza (5). Suerte que, al decir de Fr. Brugal, al salir los frailes habían metido en sus mangas cálices y dinero.

Así pudo salvarse mucha plata del culto de esta casa, la que junto con otra del convento de Barcelona fué reunida en la casa rectoral de San Gervasio, en donde se refugiaron el Provincial y algún otro de los superiores de la Orden. Allí fué tapiada en un escondrijo, y se salvó (6).

(2) Archivo de la Capitanía General. Lugar citado.

(3) Relación del mismo P. Brugal en Barcelona a 29 de marzo de 1880.

(4) Relación de un entonces niño que lo vió todo, llamado D. Joaquín Narciso Rovira. Gracia 2 de febrero de 1894.

(5) Relación citada de la señora de D'Lemus.

(6) Relación de D. Félix Puig, que ayudó a tapiarla. Barcelona 23 de junio de 1880.

(1) Relación que me hizo dicha señora, a la edad de 86 años, en Barcelona a los 15 de marzo de 1886.

El domingo siguiente a la exclaustración un sacerdote enviado por el Obispo dijo Misa en este templo, y quedó de tiente de cura. Era uno de los frailes de la casa (1).

«Con el arreglo parroquial de 25 de »septiembre del citado año (1835) se »estableció en la iglesia del mismo» (*convento de Jesús*) «la parroquia de Santa »María de Jesús, que comprendía todo el »barrio de Gracia. En 1845, anunciada la »venta de dicha iglesia y convento ane- »xo, el Excmo. Ayuntamiento de Barce- »lona en 18 de abril del propio año elevó »una exposición al Gobierno para que se »suspendiera, como en efecto parece se »consiguió, enagenándose después en 20 »de mayo de 1847 el edificio convento »únicamente», y separando la habitación del párroco y almacenes del templo (2). Antes de la venta, y poco después de arrojados del convento los frailes, este fué cuartel de *Rondas volantes extraordinarias* para la persecución del contrabando, cuerpo militar que yo recuerdo, y a cuyos individuos en la tierra se llamaba *parrots*.

ARTÍCULO VIGÉSIMOPRIMERO

NUESTRA SEÑORA DE GRACIA, DE CARMELITAS DESCALZOS

En mi obra anterior escribí que ignoraba el número de frailes que integraban la Comunidad de esta casa, pero que las dimensiones del edificio y el vasto campo de administración de Sacramentos y pasto espiritual que se extendía ante ella, me inclinaba a creerla numerosa. Que, en una relación redactada en 1764, los religiosos de coro eran 16 ó 17, y los legos 5.

(1) Relación citada de D. J. N. Rovira.

(2) D. Antonio Aymar y Puig en *El Correo Catalán* del 12 de agosto de 1897, pág. 6.—La venta se halla en dicha fecha en el protocolo del notario D. Manuel Clavillart.

Un anciano, que cuando niño había alcanzado dicha Comunidad, me dijo que en 1835 eran unos 14 ó 15 frailes (3). Si ignoro el número, mucho más los nombres; sólo en la lista oficial de los pasaportes librados por la autoridad, al salir aquéllos de los fuertes, hallo como de religiosos procedentes de este Convento los siguientes:

R. Padre Juan de Santa Cecilia, de apellido Carbonell, Prior. Nació en Sarral en 28 de abril de 1772, y emitió su primera profesión en 24 de noviembre de 1789.

R. Padre Juan de los Dolores, de apellido Vidiella, hijo de Marsá, y pronunció sus primeros votos, a los 17 años de edad, en 19 de septiembre de 1782.

R. Padre Francisco de la Santísima Trinidad, de apellido Cavaller. Nació en Vinebre a 3 de marzo de 1768, e hizo sus primeros votos en 5 de noviembre de 1792.

Fr. Ignacio de la Santísima Trinidad, de apellido Maresma, lego, hijo de Pineda. Pronunció sus primeros votos a la edad de 20 años, a 11 de mayo de 1787.

Y quizá alguno de los que en el artículo 6.^º del capítulo X de este libro III he nombrado entre los frailes del cenobio de Barcelona, quizás, digo, pertenecía a Gracia, que por la lista de los pasaportes no siempre se puede apurar respecto de tal punto toda la verdad.

Como no alcancé a conocer ningún religioso de esta casa, ignoro los efectos morales que el resplandor de las llamas de Barcelona produjeron en la Comunidad; pero el arriba indicado anciano me dijo que al anuncio del incendio los religiosos de Gracia se escondieron por las casas particulares, según se conoció después.

En los expedientes del Archivo municipal de Barcelona leí el borrador de un oficio fecho el 26 de julio de 1835, pasado por el mismo Ayuntamiento al Gobernador interino de la Plaza, llamándole la

(3) Relación de D. Joaquín Narciso Rovira. En Gracia a 2 de febrero de 1894.

atención para que tomara las disposiciones oportunas al efecto de salvar a los religiosos y sus cosas de los dos conventos de Gracia (1).

He aquí las noticias que de los sucesos de aquellos días de Gracia me dió el antedicho anciano: «El 25, ya por nuestro barrio de Gracia se hablaba y comentaba el incendio de Barcelona. El 26 por la mañana, á eso de las ocho, llegó un paisano, delegado que sería de la autoridad, acompañado de tropa de ejército, de línea, en número de unos 50 ó 60 hombres, procedentes todos de Barcelona. Se dirigieron á la Alcaldía del barrio, y con el alcalde luego pasaron al convento de Jesús, mas como lo encontraron cerrado, torcieron y se fueron al de Nuestra Señora de Gracia. Entraron en él, y allí hallaron tres ó cuatro religiosos viejos. Cerraron todas las entradas del edificio y se llevaron los frailes á la casa del Alcalde, que lo era un señor Antonio (*Rosalló*), sastre, que vivía en la calle Mayor (número 85 actual). Allí iban compareciendo los religiosos esparcidos por la población. Trajeron dos franciscos recogidos en casa del ladrillero José Quintana, habitante en la Riera de San Miguel; y así vinieron otros muchos frailes.

(1) Expedientes. Sección 2.^a Expediente número 129.

»Reunidos allí los colocaron en tres ó cuatro tartanas, y á eso de la una de la tarde los acompañaron á Montjuich.

»Ni en las calles ni otros puntos de Gracia recibieron los frailes ni malos tratos, ni aun insultos: todo el mundo les respetó. La inmensa mayoría de los gracienses formaban entre los liberales progresistas, de tal modo que después, á la caída de Espartero, algunos tuvieron que emigrar, y en el 1835 no había en esta población más que tres familias realistas; y sin embargo, los frailes fueron respetados. Debióse este fenómeno al modo como estaba organizada la milicia; porque los jefes y oficiales eran las personas de más arraigo y educación; y así temiendo estos los disturbios, influían sobre sus subordinados, trabajadores y dependientes suyos, y lograron que todos se contuvieran dentro los límites de la sensatez. El señor Tusset era el Comandante; un albañil muy conocido llamado Alsina, capitán; el señor Montfredi, cuya familia aquí todos hemos conocido y respetado, el ayudante; el ladrillero Guardiola, teniente; el señor Mariné, muy conocido propietario del término de San Martín, oficial; etc.

»Yo como niño, que era entonces, andaba por la calle curioseando todos estos acontecimientos, viendo la tropa que había acudido, y los frailes como iban compareciendo, y todo lo demás.»

Fra. Vassí Estagén Pro=revíox.

Fraile servita del Convento de Barcelona